

U A N

AUTÓNOMA DE NUEVO

CCION GENERAL DE BIBLIOTEC

MAUDSLAY

IL VIAGGIO
DE
SHAKESPEARE

PQ2607
.A8
V6
1896



1020026965



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



EL VIAJE DE SHAKESPEARE.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

Núm. Clas. N
Núm. Autor D2386
Núm. Adq. 29892
Precedencia 8
Precio _____
Fecha _____
Clasificó CG
Catalogó CG



BIBLIOTECA DE "EL UNIVERSAL."

LEON A. DAUDET.

EL VIAJE DE SHAKESPEARE

Traducción: C. K.

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

CARR. 1625 MONTERREY, N.L.

MEXICO.

IMPRESA DE "EL UNIVERSAL," DON JUAN MANUEL, NÚM. 2.

1898

843



EL VIAJE DE SHAKESPEARE.

El 10 de Agosto de 1584, *El Tritón*, mandado por el capitán Blacknaff, salió, a las cinco de la mañana, con las velas desplegadas, del puerto de Douvres, con destino á Rotterdam, á buscar especias.

De pie, en la proa, los ojos fijos en el inmenso horizonte, un joven, de rostro fiero y de mirada deslumbradora, se dirigía, como quien se mira en un espejo, á la parte reflexiva de sí mismo:

¡Quién soy yo, débil creación de huesos, músculos y sangre, á quien llaman William Shakespeare; quién soy yo! En este momento el gozo me da fiebre, puesto que la libertad me arrastra. Tengo 20 años. He visto grandes costas que se alejan, desiguales, delgadas, á las que el abisino cálido del mar sopla su aliento de bruma, son mi patria y mi casa. En ellas dejé mi dulce mujer y dos pequeños seres cuyo léxico todo es el grito de la leche. Allí están mis uros y mis recuerdos, paisajes caídos de mis ojos. Pero he sentido hervir en mí una fuerza. Tomaba la figura de una mano dirigida hacia lo desconocido y hacia el misterio. Y una vez me ha aconsejado mezclarme al torbellino de las cesas y los eóres. Para mí suena una hora memorable. Cielos sin nubes, yo os abrazo con alma nueva.

El día anunciábase tropical. Las relaciones de los elementos cambiaron porque el sol pareció desbordarse sobre el Océano, como una cuba de plomo fundido. El horizonte humeaba á lo lejos. Pero una brisa fresca vivificaba la arboladura de *El Tritón*; el agua susurró, estremecida, sobre sus costados que se inclinaban. La nave parecía alegre también.

El capitán Blacknaff se hallaba por todas partes á la vez. Daba órdenes seguidas á sus seis hombres de la tripulación, consultaba el viento y la marea, y formando una especie de anteojito con la mano sobre las cejas, inspeccionaba el horizonte. Era un mocetón, sólidamente construido por Baco y los Silenos. Su cabeza era huesosa. Sus arrugas (tenía 50 años) sembradas de un pelo rojo, eran el relieve y como el molde de una contracción gozosa de la cara, porque la risa, ancha, ruidosa, tempestuosa, formaba la sola manifestación vital del capitán Blacknaff, célebre á lo largo del Támesis por su alegría inagotable. Su risa era intermitente: primero, un sacudimiento de toda su persona, sacudimiento que partía de los pies á la cabeza, por las columnas de sus pantorrillas, transmitiéndose al edificio del torso, hinchando el cuello y azulando las venas; después, una dilatación general de la cara en donde los ojos y la boca se desplegaban, ésta descubriendo treinta y dos colmillos intactos tras una barba blanca. Todo esto acompañado de un ruido semejante al del trueno, grásiento, gozosamente ronco, á gritos sucesivos. Por fin, ese cataclismo se apaciguaba lentamente por la clausura de los orificios y la cesación del trueno. Pero apenas representado, volvía á comenzar la comedia, por la causa más pequeña y algunas veces sin causa, ó por una causa inversa, porque la risa expresaba todas las pasiones del capitán: la cólera al igual de la alegría, la lujuria y el temor, el frío y calor, el hambre y la sed que tenía excesivos y contradictorios y á los cuales se entregaba sin la menor vacilación.

—¡Eh, Cock! ¡Vemos, muchachos! ¡Isad éste también! ¡Al timón, Fred! ¡Al timón, becerro de luna, al timón!

Estos ladridos sacaron á Shakspeare de su ensueño; resonaron en él con un poder tal, que se quedó como sacudido y tuvo en seguida la imaginación poblada de naufragios y batallas,

especie de oscuras pesadillas, de las que hubiera podido, por un esfuerzo de su voluntad, sacar fragmentos ensangrentados y personajes distintos. Así lo real despertaba en su espíritu tales sueños y tan obsesiones, que confinaban á veces con el sopor en su cerebro. Pero vio á Fred al timón, y Fred fué para él una revelación.

Aquel á quien el capitán Blacknaff trataba perpetuamente de *becerro de luna*, era un enano monstruoso, de cráneo desproporcionado, cubierto de verrugas y de protuberancias que constituían su verdadera fisonomía. El cuerpo era flaco y los hombros cuadrados, las piernas torcidas, los brazos indefinidos, terminados por gigantescas paletas. Shakspeare, en plena luz, en pleno relive, en pleno goce de libertad, saboreó largamente ese horror de ser. Lo deformó de mil maneras, hizo de él un ejército de liliputienses, una raza de *gnomos*, un solo *gno-mo* semejante á un dios, algo nuevo, algo horrible de la humanidad. Fred, por el sólo, oscurecía el brillo de la naturaleza. Llegaba á ser el espíritu del mal y de lo feo, el enfadoso destino que vigila la cuna de los niños, los granos de los árboles, los guijarros que harán la roca, y presagian, en el hueso de las cosas, su destrucción. Ese timón que él manejaba con su pata asquerosa, era, en efecto, el timón de la nave terrestre lanzada en los espacios estelares. Sus compañeros se habían acostumbrado á aquella deformidad, ya no le refan. Sin embargo, observaba, á la sordina, sobre ellos. Así tampoco, vemos nosotros al demonio que circula á través de nuestros proyectos y nuestros grupos.

—Oye tú, pasajero—gritó el capitán—puedes decir que tienes suerte! Vaya un tiempo, de manteca y miel! Si esto continúa, llegaremos á Holanda de aquí á dos días. Otros dos para el cargamento, y vuelta en la semana pasada. Vendrás también tú!... No! Harás mal. Cuando traemos las especias y el cielo es claro, es un paraíso. El cargamento embalsama. La vez pasada, yo tenía conmigo una linda chica.... Atención, Rob. Qué vela es esa que viene por allá abajo! Muchacho, trepa á los obenques.... Una linda chica, de este país, redonda y rosada como una manzana. Durante la noche, bajo las estrellas, para

hemos amado tres veces, entre el aroma del tomillo y de la pimienta.

Y se echó á reír.

—Pero en fin, cómo te llamas, camarada!

—William Shakespeare, de Stratford-sur-Avon.

—Y qué haces!

—Comercio de palabras. Y mi padre el de lanas.

—Ah, pilleta! eres un haragán y un parlanchín. Eso es lo que te ha dejado calvo. Cuando me darás las dos monedas de oro?

—Si quieres, en seguida.

El joven reflexionó que tenía 200 libras en su cinturón y que ese tesoro tardaría en agotarse.

—No corre prisa. Tengo confianza en tí. He conocido un Shakespeare, vendedor de granos en una callejuela del Bankside, famoso bebedor. Murió en una noche de tempestad; no se ha sabido nunca cómo. Sin duda sería pariente tuyo.

—Sin duda.

Shakespeare estaba apoyado á un mástil. Escuchaba, gozoso, el soplo del viento en las cuerdas. Aquella arpa le tocaba un aria de aventuras. Frente á él, el capitán oscilaba sobre sus piernas apartadas, hinchado y vasto como un barril. Aquella robusta cara, bajo el gorro de lana destefida, era un paisaje móvil, y el joven lo detallaba, como si se hallara ante un insecto que se pasara entre las arrugas de la frente, los matorrales rojos que tenía cerca de las narices, temiendo aquel entro. Se sentía estremecerse de placer, contemplando por contemplar y sin explicación posible, porque cual es la razón de una carota abultada de marino en un día de verano, por la Mancha! Se fijó en el infinito detalle: la forma ancha, hueca, la madera negra y pulida de *El Triton*, las viejas velas remendadas, que hinchaba el beso del viento, las cuerdas útiles y usadas, las siluetas de los marineros contra el sol, entrando en fusión á cada nuevo gesto.

El poeta sabía que las vistas generales, las vehemencias, las calidas líricas, reclaman sensaciones meticulosas. Esos ruzmantes gigantescos se alimentan de avena cotidiana.

Entre tanto el capitán Blackaaff y su tripulación examinaban muy atentamente la arboladura señalada á Bob hacia un momento.

Ya las opiniones diferían.

—Es un español.

—No; es más allegado que ellos.

—Quizás un corsario.

—Estaría ya encima de nosotros.

—Entonces un holandés.

—Veremos.

No se vió nada, porque la gaviotita viró de lado y desapareció.

En seguida, cayó el viento. Las velas, chasqueando, cada vez con más suavidad, llegaron al inmóvil silencio. El agua cesó de zumbir á lo largo de las portas. El horrible Fred se sentó con su melífico rictus, sobre una barra. *El Triton*, semejante á un cadáver, se quedó inmóvil en el mismo sitio, como el inquebrantable testigo de esa súbita calma.

—¡Vaya un retraso, un maldito retraso!—grufía, riendo, el capitán.

Sus hombres movían la cabeza, como si ya no creyeran en la brisa. El capitán continuó:

—No acudamos todavía á los remos. Algunas veces se levanta del Oeste cuando nadie lo espera.

Los menores pliegues desaparecieron en la amplia extensión del mar. El arbor del sol hizo del horizonte una rábana incendiada, y de la atmósfera un palacio de fuego. El más pequeño fragmento de metal brillaba, chisporroteaba y quemaba. El Océano se cambió en espejo, para que en él se contemplaran la fuerza del fuego y la multiplicación de las chispas.

—Esa es la puerta del infierno—repitió Oak, un viejo marino de cara honrada.—Cae siempre, á esta hora, y en esta estación, los diablos se deslizan sobre las olas y se llevan á los navegantes.

—Cállate, vieja foca—replicó el joven y escéptico Tom.—Los diablos son españoles, con sus gorros rojos y sus gritos de cer-

dos. Pero—añadió enfático—para exorcizarlos tenemos mosquetes y pólvora.

—¡Ah! ¡ah! pretencioso!

Y el capitán se encogió de hombros.

—Son famosos marineros. Lo mejor, cuando se les encuentra es saludar y obedecer, ó si las velas son buenas, seguir adelante. Yo he sido prisionero de ellos durante cuarenta y ocho horas. Y sé lo que es eso. Me habían obligado á besar una medalla de la Virgen y colecciones de santitos y sentía temblar mi piel sobre mi esqueleto. Había uno que parecía el jefe y que me hablaba una jerga incomprensible. Acabaron por soltarme después de diez tratos de cuerda en las caderas. Aquí se me han quedado como salchichas, donde acaba la espalda.

Y resonó la enorme risa.

Shakespeare no escuchaba. Estaba absorbido por el mar. Comprendía el maravilloso destino humano que concentra la mayor cantidad de esas chispas emigradoras y puede moverse en todos los destinos inferiores, pensarse ola, pez, medusa y roca, vivir realmente en el corazón de la naturaleza. Pensaba en la parte mineral inerte y brillante, no explotada, de la cual mucho fién dormía perezoso en su cáscara. Las plantas eran las ideas que corrían, se deslizaban, se arrastraban, se enredaban las unas en las otras, coloreadas ó grises, vivacísimas, fecundas, alrededor de las cuales zumbaban irregulares insectos, salidos de ellas y alimentados de ellas también, ideas intermedias que voltean de una á otra vibrantes. Había áboles, matorraks y selvas, y los animales rodadores, fieros ó mansos, aparentes ó ocultos, eran grupos de ideas, formulas, sistemas de ideas, sentimientos graseros ó delicados. Subía así la serie hasta el hombre, hasta él mismo; es decir, la unión de millares de hombres, una partícula de la humanidad reproduciendo el conjunto. Y todo aquello era luminoso, abrigado por el regío sol que gobernaba la fantasmagoría, lanzándole á cada instante la energía necesaria para que se mantuviese recto y poblado de figuras.

Y Shakespeare se atontaba de la fiebre que aquel cambio traía á su cerebro, tan vivo, que en algunas horas había dado

la vuelta á más ensueños que en un año á Stratford-sur-Avon. Y el círculo de esos ensueños era tal, que si por vagos y tenues que se hicieran, conducían siempre al hombre y su carácter. Aquella frase de Stratford le asombró como una expresión ya ligera y que no hacía latir su corazón. Volvió á ver la cara de su padre, la de su esposa, con los pliegues inquietos que tenían en el momento de la partida; volvió á ver el último aspecto de la apacible casa, el perro que movía la cola junto á la puerta, un rayo de luz y un bulto olvidado allí. Oyó el tic tac del grande reloj. Volvió á ver la emoción que amontonaban en él esas menudas circunstancias, y hubiera sabido expresarla con ayuda de palabras trejadas con lágrimas y vitranes; pero no pudo revivirla. Seguía en el estado de espectáculo. El presente le absorbía demasiado para que se prestase sinceramente al pasado. Se felicitó de ello. Comparaba los corazones abrumados por el recuerdo, á esas mujeres que, bajo los besos, se componen siempre otro amante que el que aprietan entre sus brazos mojados de sudor. Hubiera deseado darse á la naturaleza inmediata como un árbol, como una planta e hincharse de una savia actual.

Los marineros preparaban su comida. Con hachitas separaban los trozos de un pescado que hundían en seguida en agua salada. Cook fué á buscar dos jarros de cerveza envueltos en un trapo húmedo á fin de que estuvieran siempre fríos. Otro cocía un pedazo de carne.

—Vas á comer un gran almuerzo, compañero—dijo el capitán Blackuff—un almuerzo como el de la reina en día de fiesta! ¡Já! ¡já! ¡já! servido por los soberanos de las olas y las sirenas, bajo un techo de oro macizo. Pero esta calma *chicha* me espanta. A veces me he estado al paio dos días. Y entonces es un desastre. Apenas si tendré con qué pagar mis hombres.

—R memos, capitán.

—No habrá más remedio; pero es duro. A la mesa, ¡já! ¡já! A la mesa. Y que el Dios de la brica nos proteja.

Y miraba, con aire de súplica irónica, las velas inmóviles y lácias. Se sentó con sus marineros ó invitó á Shakespeare para que se sentara á su lado. El poeta evitaba, asqueado, el aspecto de Fred quien servía la mesa y saltaba sobre sus patas

torcidas. Las rudas guasas no le atraían ya. Esas caras curtidas, esas manos tendidas hacia el alimento, esas rudas quijadas masticando, despertaban en él escenas de canibales, de infortunados perdidos en el mar y reducidos á devorarse los unos á los otros. Había oído cantar cosas semejantes, cuando era un niño, en las veladas familiares, en la estrecha tienda de su padre, en donde la lámpara gruñona derramaba un olor inolvidable, análogo al olor de la carne que ahora veía sobre la mesa, y se complacía en suponer fases de terror y rebelión, y luego otra habitual como la de ahora, porque á través de las fuertes sacudidas, la naturaleza tiende siempre á la calma. ¡Qué efecto dramático no hubiera sido una asamblea de apocípticos, de gigantes en que no se comprendieran sino á breves y tardías réplicas la naturaleza y la necesidad de platos cortados por ellos sobre la carne de sus semejantes! Al llegar á este punto de su ilusión tuvo una sonrisa íntima. Uno de los marineros repetía con una obstinación de bruto:

—Mi trozo estaba demasiado cocido; mi trozo estaba demasiado cocido!

Entonces Shakespeare tuvo la curiosidad infantil de conocer las partes blandas del temperamento de esos siete hombres con quienes iba á pasar dos días. Juzgaba bien, según las apariencias, al uno risueño, al otro cobarde, á éste flemoso, á aquel animoso; pero eran suposiciones frágiles. Desahogado, esperaba algo de profundo, de revelador, porque había oído que un ser anuncia de pronto una frase que le abre por completo, mostrando el eje de su destino, ó trazando al aire, como un pájaro, una mirada, un gesto, según el cual se podría dibujar su vuelo hacia la muerte. Y su amor de lo trágico le hacía escuchar, incesantemente, en la faz de sus interlocutores, esas confesiones resacas y preciosas. Esa codicia era causa de que no desdijera á nadie, ni batalleros, ni cazadores furtivos, ni vieja idiota chuchis, encontrada de noche en el camino de Stratford, ni jovencito titubando de miedo al caer la noche, ni prostituta rondando al rededor de un cementerio, visto que de la señora á la ramera y del señor al mendigo cada uno tiene su milagro—la puerta

y la llave del milagro—es decir: un alma individual que divulgar en un momento que es como una apoteosis.

Se dirigió al voraz Blackkniff quien se hallaba cómodamente instalado sobre un escabel, mientras su tripulación estaba acurrucada—á la desbendada—al pie de los mástiles y cerca de las portas:

—Capitán, por qué no nos cuenta, para ocupar la calma, alguna aventura de su existencia marina? usted ha debido ver cosas tan extrañas!

El coloso, halagado, detuvo los movimientos de masticación que agitaban su barba bañada de sol. Limpióse la frente con su mano ruda de dedos peludos.

—A fé mía, tienes razón. He andado tanto, ¡jal jal! y corrido tanto bajo cielos tan diversos, que ya no sé bien si he soñado mis viajes. A veces me golpeo el cuerpo para probarme que estoy vivo y esos golpes me recuerdan otros que he recibido. Tal como me veis, hijos míos, yo era un terrible batallador y el que le buscaba las cosquillas á Blackkniff, el verdadero, al Blackcaff de veinte, treinta y aun de cuarenta años podía decir en seguida que no se las había buscado á una vaca. ¡jal jal!

Su ancha cara de pómulos salientes fué torcida por su risa violenta, y sus marineros le imitaron, tanto por adulación como por interés, porque semejante prelude anunciaba ordinariamente maravillas. Los estómagos llenos disponíanse á la beatitud y las jarras de cerveza estaban completamente vacías. Cada cual tomó una postura cómoda y pintoresca. Unos se extendieron. Otros se levantaron. El solo pareció estar atento.

Blackkniff prosiguió:

Yo tenía 25 años y ya había hecho seis viajes, sobre todo uno con el famoso Thom Riwadack, de quien he oído usted hablar, de seguro, porque después de haber sido un leal súbdito del rey, se hizo corsario y fué ahorcado. Murió como un valiente, jurando y blasfemando como en vida, no sin haberme dejado este cuchillo que él llevaba siempre al cinto, y que si pudiese hablar, hablaría de las gargantas y costados que abría como ostras.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

222 MONTERREY, MEXICO

La hoja que sacó el capitán brilló y todos la admiraron. —Yo estaba fatigado del viaje y me embarqué, gaseoso, sobre una tablita como nuestro Tritón, que iba tranquilamente á buscar pasto á Glasgow. El capitán era un hombre muy tranquilo, precisamente lo contrario de Thomas Readwick. Tenía miedo de todo; del agua, de los peces, de las gaviotas, del viento, de la marea, y en cuanto el tiempo se oscurecía, persignábase. ¡Ja! ¡ja!

Las groseras risas del auditorio respondieron como un eco, á las de Blackoff.

—El pobre diablo fué servido, porque á mitad del camino, estallaron la tempestad y los truenos dejándonos desamparados, flotando como una boya, sin alimento y sin fuerza. Además, se alzó una bruma que duró no sé cuánto. Nuestra brújula parecía poseída del demonio. El capitán pausó el tiempo rezando; yo, aunque muy joven, tomé la dirección del navío; es decir, me hallé en brazos del diablo, porque ya no teníamos ni mástiles ni velamen. Solo un par de remos y un trozo de timón del tamaño de un chicote. Por fin se alzó la bruma y nos pareció que soñábamos. Nos vimos ante una costa desconocida, cubierta de magníficos árboles; una especie de puertecillo nos tendió los brazos, lo que nos hizo presumir que la isla estaba habitada. Descendimos los cinco marineros, yo y el capitán, y nos pusimos en marcha por entre una selva, en donde cantaban multitud de pájaros invisibles.

Shakespeare observaba las atentas caras y los pliegues llenos de preocupaciones de las frentes y las sienes.

—Después de caminar algunas horas, nos sentimos extenuados á hicimos alto en un raso, olvidados de todo y pensando en la muerte, pero en una muerte deliciosa, porque había una luz azul y rosada que no he vuelto á ver más nunca y el hambre y la sed habían cesado de torturarnos. Estábamos como abateados. De pronto oímos resonar trompetas. A nosotros se acercaba una comitiva de ricos señores y de bellas damas montados sobre caballos blancos llenos de oro y pedrerías. Se detuvieron. El que parecía el rey llevaba cabellos blancos, un cetro terminado por un carbunclo y con gran aspecto de sabiduría, nos

preguntó por nuestra nación y por la circunstancia que nos había arrojado en sus Estados. Respondí lo mejor que pude. Cuando hubé acabado mi relación, hizo señas el príncipe á algunos señores, quienes nos subieron sobre sus caballos, y fuimos llevados á una ciudad, donde pasamos cerca de un mes en medio de las delicias de todas clases. Nuestros huéspedes eran bellos y buenos y no se ocupaban mas que del amor. La ciudad estaba construida por grandes terrazas sobre las cuales los hombres y las mujeres se abrazaban perezosamente bebiendo licores divinos; tan divinos, que después de haberlos probado tenía uno ganas de morir abrazado á su querida. Todavía tiemblo pensando en eso.

El capitán ya no se reía. Su mirada era fija y ardiente. Su cara se ennoblecía con ese recuerdo singular.

—Esos señores vivían como hadas. Ignoraban el odio. No tenían ni sacerdotes, ni jueces, ni médicos, ni soldados y nadie era amo de nadie. Obedecían al viejo que me había interrogado, porque pasaba por el más sabio. Me contaron que su pueblo había salido de dos parejas de amantes que las olas desencadenadas habían arrojado sobre la isla durante un viaje de recreo. Según la tradición, esos amantes se adoraban á la vez, en cada pareja y por par, de modo que juntaban la amistad al amor. Esto explica la fuerza de atracción que se notaba en la raza. Al partir, porque queríamos ver de nuevo la patria, (y además, los reglamentos de la Isla se oponían á que estuvieran en ella mucho tiempo los extranjeros) nos colmaron de provisiones, frutas, telas y besos. Al salir del puerto, nos envolvió la misma bruma, que no se disipó sino al llegar á las costas escocesas. Nunca navegante alguno había oído hablar de esa tierra encantada. Deseo, hijos míos, que aboréis un día á ella.

Hubo una pausa. El capitán miró hacia la azul llanura, deslumbrante y lisa como siempre. Los marineros movían la cabeza. Por fin, el más joven, Tom, que era de fisonomía lista, exclamó:

—Quizás le ha soñado vd. He oído decir que angustiado por el hambre, imagina uno cosas fantásticas y confunde un mástil con una casa.

—No, no,—replicó gravemente el capitán.—Nosotros, marinos pobres e ignorantes, no somos capaces de inventar esos prodigios, y recuerdo que en medio de esos seres admirables se abría mucho mi inteligencia. Lo que veía, oía y tocaba tenía para mí un sentido que hoy no tiene.

Esta observación encajó a Shakespeare porque era sincera y probaba la fuerza de la ilusión, la cual es, con el dolor, la gran comadrona del hombre en el hombre. Que la isla estuviera pintada sobre la realidad ó en el espíritu de Blackaff, conservaba el mismo valor, puesto que despertaba en él, en ambos casos, ideas de pureza y de belleza, que sin eso no hubiesen hallado su figura. Shakespeare mismo, ensanchando esa ficción, hallaba un beneficio; nada más curioso que un grupito de seres trasplantados por el azar, reconstruyendo una sociedad por el juego de los poderes naturales y el conflicto de las pasiones. Les veía ejecutando sobre la playa una danza de odio y de amor, cuyas treguas eran formadas por la melancolía, presas del bien y del mal, desnudas, sin el disfraz de las reglas y las preocupaciones sociales. Aquel universo en formación lo enervó a tal grado que se puso de pie, se dirigió hacia la proa, se acesto y abotagado por la digestión se durmió con la cabeza entre los brazos, para evitar el cálido resplandor del mar.

No soñó, pero las partículas del mundo exterior que habían entrado en él por los sentidos, hallaban en su imaginación una existencia nueva y furtiva. Creciendo, se ornaban, se desprendían y se reunían, siguiendo el ritmo de su alma, que era ella misma, compuesta, porque una parte venía de los antepasados, y otra, virginal y personal, salía de la savia vital. Y esas partículas del mundo exterior, que caían en el alma de los antepasados, eran destruidas por ella, porque el pasado es de lo adentro. Se confundían con viejos espectáculos, tan gastados, que ya eran gestos ó manías. Pero las arrastradas por el torbellino del alma nueva, creadora y genial, comenzaban una raza de ideas, donde algunos descubrirían, estupefactos, algo con que consolar su miseria.

—¿Quién es éste?—preguntaban al capitán Blackaff los marineros.

—No lo sé, hijos míos. Habla poco.

—Quizás sea un astrólogo. Llévate consigo una aforja, en donde sospecho que guarda magias. ¡Si será un jettatore!

—Una vez oía decir que habían embarcado un desconocido, semejante á éste, que no decía nada. Y luego, en el camino, el mar se hinchó, la tempestad suplo y el desconocido se convirtió en un buho, que voó gritando: "¡Naufragio!", "¡Naufragio!" El barco se estrelló en la travesía de Jersey.

—Y, Bob y, ¡murieron!

—Todos, salvo uno que había hecho la señal de la cruz, cuando el diablo (porque era un diablo) puso el pie en la nave.

—Yo—dijo Tom—no creo en esas historias.

—Tú no crees en nada—replicó Bobly, gruñendo;—pero ya verás... ya verás.

—¡Ah, hijos míos!—vociferó el capitán;—creo que va á ser preciso gastar aceite de brazos. La barca se está tranquila como el sudario de mi padre. Fred, coloca los remos.

El monstruo obedeció.

—Animo ahora, muchachos. Se trata de suplir al soplar del buen Dios.

Shakespeare se despertó, audaz, y oyó una meopea lánguida, interrumpida por gritos roncós. Eran sus compañeros que se apoyaban cadenciosamente sobre sus pesados remos. Les veía alzarse ó inclinarse, dos á dos, frente á frente, animados por la voz de Blackaff. Cantaban.

El "Tritón" avanzaba, pero con gran lentitud, y su velamen pendía lácido. El calor era abrumante. El agua implacable reflejaba exactamente el cielo.

—Has dormido mucho, hijo de Stratford; ¿no has soñado que llegábamos á Róterdam?

Las canciones seguían.

Shakespeare, cegado por el fulgurante sol, anduvo, titubeando, hacia un camarotito de tablas que se elevaba en el centro del "Tritón" y servía á la vez de abrigo y de alacena. Encontró un paquete de cuerdas. La temperatura era la de un horno. Se sentó en el suelo y cogió la alfombra. Era de basta tela forrada de cuero, comprada en casa de su vecino el tío.

Johnson, quien vendía toda clase de objetos útiles a los viajeros. Tocándola con sus manos gordas y húmedas se sintió conmovido, porque en aquellos momentos era su casa, su hogar, su muda y grata compañera de su fantasía. Había asistido a los adioses, a sus últimas vacilaciones... Y cuando en sus pliegues rugosos, quizás hubiera hallado algo de la angustia que emana de todo el ser que busca su libertad. La miraba con amor tranquilo y fiel y no se hubiera asombrado gran cosa si hubiera tomado la palabra para decirle: "Guillermo, has llegado al colmo de tus deseos. Mientras te llenas el alma de espectáculos, yo permanezco en una esquina del entrepuente y te reservo en mis flancos con qué volver hacia el pasado por el camino del recuerdo. Gracias a mí no estás solo y soy un grueso bulbo de tu raíz que te atará siempre a tu patria."

Maquinalmente contó los pliegues que se había hecho por la tierra. Había siete; presagio dichoso.

La abrió; sacó primero de allí dentro un volumen usadísimo, dislocado y muy astroso. Era la "Vida de los nobles griegos y romanos," traducción de Plutarco. La compró cuando apareció, cinco años antes, a un buhonero, cuyo aire jovial y palabras gozosas recordaba siempre. Aquel había sido su primer viaje. En un momento, por ese esfuerzo secreto que descubre ante nosotros los siglos, se había hallado el contemporáneo de todos esos héroes, de todas esas heroínas de facciones regulares, cuyos gestos y frases han atravesado los tiempos. Había sentido vivir y agitarse en él personajes análogos a esos conquistadores, a esos leales, a esos falsos, a esos enamorados, a esos sabios. Cualquiera que fuese el ség, cuyas aventuras leía con pasión, hundida la cabeza entre las manos y a la luz de la lámpara, se creía su hermano, y durante muchos días era dominado, aun a través de sus sueños, por las facciones de esa cara nuevamente nacida y cuyas pasiones sufría. Como había tenido siempre amor al teatro, le parecía revestir los despejos de esos muertos ilustres, trozos de alma y restos lúgubres y que salía sobre la vasta escena del mundo. Se agitaba, gritaba, lloraba. Veda huir las pesadas galerías con una angustia atroz. Arengaba al pueblo y maldecía la dictadura. A menudo era

una multitud y no un sér el que se apoderaba de sus músculos y de sus sentimientos. Entonces se multiplicaban, figuraban cada uno muchos papeles: caradas de puffales las manos, las lenguas de invectivas, los pechos de un orgullo inmenso. De esas orgías fantásticas salía profundamente melancólico. Era tarde. Todo el mundo dormía. La lámpara chisporroteaba fatigada. Los gritos de los niños ó el maullido fatídico de un gato turbaban solo ese silencio poblado. Guillermo sentía en torno suyo como una fuga resbatosa de fantasmas; y bajo sus párpados febriles lucían los últimos reflejos de las corazas.

Pero ese libro le había enseñado, por una comunión tan completa, que el hombre incluye, en el estado de gérmenes, la mayor parte de las formas de la humanidad. Sabía en aquel momento que los caracteres se deducen de cierto número de sentimientos, así como se pueden escribir todos los números con algunas cifras. Una breve inclinación basta para hacer de un sabio un loco y de un glorioso un misántropo; y algunas veces la circunstancia provoca sus metamorfosis. Shakespeare, a la luz de Plutarco, se creaba cierto número de imágenes que él llamaba sus queridas y acariciaba gozoso. Una de las más queridas era una vuelta súbita de conciencia, un malvado haciéndose honrado, un cobarde en un acto heroico.

Bajo el ejemplar había un tocado antiguo, alto solideo de terciopelo a la antigua moda, de alas talladas en forma de almendras. Shakespeare lo llevaba como recuerdo de su padre, cuya cabeza ornaba hacía muchos años.

Yo estoy seguro—había dicho el viejo—que está lleno de tus ideas y que me dará excelentes consejos.

Después de esto, sacó de la alforja un traje completo: casaca, pantalón y cinturón, un puñal sin su vaina, una pistola y un cofrecito, que dió estremecimientos a su mano.

Aquel cofrecito estaba trabajado de muchos metales; el estaño y el cobre pulido se destacaban como plata y oro sobre la superficie mate del plomo; y si el estaño dibujaba una corna fugitiva, el cobre representaba un cazador embarnizado en persecución. Esto por lo que respecta a la tapa, porque los dos lados de estaño figuraban un perro y un alcega, y los dos de cobre

bra dos perfiles de un señor de aspecto hosco. Aquel cofre pertenecía á la madre de Shakespeare. Guillermo lo conocía antes de poder darle un nombre, y los primeros gestos de sus deditos habían sido para los contornos de la corza y del cuerno, los duros relieves de los cazadores y el perro. Sus miradas tomaban allí la admiración de toda cosa brillante y lujosa. Hasta la edad de razón, las relaciones de fiestas, de juntas de señoras y de bellas damas, que tenían lugar en la casa paterna, eran ilustradas por el precioso cofre. Más tarde lo asemejaba á la caja de Pandora, y declaraba que vacía encerraba su secreto destino.

—Ten cuidado de que esté siempre lleno—le decía siempre á su madre—porque el destino que se esparce y se derrama por todas partes tiene menos probabilidades de cumplirse que cuando está concentrado. Por eso los grandes hombres y los altos árboles atraen sobre todo el rayo; porque acumulan la circunstancia.

En aquel momento no estaba vacío el cofre. Contenía un frasco de un bálsamo maravilloso para las heridas ó mordeduras de serpientes y dos pedacitos cuadrados de tela que Shakespeare consideró con enternecimiento. El uno encerraba cabellos blancos de su mujer; el otro cabellos de un blondo aún más dulce, cortados de su primer amor—una niña de doce años llamada Mary, á quien él había adorado, á esa misma edad. Mary habitaba una risueña casa rodeada de árboles y de un brazo de río, á un extremo de Stratford. Habiérase dicho que todos los pájaros de la vecindad tenían allí sus conciliábulos. En la alta verdura, cada hoja trinaba. William se extendía sobre la yerba ante el agua temblorosa. Tenía una adorable manita nerviosa que de vez en cuando oprimía la suya. Escuchaba en el armonioso pasaje de la naturaleza que hacía el crepúsculo extingue sus fuegos y se hace semihumana. Oíase ruido en el camino, voces broncas, patear de caballos ó de ovejas. Cuando volvía la cabeza, contemplaba la más maravillosa cara de la niña sonrosada en el pálido crepúsculo. Y empezaba: "Mary, te amo," y estas palabras atraían á su boca dos labios de gados que la quemaban. En tonces él, para distraerla, inventaba una historia cualquiera.

Tan sencilla como fresca, Mary pedía detalles. Se asombraba á las menores contradicciones y caídas en esas delicadas aventuras que construía para ella su pequeño poeta. Algunas veces él daba la superioridad á los malos y faltaba muy pequito para que la princesa Langosta fuera comida por el feroz Grillo. Él se reía de la indignación de ella, y ella reía de verle reír, mientras él meditaba muy aprisa el destino de sus personajes. Ella le regaló toda una semana por la muerte de Querido Colibrí, su protagonista, y él debió reanimarle con un epítogo improvisado.

Shakespeare, ante esos frágiles cabellos, evocó la inolvidable noche en que, arrastrado por un sentimiento extraño y nuevo había estrechado entre sus brazos á su amiga, hasta el desfallecimiento. La había tenido así, bajo las estrellas, respirando su aliento tímido, durante algunos minutos—largos, muy largos. Su mano sintió latir un corazoncito. Había comprendido, confusamente, que más se besaban sus deseos que sus cuerpos, y que el éxtasis es, como todo, incompleto. Pero nunca más, ni aun la noche de su matrimonio, había tenido un estremecimiento semejante.

En el fondo de su alforja no le quedaban más que cinco camisas de fina tela. Volvió á poner en su sitio el cofre, el traje, el sombrero, la pistola y el puñal; se quedó con el Plutarco y lo abrió (según su costumbre) al azar.

Straton el filósofo escribe que se vieron marchar hombres de fuego y que hubo un lacayo soldado que arrojó de su mano tremendas llamas, de manera que los que le vieron pensaron que ardía, y cuando cesó el fuego se vió que no le había pasado nada malo. El mismo César, sacrificando á los dioses, se encontró una hostia inmolada que no tenía corazón....

Un rayo del terrible sol que atravesaba las hendideras de la pared, se halló súbito con las líneas. Largo, acerado, vivaz, tenía una apariencia de preagüe. Shakespeare puso sobre él la mano, de modo que, semejante á la del lacayo soldado, arrojaba tremendas llamas. Se halló transportado al Foro un día de votación. Varios gritos dominaban un rumor confuso. Las caras estaban agrandadas, convulsionadas en sentido contrario,

por la alegría é el furor. Las manos, elevadas sobre las cabezas, aplaudían ó amenazaban. Era algo de prodigioso un pueblo dando una importancia semejante á sus señores. Una vez le llamaba: "¡William!" y le daba explicaciones rápidas: "Este es Bruto; aquél es Casio. No son bandidos, pero sin que lo sepan, la envidia se desliza en ellos y arma sus brazos del puñal. Mira á Antonio y sus ojos de vil. Siempre vagando y preguntando, sabe dar á lo verdadero una apariencia dudosa y aprovechar la mentira."

—¡Qué calor!— pensaba Shakespeare;— he hecho mal en venir á Italia en esta época. Mi cuerpo de sajón se ahogará.

En aquel esplendor de la naturaleza su alma, por contraste, estaba á sus anchas y se encontraba singularmente lúcida. Distingua el detalle de las pasiones. La vivacidad de las impresiones fué causada de que habiendo estado un niño á punto de ser aplastado entre la multitud, todo el mundo se compadecía de él y se diera un momento de tregua á la política. ... En ese momento, el rayó del sol se apagó, como una lámpara que apagan. Desapareció el Foro. Shakespeare se halló ante lo real, el cálido camarote, las cuerdas, la alforja y su Plutarco entre las manos. Estaba habituado á esos saltos y ya no le asombraban. Pero entonces el presente le parecía muy descolorido, insípido.

Sin embargo, tuvo una sorpresa. El navío oscilaba. La calma había cesado. Subió al puente. Las velas estaban hinchadas. El Tritón corría sobre las olas que un viento muy vivo y súbito hacía espumar hasta las lejanías del horizonte. Una larga pirámide negra que crecía poco á poco en el cielo, había absorbido ya el sol y oscurecía la superficie del mar. El capitán Blackoff le mostraba á sus hombres con mueca significativa: "Hum! hum! Mal negocio. La brisa sopla del Oeste. La marea es contraria. No me asombraría una tormenta." No se fijaba ya en su pasajero y daba á Fred repetidos consejos. El gromero, con todo su cuerpo torcido, se apoyaba sobre el timón. Cada uno se activaba como en previsión de un peligro.

Shakespeare descaba ardientemente la tempestad. Sus nervios, excesivamente tensos, necesitaban un tumulto nuevo

Además, la idea del peligro le parecía digna de ser contemplada. En el seno de las fuerzas elementales, cuyo destino es especial y dominador, y que forman parte del gran cuerpo cósmico, las cortas fuerzas humanas, dislocadas y desquiciadas, están en su sitio, en su rango de importancia. Pero la conciencia se acrecienta por el riesgo, iluminándose, hasta el fondo de ella misma, en esas regiones que por la calma se pudren y se cubren de plantas venenosas. El riesgo, como el amor, dá á todas las cosas un precio inestimable. Hace amar el mástil, refugio posible en último extremo; la boya, la menor tabla. Hace amar al vecino, cuyo esfuerzo va en el mismo sentido. Anima el velamen, cuyos cruji los secos son una angustia; los flancos de la nave, en cuya solidez está toda la esperanza; la quilla y el puente. Existe la superstición, la apuesta, el gusto de vivir.

Sobre la masa obscura del cielo, dos gaviotas blancas se perseguían con gritos agudos. El poeta aubía con ellas. Experimentaba sus vueltas, su locura de rapidez, sus chapuzas en las olas espumosas, sobre cuyas crestas se dejaban mecer en un balanceo de navicillas. En sus voces oía los presagios de los dioses en la muerte de César. Después miraba el océano y su gozo se hacía extremo, porque las olas crecían y crecían. El Tritón se levantaba en la cima de una montaña de agua, descendiendo en seguida á llanuras líquidas. Eran vastos paisajes glaucos. A menudo, de los abismos, una tromba silbante barría el puente, y los marineros se encorvaban bajo ella. Shakespeare la recibía en medio de la cara. Aquello le dilataba el corazón. Su pensamiento se conmovía deliciosamente. Saboreaba el sólo placer físico. Vivir en tierra le parecía un engaño. La tierra, elemento enajenado, buena sólo para construir casas! Se presta á las metamorfosis y alimenta el trigo y el animal. Pero nada más. Ninguna idea de libertad eube de su seno. Regula las estaciones, mide la duración como los caminos, y á sus hijos los hace esclavos. El mar al revés; no impone leyes ni costumbres á sus fieles pecees. Sus partecillas húmedas se mecen y se confunden sin cesar. De un antípoda al otro se extiende según su propio deseo, y sus olas corren de playa en playa, nunca satisfechas, mordiendo la roca, olvidando la piedra y la arcilla, dejando á la tierra sus menchras.

De pronto, un relámpago interrumpió sus reflexiones, seguido luego de un trueno luminoso, como si un ejército de carros rodase por encima de las nubes opacas. Al mismo tiempo se abrieron las cataratas celestes, y redó la lluvia, agujereando las olas, acompañada de granizos que sonaban sobre el puente de la nave.

—Cargarlo todo!—gritó el capitán.

Aparecía gigantesco. Su boca la ensanchaba enormemente la risa. Los seis marineros lograron, con mucho trabajo, desender el velamen, que la rabia del viento sacudía de una manera terrible. Acabada aquella maniobra, Blacknaff, en recompensa, les tendió una botella de alcohol, de la cual bebieron á escape un gran trago, porque el balanceo del barco les sacudía sobre sus piernas indecisas. William fué arrojado dos veces al suelo. Por último, se apartó de la borda y agarró con mano sólida un mástil. Pero donde quiera que se ponía estorbaba la maniobra.

Esta era complicada, y siete pares de manos robustas, de dedos nudosos y chorreando agua, apenas si bastaban á ejecutarla. El poeta se sentía avergonzado de no tomar parte en ella. Pero al ofrecer sus servicios, Blacknaff rehusó con tono áspero: «Deja eso, comerciante; deja eso. Harías alguna barbaridad. Conténtate con recibir la salsa de esa furiosa.» Los hombres revestían hopalandas de cuero encapuchonadas. Parecían diablillos de comedias de magia. Tendieron una al pasajero, quien se alegró mucho de abrigar así su vestido casi nuevo de paño.

El color del mar había cambiado. Estaba ya tan negro como el cielo y atravesado de cintas de plata móviles, porque la ola aumentaba. La lluvia cesaba de pronto para proseguir con más violencia, y los relámpagos se sucedían sin tregua en medio de un asordante estruendo. Llenaban todo el espacio. William observaba su vuelo furioso, su nacimiento, su muerte y su posteridad. A veces una mosca azul, una chispa color violeta anunciaba esos grandes personajes, y el sacudimiento aéreo era entonces infinito, y á veces una luz pálida seguida de un sembler de éter. Qué rabia se manifestaba así, á la cual respon-

día la de las ondas, sacudidas, torcidas, desmelenadas por largas correas y franjas de formas fantásticas, galopar de bruma y espuma! Aquella cólera imprevista enorgullecía el corazón. El joven sonreía altanero. Insultaba al rayo. Le desafiaba. Lo juzgaba digno de él. Si, hubiera caído sobre César. Pero en donde se perdía aquí, en esta desordenada ascensión de montañas!

—Anda ¡Oock! Esa polea, Baby.

—A tí! á mí! Cuidado con la salsa! Mal apuntado, hijo, mal apuntado!

—Mete la brújula, muchacho!

—El t'món, Fred! D ja ir! El diablo marca el camino!

Los diablillos se agitaban de todos lados. No se distinguían sus caras, ni siquiera cuando de vez en cuando se tragaban una ración de alcohol, pero la alta estatura de Blacknaff sobresalía, fácil de conocer entre todos. Saltaba sobre el puente, en los obenques, en la proa, en la popa y alrededor de los mástiles, como una fiera enjaulada. A intervalos casi fijos como el trueno, resonaba su risa enorme, mezcándose al tumulto de los elementos. Estos se abrazaban con amor gigantesco. Las vibrantes cuerdas eran un instrumento de música y celebraban las bodas del cielo y del mar. Un hueco grisáceo se abrió entre las nubes, y por él se deslizó un rayo de sol, pero aquel capricho cesó súbito y la obscuridad recobró sus derechos. El Tritón había perdido su sentido común de honrado barco. Viraba lento, giraba, salvado por su misma ligereza. Las olas jugaban con él á la pelota, se lo enviaban y lo devolvían, lo pasaban á otras más pequeñas que lo sacudían en todos sentidos algunos instantes y lo volvían á lanzar á las primeras.

—Más alto! más alto aún! Esta vez nos hundimos en el fondo,—pensaba William.

Y se agarraba al mástil, su sésen. La bruma le azotaba la cara, y su lengua tenía un sabor salado. Bebió algunos tragos de alcohol. Sus ideas se exaltaron. Las olas fueron un pueblo inmenso del cual era el soberano. Organizaba la batalla, el cañoneo luminoso y precipitaba las masas al asalto! Oyó trompetas, relinches, rumores de muertos y gritos de heridos. De

qué destinos desconocidos y maravillosos, segados demasiado aprisa, no era responsable!

—Quita, muchacho, ese remo que adelanta demasiado! Inclínate, inclínate. La catarata!

Un golpe de mar barrió el puente. Los hombres se habían tirado al suelo, y William rodó entre ellos. Como estaban borrachos de alcohol, no podían levantarse y Blackaff tenía ensangrentada la cara. Pero se seguía riendo, cubierto todo el pelo de su cara de una escarcha salina.

—Nunca he..... nunca. ¡Cuerno de buey! estoy herido. Pero no importa..... ¡A la maniobra!

Fred no dirigía ya. El timón acababa de romperse por dos lados.

Una sombra natural envolvió la tempestad, porque la noche descendía poco a poco. El huracán que se había calmado algo, prosiguió vehementemente ayudado del crepúsculo. Se oyó un crujido siniestro.

—Se ha roto el mástil, —aulló una voz blanca.

Shakespeare comprendió una cosa: que sus compañeros tenían miedo.

—A rezar! —gritó Blackaff.

Los marineros, agarrándose a las menores asperezas, se arrodillaron sobre el puente.

—Tú también.

William sintió una mano pesada encorvar su espalda.

Con los relámpagos por faros, al tumulto ensordecedor del trueno, á merced de la inmensidad rebelde, aquellos seres humanos perdidos entre dos elementos, piliéron á Dios en una serie de palabras vociferadas ó lánguidas, más que la salvación de sus cuerpos, la de sus almas. Suplicaban en latín, como en la iglesia, y Shakespeare, tranquilo y contraído por aquella angustia que le rodeaba, pensaba que la Providencia hubiera sin duda preferido algunas palabras bien conmovidas, bien sinceras, en el rudo lenguaje del peligro. Pero si los labios balbucían, los corazones imploraban según su deseo, y era un curioso espectáculo esas masas brillantes oscilando sobre sus rodillas en una angustia semi religiosa.

Cuando se levantaron, el que se llamaba Bobby mostró el puño á William.

—Eres tú, comerciante ó hechicero, quien has causado la tempestad. Tú has hecho un pacto.

Vociferaba tan cerca de William, agarrándose á las cuerdas, que el poeta respiraba su aliento alcohólico. Sus ojos se le estaban agrandados por el terror y su voz parecía como desarticulada.

—El mástil se ha roto por culpa tuya. ¡Ah mil truenos! Debíamos echarte al agua, sucio calvo de desgracia, caja de demonios!

Los otros titubeaban, indecisos y desconfiados. Desde hacía algunas horas sus pesados y supersticiosos cerebros acariaban esa creencia.

Un trueno lejano se juntó á la invectiva.

—Tu oyes—continuó Bobby, á quien el silencio de su adversario animaba.—Yo voy á echarte al agua, caja de demonios!

El varivén del buque hacía imposible el agrupamiento material de las cóleras, pero Shakespeare adivinó que se juntaban y que un segundo más la cosa sería decisiva. Y respondió con calma:

—Amigos, os engañais. Soy un buen cristiano.

Y una ola de bruma lo bautizó.

—Os podrá dar datos en mi parroquia. Y para tranquilizaros, he aquí lo que nos salvará, después de haber salvado á nuestros padres.

Con sus dedos rígidos, sacó con gran trabajo, de debajo del jubón un pequeño crucifijo de marfil que no le abandonaba nunca y que dejaba su marca sobre la piel del poeta. Ganado también por la superstición, lo dirigió lentamente hacia el Norte, el Sur, el Este y el Oeste. Luego lo besó y se lo guardó otra vez.

Eso convenció á la tripulación. Bobby se enconjó de hombros y se calló!

—Ya tu vez—dijo burlón Blackaff, cuya actitud había sido neutral;—ya tu vez que ne embarco, brujos. Y tú, pasajero, cuando llegues á Rotterdam, nos pagarás una copa de lo añejo y bueno.

—Diantre!—dijo Tom,—es la mejor manera de hacer que llueva. Como si un hombre pudiera hacer agitarse eso!

E indicó el mar, que desencadenado, parecía haber llegado á la cima del desorden. El poeta veía en el líquido elemento la imagen de las pasiones súbitas, de las cuales una vertiente es de sospecha é hipocresía, una cima, de libre expansión y que se desploma en seguida, una vez gastada su energía. La ventaja de los espíritus sanos es dejarse llevar por ellos, sin resistencia á la naturaleza.

Gruesas gotas de lluvia, mezcladas de un polvo de bruma habían reemplazado al diluvio y el puente estaba cubierto de granizos que se fundían. El estrago pareció extremo. El camarote de tablas toscas yacía dislocado. Hubo que reconstruirlo. Los hombres comenzaron alegres á trabajar en la reconstrucción esa. Cuerdas y velas estaban echadas á perder, y a guinas desgarradas. Las cuerdas y los cuchillos comenzaron su tarea reparadora.

Shakespeare, después del alerta, había vuelto á su sitio de observación. No comprendía cómo había llegado tan aprisa la noche. Tantas emociones le enmascaraban la duración, fugaces límites elevados por las estaciones sobre el camino de la vida, y que toda impresión viva rompe y pulveriza; la duración que en un grano de trigo contiene un mundo y un sueño la eternidad que el temor y el gozo oprimen, y á la que hacen languidecer, la espera y la melancolía. Siempre en carrera con el deseo, tan pronto se le adelanta y le precede, y tan pronto —pero más á menudo— tropieza con él, dejando sobre el camino un cadáver. Aguijones y oprime á los viejos; convence á los jóvenes de que patea siempre en el mismo sitio. Con igual movimiento se lleva al insondable porvenir la sangre del corazón, la idea, el acto. Pero las olas no tienen ni duración ni espacio. Su existencia es inmortal. En ellas no hay ni restos, ni ruina, ni sepultura.

La brisa había tomado una dirección fija—la buena—como afirmaba Blackoiff. Aunque muy picante todavía, era uniforme y se pudo izar una vela. El poeta, absorto en su contemplación, presa de ese montón humano que el alcohol y la caída del

miedo hacían delirar, contemplaba las burbujas de agua que saltaban en derredor del "Tritón." Esos elegantes pequeños universos, desprendidos del Océano por el choque, sufrían las mismas leyes que los astros. ¿Estos no eran el surco en el espacio de un inmenso navío invisible? Lo que llamamos los siglos y lo que llenan las batallas, los genios y las religiones, se conserva también sobre uno de esos globos minúsculos y brillantes que no parecen más que una salpicadura. Sobre cada uno de ellos, cada ser, según su fórmula, cree participar de una magnífica tragedia, cuyo telón caerá en el juicio final, cuando toda su aventura depende del azar de la quilla del "Tritón."

Los sollozos del mar que habían alzado tanto su robusto pecho, se calmaban por largos suspiros. Las olas se hacían aquí y allá pulidas y coitosas. A lo lejos, en las profundidades calestes, solo algunos ruidos atestiguaban el pasado furor. La noche era completa y sombría. Súbitamente la cortina de nubes vaciada de tempestad se apartó como desgarrada por manos ligeras y apareció radiante la luna, en medio de su corte de estrellas.

A esta luz los menores detalles del agua se hicieron bien visibles. Shakespeare admiraba aquella ciudad líquida extendida hasta el fin del horizonte, las finas moradas, y los palacios de cúpulas diamantinas. La benevolencia de la naturaleza, que después de sus fases de cólera nos tiende secretos iluminados, se penetraba de una languidez enternecida. Tuvo la ilusión de que sus fuerzas se escapaban de su cuerpo y corrían á jugar en el surco de la luna para volver á él frescas y nuevas. Este balanceo de su alma hacia el alma universal era un ritmo, una melodía cantada por el amante bajo la ventana de la amada. Que armoniosamente seguían la cadencia el deslizamiento furtivo de la rava y la curva hinchada de la alta vela oscura. Todas esas alegrías fundíanse en la de la fuga, palmeada de sueño y éxtasis, palabra milagrosa y enérgica: "Por esa fuga, lo siento, ahora que tengo veinte años, voy á descubrir mi destino. A cada instante me volveré y veré mi fantasma del minuto anterior, y mis deseos en él. Esos despojos sucesivos, serán y serán..."

para mí una escuela. Esas envolturas del yo, abandonadas sin dolor, tendrán la forma de mi progreso. Tan pronto quisiera ser rey y dar órdenes que estremecieran todo un imperio; y tan pronto *burgués* como mi padre, viviendo regularmente de un trabajo regular. Un día me ilumina la llama de los cuentistas y los poetas y tengo con qué poblar durante siglos los ensueños de todos los hombres. Al día siguiente deseo ser cómico. Por la fuga podré contemplar, solo virando la cabeza, mis innumerables personajes tan distintos como alcanzados y sobrepujados sin tregua en una larga corriente de luz. Abrete, Plutarco vivo, alzado sobre las orillas en donde bien pronto voy a desembarcar, Holanda, Alemania, y más allá todavía, estruendoso dominio de las pasiones agrupadas en héroes ó disipadas en batallas. Si puedo absorber por el pensamiento, tantas y tan grandes cosas, y devolverlas seguidas al mundo, con mi sello y con mi marca, seré el más grande entre los grandes. Relieve y fuga, como en esta noche de paz, sé mi guía y mi divisa."

Encendieron un fanal. Los hombres bromeaban en torno á la luz, y festejaban, con nuevos tragos, la caída de la tempestad. Shakespeare, absorto en sus pensamientos orgullosos, de los cuales el enervante vapor oscurecía su razón, se convirtió en autómatas. La realidad no entraba en él, más que por fragmentos aislados, desacordes, maticiosos. La risa de Blacknaff, la cara asquerosa de Fred, las observaciones anticuadas de Tom, no eran ya más que cosas desagradables. Se sentó inquisitivamente, para la comida de la tarde, en el camarote restaurado, que iluminaban dos lámparas asquerosas. Maquinamente comió su parte de pescado y carne, respondió á las preguntas y escuchó dos ó tres narraciones. En cuanto pudo escaparse, corrió á sentarse en el sitio mismo desde donde su mirada podía abarcar mucho.

Allí estuvo largo tiempo, sin duda, inmovil y lleno de imágenes, que por un hilo tenue se ataban entre sí. Veía desfilas ante su conciencia, partes de su personalidad, hasta entonces oscuras y muías, decramándose en todo el organismo que las contiene sin percibirías. Porque hay algo de vida palpitante, y

de esa bella materia sensible que la razón echa á perder y confía rápidamente. Allí están todas esas impresiones que creemos perdidas y fugitivas, que los sueños algunas veces animan, pero que so'o la pasión desentumeca y conduce al Jorazón. Shakespeare invocaba esos poderes corporales. Pero no se funden más que al amor, y se figuró que tenía á su lado y en contacto con su alma compleja, una criatura bella, flexible y sencilla, á quien cedía el tallo. La llamó Stella. Vió lucir sus miradas. Oyó su soplo ligero. Tenía una música transparente y su cuerpo se plegaba gracioso, siguiendo los movimientos de la nave. El joven temblaba de voluptuosidad.

Se le llevaba á países espléndidos, abandonados muy pronto á fin de alcanzar la pena del abandono. En el seno de su placer había angustia que le dejaba una fiebre devoradora. Stella levantaba su cara refinada para beber á largos tragos la noche y el silencio. ¡O perfumados y frescos eran sus brazos! Su cuerpo se movió como solicitando un abrazo. Cuchicheaba palabra del *Tritón*, ensibiles con un tonillo monótono, en donde todas las músicas estaban incluidas y luego suspiraba de deseo y se echaba hacia atrás hasta tocar las olas con su nuca, en donde el agua dejaba perlas brillantes.

El joven jadeaba. Las ondas de vida fluían á sus labios. Y como adivinaba toda causa, comprendió que su sufrimiento dependía de la idea de anonadamiento que rompería aquella cárcel. Stella, como toda cosa sensible, era el fuego de un humo ilusorio. Adivinó en los ojos del joven su pensamiento. Con geste enervado pasó sus manitas sobre sus caderas aterciopeladas, sobre su vientre, sobre su perfecto seno, y aquello quería decir que tal maravilla se borraría muy pronto y que era preciso gozar y gozar antes que sonara la hora de las aguas fúnebres. Al levantarse él para asirla, ella desapareció súbito. Shakespeare se sintió agarrado por un brazo sólido.

—Qué haces compafiére? Te ahogas!

Era Cock quien le había salvado del peligroso llamamiento de las sirenas y quien asombrado le sacudía.

--Es malo dormirse ahí! Los otros roncan. Yo estoy de guardia. Y marchó con relación al sueño.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1906 1624

Su honrada cara lucía en un rayo de luna. Shakespeare, tembloroso, le dió las gracias. Nunca más tendría semejante enamorada.

La frescura de la noche hacía charlar á Cook.

—Es la primera vez que haces esta travesía?

—Sí.

—Entonces, tienes suerte. Ya es la décima. Conozco este mar; es pé fío.

Sacudió dos ó tres veces la cabeza y repitió:

—Es perfido.

Tenía la voz baja y casi tierna.

—Pasajero, pareces joven. Dejas familia en Stratford?

—Una mujer, mi padre y dos hijos.

—Hablan los mocosos?

—Todavía no.

—Mejor para tí. No recordarás como te han dicho adiós.

Y suspiró.

—Yo también he dejado en otro día a noche dailia, pero hoy están en el cementerio cerca de Lewes, donde está Lewes?

E indicó hacia el Oeste.

—Una linda ciudad pequeña. Hace cuarenta años que soy marinero.

—Y sigue gustándote serlo?

—Lo hago para vivir. Cuando uno es rico es más dichoso en tierra. Pero allá arriba—y señaló á las estrellas—dicen que más tarde será uno rico. Tú y tu padre tenéis dinero?

—Un poco; somos comerciantes. Hay años malos.

—Bah! con tal que se pueda comer todos los días.... Antes, yo esperaba llegar á ser algo importante: un almirante.

Y tuvo una sonrisa de resignación.

—Pero ahora no pienso ya en tonterías.

—Entonces, en qué piensas?

—En los que están muertos. Mi mujer era muy buena.

Siempre, cuando volvía, se ponía muy contenta. Y mi hija también. Teníamos amigos, vecinos. Y una vez, al volver de España, no encontré á nadie. La casa estaba cerrada. Las dos habían muerto.

Y ahora me voy á morir.

Y ahora me voy á morir.

Y ahora me voy á morir.

Y ahora me voy á morir.

Y ahora me voy á morir.

Hubo una larga pausa. Cook tenía húmedos los ojos.

—Hombre feliz!—pensaba el poeta;—no ha gastado su solo recuerdo!

Evocó la desaparición posible de los suyos, un retorno semejante al de Cook, la casita cerrada, el embarazo de los vecinos anunciando con muchas reticencias la noticia. Una comadre le repetía las últimas palabras del viejo, palabras dirigidas á él: *querido William*, y tuvo una emoción egoísta sintiéndose así reclamado por el agonizante. Pero notó en seguida que aun no era padre ni marido, que sus pequeños no le agarraban las entrañas y que esa parte seca de su alma le cerraba muchas fuentes vivas.

Cook maniobraba diestramente el trazo de timón que le quedaba. Se puso á observar el mar, con gran cuidado.

—¡Oh! ¡Oh!—lijo súbito;—¡despojos! Ha habido un naufragio.

Al rededor del *Tritón* y por encima de las olas, flotaban trozos enormes de madera, restos de mástiles y de tablas que se entrecrocaban en la luz del mar.

—Han debido irse á fondo.

Y el viejo marino hizo una mueca.

—Esta tempestad hará llorar á muchas mujeres.

Shakespeare, horrorizado, consideraba esas imágenes hogacas de la angustia, en camino hacia playas ignoradas. Aquella misma hora, en el fondo de las aguas, los hombres que se habían confiado á esos soportes demasiado frágiles reposaban hinchados y asquerosos, mientras los peces los olían, disputándose los pedazos. Siempre la muerte; la muerte por todas partes. Bajo la tierra, bajo las ondas, en las narraciones marinas, tras el amor tenía sus tribunales polvorientos y tizosos. Todo era para ella abrigo y receptáculo. Pero el pensamiento, por un sortilegio extraño, unido á ella, descendía á las profundidades de la vida, como si hubiera sido, en vez de la nada, un camino hacia otro estado misterioso, del cual la atracción gobierna todos nuestros actos. Y sobre la historia, sobre los siglos, no había más que despojos flotantes, en donde se veían pasar al garet, los proyectos de los conquistadores, los besos

de las grandes apasionadas, puffales en sortijas, corazas, tronos é imperios enteros; todo eso ligero, efímero, arrastrado á reviviscencias, analogías ó abismos más negros que el negro de Auto.

El poeta creyó ver al *Triton* atravesando un pueblo silencioso de fantasmas, emanados de sus húmedas tumbas y que se dirigían á algún lado á lo lejos, hacia esas regiones vagas que aba el dedo de Cook, á reconstituir aeres palpables. Aquello pasaba sin duda en una isla perdida, la isla de los Remacimientos, en donde todo hablaba, desde las hojas hasta los guijarros de las playas. Allí iban á parar los restos de todas las catástrofes, morales ó materiales. Había muchas veces al año de esas grandes fiestas de ultramuerte en donde alguna fuerza semejante al amor asociaba las piezas disjuntas, rejuveneciendo la energía vital.

El joven pasó una gran parte de la noche perdido en esos ensueños enigmáticos, interrumpidos de vez en cuando por una reflexión ó una exclamación de Cook, atento á su trabajo. No sentía fatiga alguna. Un extraordinario enervamiento hacía desfilas bajo sus párpados espectáculos mezclados de Plutarco y de la tempestad, dramas en escena formados de un solo clamor, un gesto, una mirada triste ó pasiva.

—Un teatro de bestias tragedias en donde todo parece instintivo, casi animal y sangriento. He ahí la belleza. Y luego: 'Un teatro de ideas exquisitas, de sentimientos refinados que disimulara al bipede bajo una cascada de palabras armoniosas.' No sabía qué alternativa escoger. "Dramas verdaderos y sencillos, la conversación de Cook. Dramas forjados de irreal, fantasmas y sirenas, como los que se me han aparecido hace un momento, como esos seres de que hablaba Blacknaff." Supuso una obra cruel conducida por malvados, pero toda de sonrisas y las distinguía con la serie de las contracciones hipócritas de bocas de labios delgados. Qué palabras convendrían á esos pliegues musculares! O también una vasta asamblea de hombres desgarrándose el pecho, arrancándose los cabellos, cada uno por un dolor diferente y en medio de esos torturados, otro már-

tir, lleno de desesperación seca é interior y considerando las lágrimas de los que le rodeaban como gritos de niños.

Y luego, él tenía un comercio de vicios en la tienda de su padre. Allí estaban alineados, con sus máscaras grotescas; la glotonería de vientre gigantesco, de manos grasientas, de pies cuyos dedos nadan en la grasa; la lujuria aullando, sacudida de sobresaltos, de pupilas ensangrentadas, de dedos torcidos y de lengua silbadora. La avaricia contraída; la envidia, de perfil; la cólera y el miedo, horribles. La gente entraba y discutía los presios. Eran autores famosos que necesitaban personajes para sus comedias. Ensayaban las máscaras, proponían modificaciones, criticaban, se reían y recitaban monólogos. Pero sus exclamaciones y sus diálogos no concordaban con los papeles que pretendían representar. Shakespeare sufría de esas muecas falsas. Rectificaba las entonaciones y las posturas. Se hacía glotón, lujurioso, avaro, envidioso y colérico.

La luna palidecía. Las estrellas comenzaron á extinguirse. El circuito del horizonte quedó algunos instantes uniformemente descolorido y de esa corona subía hacia el cielo un vapor brillante, rocío marino, cuando en un punto preciso comenzó á temblar una corta banda rosada. Por encima de las olas apaciguadas se despertaba la vida en el silencio, sin gallos ni ruido humano. El poeta esperaba el nacimiento del día, la salida del sol.

El joven quedó como embriagado cuando surgió el astro rey. Su mirada no podía saciarse del magestuoso incendio celeste. El ardor de sus pensamientos le había preservado del frío de la noche, pero sentía en aquel instante un delicioso estremecimiento que desligaba los menores pliegues de su alma. Un buen viento hinchaba el velamen. Cook cantaba al timón. Sus compañeros, despertándose, se ponían á la obra, frotándose los ojos. Blacknaff ya se reía, empujando y derribando su *ternera de luna* y á todos sus perezosos.

—Por Neptuno!—aulló;—son las costas bajas. La tempestad de ayer nos ha servido!

Y mostraba las masas blancas, cuadradas, alternando con

dunas amarillentas. Por instantes, aquellos baluartes se apartaban y se veía un puerto verde y gozoso, casitas y árboles. Aquellos pasajes eran peligrosos; pusieron la proa al mar.

La fatiga, con todo su peso irresistible, cayó sobre Shakespeare. Se fué al camarote, y murmuró largo, largo tiempo.

—Has dormido diez horas—le dijo, después, Blackneff.

Cuando salió de aquella tumba, la noche era completa y sombría, porque las nubes ocultaban la luna y el Tritón vogaba en las aguas de la Meuse.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MÉXICO
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

II.

—¡Alto! ¡alto! Deteneos si no queréis que echemos á pique vuestra infernal cáscara!

Estas duras palabras caían del fondo de la noche, á alguna distancia. Eran dichas en alemán. Shakespeare, gracias á su padre, hablaba desde la infancia esta lengua. Pero ese grito, esa amenaza extranjera, le llenaban de alegría el alma, porque le significaban lo lejano, lo desconocido, las emociones nuevas.

Fanales corrían sobre el río. ¡Los Mendiges! Los Mendiges! repetían en su lengua los marineros del Tritón, aterrados. Amarraron rápidamente las velas. Dos ó tres barquichuelos llegaron á la nave. Unos diez soldados, con agilidad de gatos, escalaron el puente. Llevaban linternas y se distinguían ángulos de caras belicosas, un bigote levantado, una mirada sombría y el brillo de los correaes.

—¿Qué tienes á bordo?—preguntó buenamente el jefe á Blackneff.

—Vengo de Dantz, por especie, capitán. Un habitante de Stratford me acompaña.

—¿En dónde está? ¿Quién es? ¿A qué viene?

Shakespeare sintió sobre su cara el calor de la linterna que le iluminaba vivamente. Respondió bien á las preguntas. El interrogador for pareció satisfecho, y dijo gruñendo:

—Está bien, está bien.

Y volviéndose á Blackneff:

—Salsa ayer, eh?

dunas amarillentas. Por instantes, aquellos baluartes se apartaban y se veía un puerto verde y gozoso, casitas y árboles. Aquellos pasajes eran peligrosos; pusieron la proa al mar.

La fatiga, con todo su peso irresistible, cayó sobre Shakespeare. Se fué al camarote, y murmuró largo, largo tiempo.

—Has dormido diez horas—le dijo, después, Blackneff.

Cuando salió de aquella tumba, la noche era completa y sombría, porque las nubes ocultaban la luna y el Tritón vogaba en las aguas de la Meuse.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

II.

—¡Alto! ¡alto! Deteneos si no queréis que echemos á pique vuestra infernal cáscara!

Estas duras palabras caían del fondo de la noche, á alguna distancia. Eran dichas en alemán. Shakespeare, gracias á su padre, hablaba desde la infancia esta lengua. Pero ese grito, esa amenaza extranjera, le llenaban de alegría el alma, porque le significaban lo lejano, lo desconocido, las emociones nuevas.

Fanales corrían sobre el río. ¡Los Mendiges! Los Mendiges! repetían en su lengua los marineros del Tritón, aterrados. Amarraron rápidamente las velas. Dos ó tres barquichuelos llegaron á la nave. Unos diez soldados, con agilidad de gatos, escalaron el puente. Llevaban linternas y se distinguían ángulos de caras belicosas, un bigote levantado, una mirada sombría y el brillo de los correaes.

—¿Qué tienes á bordo?—preguntó bucnamente el jefe á Blackneff.

—Vengo de Dantz, por especie, capitán. Un habitante de Stratford me acompaña.

—¿En dónde está? ¿Quién es? ¿A qué viene?

Shakespeare sintió sobre su cara el calor de la linterna que le iluminaba vivamente. Respondió bien á las preguntas. El interrogador por pareció satisfecho, y dijo gruñendo:

—Está bien, está bien.

Y volviéndose á Blackneff:

—Salsa ayer, eh?

Le respondió una carcajada.

—¿No habéis encontrado asesinos?

Los asesinos eran los españoles.

—No. No se arriesgaban.

Esta adulación pasó inadvertida.

—Para lo que les importa! Se nos ha señalado una de sus galeras frente á Ostende. ¡Ah! malditos sean los perros! Desde hace un mes, cuando le mataron.... ¡Cuándo lo habéis sabido en Londres!

Blacknaff comprendió que se trataba del homicidio de Guillermo el Taciturno; pero sus ideas respecto á esto no eran muy claras. Y balbució:

—Hace unas tres semanas. Sí, tres semanas: eso es; ó quindias.

Shakespeare deseaba datos de una tragedia que suponía grandiosa.

Dió un paso hacia el alto personaje del cual se adivinaba ahora la barba puntiaguda y la cara resuelta, boceto pálido entre las tinieblas.

—¿Fue en Delf, verdad, dónde pasó eso?

—En Delf. Un francés, pero pagado por los otros.

Durante este diálogo, los Mendigos rodearon á Cook, Bobly, Tom, la tripulación del *Tritón*, y dieron detalles sobre el drama que apasionaba á la Holanda. Se oían exclamaciones, juramentos, el chapoteo del agua á lo largo de las barcas amarradas á la nave. Las linternas, colocadas sobre el puente, iluminaban piernas cubiertas de botas, puntas de espadas y junturas de capas. Más arriba, una faja oscura, y luego la fina silueta de los mástiles más negros que la masa inmensa del cielo.

Cuando esa cohorte hubo desaparecido con un terrible estrépito de armaduras, patos, imprecaciones, Blacknaff dió un largo suspiro, mientras las velas cerradas se llevaban por el río al *Tritón*.

Sí, hijos míos ¡buen desembarazo! son buenas gentes. ¡Pero hay.... los crapulosos!

Porque los mendigos eran casi tan temidos de los navegantes, como los españoles.

Sobre el Meuse brillaban linternas, pasaban barcas—comerciantes ó pescadores—que señalaban su aproximación por largos gritos, especies de melopeas lánguidas: "Paso á la izquierda.—A la derecha.—Nos acercamos á bordo.—Sígueme la orilla.—Para dónde?—De qué país?"

El viento se llevaba las respuestas, Williams se asombraba de la destreza de los del timón, que apesar de la oscuridad, evitaban los abordajes. Saboreaba esa fuga, ese roce de pájaros de alas estendidas y las luces amarillas ó rojas multiplicadas por el agua. Entreveía las orillas lisas del Meuse, vastas llanuras semejantes á pantanos. Tenía aún el espíritu sacudido por la aparición de los Mendigos, por sus caras enérgicas y el aire tranquilo que brillaba en sus pupilas. Blacknaff murmuraba, redando una cuerda:

—¿Qué me importa á mí el Taciturno!

Este frase de cobarde y la risa de los marineros, hicieron al joven esquecer de sus compañeros. Pronto á apasionarse por toda causa en que su imaginación tomase vuelo, se excitaba contra los españoles, representándose los inferiores y cobardes. Sin conocer nada de las causas que hacían de ellos los tiranos de Europa, admiraba la energía de sus adversarios los holandeses, su resistencia tras los baluartes de cadáveres, entusiastas carnicerías cuya relación llegaba á Inglaterra deformada por las cajas de los buhoneros ó las bocas de los traficantes en leyendas, coplas, grabados greseros, historias contadas junto á las chimeneas, á lo largo del Támesis ó por los caminos, historias llenas de maldades, de furoras, de agonías y de esperanzas.

—Tan bello como en la antigüedad, tan bello como en la antigüedad!—repetían pensando en esos espectáculos que iban ver de cerca. Porque inquiriría las menores circunstancias. Preguntaría por los hijos de las víctimas, las viudas y las ruinas humeantes. Yndagaría la venganza. La venganza! Proyecto arduo, que despierta al vengador dormido, por la orden imperiosa de la tarea que hay que cumplir, que acompaña el trago que se come, el aire que se respira y las otras palabras que se dicen para engañar mejor. Se acurruca y se calienta en una

hipocresía ardiente. Ahueca los rasgos como un mal profundo. Una arruga por cada puñalada que no se ha dado. Es la gran organizadora de dramas y heroínas. Asegura la continuidad de las violencias.

—Tan bello como en la antigüedad!

Aquel Meuse sobre el cual flotaban tantas pasiones, superponía su historia trágica á la del Tíber, iluminándola vagamente, cuanto lo permitía el corto número de los faros. Botas ó coturnos, túnicas ó jubones, cascos ó pesados sombreros de fieltro empapados de travéz, á lo *bravo*, todos esos accesorios de comparsas, recubrían actores idénticos. La caída de Guillermo el taciturno era el eco de la de César.

—Pero lo que el libro no da, lo que mi espíritu mascaba en el vacío, es el relieve de las carnes y de las multitudes que momentáneamente sirven para expresar las pasiones. César, Bruto, Antonio, Coriolano, Timon siguen siendo para mí sombras flotantes. Me persiguen y no puedo llenar de vida sus espectroimpalpables. Mañana tendré con que alimentar esas visiones. Yo haré rementar los siglos á las lágrimas que corren hoy. Esos mendigos serán mis pretorianos. El menor que pase ante mis ojos me dará, febril, los gestos de Roma. Extraña terquedad la de la humanidad, que desde que se elevaron las escenas del mundo, repite siempre la misma comedia, con las mismas circunstancias, los mismos altos y bajos de fortuna, las mismas vacilaciones y las mismas crisis. Es una serie de huellas en donde todos los pasos deben aplicarse, un desfile de monos saltadores ó juiciosos, cuyas sombras se adaptan y se confunden.

El *Tritón* se metió en un canal mas estrecho. Sobre las orillas se alzaba un amontonamiento de casas, silueta inmóvil sobrepujada por los mástiles vacilantes, porque había allí navíos de todas formas y de todas dimensiones: redondos y rechonchos, delgados ó cuadrados, recubiertos de castillitos de popa, de bultos y sobre cuyo puente saltaban y corrían marineros atareados.

La tripulación del *Tritón* se entregó á una maniobra complicada. Se trataba de amarrarse á uno de esos bateles, visto

lo lleno que estaba de ellos el canal. Fueron llamamientos, diálogos sin fin, temblor de linternas, apariciones de altas estatuas sombrías. Blacknaff hablaba bastante mal el alemán. Shakespeare tuvo que servirle de intérprete.

—¿El mar está tranquilo en el estrecho?

—¿Habeis encontrado españoles?

—Imposible daros una cuerda. Nos vamos mañana. Y os estaría trabajo el separarnos.

—¿Cómo va el negocio de las especias?

Los caracteres salían de la obscuridad, afables ó brutales, indiferentes ó rencorosos, pero sobre todo, desconfiados. Por fin se halló una nave inglesa, de apariencia maciza y segura, que por la boca de su capitán consintió en servir de intermediario entre el muelle y el *Tritón*. Este quedó fijado solidamente á su compatriota.

Mientras los marineros se ocupaban en animarla, Blacknaff y su pasajero descendieron á tierra. Sobre el muelle, mal alumbrado, había poca gente. Sin embargo, el capitán tuvo a ocasión de saludar con su terrible risa, á algunos camaradas. Shakespeare le había dado las dos monedas de oro. Llevaba la alforja sobre la espalda, sujeta por una correa sólida. Con pie alegre, media el suelo extranjero.

—Oye—le dijo Blacknaff—puesto que no conoces á nadie aquí, voy á conducirte á *La Escudilla de Madera*, la posada de un amigo mío, el bueno y honrado Moorels. Tiene una hija linda, una mesa famosa y lechos excelentes. Te vas á quedar mucho tiempo en Rotterdam?

—No sé. Eso dependerá de mi capricho.

—Pues que tu capricho escuche mi consejo. Este país es presa de facciosos.

El capitán fingía un lenguaje solemne.

—No te declares á favor de los unos ni de los otros, porque no se sabe nunca quién es más fuerte mañana. Desconfía de los aires bonachones de ese que es holandés. Son ladrones y rencorosos, y en cuanto á tu cinturón relleno de oro, déjalo siempre en lugar seguro.

Habían atravesado una calleja estrecha é infecta. Sobre el

29892

UNIVERSIDAD DE MEXICO
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"

pavimento roncaban algunos ebrios. Seguían otro corral más ancho que el primero, bordado de altas casas, cubierto también de navíos, cuyos mástiles hormigueaban como un ejército de lanzas, la cálida noche de Agosto engendraba olores raros, en los que dominaba el alquitrán y la vieja madera.

Un grupo de hombres balanceando faroles les detuvo. Como hacía un momento, el Jefe de los Mendigos, el que mandaba la patrulla, les preguntó de dónde venían y a dónde iban, Blacknaff enseñó un pasaporte grisiento que bailaba en sus dedos. Estas alertas extasiaban a Shakespeare. Amaba ya esa comarca inquieta, en donde eran tensos los espíritus, en donde se sentía temblar en la sombra los espías y los traidores, caracteres pintarascos y envueltos en vergüenza. ¡Qué contraste con las noches tranquilas de Stratford el grito del sereno o del botero acechando a los retardatarios sobre su botecito!

Blacknaff no compartía su satisfacción.

—¡Sucio país!—gruñía—donde está uno siempre entre las patas de los soldados! Esta gente no piensa más que en molestar, en brutalizar y degollar. Es su oficio. Detestan a los comerciantes. Quisiera que se mataran todos unos a otros. Ahí al fin llegamos!

Con su puño sólido llamó a una puertecita. Se abrió. Los dos compañeros penetraron en una sala bastante grande, pero baja de techo, en donde muchas personas bebían, sentadas ante largas mesas. Gruesos quinqués pendían del techo. El calor era sofocante, y por decirlo así macizo. Oía a sudor, a carne y a encierro.

—¿Qué! no está el patrón!—vociferó Blacknaff, cuya timidez tomaba así las apariencias de la osadía.

—Señores, mi padre va a venir. Ha sido buena el viaje, capitán!

—Excusad, Eva, no os distinguía en esta multitud. Pero hemos salido bien de la travesía, aunque el mar parecía una vieja mula y el granizo se rompiera sobre nuestras cabezas. Os traigo un viajero, el señor William Shakespeare, de Stratford.

—Bien llegado, señor.

UNIVERSIDAD
"ESTRATFORD"

Shakespeare miraba a Eva, joven delgada, de ojos azules y de facciones delicadas. Sus cabellos, de un rubio muy pálido—los más lindos del mundo—se hallaban peinados armoniosamente retenidos con una redecilla, la cual descendía hasta la nuca; las sienes estaban sujetas por dos medallitas de oro. Tenía los brazos desnudos hasta el codo, algo gordos para su talla, pero terminados por manos finas, y se los acariciaba ruborizándose y arqueando cadenciosamente su pie derecho, que parecía un ratoncito.

Mientras buscaba un cumplimiento, de los que pudieran en aquel recuerdo casto y dulce, el tío Moorels llegó, llevando bajo cada brazo una botella. Su cara era una verdadera calabaza, cuya corteza, cocida por ese sol interior, que es la buena comida, había pasado al rojo vivo. Cuatro ó cinco papadas descendían sobre su cuello, anchas, confortables y beatas. Sus ojitos, algo chinos, en su cara estirada, lucían de malicia jovial, y sus enormes brazos cortos formaban dos asas para su panza, que palpaba siempre hablando. Y de ese cuerpo ancho y rechoncho, de esa boca hendida como en un pedazo de buey, salía una voz delgada y chillona, órgano paradójico y ridículo.

—Siempre sanote, eh, tío Moorels! Nadie se pone flaco en La Escudilla de Madera.

Blacknaff le sacudía, le hacía voltear como un grueso bebé a quien se admira, golpeándole los hombros, el vientre, los muslos y la espalda, asegurándose de la buena calidad de esa carne opulenta. El posadero había dejado las botellas y se reía cuanto le permitía la excesiva hinchazón de sus mejillas.

La ruidosa hilaridad de Blacknaff exasperaba la atención de los bebedores, y Shakespeare distinguió una variedad de caras de un tipo nuevo en absoluto para él. La grasa no era la misma que en Inglaterra, y la flacura tenía algo de particularmente anormal y cruel. Las carotas inflamadas parecían hacer prima, así como también las barbas puntiagudas, y todos esos pillos soberbios, robustos, con sus trajes sencillos y ricos, daban la impresión de una fuerte raza.

—Te lo confío, joven—repetía Blacknaff—presentando a

Shakespeare, mientras Moorels movía compungido la cabeza. Es un buen muchacho, voto al diablo! Ah, ah, ah! Voto al diablo! No le tiene miedo á nada, ni á los peces, ni á los marineros, ni á la tempestad, ni á la botella tampoco. Ya tu me entiendes, vieja odre, viejo tonel, viejo pie de parra. Es, destapadme una. Me voy pasado mañana. Y esta noche, lo que es esta noche, la paso de juerga. Ah, ah! Una buena, eh! Moorels, una famosa.

—Eh, oye tú, patrón. Eh, oye tú! Un aguardiente y del bueno!

Aquella voz hablaba en inglés detrás de Shakespeare. Volvió la cara y vió un hombre largo, mirada de negra, bajo un gran fieltro de plumas.

—Un compatriota nuestro—dijo respetuoso Moorels;—el caballero John, mi mejor locatario.

Eva volvió con vasos y una vieja botella cubierta de polvo. Al disponer una mesa, sus ojos se encontraron con los de William. Sonrió.

—Verdad que mi pequeña es muy fiada!—dijo orgulloso el posadero. —Y buena! y trabajadora! Desde la muerte de mi pobre mujer es ella quien lleva toda la casa. Y está muy limpia, muy bien cuidada, brilla como el oro; hay que verla. Es á un tiempo mi hija, mi madre y mi dama. Si me dice: artójate al canal, me arrojaría gozoso. Sí, será rica. Tengo una buena casa, conocida y antigua, además de *La Escudilla de Madera*. Por aquí han pasado los más altos personajes, y nuestro pobre señor, ¡Dios tenga su alma!, ha venido tres veces y ha hecho bailar á Eva sobre sus rodillas y le ha sifado una marcha guerrera. Pero Eva no lo recuerda. Era demasiado niña.

La joven, á quien conturbaba este orgullo, se dirigió hacia el fondo de la sala.

—Es orgullosa y tímida—continuó extasiado el padre. —Qué bien anda! El domingo, en vez de correr con las chicas de su edad, se queda aquí y melée. Y luego, nos sentamos ante su puerta. Trabaja con su aguja y yo lo mismo, mientras tiene inclinada la cabeza; y créame usted; cada cinco minutos tengo que levantarme y besarla!

Blacknaff conocía esta manía paternal del grueso Moorels y mientras probaba su aguardiente le dejaba hablar. Y castañeteaba su lengua, limpiándose la barba con el dorso de la mano.

—Seréis nuestro huésped por largo tiempo?—preguntó el posadero á Shakespeare.

—Según y conforme. Viajo por gusto. Visitaré las curiosidades de la ciudad.

—¿Las curiosidades, señor? Si no las hay,—gritó Moorels con su vezagude, con el gesto sóbrio y cómico de sus brazos demasiado cortos.—No hay en nuestra ciudad más que comerciantes, marineros y soldados, como en todas partes. Antiguamente había riquezas, tesoros, bellas casas; pero todo quedó arruinado, pillado y saqueado. Nadie es aquí ya, ni siquiera alegre. Desde la terrible desgracia del mes pasado, no vais más que casas tristes y lágrimas en los ojos.

Y suspiró.

—Amábamos tanto á nuestro Guillermo! Después de mi hija, era la persona á quien más adoraba. Ah! no es á Holanda á donde hay que venir para entretenerse! Siéntate un momento á mi lado, lindísima. Te fatigas sirviéndonos tanto.

Y sujetaba á Eva por el tallo. Esta obedeció. Parecía distraída y sus ojos azules seguían alguna imagen lejana que le impedía mezclarse á la conversación.

El aspecto de la bella inflamaba á Shakespeare. Sin ella podía comprenderlo todo, pero era tarea seca é ingrata. Con ella, comenzaba á sentir, y el entusiasmo nacía en él de un suave perfil ó de un pecho que se levanta armoniosamente bajo el corpiño. Dijo á Eva algunas frases galantes, pero esta no las escuchaba. Tenía hundida la barba en sus manos, en donde chispaba una sortija de oro.

—Déjale que diga lo que quiera, querida mía. El señor no es un galante, puesto que está casado y tiene dos hijos. Porque mirad, Eva le tiene terror al matrimonio. Ha rechazado los mejores partidos. Mirad á ese, en el fondo de la sala, sobre el tercer banco. De desesperación se ha reclutado en los Mendigos. Es el hijo bastardo de un gentil hombre. Adora á Eva. Eva no le ha querido. A mí, que soy viejo y egoísta, me gusta eso.

—Las mejores cosas deben cesar—gruñó Blacknaff, quien había bebido mucho de la botella y no quería perder su noche—A tu salud compañero y á tu dichoso viaje.

Y chocó su cubilete contra el de Shakespear.

—Bebed á la venganza y en voz muy alta—dijo Moorels.—Es la costumbre después del homicidio.

—A la venganza!—aulló Blacknaff.

Y la sala entera se puso de pie y las voces robustas respondían gravemente: «A la venganza!» Shakespear notó que una sonrisa singular plegaba la cara del caballero John; pero tembló de placer ante ese odio. Verdadera sangre corría en las venas de los bebedores. ¿Quién hubiera creído que esos pesados organismos sufrían así el quebrantamiento de los sentimientos extremos?

—Y no habéis bebido también á la venganza?

—Sí, señor, soy patriota y quisiera que se matara, hasta que no quedara ninguno, á los españoles.

La blanda Eva pronunció con adorable energía estas palabras sanguinarias, y Shakespear miraba aquellos labios más hechos para los besos que para las mordeduras. Al rededor de su cuello de tórtola había un collar de terciopelo del cual pendía una cruz. De modo que esos puntos brillantes en los dedos, en las sienes y sobre el pecho realzaban su gracia ligera. Las sirvientas de Diana tenían, sin duda, ese continente y ese ademán.

Blacknaff, paternalmente, abrazó á su pasajero.

—He ahí—se dijo el joven—una risa en la tempestad que he confiado á mi memoria. Viajo solo hace dos días y esta bella barba pertenece al pasado. No importa; el último hilo que me ataba á la tierra se ha roto.

—Es un gran capitán—dijo Moorels, después que el coloso se fué.—Vosotros no debéis tener muchos al nivel suyo, en vuestra isla. ¡Y con apetito! Le sirvo, diariamente, cinco comidas. ¡Recuerdas, adorada mía, cuando habló de comerse él solo, 8 pollos? Y á fé mía, cumplió su palabra; la salsa le salía por las orejas. Yo os daré, señor, el cuarto que está junto al mío. Es grande y confortable. Ya han llevado á él vuestra alforja.

Todo lo que necesitéis, reclamadlo. Y perdonadme si me ocupo ahora de mi clientela.

Eva, con aspecto de sonámbula, siguió á su padre.

Shakespear se quedó solo ante los vasos y las botellas. Entonces aquel á quien llamaban el caballero John, acercó su silla á la de él:

—¿Sois inglés, señor?

Y bajó el tono:

—Pienso que la desaparición del Taciturno os deja bastante frío.

El poeta se puso en guardia, pues la mirada de su interlocutor le impresionaba.

—Cuando se viaja, hay que experimentar algo las pasiones del país que uno recorra. De otro modo, el placer sería insípido.

La dulzona fisonomía se hizo de pronto atenta y helada.

—Es un punto de vista. Pero para quien estudia sin sufrir las pasiones, el placer es más vivo.

La argucia de William se despertó. No le disgustaba salir de las conversaciones vulgares.

—Creo, señor, que para observar bien, es preciso sentir.

—Es verdad. Pero hay una manera de sentir, conservando intacta su personalidad.

—La hipocresía.

—Acabáis de nombrar una facultad sublime.

—Somos casi de la misma opinión. He deseado siempre ser cómico.

—Perderéis en ese oficio el alma. A qué subir sobre el tablado cuando la vida es una perpétua mascarada? Si no me os basta un solo papel, tenéis toda la serie: el enamorado, el guerrero, como esos bravucones que sacuden sus espadas aullando *venganza*; el príncipe y el traficante. Y el repertorio es variadísimo.

Y el caballero John se vertió un vaso de aguardiente, que arrejó en una boquita de labios finos, enmascarados de un large bigote obscuro.

Las maneras aquellas y cierto acento, habían hecho pensar á William: «Este no es un inglés.» Y apoyando su duda:

—¿Sois de Londres mismo, señor?

—Del mismo Londres.

—¿Hace mucho que estáis en Holanda?

—¿Qué importa?—eludió alegremente el personaje.—Sois joven, y aunque inteligente, igual á las gentes del pueblo, que quieren en seguida saber con quién tratan. Dejadme con esta vaguedad. Así picaré más vuestra curiosidad y prestaréis más atención á mis frases. Mi edad será para vos una garantía de sabiduría. Tengo 43 años.

—He conocido un loco que tenía 64 años.

—Mucho orgullo—prosигuió el caballero, como hablándose á sí mismo.—Perpicaz, fiero y leal. Perdonadme. Estoy trazando en alta voz las líneas de vuestro carácter.

En este momento resonó en la sala un tumulto espantoso. Se había elevado una discusión entre dos grupos de bebedores. Los puños golpeaban las mesas. Una de las vociferaciones surgió y apostrofó á otro de cerca, como un perro; sus ojos saltaban, inyectados de sangre. Crispaba una mano sobre el pomo de la espada. La otra azotaba con furor el aire.

—¿Erais de esa expedición? ¡No, verdad? Os calentábais las piernas mientras nos mataban.

El grueso Moorels trató de interponerse, pero en vano.

—Os habéis hecho Mendigos cuando ha pasado el peligro; cuando no hay ya más que vagabundos. Y como todos los cobardes, decís que los otros mienten.

—¿Cebardes nosotros?

Hubo un tumulto, un remolino, un escándalo. Una pesada botella, lanzada terriblemente, rozó la cara de la blonda Eva y se rompió en mil pedazos contra la muralla.

A la vista del peligro que su hija había corrido, tuvo el posadero un violento acceso de rabia. Su enorme cara palideció. Se arrojó entre los combatientes.

—¡Por poco matais á mi hija! ¡Canallas! ¡bandidos! ¡largo de aquí! ¡no más! ¡no más! Aunque seais mendigos os mataré á todos!

Agitaba furioso sus bracitos. Su voz estridente aumentaba lo cómico de sus transportes, de tal modo que todo cambió y hubo una tregua irónica.

—Has perdido la cabeza, vendedor de pescado.

—Más alto, más alto, vete!

—Te fundes en tu grasa!

Eva había corrido junto á su padre. Procuraba hacerle callar y consolarle.

—No me han hecho mal. No era su intención.

Sus ojos tan bellos imploraban la indulgencia. El la acariciaba, la abrazaba y luego comenzaba de nuevo sus invectivas.

—Mi adorada, mi encantadora, ¿y si te hubieran tocado? ¿Y si te hubieran herido? Los hubiera matado. ¡No has tenido miedo? ¡no caerás enferma? ¡Quién es el pillo que ha lanzado esta botella!

Agitado, calló sobre un banco, pero tenía sujetos los brazos de su hija y los cubría de besos. Los gentiles hombres se encogían de hombros. Su alegría había cesado. Aquella reunión acababa malhumorada.

—Adiós, viejo loco. Si vuelvo á poner los piés en este tugurio

—A mí me inspiran risa vuestros parroquianos. ¡Buenas noches! ¡Idos al diablo!

—Le hablaremos de tí.

Uno á uno—por grupos murmuradores—se fueron los clientes. Shakespeare, á quien había interesado toda esta escena, le miraba irse con su traza descuidada y altanera; la mayor parte de ellos, ventruados, con sus anchos cinturones de cuero; otros más avispados y más jóvenes, portadores de finas espadas ó de puñales; admiraba aquellos movimientos heroicos de pavo y aquellos cuerpos de orgiásticos que se sacrificaban por la independencia de la patria. Los sarcasmos del caballero John le desagradaban. Este, á caballo sobre su silla, murmuraba observaciones descorteses.

—Vaya unos defensores. Se llaman mendigos y revientan de hartura. No les faltá más que matar niños.

—¡Por qué no hacéis en voz alta esas reflexiones!

—Porque, joven, vivimos en un tiempo en que no se sue-

no proclamar la verdad sino llevando cien hombres de armas detrás de él, otros cien delante y otros cien a los lados.

—¿Y los martires?

—Daban tanta importancia á sus propósitos que sacrificaban á ellos su vida. Pero era un mal cálculo.

Moorels, vibrante todavía, se acercó á ellos.

—Herir á mi hijo! Conocéis eso, señores! Me he indignado, pero no me pude contener. ¡Bat! ¡Sen! Buenos muchachos. Además, *La Escudilla de Madera* es la cita de los patriotas. Me llaman el padre de los Mendigos. Los he alojado en otro tiempo, cuando eso era un negocio. Y he estado á punto de dejar ahí la la piel. Por fortuna, la niña no estaba conmigo; la había mandado al Norte, á casa de una parienta, donde no llegaban los asesinos.

Eva, ayudada de algunas sirvientas, alineaba los vasos y las botellas. Cerraron con pesadas barras las ventanas.

—Mi adorada es muy patriota, como ella misma os lo decía, señores. Y animosa. Una verdadera leona. Cuando supo el homicidio del Taciturno, se volvió loca. Amotinaba á la gente que pasaba. Ah, qué escándalo! Le enseñé las canciones de antaño, de mi juventud. Está en ellas magnífica. Eva, deja la vajilla y cántanos algo, antes de irte á dormir.

—Pero padre, se me han olvidado....

—Telo ruego; si no, me pongo triste.

El caballero John insistió. Por último, la joven fué á sentarse al lado de su padre, y echándole un brazo al hombro, con voz algo áspera, pero muy expresiva, entonó una canción belicosa escrita en odio al duque de Alba. Moorels rujía el refrán.

Las miradas del viejo recordaban. Vía de nuevo las horas implacables, las llamas de las piras, los crucifijos alzados sobre osarios. Oía los gritos de las víctimas, de los parientes, de los amigos, que confiaban su causa á los supervivientes, á través del humo y de los cantos litúrgicos. Esas fieras imágenes agitaban sus músculos, dando á su pensamiento el recuerdo. Eva comulgaba en esas ideas con él. Con sus ornamentos de oro y sus ojos duros, en aquel instante le pareció á Shakespeare una amazona antigua. Contemplaba atentamente

sus manos rígidas, su cuello hinchado por el sonido y la cólera, su nariz delgada y su boca burlona. Los hijos de esa cantante serían vorones, y sus espadas bailarían una zambra feroz sobre los nervios de los enemigos. Así se siembran los vengadores. El que levantará una raza está concebido por el amor, en una noche de estrellas, por una muchacha como esa y un hombre á quien se han matado los suyos. El ardor de sus rencores se junta al de sus besos, y sus cuerpos crean un héroe.

Acabó la canción.

—Bravo! admirable!

El caballero John pareció entusiasmado, Moorels abrazó á su pequeña.

—Eh! Había yo mentido! Esta chica me trastorna. Yo, te adoro, sabes, mi angelito! te adoro de rodillas.

Se arrojó al suelo y juntó las manos.

—Es el corazón de nuestra patria el que late en su lindo corazoncito. Si supierais, señores, la impresión que me hace su voz, me hallarías ridículo. Entro en el paraíso. Oigo á mi mujer y á mi madre, y á viejas que me han querido mucho. Es exaltador y triste. Tengo ganas de sollozar y de saltar de gozo.

Eva, enternecida, se reía.

—Pero levántate, que esos señores se burlarán de tí.

—Tienes razón. Voy á acostarme.

—Primero yo. Buenas noches, señores. Buenas noches, padre.

El la tuvo abrazada durante largo tiempo. Ella, cabellera, desapareció. Moorels temblaba de emoción.

Algunas veces por la noche, voy hasta la puerta de su cuarto para escuchar su soplo. Cuando hay viento, no oigo nada. Pero cuando el aire está tranquilo, es como si susurraran hojas.... Desde que amaneco entra en mi cuarto y río y yo y viene. Es un pájaro. Me cuenta historias tan picarescas! Parece seria, si, porque es tímida. Pero bromea y hace muecas. Invita á los que vienen aquí, nuestros vecinos y nuestros conocidos. Cualquiera se engañaría.... don, señores, os fatiga. Cuando se trata de ella, no se callarme. Ah! por fortuna no he sabido quien había tirado esa botella! Vuestros cuartos están

ya aderezados. Señor... como?... Vuestro nombre es tan difícil de pronunciar....

—Shakespeare.

—Creo que quedareis contento. Buenas noches, caballero. Buenas noches, a flores.

Y se fué trotando menudito sobre sus hinchadas piernas. William y sus compañeros se levantaron, saludaron y le siguieron.

A la mañana siguiente muy temprano, Shakespeare vaga bapor Reiterdam, lleno de aguda curiosidad, exasperados como necesidades sus sentidos, hambriento de visiones, sediento de ruidos, repuesto de las fatigas de la travesía por una buena noche en un lecho confortable. El día era limpio. En frente de *La Escudilla de Madera*, sobre la otra orilla del canal, un enorme molino negro viraba silenciosamente sus alas que parecían moler sin fatiga vastos triángulos de cielo azul. Y en todos los puntos del horizonte, tras las casas y los canales, se veían otros molinos, encarnizados en su tarea, trabajadores (cubiertos de tela) del espacio y del viento. Formaban móviles siluetas entre los mástiles rígidos de los navíos. Esos huéspedes del cielo y del mar acaparaban así la atención, y toda la ciudad respiraba la partida, tenía un olor de lejanía. A aquella hora matinal pasaban por los muelles muy pocas personas; amas de llave apresuradas, ébrios despertados por el sol, y soldados que iban a montar la guardia. Esos tenían miradas desconfiadas y un aspecto serio que probaban un país en estado de sitio; sus pesadas botas martillaban cadenciosamente el suelo. Bien pronto comenzó la vida en las barcas. Los marineros subieron, limpiaron el puente, izaron y apilaron los fardos. Su labor era regular y sana, y sus gestos tenían solemnidad; la tradición que da un largo uso. Había extranjeros; todos se hablaban en varias lenguas. Apararecieron algunos burgueses que venían a traficar, mezclando sus cuerpos robustos a los más esbeltos de los navegantes. Una verdadera multitud hervía a lo largo de los muelles. Carretillas arrastradas por perros de ojos buenos, rodaban aquí y allí. Shakespeare amaba ese espectáculo. Cuando iba a Londres, pasaba casi siempre sus días en las orillas del

Támesis, en donde late el corazón de la gran ciudad. Pero aquí percibía fuertemente las diferencias. Todo le atraía a la vez: las sonoridades desusadas del lenguaje, la batahola de las casas y los intereses, una mezcla singular de guerra y de comercio, la estrecha unión de los navíos, las casas y los molinos. Se esforzaba, en ese país, nuevo para sus miradas, por desenmarañar los tipos nacionales, esos grandes caracteres físicos que limitan una raza a algunas familias y dan la clave de los temperamentos. En medio de esos atareados, se acentúa el único vagabundo. Hubiera querido participar de los sentimientos por los cuales atravesaba, discutir el precio de las especias, esperar febrilmente una carga que traen las inciertas olas.

Una mujer regañaba a su marido, sólido viejo de facciones enérgicas, pero humilde ante esos reproches. Ella tenía una cara regular, una volubilidad excesiva de palabras, un peinado semejante al de Eva y cuyos ornamentos de oro brillaban al sol. William en su discurso flamenco, distinguía cifras sobre las cuales insistía más. En torno de ellos algunos marineros se reían, burlones. Cuando pareció cansada, su marido la cogió del brazo y se la llevó dulcemente fuera del grupo. Hubo en ese movimiento tanta delicadeza que el joven se quedó maravillado. Pero estas son bellezas efímeras y secretas. ¿Puede hacerse accesible a otros el misterio rápido de una presión de manos, el instante fugitivo, la circunstancia?

—El dramaturgo—pensaba él, porque su pasión lo relacionaba todo con el teatro—deba dejar a un lado lo que es el perfume de la vida, la esencia del gesto y la mirada, juegos de la atmósfera y el ser por los cuales se ilumina bruscamente un alma. Yo me estoy rozando con un pueblo innumerable. Veo sus formas y su color, asisto a las múltiples escenas que se representan desde el contacto humano y por todas partes presiento lo que no se puede expresar. Se necesitaría un volumen entero, escrito no con palabras, sino con sentimientos y estremecimientos, para traducir la emoción que me ha procurado este viejo. Es que yo estaba en estado de adivinación. Mientras los otros se agitan en la existencia, en donde se cambian toda las ideas, en donde tienen

lugar todas las pelotas, existo yo, cosa cerrada, secreta, pero animada por el más amplio espectáculo: mi propia existencia; en donde fermenta todo un mundo posible. ¡Cómo se juntan esos dos terbellinos, y sobre todo, cómo expresar esa efusión de dos ríos, fusión evidente y palpable, aun con aynda de gente y gestos!

Aunque fuera empujado por dos sólidos marineros, y la partida de un barco de velas negras agifara el canal, su reflexión se hizo más sutil.

—Algunas veces estoy alegre y asisto á la alegría. Las impresiones se superponen. Pero si estoy apenado y asisto á la alegría hay penetración de las corrientes y batalla... Y luego es una onda de melancolía. Y este estado, como la soledad, nos hace aptos para concebirlo todo, porque mezcla los dos lenguajes de la alegría y la tristeza, con los cuales el hombre está sujeto.

Llegaba al estado febril del espíritu. El sueño razonador se eclipsó. Lo real le invadió con fuerza y mientras las campanas sonaban á todo vuelo, mientras la multitud se hacía más compacta, y se formaba al aire libre una especie de mercado al rededor del cual charlaban las comadres, mientras las finas arboladuras paseaban sus sombras vacilantes sobre las legumbres rojas y las flores de oro, notó un grupo de niños y niñas de caras resueltas y avispadas, á quienes uno más viejo contaba una historia en mal alemán:

—Entonces el cisne cegó con su pico al maldito español y lo sacudía, lo sacudía. Después lentamente se lo comió. Y al día siguiente tuvo un cólico.

Sus compañeros se reían. William se acercó. Los niños le excitaban como poemas de estrofas perpetuamente compactas y nuevas. Sus imaginaciones concordaban con la de él, inmediatas y flexibles y sin esos fatigosos intermediarios que en ellos depositan los años.

Se dirigió al que narraba la historia:

—¿Qué cosa es esa que estás contando?

El niño le miró malévolamente.

—De dónde eres tú?

—Soy inglés.

—Me alegro. Los ingleses son amigos nuestros.

—Hay espías en todas partes.

—¿Qué clase es ese?

—Un animal menos preguntón que tú.

Esta respuesta despertó una hilaridad general. Pero William, terco, prosiguió.

—Haces mal en hablarme así. Eso no es hospitalario. Adoro la Holanda.

—Entonces di: Mueran los Españoles!

—Mueran los españoles!

—Muera Farnesio!

—Muera Farnesio! Pero vaya un juego!

—No es un juego. Es un ejercicio. Cuande los matemos, sabremos qué contarles.

—Tienes mucha gana de matar?

—Mis camaradas y yo, mientras quede uno de esos malditos en los Países Bajos, agarraremos nuestros puñales. Y las niñas cuidarán á los heridos. ¡No es así, niñas?

—Sí, sí!

—Sabes que han asesinado al Taciturno?

—Lo sé.

—Pues bien, mira estas manos. No se contentarán más que cuando se hallen rojas de sangre española.

El hombrecito hablaba en voz clara, con la seguridad de un capitán, y su tropa parlanchina se había quedado muy grave.

—¿Qué edad tienes?

—La de vengar á nuestros padres, la de marchar tras de los pífanos. Doce años.

E hizo el gesto de tocar una música guerrera.

—¿Cómo te llamas?

—Lucas.

Y todos pensáis como él?

—Todos, todos.

Y los niños, cejidos de las manos, bailaron una ronda alrededor de Shakespeare. Y cantaron:

El inglés ayudará

A matarlos con metralla

El inglés ayudará

A arrojar á esa canalla.

Cantada la copla, huyeron entre saltos y risas.

Shakespeare volvió á ponerse en marcha. Se le ocurrió esta idea: que los niños forman en el seno de los pueblos un vasto pueblo en donde pueden leerse los acontecimientos futuros. Los espectáculos que caen en sus corazones frenéticos serán los granos fecundos de sus actos. Esos pequeños holandeses, llenos de asco y odio, libertarían su país. Quizás morirían, porque la tarea era demasiado fuerte. Porque el deber que inspira la venganza no basta. Se necesitan, además, músculos. Ese gran árbol exige una savia abundante. Las pasiones de la juventud son tan venenosas que arruinan el cuerpo por exceso de imágenes.

El poeta soñó una asociación de niños enérgicos, preparando de larga mano una hazafia libertadora ó la venganza de padres asesinados. Con la edad, su poder declinaría y en el momento de realizar el acto, no tendrían ya la voluntad. De ahí, concibió un solo ser cargado de tal fardo, expirando bajo el peso, arrastrando ante los espectadores una alma agotada. Los sobresaltos y traqueteos de esa alma de prueba, representarían un compendio de nuestros deseos sin éxito, de nuestros destinos en callejón sin salida, de nuestras veleidades ruinosas, penosos despojos que la debilidad arrastra. Pero de pronto se desvaneció su fantasía: en el codo del canal, en plena luz, *El Tritón*, limpio y coqueto, brillaba al lado del navío inglés. Sobre el puente, cubierto de mercancías, se agitaban Cock, Dobby y Tom, mientras Blacknaff discutía con un comerciante grueso. Esta vista hizo vibrar al joven.

—Hé ahí mi casa flotante. Se irá mañana. Y pronto no será ya *El Tritón*, sino un navío sin nombre, llevándose á orillas ignoradas muchos destinos apretados los unos contra los otros. Mi delirio va á deformar ese monstruo de vigas y velas, esas buenas gentes y el asqueroso Fred. Pueda ya un día, embarcar ahí á mi Stella á quien por poco poseo en la proa del navío. Adios, exquisitos trozos de pescado, carne sazonada de perejil,

camarote cálido donde vivió Plutarco. En mi recuerdo, iluminado por un hilo de luz ardiente, se amontona y se asienta todo eso; algunos se *ankilosan* ó se borran en la sombra. Es una nueva alforje, de donde sacaré, según mi humor, majestades ó miserias, algo de filosofía y alguna pena.

En una callejuela vecina, un vendedor de libros viejos preparaba su tienda. Bostezaba y se estiraba, como si hubiera dormido mal y su fisomía, aun joven, estaba cubierta de cicatrices y costurenes que simulaban arrugas profundas. Shakespeare amaba los libros. Los libros buenos le hacían el efecto de seres abiertos cuya alma corre, de amigos heridos que antes de morir confían su secreto á su amigo, sin descuidar ninguna circunstancia, no insistiendo más que sobre lo esencial, con frases que quedan ardientes en la memoria. Aun á través de los caracteres de imprenta, oía la voz de los autores. La de Plutarco era dulce. Familiar en la exposición de la juventud y de los primeros esfuerzos hacia la gloria, se hacía grave y altanera con los éxitos y las coronas de laurel, obscuraciéndose hacia la caída, el declinar, la vergüenza, todas las maneras de salir de un bello sueño. Así habla el destino del héroe: cuchicheo en la infancia, aullido en el apogeo, hoto cuando resuenan las trompetas de quien le reemplazará. Shakespeare veneraba, de los libros, la impresión grisienta y negra, la cubierta ornada á menudo de una viñeta alegórica, los pliegues y las roturas de la curiosidad, el olor del pergamino y del polvo. En cuanto á los libros malos, á los que son la confesión ó la fantasía pasajera de un autor mediano, no les descuidaba. A menudo, en esas obras de mogollón ó demasiado laboriosas se halla un germen desconocido que quiere el calor de una imaginación para transformarse en planta y en flor embalsamada. La más bella de todas las obras sería quizás formada por la reunión de las palabras interesantes que han dicho aquí y allá escritores ínfimos y que no espera más que su profeta.

Entró en la tienda del librero, y como de costumbre le preguntó:

¿Qué hay de bueno?

El hombre sacudió su cara llena de costurones.

—Nada, señor, nada, mi pobre señor. Ya el talento no tiene tiempo de producirse. Ahora se escriben mas que libros llenos de injurias, discusiones á la alemana, mezclas de teología y de humo, *maestros* italianos y obras de geografía.

El poeta, cerca de una pila de volúmenes, miraba títulos raros que, en efecto, no le atraían. Le interesaba más el vendedor.

—Y á qué obedece esa carestía?

—Al estruendo de las armas, señor; á la violencia y á la grosería de las costumbres. He sido soldado, he sido mendigo; ved mis heridas. He caminado entre sangre, he roto cabezas, me he reído ante ahorcados, y embetunado mis botas con grasa humana. Ahora estoy aburrido y me he dedicado á este oficio apacible. Pero el mundo está como yo: fatigado de la guerra. La inteligencia ha disminuido tanto, que ya nadie compra más que imágenes.

—Sin embargo, en Inglaterra...

—Oh! Inglaterra ama todavía la poesía, pero Francia, España, Alemania y la misma Italia están tan enervadas en sus sucias tareas actuales, que obligan al arte á contarlas.

Una montaña de libros se desplomó.

—No los recojáis, señor, no vale la pena. Se quedarán lo que son. Estad tranquilo. Dentro de cinco minutos entrará un fanático acorazado de Biblias y levantará esas maravillas, las limpiará y las besará.

Willian hojeaba un Erasmo. El librero tuvo una sonrisa desengañada.

—Este es nuestro gran hombre. Oiréis su nombre por toda la ciudad. Yo no le leo. Su figura es vulgar, su fantasía es trecha. No hay ahífamento alguno.

—Oreo que denigráis demasiado vuestra época. Lo que parece feo hoy parecerá bello con el traje del tiempo. Un Plutarco ennoblecera la vida de muchas personas que despreciais.

—Plutarco, señor, Plutarco!

Y el hombre se encogió de hombros.

—Es un guardador de grandes capitanes—prosiguió—y de bravucones, un tanto á quien impresionan las vociferaciones y

las emboscadas. Por lo que mi respecta, he visto esas cosas muy de cerca. No es más que infamia y tristeza. Yo para escapar á ese mundo, me siento en un rincón de mi tienda, y obro al azar un Virgilio.

—Cuál!

—Las *Georgicas*. Es lo que más me agrada de él. Platón también, con sus admirables perfiles de jóvenes y de filósofos que mezclan la amistad al amor. Ah! antes no faltaban descubridores de pensamientos brillantes y coperos de ensueños. La tierra ha sido un lugar gozoso. Señor, teméis las blasfemias?

Según el giro que se les dá.

—Pues hoy se blasfemia de Dios. Se le discute y los temperamentos diversos le prestan cualidades diferentes que se contrarían. De ahí, los reformadores, las piras, la Inquisición toda era hoguera. Antes los del Norte tenían su Dios y los del Mediodía el suyo. Los vendimias, los bosques, las cosechas, las montañas y las llanuras, tenían los suyos. Había un dios para los tristes y para los hipocondríacos, uno para los alegres y sanos, uno para los viciosos, uno para los virtuosos, y así sucesivamente. Cada uno iba á su capilla y no tenía gana alguna de trastornar la del vecino. Y cuanto más reflexiono en esto, más me convenzo de que la revelación de un dios único ha sido una grande irreparable falta.

Shakespeare no dijo nada. El otro prosiguió:

—Parecís molesto. Sois joven. Os alimentáis de preocupaciones. Para mí las heridas fueron otros tantos ojos que me ayudaron á ver claro. Lo Holanda me da asco, la Europa me disgusta y el siglo me exacerba. Me burlo en redondo de la mayor parte de las cosas que mis contemporáneos respetan y venero las cosas de que ellos se burlan. Esto me crea una especie de isla en donde vivo solitario, pero satisfecho. Si no fuerais extranjero, no os hablaría así. Llega un cliente. Se sienta y me larga una porción de bobadas. Las escucho y las apruebo. Mis orejas prefieren ese ruido al de los mosquitos. Y cuando me quedo solo, leo, leo, leo. Voy con el libro á playas lejanas. Veo acercarse á mí cortesanas vestidas de sus cabellos rubios, sabies que tocan la flauta y jóvenes orgiásticos roncadores.

Arrojo furiosamente de allí á los militares. Os reis! Me juzgais paradójico. Os juro que soy sincero. Ah, señor! ¿cuándo os cansaréis de admirar el bruto en el hombre y de dar una suerte á los instintos más bajos?

—Supongo—interrumpió Shakespeare—que un artista quiera trabajar, y joven, emprender una obra joven; ¿dónde queréis que halle sus asuntos si le prohibís las violencias?

—En el ensueño, señor. Desde que un solo Dios ha despojado á los otros, voltean por el aire, afortunadamente, bastantes silfos, geniecillos y hadas, para poblar estremecedoras aventuras. Todo el Olimpo flota en el espacio, fantasmas azules, visiones arrolladoras ó radiantísimas, diablillos llenos de capricho y risas, cupidillos que arrastran carritos dorados y gobiernan nuestras ilusiones, *gnomos* que se interesan tanto en el poeja como en la filosofía, *strigias* terribles á la puesta de los comentarios, bajo la luna. Contadnos, señor, esas biografías y os predigo un porvenir.

El librero se exaltaba. Sus cicatrices se enrojecían y sus narices palpitaban.

—Huid, huid, el suelo de emanaciones apesetadas, el suelo en donde están los gusanos y todos los cadáveres, el suelo en donde se pegan las patas y los pies y en donde se arrastran las vergonzosas babosas. En el aire está la verdadera poesía en las épocas en que lo feo domina.

El joven, al principio desconfiado, sufría ahora la elocuencia del extraño librero, quien á falta de alas, azotaba el espacio con sus largos brazos. De todos esos libros amontonados en el reducto sórdido y polvoriento, salía el confuso murmullo de un océano de historias cuchicheadas, y esas emanaciones literarias constituían una atmósfera embriagadora. Algún tripode invisible parecía agitar al librero cuyo entusiasmo era febril.

—Pensad en las flores, señor; pensad en los pájaros, confíaos á las fuentes. Escuchad la claridad de la luna, escuchad sobre todo, los sueños, los maravillosos sueños. El orgullooso ve huir penachos de llamas, crines erizadas de caballos ó trompetas de oro y caronas. El supersticioso distingue ahí cifras y presagios, perfiles semejantes al suyo y que mueven tíetamen-

te la cabeza. Para el injurioso, son partes del cuerpo tan puro de la mujer, las más tentadoras, las más secretas, abrazos, curvas. Para el mendigo, son fuentes, ducados, trozos de carne, abrigo con una buena chimenea encendida. Las hijas de esas nubes son las hadas, de las cuales el gran poeta será Plutarco. Cómo nacieron de las diosas antiguas, abandonadas en las playas de la Grecia y de la Italia; cómo, abandonadas por los hombres, sin tributos y sin sacrificios, se volvieron á los follajes, las aguas vivas, las piedras preciosas, y los animales se abrieron seguras moradas bajo la corteza del olmo, el ribazo del lago, en el seno de la esmeralda, en el vellón de la oveja.... ¡Ah! si yo tuviera el misterioso poder, si yo supiera verter en el líquido de un lenguaje cadencioso la perla de mi reflexión y verla fundirse, celebraría esas maravillas. Encantaría las orejas de los hombres y quizás les haría mejores.

El orador se detuvo, agotado por un discurso tan largo. Pero como una javalina clavada, vibraba todavía y desgarraba á Shakespeare, con sus dos ojos grises, iluminados deluces que parecían danzar. William había ya hecho suyas estas teorías. A medida que el librero hablaba, simplificaba sus deseos y sus imágenes, y su sinceridad le convertía. Y se entretenía suponiendo ese fuego al servicio de otra pasión, y conjeturando las modificaciones que resultaría en el lenguaje, la actitud y la fisonomía. Cuando hubo terminado y el entusiasmo llegó á su agotamiento, creyó reanimarlo.

—Admito esa apoteosis mágica. Pero convenid conmigo en que lo real tiene derechos dominadores. Estoy seguro de que durante todo el mes pasado no habéis podido pensar más que en el homicidio de Guillermo el Taciturno.

—No me habéis de esa horrible aventura.

Los ojos del librero se humedecieron.

—Eso—continuó—es lo que me ha hecho misántropo. He visto lo mal comprendida que es en la tierra la grandeza de alma. He sentido la inutilidad de todo noble esfuerzo y de toda generosidad. Ah! qué hombre era ese, joven! Qué santidad!

—¿Por qué le llamaban el Taciturno?

—Porque era poeta y estaba sujeto á la melancolía. Si em-

pre atonzado entre su deber y su ensueño, sacrificaba á su raza la flor de su raza. Ahora comienza el olvido... y no hace más que un mes! Los que vienen á mi tienda hablan de otra cosa. No están ya obsesionados. ¿Os vais?

—El hambre me atormenta. Vuelvo á mi posada.

—Dejadme hacer os un regalo.

Y tendió á Shakespeare un libro elegante.

—Son páginas intactas. No hay nada escrito. Escribireis en él vuestras impresiones. Algunas veces es muy útil en el viaje.

De vuelta á "La Escudilla de Madera," Shakespeare, sentado á la mesa, enfrente del tío Moorels, entre el caballero John y Eva, habló del librero.

—Es una especie de loco—declaró fríamente el caballero. Callejeando, como vos, el otro día, entré en su tugurio y me contó una porción de historias, tonterías.

—Me ha interesado muchísimo.

—A mí no. Detesto la confusión, el caos. Ideas justas, vestidas á la moda; eso es lo que me agrada.

William, á quien aburrían esas contradicciones de su compatriota, guardó silencio.

—Qué ha hecho mi tierna Eva en la mañana!—preguntó el posadero. Comenzaba á inquietarme.

La joven parecía preocupada, y respondió distraída:

—Fui al mercado.

Shakespeare notó, bajo aquellos ojos azules, dos ojeras.

—Y á quién has encontrado, mi bello ángel querido?

—Nada de interesante. Comadres, parlachinas. Contaban que una tropa de españoles que desembarcaba en Zelandia, había sido sorprendida por los nuestros en el lado de Middelboure. Todos han caído prisioneros. Si la nueva es cierta, serán traídos aquí para castigarlos.

El gozo más vivo brilló en la cara hinchada de Moorels.

—Admirable noticia! Y nos la ocultabas. Ah! Ah!

Y se frotó las gordas manecitas.

—Ya os enseñaremos, señores, á venir á oler la noble san-

gre que habéis vertido. Perros! demonios! Espero que se les infijirá tales suplicios que no se atreverán á comparecer ante su padre Satán con sus trajes de piel desgarrada.

—¡Son muchos!—preguntó el caballero John.

—Creo que sí, señor—dijo Eva con viveza.

Una luz salvaje pasó de nuevo por sus miradas azules.

—¡Caridad conmovedora!—dijo, burlón el inglés.

—¡Cómo caridad! por qué caridad!—vociferó Moorels.

Seríamos locos, señor, si tuviéramos el menor sentimiento humano respecto de esas bestias feroces. Han saqueado nuestra Holanda; matado mujeres y niños, quemado ciudades, asesinado veinte mil hombres en Harlem y cien mil en Leyde.

—En tiempos del duque de Alba, ¿á quien el cielo aplaste!—interrumpió Eva—no se podía caminar más que sobre cadáveres.

Y movía la cabeza, colérica, lo que hacía temblar sus ornamentos de oro.

—Y por qué motivo esos monstruos protenden dominarnos. Para infijirnos su fe ianoble, bestial, sanguinaria, que no queremos y no querremos nunca. La apoteosis ha sido el asesinato de nuestro jefe, de aquel por quien cada uno de nosotros hubiera sacrificado gozoso su existencia: nuestro Guillermo.

El caballero John parecía no escuchar. Golpeaba descuidadamente la mesa con su tenedor.

El posadero levantó su vaso.

—Bebe á la captura, á la importante captura.

Se limpió los labios, atrejo á sí á su hija y la besó febrilmente.

—Mi bella adorada; eres el retrato de tu madre. Ella también deseaba la venganza. De noche, en nuestro lecho, me hablaba de eso como de un fruto, como de un sueño, como de la cosa más deliciosa. Oíamos los fuegos de mosquetería. Eran los españoles ó eran nuestros hermanos quienes osaban! Ah, mi tierna Eva, que no le teme á la muerte!

No por cierto, padre mío. He nacido á su sombra y la amo.

La blanda fisnomía tuvo un relieve extraño.

—Hay horas en que la deseo.

—No hables así, no hables así. Qué sería de tu pobre viejo dejado tras tí, pobre barca embarrancada, pobre despojo! Si volviera la guerra, te haría huir lejos. Si, sí; en vano vuelves tu linda cabeza. Han caído tantas fieras caras de mujeres holandesas! Los malvados hallaban placer en arrancarles los ojos. Oh, tus grandes, tus nobles, tus divinos ojos! El hierro salva je les atravesaría. Los borceguíes triturarían tus manos delicadas!

Y las cubría de besos apasionados y rápidos.

—... tus piecitos, cuyo tic-tac sobre las losas hace palpitár mi corazón. Oh cielo! abominación!, imposible!

Este ardor turbaba profundamente á Shakespeare. Una embriaguez tempestuosa subía de la destrucción. El país en donde la espada y el juego habían hecho su siniestra obra, estaba preparado admirablemente para todas las tempestades sentimentales. Por una perpetua atmósfera de alarmas, por el zumbido lejano y continuo de la muerte, el nivel de la vida se había alzado. Las fuerzas trágicas salían de ese viejo posadero, de físico grotesco, tan naturalmente, como los héroes de Plutarco. Su flexible hija parecía pronta á uno de esos transportes que hacen inmortal el débil, el obscuro nombre de las mujeres. Y como el poeta era joven, tuvo gana de esa carne rosada en que palpitaba el sacrificio. Tambló, como cada sér que le animaba un deseo violento. Pero al encontrar su mirada la de Eva, ésta la apartó con una especie de cólera; su boca fina se plegó con sonrisa despreciativa. En un relámpago había ella comprendido y rehusado el sacrificio.

Después de la comida el caballero John se llevó aparte á William.

—Mi querido compatrieta—le dije—veo que os he desagradado, y lo siento, porque me sois muy simpático. No temáis nada; no intento nada contra vuestra bolsa, que supongo estará bastante mal provista, ni contra vuestra preciosa existencia. Digo *preciosa* sin ironía y porque estais dotado de un talento poco común. Venid á charlar algunos instantes á mi cuarto. Estas horas son muy calurosas en Rotterdam y propias á la conversación.

La curiosidad era lo que más dominaba al joven:

—Va á abrirse ante mí un carácter nuevo—pensaba él, siguiendo á su interlocutor.—Tratemos antes de que se cierre esta gruta, de llevarnos rápidamente los tesoros.

La habitación en donde penetraron era fría y desnuda. Había en el muro una larga espada y un par de pistolas; algunos libros en una mesita.

—Sentaos,—dijo perentoriamente el enigmático caballero John.

Tenía una cara irónica y fiera; pasó muchas veces sus largas manos en su bigote negro.

—En primer lugar—prosiguió—y á fin de entrar en relaciones de seguido: no soy inglés. No tomeis ese aire estupefacto; ya sospechábais esto, no procureis adivinar mi nacionalidad, porque no la tengo. Soy un soldado joven, de un género particular; un soldado sin bravatas ni exageraciones; iba á jurar que sin armas, y esas pistolas no sirven más que para mi defensa personal. Como tal, tengo compañeros muy ilustres, muy robustos, muy temidos, jefes á quienes venero, y numerosos enemigos. Aquí vivo entre ellos, pero ignorado, discreto, tímido, y si abriérais la puerta y gritáreis lo que os narro en voz baja, el viejo Moorels vendría en seguida corriendo á extrangularme con sus propias manos.

—Sois español; lo sospechaba.

—No tan aprisa, joven, no tan aprisa. Dejad que la verdad se abra paso poco á poco, como en las comedias antiguas, puesto que os gusta mucho el teatro, y no quiteis, desde el primer acto, su placer al espectador, anunciando torpemente el desenlace. Ahora, os lo declaro, prefiero los españoles. Degüellan, queman y tajan, es sabido; pero los otros hacen lo mismo. Son fenómenos recíprocos y que corresponden al necesario salvajismo humano. Y tienen, sobre sus imitadores la ventaja de luchar por una fé: la suya, que es la verdadera.

—Cada uno cree buena su fé y se atiene á ella. Es abominable torturar en nombre de una religión de mancebros...

—Alto ahí! Lo embrallais todo. Al oír vuestras primeras

palabras en la posada, ayer, admiré vivamente vuestra inteligencia. No hay nada más delicioso en un hombre que la inteligencia. Es una iluminación del cuerpo y del alma. Pero no debéis estorbar á las fuerzas profundas del espíritu que residen todas en el dogma católico.

—Entonces los antiguos no valían nada, y todos esos poemas magníficos que, os lo declaro, pongo muy por encima....

—Esa es otra cuestión. Los antiguos tenían su táctica que era la de exaltar la belleza física, y el dogma católico tiene la suya, que es exaltar la belleza moral.

La voz del caballero era tan pronto, árida y cortante, tan pronto dulcemente persuasiva, y acompañaba su narración de cortos gestos metódicos. Su tono, en verdad, no tenía nada de burlón. De vez en cuando se detenía, buscando la palabra exacta, la forma capaz de sorprender á Shakespeare, y éste, aunque comprendía aquel juego, lo admiraba. Pero venció el sentido artístico; aquel diálogo fué para él una liza de réplicas y argumentos á la cuál asistía y de la cuál favorecía les rodeos sin el temor de dejarse convencer.

—Maldecís á los españoles—continuaba el otro con calor—y os dejáis conmover por lo patético de Moorels y de su risa. Pero los españoles y su rey quieren una cosa, la más bella; la salvación del mundo. Lo quieren con desprecio de la vida de los demás y de la suya propia, voluptuosa, encarnizadamente. La religión, decís, es toda de mansedumbre; pero distinguid tres periodos: la revelación, ó periodo del sacrificio; notad bien esa sangre, la más noble de todas en su origen; el triunfo, ó periodo de calma, el combate ó periodo nuevamente doloroso, de donde saldrá, infaliblemente la luz. Estamos en el periodo de lucha. El error de Lutero y de sus cómplices corre el riesgo de perder por segunda vez á los hombres. ¿Qué son algunas piras, al precio de las llamas eternas y universales? Oíd esas legiones de condenados que se tuercen en los dolores inconcebibles; ¿Qué reclaman? Suplicios terrestres y transitorios que los liberten de esas torturas sin perdón. Los españoles pretenden arrancar los culpables á las garras del demonio, á pesar de ellos mismos. Lo que buscan aquí á través de las ruinas y los cadáveres, no son

riquezas, especias, esclavos; son almas, ¡comprendéis? almas en donde resplandezca la fe reintegrada. Cuando hayan restablecido el dogma por todas partes, habrán cumplido la palabra y sus nombres serán benditos en los siglos de los siglos.

Shakespeare murmuró:

—Es posible que la fe escude á los españoles; pero desde el punto de vista humano, se entregan á atrocidades.

—El punto de vista humano!—suspiró el caballero John, quien levantándose, marchó á grandes pasos por el cuarto.—Para los ojos de hoy, las orejas de hoy, los dedos de hoy, las piras son cosas indignas. Pero se trata del porvenir, del inmenso porvenir....

—La matanza no mata las ideas.

—Es más sana que la persuasión, joven; la imagen de la muerte es tan necesaria á la fe como al amor.】

—Los españoles forman mártires. Perpetuarán la Reforma.

—La anonadarán. Los falsos mártires envenenan la secta. Shakespeare se echó á reír.

—Sois un hombre admirable. Por el olor, por el grito, por la carne quemada reconocéis el verdadero mártir. Este es bueno; Nerón le ha matado. Rejuvenecerá la esperanza. Aquel es malo; el duque de Alba le ha matado. Envenenará la secta. Estais bien seguro de poseer la verdad?

—Sin duda, puesto que tengo la fe—replicó gravemente el caballero John.—Soy un soldado del Cristo. Debo propagar su doctrina. Ordena: *marcha y marchó; convence y convenzo; dirige el error y lo dirijo*. Pero teneis el diablo en vos. Hay que exorcizarlo.

—¿Entregándome á las llamas?

—Entregándoos á la meditación.

El caballero cogió en la mesa un librito y lo tendió á Shakespeare.—Hé aquí le que no hallaréis en la tienda de vuestro ingenioso librero. Sin embargo, ésta es una de las más bellas obras maestras del corazón y del espíritu humano. Oíd su título: *Ejercicios espirituales, por los que el hombre es llevado á vencerse á sí mismo y á cambiar su vida sin dejarse determinar*

por ningún afecto desarreglado. El que ha escrito este, es mi señor y maestro. Solo á él obedezco; de él solo vengo. Si comprendéis estas páginas y sobre todo, si las aplicáis, tendréis la beatitud eterna. Están muy por encima de los españoles, los holandeses y sus miserables querellas. Valen para todos. Y están muy por encima de los aucios libelos de Lutero, Calvino, Hutten y Fischart. No injurian. Es la dulzura armada.

El acento se metamorfoseaba, haciéndose casi solemne. Shakespeare no perdía ninguna de los matices sentimentales que se pintaban sobre aquella fisonomía compleja, y les daba mentalmente nombres: "el píllo, el exaltado, el descontento, el insinuante, el intrépido," conforme adelantaba en la narración.

—Oid ahora. Para cumplir mi tarea, y obedecer á mi orden vivo odiando. Un olvido me arrojaría al osario. Desasíto gozoso ese peligro de ipariencia. Suceda lo que suceda, mi alma sería salva. Esta confianza, esta sinceridad, les he tomado en ese librito. Os regalo una cosa admirable. Aprovechar de él; os conjuro á que así lo hagáis. Me ha parecido que vuestra ardiente imaginación, visible en el fuego de vuestras miradas, hallaría ahí un alimento sagrado, y ¡quién saber algo más.

Y el caballero, con facilidad maravillosa, cambió de asunto y de maneras:

—Un consejo, antes de separarnos; no os dejéis seducir por el encanto de Eva. Huele á catástrofe. Sale de noche, sin que su padre lo sepa. Pobre viejo! Si lo sospechara! Oigo sus pasos cautelosos en el corredor, porque este cuarto está muy cerca del de ella. Y sabedlo, querido amigo, advierto el porvenir, no por taumaturgias vituperables, sino pura y simplemente por el ejercicio de las facultades de observación. A veces he juzgado en seguida. Desmonto un carácter como mi pistola cuando se llena de orín.

En cuanto Shakespeare se halló en su cuarto, escribió sobre el manuscrito del librero esta sencilla frase: "El caballero John: estucias y trajes de los fanáticos." Después abrió alazar el libro de los *Ejercicios espirituales* y cayó sobre una

meditación concerniente á la muerte. A las dos páginas, bofetaba. Le aconsejaban aplicar sus sentidos de tal y tal manera, á fin de que se representase él mismo acostado, rodeado de sus parientes y amigos, sudando con las angustias de la agonía. Luego, la ceremonia fúnebre, el féretro, los gusanos y los esqueletos. Y todo terminaba por una oración al Señor y con reconocimiento de humildad perfecta. Pero esos procedimientos eran groseros, infantiles, destinados á espíritus vulgares.

—Pobres gentes—se dijo el poeta—que necesitan una gimnástica semejante. Ciertamente que la mayor parte de los hermanos están rodeados de más corteza que un viejo roble y no ven nada del magnífico torbellino en que les ha arrojado la existencia. Pero en dónde han descubierto estos santos personajes que la idea de la muerte era una santificación? Yo veo en la muerte una aconsejadora de orgías. Si marchamos hacia nuestra tumba desde los primeros pasos vacilantes de la infancia, más vale que sea abiertos los brazos, hinchado el corazón y áridos los ojos. Cualquiera que sea mi esfuerzo no creo más que en la vida. Lo que ellos llaman la fé, mi alma lo esparce hacia todas las cosas, y si se trata de entusiasmo no establezco diferencia alguna entre una flor, una estrella, una mirada, y una de esas palabras que revelan un ser. Ciertas mezclas de sentimientos, que he soñado en mis noches dichosas, me han hecho el efecto de dioses en marcha. Todo su infierno está en un grito; todo su paraíso en una sonrisa. No hay espectáculo, por breve que sea, que no tenga á su favor la eternidad. En mí se agita una oscura religión, llena de mitologías y de símbolos, de crucifijos y de milagros. Para quien escucha á la naturaleza, innumerables voces gritan sin cesar en el desierto. Lo que Dios ha perdonado á los hombres no es nada ante lo que cada hombre se perdona á sí mismo.

Durante muchos días, el caballero dejó de asistir á las comidas. Llegaba tarde de noche y salía tan temprano que se hablaba de él como de un fantasma. Shakespeare comía entre Moore y su hija. Miraba de reojo á Eva y sorprendía en sus pupilas las más estrafalarias variaciones de humor. Tan pronto era algo así como una esperanza ilimitada, un viaje hacia países

desconocidos y lujosos, una palpación profunda del sér que hacía vacilar esos globitos azules salpicadas de oro. Tan pronto era algo así como una llanura enorme y helada, la contemplación de un abismo con el reflejo del abismo, una depresión súbita de la energía. A veces era una especie de expresión infinita y alocada. Sin embargo, el posadero no notaba nada de esas cosas y entregado á su pasión paternal se comía á caricias y besos á la linda niña. Como William habló de partir pronto para Amsterdam, Moerels le dió una carta de recomendación dirigida á su primo Doelen, quien, añadió: «Tiene un hotel, *El Fandol Rojo*, en donde la juventud ama beber. No os aburriréis. Allí concurren artistas, señores, y mi primo guía el baile. Aunque haya cumplido los 60, es todavía un famoso calavera. Le citan en su familia por su mala conducta y sus gastos. El diablo tiene que conservarle, porque bebe como una cisterna y no tiene enfermedades.»

Shakespeare se pasó la tarde recorriendo en todos sentidos la ciudad. Había tomado afecto á ciertos canales, ciertos aspectos: un muelle plantado de árboles y una alta casa roja tras la cual daba vueltas un molino. Con el crepúsculo, la caída de la luz hacía resaltar los colores vivos; las barcas eran de un negro hermoso sobre la superficie inmóvil del agua; los trajes tenían todo su relieve. Los ornamentos de las mujeres brillaban con brillo mate. Las voces sonaban altas y claras. Buenos burgueses marchaban pesadamente, discutiendo por grupos de política y de negocios. El sonido súbito de una campana daba á esas formas múltiples en la existencia, el aspecto de un movimiento de relojería. El mundo exterior se hacía automático y ordenado en sus menores detalles. El poeta detestaba esa apariencia. Deploraba que la libertad y la espontaneidad, que están el origen de nuestros pensamientos y nuestros actos, sean tan aprisa esclavizados por nuestra razón, que nosotros concebíamos nuestro sér como encadenado en todas sus manifestaciones físicas y morales.

—Hay un monstruo en la naturaleza: el hábito. Descolora el cielo y las plantas, hace una carraca del canto de los pájaros, de nuestros movimiento más desordenados, una serie ló-

gica y regulada por leyes. A ciertas horas, me siento en una prisión y no puedo romper las barras. Por eso, huiré las novenas. Hechos, hechos, nada más que hechos! Y las emociones que les siguen! El librero tenía razón. Que nuestra sola regla sea la ficción mágica. Ese molino gira por causa del viento, pero el viento sopla por otras causas. Y pasa lo mismo con ese *burgués* que va á buscar su carga del cual el viento es también el amo. Yo quisiera que todas esas causas se reunieran sobre una pira que las quemase. Son los peores *demoniacos*. Persiguen nuestra reflexión, haciéndolo todo vulgar y monótono.

Amenudo pasaba la noche en la posada, prestando una atención distraída á las conversaciones interminables de los bebedores. Los detalles precisos le interesaban poco. No hacía caso más que de las actitudes y los sentimientos. Era para él un placer cuando la subida de la embriaguez expulsaba de su envoltura esos pesados temperamentos del Norte, poniendo al desnudo sus ferocidades, sus candores y sus vicios, alineándolos sobre la mesa grasienta como dados ó accesorios de jugar. Algunas veces eran vueltas inoperadas. El hipócrita tenía una crisis de franqueza, el taciturno, de charla, y el dulce, de violencia. Los nombres de Farnesio, del duque de Alba, de Luis Requesens, de Lutero, de Calvino, de Erasmo, de Guillermo y de Mauricio de Orange, sonaban en esas conversaciones, articulados por lenguas pastosas, cubiertos de invectivas ó de elogios, acompañados de puñetazos formidables, de choques de espadas, de hipos.

Shakespeare llevaba cuatro días en Rotterdam, pero su vida interior desenvolvía bastantes observaciones y sueños para hacer de ese corto tiempo un año, á tal punto, que algunas veces, al acercarse la noche, consideraba las horas de la mañana como algo de infinitamente viejo y lejano. Se entregaba á este vértigo de la duración con gozo extremo, porque lo que deseaba, ante todo, era el infinito, alrededor de su pensamiento. Por severa que debiera ser la prueba, se había jurado no escribir á los suyos y el estado tumultuoso del país que pensaba recorrer hacía que no esperase noticias de ellos. Libre y sólo, tenía así las inmensas ventajas de una independencia de sensaciones abso-

luta y podía considerar el universo como si á cada paso naciera arte él, cargado de dramas y sonrisas.

Un día, caminando por una calle en pendiente que terminaba en el Meuse (era un hermoso día de oro y llamas) oyó tras sí un gran tumulto, atravesado por los agudos sonidos del pífano. Hombres, mujeres y niños, con paso guerrero, en una furiosa confusión de clamores y gestos, acompañaban una tropa militar.

Shakespeare reconoció al pequeño Lucas.

—¡A dónde vas!—le gritó, arrastrado también por el torrente.

—A ver matar á los asesinos! Ven, que será hermoso!

Eran los españoles sorprendidos en el vado de Middelburg, á quienes se conducía al suplicio. Negros, fieros y flacos, atadas las crispadas manos tras la espalda, entre dos dobles filas de Mendigos armados de mosquetes y picas, marchaban decididos á la muerte. Se les había disfrazado de tocados grotescos y puntiagudos que parodiaban la Inquisición. La vista de aquellos odiosos símbolos excitaba el odio de la multitud. Pero sus rostros rudos permanecían impassibles, y William grabó para siempre en su memoria sus sombrías miradas de acero brufido. Siguió al populacho. La rabia y la alegría asomaban en todas las caras. De todas las calles vecinas llegaban corriendo los retardatarios.

—Mueran! mueran! mueran los piratas!

Y en el aire cálido alzabase un crispamiento de puños. De las ventanas, abiertas bruscamente, caían gargajos y ultrajes. Los perros aullaban, las campanas sonaban, y el pífano rimaba ese estruendo.

Cuando la cohorte llegó al muelle ancho, espacioso, resplandeciente, hubo un remolino, el círculo se cerró. Entre las altas siluetas de los mástiles aparecían las praderas verdes de la otra orilla. Una voz fuerte ordenó el silencio. Unidos y ligados por cuerdas, en pleno sol, en el centro de un espacio dramático, oyeron los españoles, con sonrisa despreciativa en los labios, la sentencia leída por el escribano, hombre semi-hercúleo, de cara plácida, quien se embrollaba en las fórmulas y de-

finiciones jurídicas. Por el azar de las cosas, entre el tumulto, Shakespeare se halló en primera fila. Sus ojos recorrían el conjunto numeroso y hervidor. Algunas mujeres casi ahogadas entre los gruesos vientres de los burgueses, alzaban, para que vieran el espectáculo, á sus hijitos. Muchas de ellas extendían el cuello con una expresión de cólera ávida, y sus ornamentos de oro chispeaban. Tras aquellas cabezas se escalonaban otras, curiosísimas, rencorosas, cubiertas de sombreros, tocas ó gorros, graves, descoloridas ó sanguíneas, completamente desemejantes á esas caras oscuras en el área del suplicio. Muy próxima á él vió William á Eva, su lindo talle, su piecicito saliendo algo de la saya de terciopelo verde y su nuca blonda. Al inclinarse la joven, vió él sus miradas llenas de una luz feróz.

Adelantó el verdugo, seguido de sus ayudantes, quienes instalaron minuciosamente una serie de aparatos complicados, que brillaban á la luz de un sol implacable. Era un mocetón vestido de rojo y negro, con un cinturón del cual pendían cuchillos y útiles de madera. William miraba fijamente sus enormes manos, sus manos expertas, conductoras de dolores y vertedoras de sangre y amasadoras de agonía. Contemplaba sus ojos redoados, sin impresión, cerrados á toda emoción; sus caderas anchas, plegadas por un trabajo terrible, las piernas y los pies que soportaban semejante armazón. Aquel hombre recibía la orden, la ejecutaba, sin alegría, sin pena, sin cólera, y como una masa indiferente satisfacía la pasión de sus conciudadanos.

La primera adelantó sin temblar. Alto, pálido y de aspecto tan noble, que aunque hollara un suelo liso parecía subir escaleras. El verdugo tomó dos astillitas que hundió bajo los párpados del hombre. Saltaron los ojos, bólitás húmedas y ensangrentadas. Shakespeare, loco de horror, vió temblar la cara obscurecida. Pero el cuerpo seguía inmóvil. Los ayudantes diestramente lo desnudaron, cortando y lacerando las botas, los calzones, las correas de cuero de la casaca. Aquellos giros caían á tierra como la piel de muda de una serpiente grotesca. Quedó desnudo y de pie. A lo largo de su pecho velludo

una especie de *tatouage* figuraba una cruz negra y la Virgen.

Se oyó un clamer inmenso. El verdugo cogió de una estufa una espada deslumbradora, y rápida y delicadamente, como si preparara una carne exquisita y rara, recortó tiras de cuero que silbaban al paso del fuego. Primero el vientre, después el tórax, después los brazos, de los dedos al sobaco. Las bandas de piel se encogían y arrugaban. Un olor á quemado llenó el aire aquella.

La multitud, hasta entonces atenta y tranquila, comenzaba á patear de gozo. Todo eran risas é insultos. Arrojan al mártir las maldades de su raza, quejas vengadoras y la muerte de Guillermo el Taciturno. Las mujeres mezclaban al nombre maldito del duque de Alba el de sus padres y sus esposos, caídos en una guerra implacable. Caras levantadas suplicaban al cielo aumentar esos sufrimientos legítimos, el corte del acero y el ardor del fuego. Otras lloraban de recuerdo y de rabia. Los burgueses rechenchos, cruzados los brazos é inclinados ante aquel espectáculo, tenían caras socarronas. Esas torturas no les devolvían ni sus fortunas perdidas ni sus bajeles hundidos en el fondo del mar, ni sus casas saqueadas; pero servían de un buen ejemplo. En cuanto á los Mendigos, guardianes de los prisioneros, estaban gastados sobre esas aventuras, y después de algunas miradas distraídas se pusieron á discutir, gesticinando mucho. Los más chillones fueron los niños, que se habían deslizado hasta el círculo trágico. Aplaudían, juraban y blasfemaban. Alentaban al verdugo y gozaban ruidosamente de cada detalle.

Shakespeare sentía una angustia atroz, unida á un acre y terrible placer. No era la atmósfera á la vez intrépida y cobarde quien le exaltaba á ese punto. No era esa concurrencia atiborrada de reivindicaciones crueles, oponiendo la carnicería á la carnicería. No era el espectáculo de aquel infeliz, acostado en el suelo y abigarrado de sangre, de quien se ocupaban en arrancar las uñas, aplastar los pulgares de los pies, atezar los músculos vibrantes y romper los dientes á golpes secos de mazo. No; tantas sensaciones reunidas luchaban distintamente en su alma; pero por encima de ellas y más fuerte, como el

sol sobre esa obscura armazón angustiosa, brillaba el gozo salvaje del arte y del drama, de las más altas pasiones desatadas. En vano invocaba la piedad, que á veces descende para una mirada al perro ó al mendigo, para un niño que llora, para una actitud enervada, y á veces se queda inmóvil, muda, apretados los labios ante un homicidio y ante un montón de cadáveres.

—Ven—imploraba él—tú que me hiciste temblar, tú que á menudo sin causa llenas mis ojos de lágrimas y llenas de abnegaciones mi corazón, tú que me inspiras el sacrificio como rescate de tantas angustias, que de noche, despertado por un inexplicable grito lejano, siento vivas en derredor mío sobre la tierra. ¡Ah! compasión, descende en este minuto sobre mí! Disipa una voluptuosidad carnívora y mauchada.

Pero la piedad no respondió y el poeta, consumido por una ceguedad febril, continuó observando.

Sin duda quedaba muy poca vida en aquel cuerpo cubierto de innobles mutilaciones, porque un gemido rudo salió de la boca espumosa y torcida. En seguida, para cubrir esa debilidad, la sembría legión de españoles entonó un canto guerrero. El cadáver dejó de moverse. El alma había huido, irritada.

El siguiente cantaba todavía cuando el verdugo le recibió. Era delgado y enfermizo. Parecía un juguete en las manos del robusto holandés. Cantaba cuando le cortaron las orejas y la nariz que era larga y curva en su cara color de aceituna. El refrán, proseguido por los suyos, cubrió los aplausos de la multitud. Cantaba mientras le desarticulaban las rodillas y los codos y se les espolvoreaban de pimienta. Cantaba mientras sus pies se achicharraban sobre placas ardientes. Entonces el atormentador se aplicó á esa boca terca y la pesa de madera le distendió. Un ruido sordo indicó la rotura de las quijadas. Cayó al suelo, pero no quería morir y sus miradas siguieron vivas hasta el fin en su carne palpitante, como ocupados del solo ritmo intrépido en que se encarnizaban los otros.

El plomo se había ya fundido y fué el alimento del tercero. Al cuarto le cortaron la cabeza, después que le serraron los huesos. El verdugo y sus ayudantes no perdían el tiempo. Dedi-

cados á su activa tarea, parecían cuidar las víctimas de alguna horrible catástrofe, darles medicamentos y rodearlas de cuidado y afecto. Y esta áspera solicitud alineaba el cadáver al cadáver, reunía los miembros esparcidos, renovaba el fuego de los hornillos, afilaba las espadas y repasaba los útiles.

Los doce afrontaron sin debilidad la tortura, hasta lo sublime, bajo los gargajos y las burlas de la asamblea indignada por constancia semejante. Su canción era cada vez menos sonora, pero persistía á pesar de sus sublimes desfallecimientos, y el último superviviente se burlaba todavía del verdugo con aquel refrán más fuerte que el suplicio. Fue, literalmente, hecho picadillo, cortado fibra á fibra, porque era el jefe, de continente altanero. Sonaron los pífanos. La multitud se acercó al sitio diario y los niños arrancaban cabellos de aquellos fragmentos unidos sobre el suelo rojo, como para un abominable juego. La atmósfera apestaba. La fatiga y el asco dominaban el odio. Los trabajadores se lavaban las manos. Se ponía el sol y las aguas del Menese se teñían de púrpura trasando un largo estandarte leonado.

La multitud se dispersó, unos con dirección á la ciudad, otros hacia los navíos á donde llamaban sus asuntos á los burgueses. Shakespeare notó que no hablaban ya del espectáculo. El mismo tenía la boca amarga, las piernas rígidas, el alma desierta. El asco le hacía indiferente al crepúsculo dorado, á la palpitación del pueblo en torno suyo, al horizonte rosado y límpido. Ah! el heroísmo terminaba en un lodo fétido. Una pirámide de cadáveres: tal era el cerco formado de esas partidas, de esos actos de fé, como decía el caballero John, de esas resistencias y de esos odios. Las pasiones más frenéticas no eran más que un minuto glorioso al borde de la tumba, un cántico entre picas y braseros, que comenzando trágicamente se hace poco á poco monótono. Los ojos se acostumbran á las llagas más inmundas; la nariz á todos los olores, la oreja á los peores gemidos. Pompa de jabón súbita del sér, que deforma y magnifica la naturaleza, el entusiasmo cae y se raja.

—Necesitaría la risa de Blacknaff para burlarme de todo á la vez: de ese público infame de holandeses, verdugos disfra-

zados de diablos, víctimas voluntarias, llegadas para causas absurdas en esos países donde todo lo es hostil. Falsas bellezas guerreras, de fondo de hiel y de visagre, animales cubiertos de corazas, erizados de picas y lacerados por otros animales. Delirio de la sangre que corre en ese cuerpo en donde un mal destino le aprisionó, busca sin cesar salir y para hacerlo, sugiere locas empresas. Bateas de sangre, toneles de sangre, serán bastante para la sed humana?

Que ante un crepúsculo análogo, sobre una playa inmensa y arenosa, los reúnan á todos, los portadores del verbo, las bestias de cabeza recta y de manos que trabajan, que se les atiborre de ese licor que emborracha, que se les atiborre á todos, los machos, las hembras y los hijos, como en una embriaguez, de cara á las estrellas, testigos de esa orgía estúpida, y que se duerman en seguida vomitando con sueño digno de ellos, des-embrazando la tierra de una raza impía y echada á perder!

De pronto oyó una voz dulce decir tras él:

—¿Velvéis á la posada, señor Shakespeare?

Era Eva, quien se dirigía rápidamente á la ciudad.

—Sí.

Os acompañaré entonces, porque también voy allá. Mi padre se alegrará mucho cuando le cuente el espectáculo.

Shakespeare pensó en la frase del caballero John: "Huele á catástrofe." Sintió repugnancia hacia aquella joven sangui-naria y respondió:

—A mí me ha parecido eso horrible.

Ella se indignó y respondió sencillamente:

—Es que no le gusta á vd. la muerte.

Y al verle asombrarse:

—Soy una patriota, cierto, pero lo que me ha agradado más en ese suplicio, es la muerte misma. Aprecio la bravura ante ella.

Se quedó reflexionando y sus ojos azules se hicieron solemnes.

—Esos españoles han sido bravos. Me han arrebatado. Yo tenía ganas de ofrecerme al verdugo, de gritarle: "¡Cójeme!" ¡Ah! si yo hubiera tenido la edad, en la época terrible, ¡qué fin tan hermoso hubiera sido el mío!

Marchaban juntos y su saya verde le rozaba. El disco enorme del sol descendía lentamente en un palacio de llama. Ella lo señaló con el dedo en donde brillaba su sortija de oro:

—Miradle; ¿no es admirable cuando muere? Así pasa con todos los seres. Parece que sus ideas se hacen nobles y conmovedoras. ¡Eos hombres cantaban hace poco! Y yo temblaba. Lo que os cuanta parécete extraño. Pero yo he nacido en los incendios y los homicidios y llevo quizás un signo fatal.

—Si estuviera aquí vuestro padre se espantaría. ¡Os ama tanto!

—¡Oh, mi pobre padre! no me conoce. Yo le he ocultado siempre mi verdadera naturaleza. Me conmueve deliciosamente cuando imagino su desesperación si por casualidad viera mi cadáver. Cuando era pequeña me entretenía en saltar desde alto, desde muy alto, á riesgo de romperme la cabeza, y gritaba: «Peor para mí.»

Y sonrió.

—El día mismo de vuestra llegada me habeis mirado con amor. Vereis que eso era una locura. Entre dos seres que se aman hay siempre hachones encendidos y viejos resando. Por eso está uno tan lejos del otro.

Estas raras frases, y esta voz melodiosa inflamaron al joven. Puso su mano sobre la fina mano pálida que se retiró dulcemente:

—Dejadla; es demasiado fría y no quiere calentarse. Señor, la muerte tiene un gesto y una fiera mirada. Casaos con ella y tendreis los caballos más ricos y las cosas más suntuosas.

El designó los canales mates en donde se acumulaba la luz, los navíos esbeltos, la ciudad zumbadora.

—¡Pero abandonar todo eso!

—¡Bah! es una puerta que uno empuja sin mirar tras sí. ¡Pensais siempre en la hora que se aleja, cargada de alegrías y juramentos, cuando pasais en la hora sin hora? Yo me figuro que en el país en donde están ahora los españoles con sus cuerpos despedazados y sus caras torcidas, todo debe ser muy desligado y muy flojo.

Tuvo un lindo gesto, como si esparciera algo.

Los cosas flotan y son atravesadas sin que nada las retenga. ¡La muerte! ¡Ah! ella me tocará sin herirme, porque es una vieja amiga. ¡He pensado tanto en ella!

Llegaban á "La Escudilla de madera." Ella se alejó con una carcajada dolorosa. Al entrar en su cuarto, se encontró con el caballero John.

—Os esperaba, amigo—le dijo éste.—Os doy mi adiós. Dentro de algunas horas, Rotterdam no será más que una palabra en mi memoria.

—¿Cómo? ¿partís?

—Sí. Me llaman. Además, sé ahora todo lo que me era necesario saber. Prolongar mi estancia aquí sería una vana imprudencia.

—Partís y ne habrá habido entre nosotros más que una simi-amistad, puesto que la mitad de vuestra cara queda en la sombra.

—¡Eh, eh! joven, sois curioso. Con vuestra naturaleza investigadora, os habeis preguntado en seguida: «¿Cuál es el misterio de este hombre? ¿Qué oculta bajo su fieltro de plumas? ¿Para qué esas ausencias, esas reticencias y esos vagos consejos? ¿Para qué este librito ofrecido cautelosamente? A propósito, le habeis siquiera hojeado?»

—Hablandos francamente, me ha parecido insípido.

El caballero dejó ver en sus facciones una ironía considerable.

—Insípido; esa es la definición exacta. Insípido como ciertos frutos de los países tropicales que, dicen, nos quemán la boca, sin que nadie lo note, con un sabor apenas azucarado. Lo que os ha chocado, es la desproporción entre vuestras facultades imaginativas y los cortos preceptos morales que se os dan. Sabed que un libro que se dirige á todos debe tener clases para todos. Sin duda habeis tomado la mala; en fin, juzgaréis de eso más tarde. Tomad para el caso, en que vuestras peregrinaciones aventureras os condujeran á Alemania, esta carta que podrá seros muy útil.

Y le tendió un cuadrado de papel cuidadosamente sellado.

—Al llegará Hamburgo, importante ciudad en donde hormigean los bateles, preguntad por la posada de *Las tres coronas*. Hallaréis en ella un enano asqueroso, el amo, con una formidable verruga amarilla en la frente. Al acercaros á él decidle antes que nada: *Semper olim*. Fué lo mejor de las presentaciones. Le entregaréis en seguida vuestra carta sobre la cual están las tres letras A, B, C, y él os indicará el destinatario, un personaje amigo mío, cuya conversación os encantará y cuya influencia os será útil.

—Gracias por esa prueba de interés—dijo Shakespeare cogiendo la carta.

—Más grande de lo que suponéis, querido amigo. A otra cosa. ¿Habeis oído hablar de unos infelices españoles torturados aquí hoy mismo?

—Asistí á su suplicio.

—Ah! Ah! ¿Han muerto bien?

—Admirablemente.

—Habeis notado uno pequeño, de tez verdosa, y de gran nariz?

—Sin duda. Es un héroe. Le han cortado las orejas, arrancado la quijada, rajado las rodillas, y partido la boca con la pera de angustia. ¿Pero qué tenéis? ¿qué palidez?

En efecto, el caballero John estaba horriblemente pálido; sus piernas temblaban y para permanecer de pie tuvo que apoyarse en el respaldo de una silla.

—No es nada; una debilidad habitual y pasajera. Y ese niño se ha portado como un valiente?

—Con un valor antiguo. Cantaba, durante su martirio una canción rara con muchas sílabas en O que sus compañeros repetían á coro. No olvidaré nunca ese cuerpo flaco y palpitante, ni esas miradas horribles.

El caballero John hizo la señal de la cruz y cayó de rodillas. Su oración duró algunos minutos. Cuando se levantó, cogió de la mano á Williams y dijo sencillamente:

—Ese era mi hermano, mi pobre hermanito. Le he tenido en mis brazos y paseado sobre los caminos candentes, chiqueado, cuidado, educado en el temor de Dios y el desprecio de los

hombres. El cielo se abre para él. Sus verdugos tendrán su castigo.

—Yo sabía que era español—pensó Shakespeare.

Hubiera querido hallar algunas frases de consuelo, pero el peso de aquel día le dejaba mudo. Sacudió triste la cabeza.

—He aquí roto mi único lazo terrenal—continuó con voz sorda el caballero.—El señor ha querido aislarme aquí abajo y consagrarme á su único altar... *sin dejarse determinar por ninguna afeción desarreglada*.... Bah! el libro no es insipido!... Adiós!

Se caló bien el sombrero de plumas, se ciñó la espada y salió con paso ligero.

Sucedió que á la mañana siguiente, á la hora del almuerzo, Eva, tan puntual siempre, no había aparecido.

El tío Moorels, angustiadísimo, se paseaba á lo largo por la sala de la posada, desierta á aquella hora. Shakespeare procuraba, en vano, consolarle.

—Alguna comadre la habrá retenido. Quizás ha ido á ver á una parienta.

El viejo sacudía la cabeza:

—No hay comadre ni parienta que la pueda apartar de sus hábitos. Teme mucho inquietarme. Sabe que el menor retardo me alica.

Mandó á llamar á las criadas y les comenzó á hacer preguntas, colérico. Todas respondieron lo mismo:

—La señorita se ha ido al mercado con su cesto de provisiones. Y no ha dicho nada á nadie.

Moorels, diez veces seguidas, subió al cuarto de su hija, idea absurda, porque ella debía pasar por la sala. Y bajaba del cuarto, con rostro contristado. Por fin se sentaron á la mesa. Pero él no comía; y á cada instante salía al muelle, inspeccionaba el horizonte é interrogaba á las gentes que pasaban. Ninguno había visto á Eva.

La tarde se consumió en una vana espera. El viejo exaltábase cada vez más. Al principio, silencioso y concentrado, acabó por dar grandes suspiros: "¡Ah, Dios mío!" "¡Quiera el cie-

lo!"—Y sus ojos parecían aún más pequeños en su gran cara color de ladrillo. Apretaba el brazo de Shakespeare, porque se olvidaba de los despididos bebedores, y le desenvolvía sus conjeturas, buscando él mismo explicaciones á aquel extraordinario retardo. El poeta recordaba la conversación de la víspera y se inquietaba mucho. Desde el suplicio de los españoles y los adioses del caballero John, tenía una sensación de angustia, como si en el aire flotara una desgracia.

—Eh, tío Moorels, un trago con nosotros!

—Ya vendrá tu hija. No se ha perdido.

—Ha ido á dar una vuelta con su novio.

—No es un pájaro salvaje. Sabe el camino del nido.

La noche llegó entre esos tormentos. El viejo no pudo más y fué á buscar á su hija. Shakespeare le acompañó.

Hubiérase dicho que bajo el esfuerzo de la noche y la impaciencia, la ciudad se desplegaba como un largo pergamino oscuro encerrando un ilegible secreto. Luces corrían sobre los canales como en busca de un drama misterioso. Las altas casas, bajo un cielo nebuloso, abrigaban muchas cosas ignoradas. Los navíos, los molinos inmóviles, siluetas oscuras y bárbaras, cuchicheaban entre sí historias trágicas.

El viejo y el joven corrían más que andaban. Moorels se dirigía á las patrullas, á los guardias de los puentes, á los bateleros retardados. Incansable, rehacía el retrato físico de Eva.

—Una joven blonda, de una belleza maravillosa, con un cesto. Es mi hija, mi hija!

Algunos acercaban su linterna á esos dos raros compañeros y viendo su sinceridad, hacían un gesto evasivo. Otros se reían, burlones. Otros, los amigos, daban consejos:

—Por aquí. Por allá.

Y los dos seguían su camino. Por todos lados, respuestas negativas. Un ébrio agarró á uno de ellos:

—Oid, yo conozco una joven blonda.

Moorels le dió un puñetazo. El ébrio retrocedió, alejándose.

Shakespeare vagaba por una ciudad de pesadilla, sin nombre, sin sitio y sin aspecto. Compartía las angustias del posadero. Estaba seguro de que su imaginación se flagita lo mismo

que la de Moorels y se figuraba á Eva ahogada, perdida, asesinada, alejada, capturada, quizás por hombres crueles.

—¡Teneis enemigos!

—No; no creo. Ah, ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡que vergüenza!

Ante un portazo, el aduanero se rascó la cabeza.

—¡Una joven blonda, con un cesto! Sí; creo que esta mañana.... Pero no estoy muy seguro de que llevara un cesto. Iba con ella una vieja.

—Recordad bien. Llevaba una bata de terciopelo.

—¡Una bata de terciopelo! Pasan por aquí muchas con batas de terciopelo.

En fin, no sabía nada más y á guisa de consuelo, añadió:

—Ayer me han robado un perrito que quería mucha.

Después de preguntar á los desconocidos fueron á ver á los parientes, amigos y amigos de Eva. Era tarde. Muchos estaban acostados. Los dos llamaban á las puertas y despertaban á la malhumorada vecindad. A veces se acercaba á ellos una vieja ó un hombre malencarado, vestido descuidadamente y con una linterna en la mano. El posadero hablaba de una manera incoherente. Shakespeare llevaba la voz cantante. Pero nadie sabía nada. No habían visto á Eva desde la semana anterior, desde la antevíspera, desde la víspera. Fueron á la casa de la tía de la joven, á las de muchas primas, á la de un herrero cuyos obreros trabajaban ante una gigantesca llama roja, á las de comerciantes y á las de Mendigos que entraaban desconfiados sus puertas.

Shakespeare estaba muerto de fatiga. No distinguía la cara de Moorels; pero el ruido de sus pasos era cubierto por una especie de solloso continuo, y sus tranquilizadoras palabras quedaban sin respuesta.

Lo que sorprendía al joven era la indiferencia absoluta de todas las personas á quienes se dirigía. Oían que aquello era una chifladura de Moorels. Bajo todas las frases corría esta observación: "Cada uno tiene aquí abajo su lote de desgracias y de dichas. Conque no hay que aburrir á los demás." Aquellos burgueses eran duros, secos y egoístas. Estaban hacia algunos

años tan acostumbrados a la catástrofe, que la pérdida de una joven no parecía una grave aventura.

Una vez fueron muy mal recibidos. Fué en casa de unos sobrinos y sobrinas con quienes Moorels estaba peleado hacía mucho tiempo, un rico salón de espejos, enmaderamientos, porcelanas, iluminado avarosamente por un farolito.

—¿Qué nos importa!—respondió el hombre con una malvada sonrisa.

La mujer añadió:

—¿Nos la habéis dado á guardar?

Y otra voz en lo oscuro:

—Todo ha acabado entre nosotros.

Moorels creía que estos sabían más. Tercero les pidió perdón, rogándoles le dijeran la verdad. Cuanto más humilde se hacía, más arrogante se alzaban los otros. Shakespeare dulcemente se lo llevó de allí.

Lloviznaba. Volvían cubiertos de lodo á *La escudilla de madera*. La posada estaba desierta. Las criadas no tenían noticia alguna. Fué una velada siniestra. Una de las mujeres dijo con timidez y como para cambiar la conversación:

—Se ha encontrado al verdugo con una puñalada en el corazón. Y ese puñal tenía la forma de una cruz.

William pensó en el caballero John. Pero esa noticia no hizo postafiar á Moorels. Estaba sentado ante una mesa, con la cabeza entre las manos, mudo, inmóvil. Y á intervalos regulares dos gruesas lágrimas salían de sus ojos, como proyectadas por los párpalos. En torno suyo, las criadas de la hostería hablaban en voz baja sin atreverse á irse á acostar. Se oía fuera la lluvia, semejante á un pateo. Los quinqués chisporroteaban en el techo.

Shakespeare, á quien esta velada ponía febril, combinaba la llegada del fantasma de Eva, blanca, discreta y solo para él visible. Tenía un dedo en la boca, sus ornamentos de oro brillaban con luz de ultratúmbo, fosforescente y vaga, y en su pie desnudo, de forma perfecta, llevaba un anillo de oro. Se acercaba á su padre y le besaba en la frente. En el espacio, palpación de alas; en el alma, una turbación sobrenatural,

una abertura á emociones nuevas y singular es que explicaban el encadenamiento de las cosas en el universo. El suplicio y el canto de los españoles, las palabras del caballero John, la desaparición de Eva, tales eran los anillos lúcidos de una cadena de plato de que parecía rodeado el fantasma, y que era la prisión del otro mundo. Las causas de aquí abajo eran como carceleras; y los dolores, como evocadores. Porque el dolor de Moorels era manifiesto: una aureola descolorida en derredor de su cara. El dolor de los españoles era una bola roja; el del caballero John una bola azul. Esas esferas daban un sonido que era un melódico gemido; se atraían y se rechazaban, pasaban, unas tras otras, de modo que sus matices se mezclaban. Después formaban signos, figuras extrañas, Eva consideraba esos sortilegios luminosos. Una sonrisa flotaba en sus labios finos y sin sangre. No hablaba, pero el poeta comprendía su lenguaje. No estaba tejido de palabras, sino de sensaciones sobreguadas y tan conmovedoras que se sentía como atravesado el corazón por ellas. Las bolas de dolor la rodeaban, se fundían en ella, la evaporaban y no quedaba ya en el espacio más que un velo impalpable, como una bruma, que una ráfaga de aire helado desgarraba de pronto. Era el frío del canal. Frío ácre y penetrante! Del seno de un amargo silencio subía el día en un cielo lívido. Los mástiles eran raquíticos; los bajeles y las casas, de mal agüere; los molinos giraban velozmente, como movidos por una fuerza diabólica. En el horizonte del suelo se distinguían miembros esparcidos, instrumentos de tortura y sangre. Un gran gallo rojo salía de una calle. Su cresta llegaba á los arquitrabes de las casas. Se plantaba como un capitán ante la naturaleza desacreditada y daba su canto fatídico.....

Shakespeare se despertó, hinchados los labios, pesada la cabeza, *ankilosados* los miembros, ante la mesa de la posada. Los quinqués se habían apagado. Las criadas dormían en posturas grotescas y sus caras grasientas estaban aceitosas. El tío Moorels, con los ojos muy abiertos, había conservado su posición. Era completamente de día y la lluvia había cesado. De pronto, oyó un ruido de paso que se detuvieron pesadamente. Llamaron á la puerta. Golpes duros, malvados, que penetran como cuña

A mazó, Nadie se movió. Siguiéron los golpes, más violentos, acompañados de un tumulto de voces y juramentos. Moorels no hizo un gesto, ni desvió la mirada fija y terrífica. Shakespeare se levantó y fué á abrir, después se apartó, rígido de horror, ante un espantoso cortejo.....

Sobre unas angarillas, llevadas por cuatro hombres pálidos y vestidos de cuero, estaba estendido el cadáver de Eva. Sin sábanas—sin que hubieran tomado precaución alguna con ella—estaba allí, tal como la habían sacado del canal, después de una estancia de algunas horas, hinchada y torcida la cara, desconocida, sus blondos cabellos enmarañados y desanudados, sus vestidos pegados al cuerpo. Sobre su vientre enorme, su saya de terciopelo verde formaba algunos gruesos pliegues húmedos. Tenía los párpados medio cerrados, los labios enormes y la nariz muy afilada. Sus ornamentos de oro habían desaparecido y su encaje pendía en largos desgarrones.

Los criados despertaron sobresaltados, y frotándose los ojos comenzaron á gritar. Corrían alrededor de las angarillas, y los mozos de cuerda se explicaban por cortas frases brutales:

—Su casto flotaba. Uno que pasaba nos avisó. Ah! qué pesado estaba!

Shakespeare miró á Moorels. El viejo, que se había quedado inmóvil, petrificado, se puso de un salto en pie. Parecía que el cielo continuaba el sueño atroz que le abrumaba hacía largas horas. Como un autómatas deforme, se acercó al desgraciado resto de la que fué su hija, y allí, trágico, centinela, la consideró largo tiempo. Sus miradas estúpidas, vacías de toda expresión, oscos fanales sobre un desastre, iban de la cabellera decolorida á los piecitos rígidos. Por un fenómeno inmediato, la grasa de su cara se había diluido, de modo que llevaba una nueva máscara pálida y decaída, surcada de blandas arrugas. Su cabeza oscilaba de arriba á abajo en un temblor continuo. Su ancho pecho se alzaba con esfuerzo, y en el silencio de las plañideras se oía un silbido breve.

Los hombres de las angarillas se fueron. La escena quedó libre para la desesperación. William tenía envuelto el corazón

en un sudario húmedo. La compasión llenaba su sér. El viejo le aterraba. Le tocó la espalda. Moorels se estremeció como alguien que agoniza en una noche de invierno. Por la primera vez sus ojos salieron de los limbo, y con voz débil, más débil que nunca, murmuró:

—Desde ayer lo sabía. ¡Qué linda está muerta!

Sublime error en que se refugiaba la más loca ternura en el desplome de aquel palacio de carne, con su cúspide de cabellos blondos, de ventanas azules, de puertas virginales. Shakespeare sintió las lágrimas subir de las regiones profundas de su sér, que aun no iluminaba la inteligencia. Aunque su belicosa imaginación, sin saberlo, forjase todos los dramas posibles, y hubiese, desde las primeras manifestaciones de aquel desmesurado amor fraternal, combinado su sueño, no había previsto esa ilusión perseguida más allá de la muerte, adornando el cadáver de flores prestadas. Aistía á un suplicio más refinado que el de los espafioles y el dolor atravesaba ahora delicadas regiones morales que no alcanzaban ni el fuego, ni el plomo, ni las masas, ni las tenazas.

—No necesitas hablar, invocar los dioses por largas faltas falsamente sinceras, deplorable viejo, peor que un cadáver, puesto que sufres todavía. Sigo las sacudidas de tu alma, sin que agite el recuerdo y los primeros años suaves de ese cuerpo gracioso que el agua deforma, sea que recuerdes á tu mujer, á la madre ausente, y suponga una desesperación gemela, sea que mire al porvenir perdido, el esposo en brazos de la esposa, cuya sortija es un signo nuevo, los niños rechonchos, la dicha embalsamando la pasión, llena de un gozoso tumulto. Siempre llamea la fórmula terrible: eso hubiera podido no ser. Así como el jugador desgraciado, construyes un destino diferente y restableces los hechos como eran antes de la catástrofe, engañando tu corazón por tu espíritu y tu espíritu por tu memoria.

Pero estas conjeturas eran falsas. Moorels adoraba demasiado á su hija. No podía ver más que la imagen inmediata de la ahogada. Su cerebro, por una vuelta completa de su egotismo, último término de los sentimientos desesperados, daba

vuelitas á esta duda: ¿Ha pensado, al morir, en mí ó en otro. Sus celos le asían á este último vestigio de una existencia pura y dulcísima. No esperaba que el despojo se levantara ó se moviera débilmente. No esperaba, en su actitud siniestramente contemplativa, que un milagro resucitara la mirada, el gesto ó el verbo. Esperó la certidumbre.

Entretanto, las criadas continuaban su *chillería*, porque con ella se debe acoger todo desastre. El posadero dió una orden breve:

—Llevadla á su cuarto.

Bien pronto, la escalera gritó bajo el negro cortejo.

Mientras la desnudaban y la adornaban para los gusanos, Moorels, en la habitación de al lado, invocaba el remordimiento continuo, menótelo y roto:

—La amaba demasiado y atraía la desgracia. ¡Cada vez que mi pensamiento se fijaba en ella era con tanta violencia!... ¡Mi amor ha sido homicida!

Shakespeare esperaba una crisis de desesperación ruidosa; pero no vino. El pobre hombre conservaba toda su razón y desenvolvía un monólogo dulce:

—¿Por qué ha hecho eso? No tenía ni pena ni contrariedad alguna. Todo el mundo la amaba. En cuanto se la veía, se la quería. ¡Vuestro corazón no se agitaba dulcemente ante ella! Todo, todo ha terminado.

Sus ojos estaban secos. Había largas pausas durante las cuales reflexionaba:

—Estoy tan débil que quizás no tendré el valor de matarla. Mañana, ó pasado mañana, ó un día cualquiera; esperaré y veré. Creo que mi vida se ha estrechado. Ahora es pequeña, pequeñita, y colocada no sé dónde en mi cuerpo. Cabría en un dedo. Estais viendo un niño, un verdadero niño.

No había querido que su hija fuese expuesta á las miradas de los otros.

—Preferiría que nadie la hubiese conocido, que fuese una chica educada salvajemente en una gruta como las que deben ser un día reinas. Era mi reinescita perpetua.

Se oía el ruido seco de un martillo. Shakespeare se estremeció.

—No tembleis y no trateis de hablar alto para cubrir ese ruido del martillo. Yo ni siquiera la he visto antes de que la pusieran en la caja. Es inútil. Lo que me hace falta es mi Eva de todas las mañanas, fresca y risueña, cuando entraba en mi cuarto.

Los golpes persistían, implacables. Recordaban al poeta los que dieron por la mañana en la puerta. Todas las angustias se anuncian y se terminan por un choque. La calma de Moorels le impresionaba más que un frenesí ruidoso:

—Hé ahí la extremidad del sufrimiento. Vuelve casi á la quietud. El horrible círculo se cierra siempre.

Pensaba también que un ideal sobrepuja algunas veces las más caras afecciones. El caballero John no había evocado más que la venganza. Madres antiguas habían sacrificado sus hijos á la nación, inmolado á los dioses esa parte de sus entrañas, á fin de obtener presagios dichosos. Tal hubiera podido ser algunos años antes el caso de Moorels. Shakespeare dijo en voz alta:

—¡Si hubiera la pobra muerto por la patria!

El pobre posadero sacudió la cabeza, en la que parecía bailar toda su carne lacia, y replicó:

—Si mi patria tuviera un cuello y su muerte pudiera dar la vida á mi Eva, degollaría la patria con mis manos.

Por la noche tuvo lugar la comida de los funerales. Fue servida en la gran sala y todos los parientes asistieron á ella. Llegaban con una afectación de sorpresa disipada casi en seguida, en cuanto circularon las carnes y las copas. Shakespeare reconocía á muchos á quienes él mismo había despertado en el curso de la lúgubre persecución. En medio de la mesa estaba sentado, semejante á un espectro, Moorels, y sus ojos tenían la misma superficie fría, sus raros gestos de dislocaciones extrañas. Estaba allí como perdido en medio de todos aquellos indiferentes, las mujeres de grandes *toilettes*, cubiertas de oro y encajes, los hombres robustos y llenos de vida, di-

simulando mal su jovialidad bajo un aspecto reservado. Primero cuchichearon y el nombre de Eva estaba en todas las bocas. Alababan, según costumbre, su benevolencia y su hermosura. Cada cual recordaba algo á propósito de ella. William, entre dos fuertes holandesas, cuyos codes desnudos tocaban los de él, sufrió la avalancha de las penas, de las preguntas, de los ociosos detalles. Respondía por monosílabos, porque sentía la mentira y no se ocupaba más que del padre, quien no comía, no hablaba, y proseguía su lúgubre sueño interior. Su pensamiento subía así al piso en donde reposaba, sólidamente encerrada en su ataúd, la más flexible silueta de jovencita, cuya piel frágil se descomponía ya.

Poco á poco la reunión se hizo ruidosa y se ocupó del verdugo á quien habían hallado muerto con un puñal en el corazón. La forma de aquel puñal, la concordancia del atentado y del suplicio de los españoles, la infernal destreza con que se habían aprovechado del sueño y de la embriaguez, revelaba la mano de los Jesuitas. Desde la muerte del Taciturno, se sabía que rodaban por Holanda y su nombre solo era un terror.

La puerta, á causa de la cálida temperatura, había quedado abierta. De vez en cuando se oía una voz lamentable. Un mendigo, cubierto de harapos, imploraba la caridad de aquellos á quienes ablанда la desgracia ajena. Entró un vendedor de bebidas. Proponía que le compraran una copa sobre la pérdida de su niña querida, y para mostrar sus talentos cantó las flores que el granizo ha dejado, las estrellas apagadas por las nubes y el paraíso en todos se reúnen. Era un hombre de cabeza fatigada, profesional. Sus frases forzadas inspiraban un gran asco á Shakespeare, pero parecían satisfacer á los convidados. Las damas movían dulcemente sus tocas y los burgueses tomaban aires graves y enternecidos, paseaban sus miradas, húmedas por el jolgorio, del coplero al posadero impasible. Todos se asombraban de su sequedad. Esperaban que fuera más clásico, más conforme á la imagen tumultuosa que se habían hecho de su desesperación.

De pronto hubo como una oleada. Un joven saltó de la sala, derribando á algunos y precipitándose á los pies de Moore.

—¡Perdón! perdón! Soy yo quien la ha matado! Perdón!

El estupor hizo dar un salto atrás al viejo. El joven se puso en pie y se pudo ver su rostro osado, su talle esbelto. Juntó sus manos á hizo su confesión con voz fuerte en medio de la sorpresa general.

—Nos amábamos hacía un año. Ella y yo, yo y ella, queríamos casarnos. Eramos prometidos y le había hecho un regalo. Pero su cruel padre se opuso.... Oh! me perdonareis! Cuando ha sabido que era imposible, me ha rogado que muriéramos.

El acento de su voz se hizo trágico y cortado de sollozos. Su fiera cara se inclinó á tierra.

—“Morir los dos, los dos,” me repetía sin cesar, en nuestros paseos y en nuestros besos. Me decía que amaba la muerte tanto como á mí, que la deseaba y la llamaba. Acabé por querer lo que ella quiso. Habíamos resuelto.... Ella se arrojó la primera.... su lindo cuerpo se hundió en el agua fría del canal. Oh!....

—Y tú!—rugió Moore.

—Ah! escuchad todos esto y que Dios me condene! No he tenido valor para seguirla; le había jurado por lo que hay de más santo; le había jurado contra su dulce pecho, bajo sus miradas. Y no he podido. He tenido el vértigo. He corrido todo el día como un loco y he sabido que la habían encontrado. Mátame, viejo. Libértame de una vida infecta. Arráncame á un sucio destino de perjurio y mi alma te bendecirá!

Su aspecto era soberbio. Parecía vibrar. Los convidados se habían puesto de pie en actitudes diversas pero ennoblecidas y el entusiasmo animaba á Shakespeare.

Los ojos de Moore habían vuelto á hallar la vida. Con templaba ardientemente al joven, primero con furia, en seguida con piedad, y cuando hubo acabado se quedó silencioso algunos segundos. Luego, con esfuerzo sincero, le mostró un acento á su lado:

—Siéntate aquí, puesto que ella te ha amado, y come con nosotros.

Añadió después, con un largo suspiro y una voz ahogada, avergonzada, apenas perceptible:

—Yo, su padre, tampoco he tenido valor!....

de esa joya, el elor de esa rosa gobernarán quizás desde hoy nuestra existencia que correrá en un canal nuevo, cuando una terrible catástrofe no la hubiera aprisionado. Grandes molinos giran sin cesar. Una rueda nos pulveriza á fin de crear el porvenir y para mezclarnos á él nos destruye. Cuando las pasiones se reúnen en haz, son tremendas. En el aparente caos del mundo hay una vasta armonía, leyes subterráneas y mudas. La vida dibujada como un paisaje, circula con lentitud, y sus caudales rotundos han sido preparados largamente. Nos abrimos la vía á través de los presagios que nuestros ojos ignorantes no saben leer.

Sobre el agua lisa pasó una barca, cargada de flores indistintas, cuyos vivos colares matizaban el aire tibio. Llegaba, portadora de perfumes, al encuentro del viajero, como las reinas antiguas ante los héroes. Pero la traza de su espíritu hizo de aquella barca una sepultura flotante:

—Serás tú, cuerpo de la blonda Eva, que he visto tan flexible y tan hermoso y hoy veo aniquilado por la muerte! Hé ahí tu tumba; una barquilla llena de flores. Sus almas, es decir, sus perfumes, están pintadas al rededor de ellas, mientras que las nuestras yacen en el fondo de nosotros, sin matices, más semejantes á cadáveres que á vivientes. ¡Que lo más bello sea solo apariencia! Qué ningún tesoro se hunda! Oculta por esas delicadas compañeras que embalsamarán tu trayecto, deslízate ahora hasta los infiernos, holandesa infortunada de corazón de oro.

Aunque el silencio reinara, deslumbrador por decirlo así, el poeta oyó una de esas melodías fúnebres que en los cálidos días de verano suben del corazón de las cosas. Esas flores fugitivas, el estrecho canal, lloraban su breve destino y sus gemidos armoniosos creaban un horizonte senoro. Disipó la bruma. Gruesas nubes en enormes copos corrían por el vasto cielo, aireado, cargadas de lluvia. Saludaban, bailaban, se pavoneaban; sus rabos y sus cabezas tenían estiramientos cómicos ó se apelotonaban como una bala, de tal modo, que por broma, el sol las separaba y los miembros esparcidos continuaban solos la pantomima. Intermediarios entre el suelo apacible y

el espacio cargado de vapores, los molinos agita-ban sus alas. El canto de un gallo desgarró el silencio del campo. Todos aquellos episodios eran para Shakespeare signos preciosos, porque puesta á tono por el viaje, se abría su espíritu de veinte años á los menores estremecimientos de la naturaleza, y sentía, en lo más profundo de su ser, agrandarse su personalidad á cada cheque con el mundo exterior.

— ¡Ver caer un bolido! hacerse mariposa una larva! ¡cambiar de aspecto un alma! En este momento la mía se agita. No comprendo, pero siento algo. Todos mis sentidos están como prolongados. Comunican y se unen á una especie de corazón tembloroso que late según el capricho de los encuentros y me parece que ojos nuevos se han abierto en mí sobre el misterio. ¡Qué hermosa es la vida! ¡Qué hermosa es la piedad! ¡Qué noble es la venganza! ¡Y qué alegre compañero es el recuerdo! Pero tras esas máscaras hay algo más amplio todavía: el hombre que somos y que se metamorfosea, el cómico de los cómicos, cuyos trajes no tienen nombre, cuyos escenarios son nómadas y que, joven mendigo recorriendo los caminos aguanta un peso el peso de todos los fardos.

Llegó á un bosquecillo. El camino costaba una casa de ladrillos rojos. Ante la puerta había un coche. Al lado del caballo, un niño armado de un látigo. El padre iba á irse y besaba á la madre quien sostenía en los brazos una niña. Una señora anciana, en señal de adiós, sacudía su arrugada cabeza; é indiferente á todo, un gato negro se alisaba los pelos. Era un momento familiar y dulce. El caballo relinchó, el látigo estalló y la carreta se puso á rodar, seguida de besos y risas. Esa imagen llevó á Shakespeare hacia ideas de dicha y calma. Agradeció el azar del regalo.

Un poco más allá, otro espectáculo. A la orilla de un foso, en posturas indolentes, estaba sentado un grupo de Mendigos; rostros erizados, vestidos polverosos, y las armas en tierra. Una furia de cara implacable les arengaba, furiosa.

— ¡Reposad, cebardas, cuando acaban de matar á vuestro jefe! ¡Vuestras piernas son de corcho y vuestras manos de papel! ¡Caras de topes!

Y les amenazaba con el puño. Esas invectivas no les conmovían. Algunos se burlaban. Cuando Shakespeare pasó, sintió sobre él miradas curiosas. Una voz le interpelló:

— Camarada ¡á dónde vas?

— A Delfi.

Se hallaba en el círculo y respondía al interrogatorio. La furia continuaba sus imprecaciones.

— ¡Basta, buena mujer! Nos asordas. Si sigues, te ganarás una paliza.

— ¡Caras de topes! ¡Caras de topes! Farnesio os colgará, ahogará y quemará. ¡Ah! ¡Ah!

Y se rió de una manera terrible. William siguió su camino, perseguido por las visiones del odio que le siguieron hasta Delfi.

Entró en esta ciudad por una puerta roja porque el sol declinaba. Los cavales semejantes á cintas de fuego, las casas llameantes, la campana como tocando á rebato, el vaivén de una multitud activa trepidando de un humor belicoso, todo hacía revivir el incendio de antaño cuyas terribles relaciones habían llegado hasta Inglaterra.

— Enherabuena— pensaba Shakespeare— te presentas según tu leyenda, vieja ciudad cuyas piedras todas están marcadas de terror. Los juegos del crepúsculo te colocan de nuevo en el centro del azote, cuando las mujeres andaban y corrían, ahogando á sus pequeños contra sus pechos, cuando los arquitrabes caían con un ruido siniestro en el brasero en donde se enrojece el destino. ¡Puedan los hombres modelarse sobre tí! Si César se me aparece en la esquina de un sendero, desearía que fuese con rostro deslumbrador, cubierta la cabeza de laurel, el costado atravesado de una espada, gloria y herida.

Seguía al pueblo, cuyos movimientos instintivos llegan siempre al punto más apasionado. A lo largo de un canal bordado de tiles marchaban mezclados arcabuceros y burgueses, viejos, niños y bellas jóvenes con cascos de oro. Las voces eran altas y claras. Costó una antigua iglesia, madre de una campana que tocaba siempre. Entró en el patio de un gran palacio sombrío. Allí, junto á una escalera, vociferaba un hombre de barba blanca, señalando con el dedo á un muro:

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Año. 1925 MONTERREY, MEXICO

—Veis la huella de las balas. Hay sangre en las gradas. Esa sangre gime noche y día. A través de toda la comarca, reclama vengadores. ¡Levantaos, hijos de la Holanda! Han matado á vuestro padre, al que velaba sobre nosotros y cuya sombra os protege todavía. Ha muerto por vuestra libertad, vuestras franquicias y vuestra religión. Pero esta puerta que se alzaba á su paso, estas murallas orgullosas de abrigarlo, esas gradas que llevaron el peso de su pobre cadáver atravesado de heridas, todo os grita anonadar á los traidores.

Los brazos robustos del orador se estremecieron con esta demostración ardiente. Sus ojos profundamente hundidos, los movimientos de su barba y su elocuencia impresionaban al auditorio quien le aprobó con un áspero gruñido. Entretanto un burgués daba datos á Shakespeare. En aquel ángulo oscuro, un mes antes, Guillermo de Orange había sido asesinado por Gerard. Desde ese día aquel viejo servidor venía diariamente á la misma hora á arengar á la multitud:

Locurioso es, señor, que era un buen hombre silencioso y tímido que merecía también el apodo de *El Taciturno*. Esa desgracia le ha enfurecido. Pasaba por un poco sencillo y hasta tartamudeaba. Hoy es un león rugiente.

El viejo había caído de rodillas, y con el cuerpo hacia atrás, en una postura extática, recordaba las sublimes virtudes de su señor.

—¡Qué bueno era! ¡qué sabio! ¡No tenía alma sino para vosotros! No hablaba más que de vosotros. Un miserable trozo de plomo ha destruido todo eso.

Y designando el sitio fatal:

—Parece que fué ayer. Oigo el disparo, luego y le hallo acostado sobre la escalera, respirando todavía. ¡Ah! ¡despierta! ¡Vuelve junto á nosotros! No nos dejes solos y desolados como niños.

Sollezaba. Sus gruesas lágrimas regando sus arrugas, eran visibles á distancia. En torno suyo las caras fanatizadas revestían las expresiones que ordenaba su arenga. Más que en Rotterdam, más que en las relaciones de los Mendigos, William admiraba aquel odio.

En el sitio donde el crimen había sido cometido, un vociferador aseguraba la expiación, era la fuente del río de venganzas que eaturbiaban los tranquilos canales. Los aullidos de aquel viejo perro fiel impedirían á las pasiones abotagarse y resonarían largo tiempo en los Países Bajos. La conformidad de la hora suntuosa, y del lugar trágico daban á la escena la amplitud necesaria. El poeta, alzando la cabeza, vió, por encima de esa agitación, la transparencia de un gran cuadrado de cielo color rosa, porque el equilibrio perfecto de la naturaleza, ofrece por todas partes el reposo á la energía, y el mutismo á los vanos rumores. Y como el viejo se encarnizaba en su predicación, el joven, mentalmente le replicaba:

—Nunca tengais más que esta idea: la venganza; afilad vuestras espadas, fundid vuestras balas. Pensad en esa leal figura de heroe.

—Hoy rigila y helada y que pierda lentamente su forma en la tumba, como la perderá en la historia.

—Exige la matanza de los malditos.

—Si exigiera algo sería la paz y el silencio.

—¡Que no tenga ni perdón ni piedad!

—Sólo el perdón, sólo la piedad, sobre el cielo y sobre la tierra. A dos metros del cielo se puede sonreír todavía, pero el furor es imposible.

Fué así como de ese palacio negro, resonante de una batalla rencorosa, Shakespeare salió con una gran necesidad de paz y de amor, y como los movimientos de su corazón eran bruscos, detestó las violencias tanto como las acariciaba algunas horas antes.

—La sangre se espesa y se cuela. — No veo más que criminales y furiosos. Grotesca orgía de cuchillos y mosquetes.

Bandadas de hombres ébrios y solo lúcidos cuando se trata de escoger sitio mortal, de horadar con destreza un hígado ó unos riñones. Este tartamudeaba. Halla la palabra á fin de continuar un homicidio por otros homicidios, y empujar al exterminio. Y del Norte al Sur, de las regiones heladas á las candentes, tienen mujeres, dulces mujeres de carne rosada y de dientes blancos, tienen frutos, flores, niños aterciopelados en

quienes la palabra surge con el gesto, poco á poco. Tienen el beso, tienen el pan, tienen la facultad de cantar y de inventar. Pero eso no les basta. Lo que es bello es destripar mujeres, torcer sus largos cabellos, destrozar á los niños contra las murallas, poner fuego á esos palacios, con los que soñaba gozosamente el arquitecto. Destrozar, pillar, destruir, tal es la noble tarea humana. Todo es pretexto para esa carnicería. Un Dios en el pan ó fuera del pan, una frase en una Biblia, un trozo de territorio, el hecho de hablar un idioma diferente. Y cuando se ha revolcado casi en vómitos ensangrentados, se levanta el idiota y pasea su mirada altanera sobre el horizonte lleno de ruinas. Es su obra. A sus pies los animales. Por encima de él, lo que él llama su creador, quien, á juzgar por la criatura es un gran maestro de baile; y en el intervalo una cocina de brujas, un caldero lleno de huesos y piojos, un picadillo de homicidio, pestes y desastres.

Llegó el crepúsculo. El poeta se sentó sobre el muelle desierto. El canal reflejaba el maravilloso trabajo de los árboles y de las casas de muros almenados. Esas imágenes oscuras, pulidas, delicadas, eran más débiles que la realidad, y la menor brisa hacía correr sobre ellas un estremecimiento. Detrás de los techos, amenazaba el espacio ensembrecido. La discreta campana, un lejano rumor popular, no confirmaron ese silencio del que Shakespeare espiaba los incidentes sutiles: un pliegue sobre el espejo, el desaparecer gradual de los follajes y de las piedras cuyos contornos solos subsistían. Se estuvo allí hasta que llegó la noche y chispearon las estrellas. La arquitectura fina de las casas era gris en los bordes. Cuando se iluminaron las ventanas, los resaltes del ladrillo se destacaban en una luz rojiza y esbeltas bandas de fuego corrían sobre el canal. Los árboles vencidos no eran en aquel momento más que gruesas belgas oscuras. Fué imposible saber por qué se aplicaban manchas de un violeta fúnebre aquí y allá sobre las moradas y sus húmedos fantasmas.

Ese drama mudo encantó á Shakespeare: —Es el más terrible de todos, porque tiene fases implacables. Me enseña cómo hay que ver. Los gritos y las degollaciones no son más que

ventanas alumbradas. El canal es el espíritu del poeta. Aquí todo se alarga y se agita. Un soplo misterioso pliega la reflexión. Según un ritmo definido, las violencias trabajadas por el hombre, es decir, las violencias trabajadas por la naturaleza, es decir, los árboles entran poco á poco en la nada, y la sombra así como una bruma, invade metódicamente sus relieves. Cuando la muerte suba en el ser la miraré subir. El amor ilumina y lucha. Dejaré las luces del amor bailar en la superficie de mi alma. Ilustre Taciturno de apodo predestinado, ¿en qué aguas infernales miras en este minuto tu noble cara, en la que se reconocía todo un pueblo? ¿Qué tinieblas comienzan á invadir tu estatua alzada en el corazón de tus conciudadanos?

Presa de una especie de fiebre intelectual alimentada por una copiosa cena, dirigióse Shakespeare hacia la ciudad de Leyde. Noche candente y sin luna. Aunque se hubiera enterado bien del camino, á veces vacilaba entre el ángulo de dos caminos, contra una empalizada, á la entrada de una alameda de árboles semejante á la boca de un horno.

Los espectros de los molinos se aliaban en torno de él. Sentía una angustia supersticiosa.

—Por fortuna, desconozco los «gnomos» y los diablillos en este país. Por eso me rozan sin conmoverse. Sin duda alguna, tras cada uno de esos molinos, está el enano vigilante y pernicioso con su risa diabólica y sus pies que chapotean contra el suelo. Pero no tiene nada que hacer al extranjero. ¡Qué soledad!

Recordó sus temores de niño, las historias diabólicas que se contaban en las veladas, cuchicheando en los mejores pasajes, y las aventuras reales de sus vecinos. El tío Jehnson, volviendo á Stratford á las doce de la noche, había sido asaltado por un mocetón que hablaba una lengua extranjera, y de pronto apartando su manto, había mostrado al buen hombre espantado, un cuerpo atravesado de veinte puñaladas. Cada una de ellas hubiese debido hacer de una persona un cadáver. Al batero lo habían llamado en una noche de lluvia tres caballos y apenas estuvieron en la barca, notó estupefacto que cada uno

tenía dos caras, cuatro brazos y cuatro piernas terminadas por cuatro pies hendidos.

— ¡Qué gozo sentía yo, sentado en un rincón del cuarto, oyendo esas terribles aventuras! Los objetos familiares tomaban aspectos enigmáticos y el vidrio oscuro era la puerta del misterio que uno mira temblando. En mí subía el miedo, tan activo, tan deformador como el amor y que puebla de larvas el universo. Soberano de lo desconocido, gobierna su fabuloso reino con castañetes de dientes, ojos dilatados y manos que rechaza no se sabe qué. El grito ronco del niño de pecho, a la caída de la tarde, el ladrido del perro a la luna, las miradas de los animales a punto de hablar, el horror de volverse, de mirar en un espejo, un estanque, de oír pronunciar ciertas palabras, tales son sus mensajeros. Todo lo que siente es miedo, porque toda pasión es fugitiva. Todo el que piensa tiene miedo porque la soledad del pensamiento es atroz. Todo el que destruye tiene miedo, porque escucha el ruido de los escambros, y todo el que construye tiene miedo porque no sabe cómo utilizará el porvenir de su esfuerzo. Los abismos del espacio y del tiempo nos causan ese vértigo moral.

El rumor sordo de un trueno trajo al poeta a las circunstancias. Sudaba. Se detuvo algunos segundos y respiró el aliento ahogado del campo. Delante y detrás de él, la opaca oscuridad. Sobre los márrales, los canales y las llanuras, la noche. Se enjugó la frente y desató lo cuerda de su alforja. Un grito regular resonó en el espacio, grito que tenía algo del aullido y de la risa y terminaba por una especie de sonido de cascabeles. Shakespeare pensó que era el de un buho retardatario.

— Quizás sea también alguna víctima de esos juegos sangrientos, Español o Mendigo, que bosteza muerto. Debía vagar por estos alrededores más de un gran capitán descarnado, o un trozo cortado por los suplicios, mano en busca de un brazo o un cuello procurando su cráneo.

Seguía atendiendo. El grito se repitió, pero más débil y esta vez fué para él perceptible su carácter sarcástico.

— Si la gran ironía de las cosas se desprendiera de algo, tendría este timbre y este acento.

El tronido de la tempestad se aproximaba. Los artilleros celestes colocaban en batería sus piezas. Se oían las pesadas ruedas de los carros. William prosiguió su camino. Su corazón palpitaba con fuerza, y sentía agitarse el velo que nos oculta lo sobrenatural. Era un goce erizado, un voluptuoso hormigueo de los dedos y la nuca. Las orejas, exasperadas, esperaban la repetición del inexplicable ruido.

En el momento preciso en que salía de nuevo de las tinieblas el ruido más próximo y más estridente, un largo relámpago iluminó dos molinos, un bosquecillo, todo el regular detalle del horizonte, y Shakespeare vió, a alguna distancia en el camino, la fulgurante silueta de un hombre rechoncho que se daba prisa.

— Ése es el que gritaba.

Y corrió para juntarse a él; la angustia y la curiosidad le espoleaban. El trueno estalló sobre su cabeza como una catarata de voces. El invisible follejo tembló. La luz fué aquella vez cegadora y seguida casi en el acto de un verdadero cañonazo. Shakespeare vió a dos pasos de él, al extranjero. Con voz de pesadilla aulló:

— ¡Vais a Leyde!

Y como su pregunta quedó sin respuesta la repitió en medio de la berrasca. Un relámpago implacable le mostró que se hallaba al lado de un viejo regordete y barbudo, pobremente vestido, de ojos lucientes y que muy tranquilo caminaba agitando menudito sus largas y delgadas piernas.

— No sois parlán... — gritó el joven; pero no no acabó la frase. Una formidable fantasmagoría verde y roja, atravesada de zig-zag violáceos dió una imagen breve y discordante del campo incendiado, y ecos salidos de todos lados prolongaron ese cáotico episodio. La lluvia comenzó a caer por anchas gotas tibias que imitaron sobre la extensión inmensa el rápido patear de un rebaño.

En el silencio que siguió a aquella frase, William interpelló al viejo:

— ¿Sois voz la persona a quien he oído gritar hace poco?

Ahora caminaban juntos y con paso igual. El poeta percibía

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"

Año 1625 MONTERREY

bía su soplo corto y apresurado, como un suspiro continuo. Esperaba ansioso una respuesta que le probase hablaba con un vivo. Por fin la tuvo, dada con voz seca y nerviosa:

—Sí; soy yo. Cantaba

—De lejos, parecíais reír.

Hubo un gesto sarcástico de labios, una corta pausa y la vez prosiguió:

—No sé adónde voy.

—¿Sois de este país?

—Soy de todos. Don donde veais una huella humana, es mi dominio. Soy el padre de las huellas terrenales.

Un extraño y maléfico boborigmo subrayó la extravagancia de la frase.

La conversación continuó así, cortada por las ráfagas de la lluvia, los truenos y los bramidos del viento. La tempestad exaltaba á Shakespeare. Ya no temía nada. Cada relámpago le demostraba la existencia real de su compañero. Pero en la obscuridad dudaba de esa existencia y esperaba alguna revelación de la boca tenebrosa, alguna frase fatídica proferida con esa voz febril y rota que llegaba hasta él á través del tumulto de la naturaleza y de las contracciones sardónicas.

—Marchais aprisa. ¿Teneis, sin duda, muchas ganas de llegar?

—Tengo prisa de volver á mi reino.

—¿Qué reino?

El que se estiende á la sombra de mi cetro. Me han matado al Taciturno. Yo le reemplazaré. ¡Ji, ji! Le reemplazaré.

—Es un loco—se dijo Shakespeare.

Y una súbita aparición de la cara asolada y de los ojos fijos fué para él la certidumbre. Mientras se desencadenaba la tempestad, resolvió halagar esa manía, ser loco también mientras cerraba esa noche prodigiosa.

—Siguiéndole á través de su laberinto, quizás tenga sorpresas. El paisaje de la razón, sumergido en un desastre oscuro, se ilumina, parece de luces bruscas. Enmascarado como él, adivinaré tras un divagador laberinto, las revueltas de su lógica. ¿Y quién sabe si esas cabezas rumorosas no tienen también sus ritmos y sus usos?

Y dirigiéndose á él:

—¿Os han desposeído?

—Me han desposeído, apaleado, arrojado. ¡Mis pobres hijos! Mi mujer y mi trono! Se han apoderado de todo; lo han pillado todo. Pero pasarán estos tiempos malos. Voy á recobrar mis Estados. Mi noble primo me los guarda. ¿Oís?

—La tempestad por encima de nosotros. Parece que se apacigua y que la lluvia disminuye en violencia.

—¡La tempestad! ¡la lluvia! ¡Ah! vos sois también un rebajador de gloria. Es el cañón que truena en honor mío. Sobre los elevados baluartes una multitud ardiente se reúne y me aclama.

Y se oyó su risa, dolorosa y terrible.

—¡Hi, hi, hi! Cada cual reconoce sus injusticias.

—A mi también me han apenado mucho.

—¿Os han quitado vuestro reino?

—¡Ay, sí! Es el mismo caso. He estado seis meses en un calabozo y no me daban á beber más que agua podrida.

Shakespeare sintió que una mano buscaba la suya y la apretaba, compasiva. La voz del loco perdió algo de su dureza. Suspiró profundamente:

—Entonces somos hermanos y el destino nos ha reunido. Venid á mi corte. Os daré en matrimonio á mi hija. Es bella y muchos señores poderosos me la han pedido ya. ¿En dónde está vuestro reino?

—Á la estremidad de una roca, sobre el mar. Mi palacio es de carbunclo y día y noche brilla de mil luces. Doy en él fiestas espléndidas. Sereis mi huésped.

—¡Oh, no, no!

Su voz se hizo atenuada y tímida.

—Soy un pobre viejo. Si supieran que soy rico, me matarían. ¡Me han perjudicado ya tanto! No he comido hace dos días.

—Detengámonos un momento—dijo autoritariamente Shakespeare.

La ráfaga se calmaba, el trueno se alejaba, pero anchas luces persistieron, de tal modo que la naturaleza continuó re-

presentando su papel en esa comedia moral. Y el loco, señalando para los molinos, gritaba:

—¡He ahí mis caballeros!

Y señalando los árboles:

—¡He ahí sus damas!

Y mostrando el camino:

—Está enarenado de oro.

El poeta sacó de su alforja un trozo de pan y de carne, restos de su comida y se los presentó á su compañero quien los asió con avidez. Comía como un glotón. Su risa cedía al ruido de sus quijadas. Shakespeare sintió una gran lástima ante esa hambre más fuerte que la ilusión. El rey, saciada su hambre, se espresó tranquilamente, con tono razonable y discreto, tono que se acordaba á maravilla con la llovizna y el terreno fangoso:

—Apenas llegue á mis Estados declaro la guerra á vuestros enemigos y os nombro mi primer ministro. Os ocuparéis del alimento del pueblo. Es muy necesario que el pueblo coma bien. Velaréis también en que se le dé, discrecionalmente, buena cerveza. Quiero reinar sobre súbditos gordos y lucientes.

—¿Coceré pan todos los días?

—Ya lo creo! de otro modo se encoge y endurece como un guijarro. Durante el sitio de Leyde acabamos por devorar la tierra y los gusanos que allí había. Yo llamaba á esto, el desquite de los muertos.

—¿Cuánto tiempo duró el sitio?

—131 días. Creíamos que no iba á acabar nunca.

—¿Vos mismo mandábais vuestras tropas?

—No, compañero; si yo era zapatero. El zapaterito de la calle más cercana á la iglesia, á la izquierda.

—¿Sois zapatero?

—¿Quién ha dicho eso? Son mis adversarios que tratan de engañaros. Se valen de astucias infernales. Empezaron por esconderme el cetro. Lo busqué durante ocho días. Estaba en un montón de estiércol. Y á vos, ¿qué os han hecho?

—Me han sacado de Inglaterra y desembarcado en Holan-

da. No conozco este país. Nunca sé si estoy en el buen camino.

—Sí, sí, vais á Leyde. Es una ciudad. Estoy seguro. Pero en fin, ¿por qué me haceis esas preguntas? ¿Acaso seriais también un traidor? ¡Os habrían enviado junto á mí, para espiarme, y conducirme á una alevosía, como al Taciturno!

El viaje se había detenido. Parecía ahogado de opresiones y su voz se había hecho dura y frenética. De pronto, dió su atrás relincho y saltó ágilmente. En seguida vociferó:

—¡Maldito! ¡maldito! Te mandaré ahorcar y pulverizar. Te haré romper los huesos uno por uno. Y arrancar la lengua. Mandaré desmadejar tus intestinos y será un collar para mi reina. ¡Hi, hi, hi!

Shakespeare, á la luz de un relámpago masivo, le distinguió, ya lejos, saltando y haciendo muecas, semejante á su primera aparición. En seguida corrió y se oyeron sus pasos en el lodo. El poeta quedó solo, turbado ante un problema mucho más tenebroso que la noche:

—Mientras me prestaba á su locura comprendía qué débiles barreras me separaban de la sinceridad. Mi voz tenía un acento nuevo y hubiera ordenado gestos desordenados. Un inmenso orgullo relacionaba á mi ser se poderoso tumulto de la naturaleza.

¿Pero quién en el espacio de un segundo, no ha creído en su propia monarquía? En este mismo momento, me figuro, sin confesármelo, que el azar cosecha para mi imaginación una materia viva y maleable á fin de que se la trabaje artísticamente. Me complazco en suponer que la tempestad estallaba á propósito para tender mi espíritu hacia bellezas terribles y que ese pobre diablo con su risa dislocada no ha tenido más que un fin: engrosar mi cerebro. El orgullo y el dolor se otorgan sucesivamente el poder. El que sufre demasiado será rey, y quien reina sufrirá más que otros. Las sensaciones nos asaltan por todas partes, agudas, insuportables, transformadas en seguida en ideas, en vapores, en carne hueca. Yo tenía una hambre, un sonido, un perfume, una envidia, y me quedan en la mano algunas frías etiquetas, polvo lógico, la ilusión de la vida. Entonces grito que me han despojado, que quiero mi sueño, y sospecho,

me espanto y huyo sin mirar detrás de mí. El orgullo ha domado el dolor y ordena desde hoy mi muñeco. ¡Qué bien lee uno sus deseos á la luz del rayo!

Shakespeare durmió en una cabafia abandonada que un relámpago le designó. A la siguiente mañana llegó de buen humor á Leyde.

La mañana alegre y vestida de rosa. La crisis de la tempestad desliga la naturaleza. El encuentro con el loco había sido para el joven un acrecentamiento de sensibilidad, porque se asimilaba en seguida todo episodio. La piedra de molino infatigable de su imaginación así lo real, lo deformaba con ayuda de metáforas y pulverizaba estas últimas, derramándolas sobre toda la fecunda superficie pensadora. Era una germinación súbita de pensamientos. Lo que la reflexión de un hombre tarda en empollar durante toda una vida, él lo sentía en un segundo. El menor objeto suscitaba en él el despertar de muchas series de ideas ramificadas pronto en todas direcciones. Este poder creador iba acompañado de sacudidas y temblores, tan fulgurante como el valor y tan apasionado como un vicio. He aquí lo que él se decía franqueando el umbral de la ciudad de Leyde, mientras en torno suyo los holandeses se agitaban como hormigas:

—He pasado esta noche por uno de esos momentos que fijan la persona y el carácter. La lluvia, la tempestad, la carrera y no sé qué vuelta misteriosa de los veinte años, me habían hecho apto á toda impresión. El lenguaje, el aspecto y la exhalación mórbida de ese loco, golpeaban en el fondo de mi ser las placas sonoras cuyos ecos no se extinguirán. Yo sufría ese estado de vaga voluptuosidad que es como la espera de un sentimiento nuevo y que se tiene en los sueños oscuros, en las angustias supremas de los celos, en el corazón abrasado de remordimientos. ¡Oh regio vértigo! ¡extraña embriaguez! Es la opresión continua del deseo. El deseo, sol que calienta é ilumina las regiones más secretas de Shakespeare. Un poco antes de su adormecimiento, es un éxtasis comprensivo. Nada escapa á mi metempsicosis. Soy el árbol y el fruto, el perro y el caballo, el príncipe y el bufón. Hace un momento era ese loco,

porque deseaba serlo. La ráfaga del deseo era más fuerte que la tempestad. Los demonios saltaban dentro de mí mezclándose entre furiosos bailes. Si salieran al mundo, el mundo se perdería.

Se halló en una plaza plantada de árboles, rodeada de grandes y bellos monumentos. Había uno negro, otro blanco semejante á una iglesia y dos más pequeños, de un color gris. La abigarrada multitud del pueblo parecía esperar algo. Las tocas de oro, los cascos y los sombreros de pluma, los jubones verdes, amarillos y rojos y los trajes de terciopelo oscuro, las espadas y las brillantes coronas formaban como un tapiz de ornamentos móviles. Las altas moradas, escaleras y torres coronadas, proyectaban sus sombras sobre la plaza y en esas sombras estaban los ciudadanos, numerosos, apretados unos contra otros, y con todos los ojos dirigidos al mismo punto. Shakespeare preguntó á un joven cuyos hombros le entraban en el pecho. Tenía una cara aguda y delgada, un corto bigote afilado, un gran pliegue en medio de la frente. Cuando respondió fué irónicamente y plegando los labios:

—Esperamos la salida de los vendedores de paños. Cuando cesa el azote de la guerra, comienza el azote del hastío.

La ignorancia en que estaba Shakespeare de los acontecimientos contemporáneos, le sumergió en el éxtasis.

—¡Cómo, señor! hace muchos días que estais en Holanda y mis bravos hermanos, gloriosos compatriotas, no os han hablado de sus cortas peleas con los españoles! Es imperdonable. Porque somos parlanchinos. Todo el mundo llamaba á ese pobre Guillermo! Dios le haya perdonado! el Taciturno porque no pronunciaba más que cien palabras por minuto. Sabed, pues, que esta ciudad ha sufrido, hace diez años, un sitio memorable, acompañado de un hambre igualmente memorable, y según yo necesaria, porque el pueblo parecía de gordo. No podríais creer que esos buyes se hayan batido como leones. Pero cuando Guillermo de Orange, después de romper los diques, entró con provisiones en la ciudad, hubo, según parece, el más bello momento de entusiasmo que registran nuestros anales. Victoriosos hoy, caemos en nuestra apatía natural, y mirad con qué se

satisfacela curiosidad pública: una salida de comerciantes. Hoy es la fiesta de los vendedores de pafio. Hasta la noche habrá comilonas y juegos. Veremos tantos morros brillantes y papadas como morcillas, que me pregunto como el diablo encargado de castigar la gula podrá reposar el domingo.

Shakespeare estaba sorprendido de la cara burlona de su interlocutor. Este lo notó:

— Os asombró. Es que soy un producto nuevo. Las generaciones van aprisa cuando se tuesta á los abuelos y se despelleja vivos á los papás. Yo soy estudiante de la buena Universidad de Leyde. Hacé veinte años no hubierais hallado uno igual á mí en todos los Países Bajos. Cuando la ciudad sacudió el yugo español, Guillermo de Orange le dió, á fin de atestiguarle su contento por tanta bravura la elección entre la abolición de los impuestos y una Universidad. ¿Por qué sortilegio esas gentes excelentes, pero bestias proficieron la Universidad? Lo ignora. Debieron figurarse que era una causa desconocida. Lo cierto es que yo soy un hijo de ese error. Mis compañeros y yo llevamos aquí una vida gozosa y sabia. No nos dejamos vencer en gula, en orgías, en lógica y en filosofía, ni por los franceses, ni por nosotros los ingleses; ni por los alemanes... Ni siquiera por los suecos... Pero, atención; comienza el espectáculo.

La puerta de la casa más sombría se abrió de par en par con un rechinar melódico, y en medio de las aclamaciones populares, descendieron los síndicos de los vendedores de pafios las gradas de la escalera. Solemnes y vestidos de negro desde las puntas de los zapatos hasta los fieltros de anchas alas, llevaban alrededor del cuello valonas de encaje de una blancura de nieve. Su gravedad convenía á la fuerza burguesa. Daban la idea de una riqueza sólida, apoyada sobre la economía y el trabajo y de naturalezas ardientes mantenidas por leyes. Una ola de sol, que quería verles gloriosos, se rompió contra sus trajes pero iluminó sus varoniles y tranquilas caras. El que iba á la cabeza, y que llevaba, como un misal, un gran libro de cuentas, tenía una cabeza semejante á la de un gato, un fino bigote de un rubio oscuro, y ojos claros; de modo que la luz bañaba sus facciones con un esplendor rojo. La huesca

fenomía del segundo parecía salpicada de oro, como los rizos de sus cabellos amplios y rizados. El resto del cortejo permanecía en la penumbra; pero bien pronto comenzó á pasar por la zona iluminada. Cada cual la atravesó, uno á uno, con paso igual y seguro, llegando hasta el espíritu de Shakespeare en actitudes brillantes. Entre tanto, bajo el pórtico oscuro se apiñaba la cohorte de los vendedores de pafio en una confusión en relieve; y un grueso clamor se elevó cuando vieron flotar su bandera. El pífano arrojó sus notas estridentes. La multitud se abrió en dos alas y los niños alzados en brazos, admiraron el poder comercial. Algunos reconocían á sus padres y las mujeres designaban á sus maridos; pero nada alteraba las serias figuras del cortejo—cinta negra corriendo á través de los colores chillones.

— ¿Verdad que parece un entierro?—murmuró el celoso estudiante.— ¡Tanta cosa para cortadores de vicuña!

— ¡Pero es hermoso!—replicó Shakespeare.

Había comprendido la ciudad. Sólo los intereses en la basa y contratos que aseguran las conciencias. Oficios honrados celebrados por medio de fiestas, el sentimiento profesional, tradiciones solidarias y el respeto del derecho. Así como lo indicaba el sol, esos hombres, esos síndicos, hechos *burguenses* de nuevo, habían tenido su fase heroica y en las horas temibles sus caras sabían resplandecer. En esos muros, todavía humeantes, la fe había atecado á la razón, y pensara lo que pensara el viejo John, había sido vencida. Semejante raza es indestructible.

El estudiante se llevó al poeta á una mala posada y continuó en ella su charla.

— Lo más interesante del mundo, señor, son los años que siguen á las catástrofes. Yo era joven, y sin embargo, he saboreado la vida como un licor raro. Se cuentan los muertos. Examinad á esas gentes que pasan y vuelven á pasar. Algunos tienen caras tristes y como arrasadas. Son los inconsolables. Han sufrido choques demasiado rudos. Cuando uno pierde sus hijos, vuelve á tenerlos. Cuando uno pierde su fortuna, la reconstituye. Cuando uno pierde á la vez hijos y

fortuna, sucede á veces que dá en un aburrimiento profundo. Si os acercáis á éste, os rechazaría con tono adusto, se os apartaría con un suspiro profundo. Es un misántropo. Este otro, cuando llega la noche, tirita de miedo y cree oír descargas de mosquetería. La campana es el toque de rebato. Las iluminaciones de las fiestas le representan incensarios. Aquel otro, se ha vuelto loco. Es el duque de Alba y quiere exterminar á sus conciudadanos. Es Guillermo el Taciturno y lleva en sus manos la suerte de su país. Tenemos al que teme á los Jesuitas y los busca en los armarios y bajo la cama; tenemos á aquel á quien el hambre ha sumergido en un egoísmo espantoso y hecho avaro hasta dejar morir casi de hambre á sus hijos, renovando para ellos la siniestra época. Tenemos el que se encierra y no quiere ya salir, el que teme pasar por tal calle donde el olor de un cadáver ha sabido con fuerza á su garganta....

—De modo que los temperamentos han cambiado por completo y se puede ver la metamorfosis de los caracteres?

—Precisamente. A las horas de comer, en familia, ninguno se conoce. El tímido se ha hecho arrogante y el gozoso melancólico. El comerciante recita baladas. El pintor se ha puesto á vender lanas. Es un cambio general. Pero habeis visto hace poco esa asamblea entusiasta sobre la gran plaza, ante el ayuntamiento. Era la masa imponente de los consolados.... ¿qué estoy diciendo? de los exasperados. Al salir de esas angustias experimenté como un delirio de vivir. Las jóvenes más castas caían en brazos de cualquiera.... No se veían, señor, más que mujeres en cinta. El frenesí de instruirse, y he ahí la Universidad. El frenesí de gozar y os asombraréis de tantos banquetes, tantas *kermesses*, tantos vinos y tanta carne asada. Yo tengo hoy 21 años. Tenía 11 en la época del sitio. Y me ha quedado una necesidad irresistible de libertarme de imágenes ediosas y sangrientas.

Corro, bailo, salto con mis compañeros. Organizamos partidas de placer que duran cinco y seis días y de las que volvemos fatigados. Algunos arrastrados en un torbellino velicoso hacen Mendigos y van á combatir á Flandes. Y sin embargo, bajo ese volcán hay una rajadura.

Nuestras caras tienen un pliegue amargo que no tenían nuestros antecesores. Dudamos de muchas más cosas. Ciertas cuestiones nacionales ó religiosas que los trasportaban nos dejan indiferentes, y gozamos de un escepticismo burlón que desconocían por completo. Eso estalla sobre todo frente á frente de nuestros viejos profesores. Algunos parecen hablarnos una lengua extranjera, atiborrada de preocupaciones que nos ofuscan, ¿Os lo confesaré, señor:

Y el estudiante tomó un aire contrito:

—No tengo religión alguna y somos muchos en el mismo caso.

—Yo soy á la vez cristiano y panteísta afirmó Shakespeare.

—¡Ah! tanto mejor. Os creía, por extranjero, afligido de alguna creencia absoluta. Amamos la Reforma por contradicción. Si los españoles no nos hubieren escitado con sus piras y sus amenazas, seríamos protestantes muy tibios. Esto ó lo otro; la transubstanciación ó la gracia, la presencia real ó virtual; yo me burlo de eso como de todo. ¿Habeis oído hablar de los anabaptistas?

—No.

—Es raro. ¿Nadie os ha dicho nada?

—Os diré confidencialmente que los detalles precisos no me interesan, á no ser que hayan pasado por un espíritu como el vuestro, en cuyo caso es este espíritu el que me apasiona más que cualquier fenómeno transitorio y que podría suponer distinto.

—¡Bravo! Nadamos en plena escolástica. ¡Pero entonces por qué viajáis?

—Por causa de la variedad de las atmósferas humanas; para poner vida en mis ideas.

Ante ellos pasó por la calle una mujer de una belleza singular. Su perfil era regular y burlón, su tez mate, su oreja inclinada y delicadísima. Llevaba puesto un corpiño deslumbrante de pedrerías cuyos destellos incendiaban un montón de encajes. El poeta, al verla, transportó al poeta, verbiéndole fuerzas. Y prosiguió con ardor:

—Puesto que sois estudiantes, leéis á Plutarco. Es mi bre-

viario. También ame esas viejas leyendas, cargadas de crímenes y de mégiás, y que han atravesado las edades con el perfume de las almas sencillas. Nos cuentan los dramas esenciales, comprendido bien, camarada; los que necesariamente debían tener lugar desde el día en que existieron la familia, la ciudad y las leyes; los dramas que son como la primera reacción de los sentidos del hombre recientemente criado frente a frente del mar, de la selva, de los animales y de la soledad. Hoy nuestras costumbres y las de los antepasados han ahogado en nosotros esas impresiones violentas y la mayor parte de esos humores trágicos, porque lo que forma la tragedia no es tanto un gran clamor y una puñalada, como una atmósfera de angustia y sorpresa que descolora las caras y hace temblar las piernas al nivel del tobillo.

Cuando un padre rico tenga muchas hijas, la una será pobre y despreciada y siempre un niño soportará los rigores del destino. Porque los Laros son dioses injustos. Cuando un hombre nazca mareado para una suerte implacable, se le revelará el porvenir por el pliegue de la edad adulta y no podrá escapársele. Es necesario que los reyes sean destronados, y con la ayuda omnipotente de las hadas vuellos a poner en posesión de sus reinos, y es preciso que reinas encerradas en almeas feroces sean salvadas por señores de noble andar y de espada siempre incandescente. ¡Concebís que un caballero, de viaje, no tenga la idea de probar la fidelidad de su mujer y que un servidor no traicione, mientras otro, lleno de celo y de amor, destruya las combinaciones del malvado? Y al lado de todas esas leyendas cuya formación es tan regular como la de la escarcha sobre los vidrios ó la del arroyo en el barranco, hoy nuestra leyenda que se constituye por el curso de nuestro destino y á la cual cada minuto añade una arruga ó una sonrisa. Somos, querido amigo, los perpétuos artistas de nosotros mismos. Eso es lo que nos enseñan en la Universidad. Y la belleza resulta de la superposición de esos dos órdenes de leyendas. Por eso viajo.

—Entonces ¿queréis escribir dramas ó memorias á la manera de los antiguos?

—Tal es mi ambición, pero deseo primero abran en mí una especie de reino del cual yo sea el soberano absoluto y deseo que

ese reino sea resplandeciente como el corpiño de la admirable criatura que ha pasado ante nosotros hace un momento ó como las caras meditativas de esos vendedores de paño. La cuestión más seria, amigo, no es como vos la decís, la gracia, el calvinismo ó el luteranismo, la lucha de España y los Países Bajos; y por eso comprenderéis que descuide esos accidentes. La cuestión más seria es el reparto de la luz. Dentro de nosotros ó fuera de nosotros, ¿qué importa? La muerte del Taciturno es un acontecimiento aclarado, y todas las caras inclinadas sobre ese cadáver tienen un carácter, un relieve. Y eso es lo que me agrada, por encima de todo. Hablandose así, me coloco en plena luz. Como conozco mal vuestra raza y no conozco vuestra familia, quedais para mí en la penumbra. El gran dramaturgo es el sol. Comprendéis ahora mi desden respecto de tal episodio particular, de tal etiqueta que un soplo de viento barrerá, de tal denominación cuyas letras van a borrarse. Toleradme, como un orfebre que en el polvo escoje puntas de diamante.

La fisonomía del estudiante, durante este discurso no daba más que gestos expresivos y no reía ya burlonamente. Suspiro:

—¡Qué desgracia que no vivaís en nuestra ciudad! Sería un vivo placer el discutir con vos. La historia, cierto, no es más que una cadena de acontecimientos. Os hablaba de los anabaptistas. En vez de pintároslos, me contentaré con indicaros que son el último término de la religión disidente.

—Atención,—replicó Shakespeare sonriendo.—La explicación será un poco fría. Os propongo desenvolver, no restringir, colocaros en la luz, en el calor, porque un rayo, un bello verso, un noble espectáculo hacen correr estremecimientos sobre las vértebras. Sabed que en mi viaje busco con insistencia los temperamentos. Es cosa capital saber que *fulano* es grueso, robusto y sanguíneo; *menqueno*, flaco, anémico, y *perencejo*, descolorido ó hinchado. Eso constituye el personaje y da precio al gesto, á la actitud y al crimen. No ignoráis que una barba puede representar en el teatro de la vida el papel capital; ser tirada en señal de desprecio, cortarla para debilitarla; puede provocar

un amor fatal, un asco desastroso, una confusión irreparable. Eso es lo accesorio, y alguna vez el nudo de la acción. Plutarco, los cronistas y las leyendas no nos trezan más que esos rasgos característicos y descuidan lo demás. Imitémosles, puesto que ellos imitan al sol.

—Y si es así, ¿por qué os paseáis por el Norte? ¿No os atrae más la Italia?

—¡Oh, la Italia!

Los ojos del poeta brillaron con luces extrañas.

—Es el punto que ha tocado la varilla mágica de mi vida. Inalterable salto de belleza, de esplendor y de heroísmo. Raza decómicamente admirables; por eso no se pierde su fuerza. ¡Raza de sentimientos medio probados, porque la otra mitad sirve al claro orden! Raza calculadora y armónica, de tal modo que cabe en una cinceladura, en la curva de la frente y de las caderas y en una inflexión que canta como un pájaro. ¿Cuándo dormiré entre sus brazos desahogados y flexibles? ¿Cuándo estrecharé sus senos deliciosos? ¿Cuándo me apoderaré de su gozo, comunicándole el mío? Pero en este instante, compañero de azar á quien entreabro mi espíritu, me dirijo hacia mi sangre, á las hijas del Norte cuya piel flexible es salada y que guardan una reticencia en el placer. No tenemos necesidad alguna de tocarnos para lograr la dicha, porque las miradas que se mezclan cambian éxtasis cada vez más sutiles y que no se sacian nunca. Llevo en mí una idea central que es la imagen de una parte de mí mismo, en donde muchos hombres, por consiguiente, podrán mirarse. Pero ¡ah! temo que la Italia no puede convenirme.

William, que observaba al estudiante, atento y febril, notó que algo nuevo temblaba en aquel cerebro, y se sintió dichoso, porque forjar un espíritu es una alegría enorme.

—Antes de separarnos—gritó el joven discípulo—confiadme una forma útil y rara, algún secreto que estudiaré sólo y del cual pueda alimentarme en los días amargos.

—Pues oíd los cinco preceptos que yo mismo he esculpido á fin de tenerlos siempre á la mano.

Y contando con los dedos, los enumeró:

«Mirarlo todo como si no hubiese uno nunca mirado.» «Es-

tudiarle todo, en medio del entusiasmo.» «Pasar ante las mujeres y el recuerdo; detenerse ante las flores y los niños y hablar con los vagabundos.» «Sentarse largo tiempo en el camino del ensueño.» «Cuando se despliega el alma, alinear en este orden los elementos: las lágrimas, la risa y el estremecimiento. No tocar nunca á la parte profunda.»

Pocas horas después de esta conversación salía Shakespeare de la ciudad en el coche de un buen aldeano que el estudiante había descubierto y que volvía á su casa, al Norte de la Holanda, después de cobrar en Leyde una corta herencia. Aquel hombre era de una edad indecisa y su redonda cara barbuda expresaba á la vez el gozo y la desconfianza. Llevaba un gorro de marinero, enormes polainas de cuero, calzones anchos y holgados y una espesa camiseta de lana azul. Hablaba una jerga rara, mezclada de alemán. La conversación comenzó penosamente. Pero el poeta creó bien pronto para su uso una especie de glosario formado de las palabras indispensables y hallaba á esta lengua extraña un sabor raro.

Atravesaron los barrios bajos, que estaban llenos de una multitud alegre. Se organizaban bailes. Mezos y mozas cantaban y reían, celebrando la fiesta de los paños. Entre ellos circulaban los guardias cívicos más graves, las gentes de las corporaciones agrupadas en torno de sus banderas, y señores vestidos con ricos trajes. Algunas barcas empavesadas se deslizaban por los canales. La voz cristalina de las campanas cedía á los pifanos y tambores. En las ventanas de las casas rojas las familias, asomadas, aplaudían.

El aldeano estaba maravillado. No había imaginado magnificencia semejante. Moderó el andar de su caballo y abriendo mucho los ojos, murmuró:

—Pero, entonces.... Pero, entonces....

—Nunca habeis venido á Leyde?

—Nunca, nunca.

—¿Hermoso, eh?

—Sí.

—Nunca habeis ido á otra ciudad?

—Nunca.

No había salido de su aldea, sobre la cual Shakespeare no pudo obtener ningún dato, á no ser el de que estaba situada cerca del mar, y que los pájaros, por bandadas innumerables, ponían sus huevos en los alrededores. Apenas se conocía el nombre de su raza, y toda alusión á las guerras con los Españoles, provocaba sobre su espesa cara una maliciosa sonrisa de incredulidad.

—¿Sabíais que se habían ido de Holanda?

—No.

—¿Habeis visto algunos?

—No.

Esta ignorancia profunda de un sér que no veía más allá de sus narices y esa estupidez socarrona divertían á Shakespeare. Fué lejos en el interrogatorio y su compañero apareció ante sus ojos como habitante de otro planeta. En fin, después de un gran silencio, hizo una pregunta suprema:

—Y á Guillermo el Taciturno, Guillermo de Orange?

El aldeano cambió de cara. Movi6 la cabeza. Una mueca terrífica probó que un sentimiento correspondía á esas palabras.

—¡Oh, terrible, terrible! ¡Oh!

Alzó un brazo—en el otro llevaba las guías—y lo dejó caer pesadamente. William se conmovió:

—La muerte de los reyes, de las personas sagradas, es la eterna tragedia. A unas cuantas millas de Roma, raíces en marcha, semejantes á esta, vivían aparte de las grandes luchas políticas y solo se alimentaban del rincón de tierra donde las había arrojado la casualidad. Lo largo de un arroyo les hacía ignorar lo que la distancia de los siglos me ha permitido saber. Pero supieron la muerte de César, y en las almas más incultas, más borrosas, penetró la noticia, helándoles de terror. El que mató á Guillermo de Orange, los que apuñalaron á Dios, tuvieron una celebridad maldita. Toda gloria surge sobre las ruinas más altas.

Entre los numerosos molinos que manchaban la limpidez del cielo, uno más grande que los otros, sorprendió de lejos á Shakespeare. Se dirigió á su compañero y señalándole:

—¿Qué es eso?—dijo.

—No se le sé.

Al acercarse al molino, las alas raras se hicieron más incomprendibles todavía, como si hubiesen sido envueltas en compactas masas de estopas. De pronto comprendieron que esas masas informes eran cuerpos humanos, atados sólidamente y arrastrados por una locura giratoria. El aldeano estaba lívido de espanto. El caballo, oliendo algo de anormal, galopó, y los viajeros, arrastrados como en una pesadilla, á toda rapidez, distinguieron los robustos cadáveres rotatorios que por la movilidad de su sepultura, tomaban todas las posiciones posibles. El cielo y la tierra jugaban con ellos á la pelota. Miembros enormes y pies torcidos, alrededor de los cuales volteaban miles de aves, acechando esas presas inasequibles. Una lluvia de gotitas de sangre caía de sus caras ennegrecidas, de sus ojos desorbitados y rojos. El rachinamiento del eje sobrecargado, los crujidos de la tela sobre las alas, los chillidos de las aves rapaces, eran su fúnebre melodía.

—Atroz ¿verdad?

—¡Oh, sí!

El hombre, con su mano libre, se veló la cara. William contempló durante largo tiempo aquel suplicio solitario y sombrío virar bajo el cielo pálido en donde corrían nubes:

—¡Y las religiones han inventado el infierno! ¿Pero de qué torturas que no hayan sido desfloradas aquí abajo lo poblarán?

Cuando hubieron costeadado un mar indefinido, tranquilo, sin barcos, deslumbrante cuando aparecía el sol, gris durante su ausencia y semejante á una dehesa líquida, llegaron á Harlem al oscurecer. Shakespeare se despidió allí de su compañero.

Después de una noche de bebidas y aventuras guerreras, entre los Mendigos y los guardias cívicos cuyas hazafías alaban todos, el joven se acomodó á la ventana de su hostería, que daba frente á una iglesia grandiosa. Saboreaba la apacibilidad de la noche, las formas grises de ese pueblo de piedras, algunas ventanas iluminas las por las calles.

—Aquí han tenido lugar tantos asesinatos, tantos episodios heroicos. Las mujeres mismas combatían; oigo aún sus gritos agudos; veo sus caras encarnizadas y sus siluetas furiosas. Actos de obscura abnegación, de traición, de rabia y de perversidad, soplos mezclados, balas, cuchillos, incendios, seres ahogados, amor aliado también sobre cadáveres, exaltado por su olor y rehaciendo la raza á medida que se la destruía. ¿Quién ha preparado para la Holanda todo ese ardor patriótico? ¿Sucediendo á la sacudida de los músculos, será la de los espíritus y los corazones, y los hombres desenvolverán las imágenes vehementes de su juventud, ó bien las generaciones fatigadas se abotagaran en ese escepticismo que me alababa el estudiante? Pero sus miradas desmentían su lenguaje. Estaban ebrias de intelecto. El vasto grito de odio y de venganza que resuena á través de esas llanuras fecundas, va quizás á despertar el gran cuerpo del Arte sublime. Se estirará, se alzará, caminará hacia la luz con todo su aire altanero. Porque las pasiones son madres de belleza. Del dolor nace el entusiasmo. Cada llaga, cada desgarradura es una puerta donde se apeloña la multitud de las sensaciones. Las más fuertes pasan primero. En seguida llegan las más refinadas. Hijo del guerrero moribundo, tu padre te tiende sus armas. "Transforma — te dice — y lucha con la idea. Que mi cólera te anime. Que mi valor envuelva en una nube la confusión de ese nuevo combate. Cuando el hombre saltaba desnudo á través de la naturaleza y se alimentaba de frutos salvajes; cuando el peligro era su atmósfera perpetua, maduraba sin duda admirables sueños. Un sangre regia corría por sus venas. Hoy ese poder está restringido por la necesidad de formar grupos y de someterse á costumbres. Pero renace, en el trastorno de los pueblos. Está seguro de no tener ni pensamiento vil ni gesto estrecho quien ve la muerte pintada sobre los canales, los campos y, los molinos, quien percibe el olor de la pira, quien escucha la aproximación del enemigo, mezclada de risas burlonas y de pífanos. El niño chupa un seno bajo el cual late la angustia redoblada. La desgracia se cierne alrededor de las palabras que balbuce, y

sus primeros pasitos tropiezan con pantanos color púrpura. Tal es la áspera cuna del poeta.

Al día siguiente, 28 de Agosto, á las doce, estaba Shakespeare en Amsterdam y preguntaba por la posada de *El Fanal Rojo*.



Cuando empujó la pesada puerta de *El Fanal Rojo* se halló en una antecámara que apeataba á vino y carne guisada. Por encima de bellos muebles negros incrustados de plata y estafío, complicados como catedrales y sobrecargados de piezas de porcelana, había muchos cuadros representando fiestas de aldeanos. El joven oyó una copla cantada con una voz vacilante acompañada de taconazos sobre un suelo sonoro. Pasó el otro umbral y se detuvo estupefacto.

Sobre un banco estaba acostado un viejo, hecho un estúpido. Sus medias caídas, descubrían unas pantorrillas enormes; la camisa, completamente abierta á lo largo de un pecho sudoso y velludo. Un vaso lleno bailaba entre sus dedos temblorosos. El viejo tartamudeaba en lengua pastosa un mismo *refran*. A cada instante el líquido caía á tierra, salpicando las mangas y el pantalón color castaña del bebedor. Las notas eran interrumpidas por un hipo y una carcajada; luego seguían en forma de rugidos ásperos. La cara del concienzudo posadero recordaba la de su pariente Moorels, por la grosería de las facciones; pero en ésta, ninguna grasa y por todas partes arrugas lacias; un color amarillo, algunas vedijas de pelo gris, salidas en un cráneo ovalado y lleno de chichones; labios muelles

pringosos, nariz chata y ojos maliciosos. Aquel sátire viejo tenía apretada contra su chupa grasienta una cabeza de mujer bastante linda, viciosa, cuyos pesados cabellos negros enmarañados, caían sobre los hombros, el cuello y la cara, deslizándose en la boca entreabierta y roja, por las mejillas y los párpados hinchados. La cabeza pertenecía á un cuerpo estendido, con una pierna sobre el banco, y la otra, salida de la saya, pendía hasta tierra. Tras aquella pareja, en un corredor oscuro, algunas carotas indecisas de servidores reían burlenamente. Una gran parte de la vasta sala estaba ocupada por una larga mesa cubierta de copas, porcelanas, platos brillantes y jarras lumíneas. En los muros algunos cuadros y dibujos adornaban esa orgía con su gracia ruda y sus colores ardientes.

William entró, pero el tío Doelen no cambió de posición. Dejó de cantar y tendió al recién llegado una diestra sucísima. Con la otra acariciaba el corpiño entreabierto de la ramera.

—Acer... acercaos, querido señor. Me hallais en plenas delicias.

Shakespeare luchaba entre el asco y la admiración. Lo excesivo en todo le exaltaba, y esos juegos de la senilidad y la lujuria destellaban un encanto extraño.

El viejo leyó con atención la carta de Moorels y gimió más que llamó:

—¡La Pelota! ¡La Pelota! ¡Por mi estiercol heroico, que venga!

Apareció una mocetona roja, marcada de viruelas. Sonreía torpemente y se limpiaba las manos en su delantal sucio.

—La Pe... la Pelote, lleva á este gentilhomme al cuarto de oro... brocado. Y que quede satisfecho... anda... Señor... contento de veros... de hospedaros. Habrá hoy una asamblea en la comida... artistas... artistas famosos... os ruego que asistais... Perdonadme el no subir con vos... En este momento estoy hecho un cerdo.

Sacó su mano ocupada, la olió ruidosamente, y la besó. Shakespeare ignoraba si aquel hombre sabía las terribles noticias de Rotterdam y no sabía si decírselas ó no. Pero Doelen fué en su ayuda.

—¡Pobre Meorels!... Sí... sí... me han contado... La desgracia tiene alas... Y la pe... la pequeña Eva... Pero silencio... Ya me explicareis más tarde... No quiero mezclar su nombre, su di... divino nombre á esta porquería...

Y golpeando con el tacón el suelo, sacudiendo á la ramera inerte, volvió á su canción y á su máscara estúpida.

Apesar del calor del día, el cuarto que le dieron á Shakespeare era muy fresco. Era muy ancho y estaba situado casi en la azotea. El lecho y los muros estaban tendidos de brocado de un color irresistible y gozoso. En cada ángulo del techo un espejo ovalado daba del cuarto una imagen pequeña y deliciosa. Un gran mueble de roble pulido llamó la atención del poeta. La forma era maciza y achatada para el cuerpo, pero á los lados alzábanse esbeltas columnitas caladas y estaba incrustada de hojas de limonero amarillo pálido que dibujaban selvas y estanques. Sus cajones eran de secreto. Uno de ellos, tirado hacia abajo, abría otro hacia arriba. William adoraba el lujo. Las ricas telas, las habitaciones suntuosas, el delicado trabajo de la mano humana, alrededor de la madera, del marfil y de los metales preciosos, la forma dada á la dura materia y el contorno servido por el color, le procuraban un goce físico.

Paseó los dedos sobre las superficies untuosas y patinadas, contó los clavos brillantes y se figuró el alma del artista anónimo que había creado esas maravillas. En una de esas callejuelas holandesas que huelen á alquitran y á especias, entre dos muelles y dos canales, había vivido tranquilo y laborioso, alejado de las insurrecciones, únicamente atento á las muelles curvas, á la elección difícil de las esencias. Su genio se había quizás revelado á él por la contemplación de una catedral tal como la de Harlem, en una noche oscura, encaje gris arrojado sobre la noche, y había combinado una construcción útil, propia á las cartas de amor, á las joyas, al misterio, perfumado, como la catedral, por el incienso y la fé. ¡Cuántos trabajos para los útiles necesarios á su construcción, cuantas luchas con los comerciantes, cuantos ensayos y orgías infruc-

tuosas! La mujer y los hijos se asombraban de la labor paterna; los vecinos proponían retoques y cada noche él colocaba sobre su obra de un trozo tela protectora. Soñaba con ella mientras dormía, y al despertar era en orgullo. Así de día en día y de hora en hora se enervaba de proyectar sobre el roble la imagen de la catedral grabada y deformada en su espíritu y que reproducir sus dedos hábiles. Un minucioso gesto de admiración, la fuente de su empresa. El pequeño edificio crecía á la sombra del grande y las dificultades eran madres de imaginaciones nuevas, de proyectos para los trabajos futuros... La mano devolvía al cerebro lo que el cerebro le había transmitido. Cada aplicación del útil hacía saltar la chispa de lo bello; y cuando el mueble quedó concluido, algo también se había terminado en el alma del artista, algo que no tenía ni nombre ni contornos, pero que persistiría á través de la raza, y por una restitución sublime daría sin duda nacimiento á grandes monumentos.

Cuando Shakespeare hubo leído bien su arca esculpida y sentido un acorde perfecto entre su pensamiento y sus sensaciones, abrió la ventana y miró á la calle. La impresión era distinta que en Rotterdam. A orillas de un largo canal encajado entre malecones guijarrosos y filas de árboles verdes, alzábanse altas casas negras ó rojas, mas estrechas que en Delft ó en Leyde. Poleas, en algunas ventanas, indicaban la ciudad normanda. Otras ostentaban coronamientos y divisas. Cerca de la cúpula el edificio se estrechaba mas y dos series de escaleras de piedra, converjían en bolas en la cima, donde á veces se alzaba un caballero armado de su lanza ó un animal fantástico. Esos encajes y esas estatuas se recortaban sobre un cielo claro. El arreglo era tal que una morada gris se engastaba entre dos mas oscuras y el pintoresco de los matices se añadía al de las formas, reflejándose en las leguas inmóviles. El joven, inclinándose un poco, vió fachadas elegantes, el ángulo del malecón y del espejo, un puentecillo y muchas barcas. Los mástiles por los azares de la perspectiva, sobrepusaban los techos de las casas, y un esbelto campanario parecía su hermano.

Del lado opuesto, el cebo de muchos canales abría nuevas filas abigarradas, y se adivinaba una ciudad in-

mensa y apresurada, una serie infinita de relieves, de salientes, de resaltes en donde había jugado la fantasía de los arquitectos. Una concepción ornamental y geométrica levantada, falseada, esculpida por las necesidades de la vida y del comercio.

Shakespeare cayó en una meditación soñadora. Qué rey poderoso y generoso cerraría de cadenas un barrio y diría a un poeta: "He aquí comerciantes, señores, jovencitas y palacios. Escoge tu hora y tu sitio. Agrupa tus personajes; varía tu decoración como quieras y que tu entusiasmo les anime. Haz vivir las piedras por las pasiones, y da a las pasiones los ángulos y la fuerza de las piedras. Que en todas las ventanas aparezca un deseo, una cara convulsa por el odio, los celos, los remordimientos, una cara despreciativa, una cara solapada. Que las puertas resuenen bajo los golpes del vicio ó se abran ante la virtud. Que a la sombra de los árboles, ante los tibios canales, cante el enamorado al lado de la enamorada y las aguas guardarán sus fugitivas imágenes, refrescadas sin cesar por otros amantes. Quiero que se oiga gritar a los viejos a quienes se arrancan sus doncellas, y que la risa burlesca se mezcle a las otras para el cortejo nupcial. ¡Socorro! ¡Fuego! ¡Al asesino! Un ejército de degolladores y degollados baja como un torrente de una callejuela infecta y rueda al malecón ensangrentado casi en seguida. El incendio chisporrotea y lo enrojece todo. Utiliza también el silencio. Que se acode a su balcón la indolente y suba su corazón hasta las estrellas.

Su traje de raso blanco cosido de pedrerías, es una luna nueva y más brillante. Transporta el Norte al Mediodía. El clima se atempera. Soplos cálidos atraviesan el aire y tu imaginación se hace nítida. El amor limita y encuadra tus pensamientos. Las casas negras se cambian en casas rosadas. El ladrillo se trueca en mármol. Una fiebre dulce en lugar de la verdura. Vibran arpas y flautas, emanaciones sonoras de una noche desouada y extasiada. Y tú, grosera barca de especias, te deslizas bajo el esfuerzo de los remeros, corta morada espléndida de madera odorífica, donde en una postura esquisita, una muchacha colorada de túnica transparente, mordisquea sus labios secos de voluptuosidad."

El poeta estaba extasiado y no sintió angustia alguna al volver de nuevo al otro sueño que los humanos llaman realidad.

—¡Ay! mi monarca es quimérico. ¡Qué importa! Su castro está en mi mano. No será igual al del león; ninguno me lo esconderá en un estercolero. ¡Pero la ciudad! ¡la ciudad! ¡la ciudad! Paisaje creado por los dedos. Con la idea de abrigo, todas las otras han tomado hogar. Aparecen tímidamente sobre los umbrales. Salid, juventudes convencionales, de fría sonrisa, portadoras los libros de la ley, esposas de jaezes y de verdugos. Donde el terrente humano se detiene un segundo tan solo, surge en seguida una ciudad. Desde entonces las pasiones se agitan. Se las encierra en jaulas de hierro. Se renuevan los barrotes rotos. Pero aullan noche y día, rompen las balanzas, despostillan la espada. El que ha cesado de correr, inventa algo que corre más que él. Aparece la moneda. Movable, nunca en mismo sitio, va del bolsillo del comerciante al del príncipe. Evoca el crimen y el engaño, crea para el pobre un nuevo sueño y contrae con la sangre alianzas raras. Entretanto, la moneda de las palabras, encerrada en la plaza pública, ó limitada a cámaras oscuras, pierde su luz y su calor. ¿Cómo se dirige el poeta a las olas arrugadas, a los altos árboles, a las montañas inestables, con una frase vulgar y tonta, cuyos ojos guían cegados ante el sol? ¿Cómo se dirige al amor cuando este es reglado con más cuidado que un tráfico, sellado como la piedra de una tumba y se cunple en habitaciones cerradas, el lado de una estufa? ... ¡La ciudad! Tiene también su prodigio. Evitando la inquietud, asegurando el mañana, favorece la conciencia íntima. La mirada se detiene sobre uno mismo. El tranquilo silencio de los canales deja oír los ruidos del alma. Nuestra ciudad se estremeca y se ilumina. Estraño pueblo donde pequeñas emociones se agrandan de pronto, invadiendo el espacio, llenas de pestes y terrores. Mis sentimientos se me aparecen en detalles curiosos.

Era el crepúsculo, Shakespeare se apartó de la ventana. Arregló en el arca el contenido de su alforja y para tener buena apostura en la reunión que debía tener lugar aquella noche, se puso su traje nuevo. No le faltaban espejos.

Se oyó una campana; la que anunciaba la comida. La Pelote fué á avisarle, sofocada y parlanchina. Shakespeare bajó al comedor. Parecía transformado, barrido, desembarazado de sus escorias. Ocho candeleros enormes lo iluminaban, colocados sobre la mesa. En derredor de esta una docena de convidados charlaban con el tío Doelen cuya embriaguez había desaparecido. Al entrar Shakespeare, gritó el posadero con voz grave:

—Os presento nuestro nuevo huésped, el señor William Shakespeare, viajero inglés y poeta, legado á mi por mi pobre primo Moorels, cuyo fin dramático sabéis.

Y añadió:

—Sentaos, joven, entre un libelista, el ilustre Jean Fischart, y un gran pintor, nuestro Hendrick Goltzius. Cuando llegó, yo estaba con mi garza y lleno como un tonel. No hay que incomodarse. Es la costumbre de mi cuerpo viejo y sucio. Pero ya esa hora pasó. ¡Mueran los hombres y viva la inteligencia!

Alzó su cubilete de espeso cristal y de forma aflautada. Todos, riéndose, le imitaron. Hubo un erizamiento de pedrerías líquidas, rosadas y doradas, en donde jugaba alegre la luz. Las manos que blandían los vasos, manos anchas, crispadas, peludas y nerviosas, pertenecían á cuerpos vestidos suntuosamente, con jubones de damasco de una rutilancia marchitada, gorgueras blancas, amarillas ó color de ocre, mangas abullonadas sujetas estrechamente por cintas y borlas de seda. Los cuerpos afectaban una pintoresca variedad de actitudes, porque los unos estaban encorvados hacia atrás, bien á sus anchas, ostentando las pausas; los otros instalados de tres cuartos y frente por frente á sus vecinos, mientras algunos otros se ponían de codos para comer, ó se encorvaban hacia adelante, ó se estiraban, ó se volvían bruscamente para una demostración y un apóstrofe. Los gestos se aplicaban tan pronto á las carnes asadas, cuyos pedazos sangraban sobre anchos platos, y á las botellas siempre llenas y tan pronto participaban del fuego de la conversación, acariciadores, indignados ó burlones. Pero Shakespeare notó, sobre todo, las caras enérgicas y fieras, con-

gestionadas por la comida, la discusión y la cálida claridad, caras de glotones y berrachos, sobre las cuales, con motivo de un banquete, podían leerse todas las pasiones humanas. Los osados tendían el cuello y sacaban bien el pecho; los asombrados abrían enormemente los ojos; los burlones plegaban la boca y los párpados; los tímidos se hacían más pequeños y los distraídos se frotaban los pulgares, puestos de perfil. Un grupo tenía una postura conciliadora; otro una combatiente. El poeta dijo al verlos:

—El diablo se ríe y la rueda da vueltas.

El que estaba á la derecha de Shakespeare, Jean Fischart, el libelista alemán, era un personaje de talla mediana, vestido de negro con una gorguera blanca. Estaba casi pelado al rape, con una barbilla y bigotes oscuros, y de nariz saliente. En su cara precozmente arrugada y de forma triangular, tenía unos ojos notables, negros, vivos, de una movilidad sorprendente, semejantes á dos halconcillos. El de la izquierda, Hendrick Goltzius, era un mocetón largo é insípido, muy preocupado de no mancharse sus encajes abullonados, ni el traje todo.

Fischart dijo á William, con tono liso y cortante:

—Amo á los ingleses, señor, y hablo su lengua. No me conocéis, pero conozco vuestro pueblo. Es una verdadera cuba de imágenes, de sonrisas femeninas, de gestos brutales y de conocimientos marítimos.

El poeta se inclinó, tanto por la amenidad de la frase como ante su forma y su color. Y respondió:

—Las imágenes se agotan, los gestos rompen y el mar devora. Pero el conjunto hace vivir y amo la Inglaterra.

Y añadió:

—La amistad, como el amor, debe ser súbita. En nuestro cielo obscuro, es como el paso de un meteoro. ¡Queréis ser mi amigo!

Fischart, sin asombro, abrazó á su confiado vecino, con un vigor afectuoso y murmuró:

—¡Oh dulce contacto de las fuerzas espirituales!

Se oyó rugir una voz gruesa:

UNIVERSIDAD DE VALPARAISO
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO OCHOA"
-Ed. 1988-1989, 1990-

—Señores pintores, he aquí un guiso capaz de hacer nadar en aceite y digno de cuajarse en vuestras bocas impacientes! ¡Cuán bello es el tío Doelen cuando sale de sus porquerías y nos regala con su bodega épica y con su carnicería que Homero celebra! Mirad, guisando, esos vasos delicados, esos trozos de carne recortados en la porcelana y detrás nuestros guardaguerros llameantes. Tú, pequeño Lastman, en vez de entregarte a la Biblia y a la antigüedad, procura intentar algo semejante y te predeciré la gloria!

—Este es Schorel, sobrino del célebre pintor Jean Schorel —dijo en voz baja a su vecino Fischart.—Ha heredado una verdadera locura de los ojos. Ya veréis.

El orador era robusto y coloradote. Sudaba muchísimo. Y bajo el esfuerzo de un tórax musculoso, su jubón gris parecía próximo a romperse. Lo que asombraba en su cara de cortes pulidos, en donde todos los sentidos se asomaban por anchos huecos, era el contraste de una amplia barba blanca con cabellos y cejas oscuras. El interpelado alzaba los hombros y vociferaba:

—Todos iguales, víctimas del asunto noble, ¡Cuándo nos dejarás tranquilo, justo cielo, con las tentaciones, las profecías, las apariciones, los sacrificios de Isaac anunciando el sacrificio del artista! Pero si la sangre del cordero está en este plato, y de un maldito rojo vivo, no hay necesidad de ángeles para recogerla. Guardad un ratito en vuestro taller vuestras alas, Lastman, Goltzius, Caruelistx y los demás, antes que pegarlas en las desaudivas celestes, pobremente atiborradas y tiritando al rededor de un pesebre helado. Y tantos sablazos distribuidos sobre los cerebros holandeses no los habrán abierto! Una nueva generación surge, maravillosamente dotada y más diestra a los 22 años que su antecesora a los cuarenta. No piensa más que en continuar los errores, en alimentarse de los ilusorios peces del lago de Tiberiades, en representarse lo que desconoce y en descuidar lo que tiene todos los días ante los ojos!

UNIVERSIDAD DE VALLE
BIBLIOTECA DE LA FACULTAD DE
LETRAS Y CIENCIAS
FOLIO 128
CLASIFICACION 128.1.001

—Tu tío ha hecho lo mismo.

—¿Y véis acaso que en la obra de mi condenado trapo viejo de tío, venerado admiro sus fuentes, sus mármoles, sus aguas italianas, sus reinas de Saba y lo demás? Entonces no es más que un hábil copista. No; lo que me encanta son sus procesiones de peregrinos de Jerusalén, llevando palmas. Ahí se encuentran todos los tipos de la necedad y la bestialidad eclesiástica, frentes surcadas de barras de arrugas, ojos guiñadores y viles, barbas rasuradas y viciosas, cráneos truncados, terquedad, crueldad, superstición y lujuria.

—Me mostrareis esas grandezas!—imploró Fischart con un gesto cómico de impaciencia.

—Si por cierto, amigo mío; y grabadas por un buen grabador serían la mejor «ilustración» para vuestras rabiosas sátiras. Pero no os figureis que esos trozos me satisfagan por completo. Las posturas son rígidas y cuajadas. Perfiles y nada más que perfiles. Ninguna flexibilidad, ninguna figura; nada más que geometría. Hay algo más que hacer. Entreveo más majestuosos, más soberanos los destinos de nuestra pintura. Pasead vuestras miradas al rededor de esta mesa. La expresión de las caras y el orden de los movimientos; esto por lo que respecta al dibujo. Esos matices apagados, de un brillante mate, esos cueros quemados, toda la gama del oro, pero armonizada, asordada por la patina del tiempo; esto por lo que respecta al color. No temais nunca los tonos rojos. En esa bruma cálida se mueve la vida, la sombra flota alrededor del relieve, y la vivacidad se esparce suponiendo en cada grano de pasta un átomo de arte a un átomo de real. Los símbolos, las alegorías, el misticismo; futesas divagaciones de inteligencias medianas. La pintura lleva en sí misma su símbolo: ¡Oro! ¡oro! y ¡oro!

—Es el grito de los avaros lanzado por un pródigo—declaró un mocetón de cabellos como pegados al cráneo, de cara de muñeca, hundida en una docena de papadas, y cuyo cuerpo aparecía como una sucesión de boudices en tamaños diferentes:

—Considerad ese morro—replicó Schorel en medio de la

alegría general y designando al interruptor. —Nuestro querido Beverning es un asunto más bello que cualquiera otro: que la Venus ó Diana en el baño. Corre ante mi demostración y conservadle su actitud, las manos regordetas vueltas con las palmas al aire, sobre caderas de comadre, la fina sonrisa de los labios delgados en el centro de una pasta enorme. ¡Pero qué previsión de la naturaleza en las curvas y repliegues de la carne, y qué bien inserta está en esos pliegues toda la fuerza de una raza de glotones sedentarios y respetables! ¡Ah, Beverning, si yo pudiera, te haría inmortal!

El modelo era un hombre de buen carácter, porque se mezcló á la alegría general. Schorel, agitado por su propia elocuencia, se bebió una copa de vino del Rhin.

El tío Doelen gozaba de su hospitalidad. No interrumpía á nadie, lleno de respeto con sus queridos artistas, y recorría con sonrisa enternecedora el círculo, velando porque no les faltase bebida. A veces se volvía para dar una orden breve á los servidores. Su estupidez del día dejaba sitio á un aire de interés y de solicitud.

Fischart tomó la palabra, acompañándola de gestos metódicos que recortaban el espacio en partes iguales. Sus facciones, á medida que hablaba, se contraían.

—Schorel tiene razón—dijo—señores; su lengua inspirada dice la verdad. En lo real descubriréis esos tesoros. En lo real hierve el espanto amenazador que el sacerdocio asqueroso afirma en el negro reparto del infierno.

Hablo por mi arte. ¿Os figurais que si Lutero, Erasmo y vuestro servidor se hubieran limitado á la teología hubieran obtenido los magníficos resultados que regocijan el alma? De ningún modo. Hemos recogido excrementos á manos llenas, estiércol heroico, como dice tan sanamente nuestro Doelen, y ¡pif!, ¡paf!, ¡pif!, ¡paf! á la cara de nuestros adversarios. De lejos, esos lanzadores de lodo parecían furiosos. De cerca, eran sabios y circunspectos. Yo he asido por el cuello españoles y jesuitas. He abofeteado esas caras descoloridas, rajado esas mandíbulas, destripado esos vientres violadores, y esto, con ayuda de imágenes populares, de términos crudos ó cocidos,

pero hostigadores. Nuestros enemigos no se engañan ¡miserables! cuando nos presentan escupiendo fuego; pero son llamas terrestres y no místicas. Los insípidos proyectiles de los escoliastas me dejan tan tranquilo.... Señores pintores, imitadnos; ó mejor dicho, no imiteis á nadie. ¿Cómo no ha pensado ninguno de vosotros en la sátira? A menudo, en mis horas apasionadas, he pensado en ella. Vuestro arte debe servir á la libertad. Ayudadnos. ¿Quereis un asunto? Los asesinatos del duque de Alba.....

Schorel, que hasta entonces habia movido su barba blonda en señal de aprobación, gritó:

—No, no, Fischart, nada de asunto. Ningún asunto, y sobre todo, nada de sátiras. Bastais para esa tarea. Esas intenciones arruinarán nuestro arte. Pase para los grabadores, y que se dediquen á vuestros frontispicios. No le escuchéis, jóvenes; es un hombre terrible; un celoso; quiere suprimir las fronteras. La pesquisa del drama estorba al efecto dramático, el cual está todo entero en la lucha del pintor con el color. Aquí no se trata de propaganda sacramental. Se trata de fijar la luz. El sol, tal es vuestra arena, hijos míos, magestuosa y suficiente, supongo....

La palabra drama habia despertado en el alma de Shakespeare una serie de contradicciones que deseó someter á esos hombres convencidos. Se arrojó en la pelea con un fuego gozoso:

—Señores, he reflexionado en lo que os ocupa....

—¡Bravo!.... ¡muy bien!.... ¡Continuad, recién llegado!.... Es un inglés.... ¡Me agrada su traza de pilluelo!.... ¡Es poeta?

—He reflexionado, y creo que la música, la pintura, la escultura y la arquitectura, sin contar los poemitas y novelas, no son más que partes desprendidas del arte dramático, el cual las contiene todas. El arte dramático no es la reproducción de la vida vibrante, con la diferencia de que suprime los intermediarios y separa la belleza de sus detalles ociosos?

Todas las miradas estaban fijas en él; pero lejos de molestarle le animaban.

Schorel sacudió la cabeza.

—Falsa teoría, que asimila la pintura á la decoración y la condena á representar eternamente accesorios. Se alza el telón. Un hombre, en un sillón, reflexiona. ¿Es un drama? No, ¿verdad? Sin embargo, de esa cara, batida por el pensamiento, como la roca por la ola, el buen pintor sabría sacar una tragedia espantosa. Ese oficio suple, pues, al teatro.

Shakespeare objetó:

—Olvidáis al cómico.

Hubo una gritería.

—¿Quién se ocupa de cómicos? La más insípida de las profesiones..... No saben siquiera caminar..... Servidores borrachos.

Pero William se obstinó:

—¿Cómo podéis, señores, desconocer á tal punto la verdad? El cómico circula con flexibilidad en el mundo. Tiene la aptitud universal, puesto que puede representar á la vez el rey y el mendigo, el amante y el despechado, el desconfiado, el celoso, el malvado y el idiota. Para él lo durable no es más que ilusión, se envuelve en temperamentos, arrojando con sus miradas el heroísmo ó el temor, hábil en las arrugas ficticias y en las explosiones de alegrías superficiales.

—El colmo de la mentira—dijo burlonamente Fischart.

—El colmo de la existencia que hinchamos de engaños, que enriquecemos de epítetos, que cubrimos de colorete, que amuecamos, que dislocamos gustosos hasta la muerte.

—Volvamos á nuestra estética—imploró Schorel.—Os mostraré cuadros, pintados ó por pintar, que valen todos los dramas posibles y con los cuales no se podrían disfrazar vuestros cómicos. Os enseñaré á ver moverse las cosas que una grosera ilusión os hace creer inmóviles. El estremecimiento que el genio da al pincel, debe hallarse sobre la tela. El azul es una pasión, como el rojo y el amarillo. Desciframos la naturaleza diferentemente de los dramaturgos á quienes los homicidios son indispensables, ó por lo menos, los conflictos del corazón y del pensamiento. Nuestra violencia está en la pasta. Cuando hace un momento os exaltábais, vuestra alma subía á vuestras mejillas, á vuestra frente y á vuestros cabellos. Permitidme

añadir que es extremadamente compleja. Sabeis entusiasmaros á pesar del egoísmo, egoísmo que rara vez ha admirado un pillete de vuestra edad. Mi psicología de pintor de muestras ha adivinado?

—Casi. Se adivina siempre con exactitud cuando se dicen cosas profundas.

Después de la comida, prolongada por rudas bebidas, Shakespeare hizo más amplio conocimiento con sus nuevos amigos. Los unos cabalgaban sobre respaldos de sillas. Otros se hundieron en anchos sillones. Otros se pusieron de espaldas contra la muralla y algunos marchaban rápidamente. Llegaron algunos señores, mendigos, guardias civiles precedidos de juramentos y de un estruendo de espadas, porque hacían ostentación de su fuerza y su destreza. La posada del tío Doelen era la cita habitual de la juventud intelectual y estruendosa de Amsterdam. Las mujeres eran desterradas de allí. Las palabras brillaban como espadas y el tiempo se consumía en abstracciones. Fischart se explicaba con complacencia á su «quido inglés».

—En mí la justicia y la piedad van siempre acompañadas de la cólera, que es mi musa. He nacido vehemente. He crecido en medio de las más ásperas controversias religiosas. Tengo 38 años; pero he espumado tanto, que la vejez comienza á hacerme señas detrás de su collado de huesos y arrugas. Pensad si la materia es grande, rica, torrentosa. Tenemos, primero, el papa, por ignoble manchado de vicio y de gangrena, y los malditos cardenales. Escupamos sobre ellos. Además, los jesuitas. Escupamos sobre ellos. Luego los españoles, inquisidores y embusteros y criminales. Escupamos sobre ellos.

Además debo escupir sobre mis enemigos personales que se agitan en la sombra y los excrementos de este siglo desh humano. ¿Pero que va á ser de mí? Los dogmáticos me arrojan de los dogmas. Discipulo celoso celoso de Lutero, huyo ante los luteranos; los calvinistas me han exasperado y los «sacramentarios» me han tendido lazos. Cuento, recorriendo

la Friso, interrogar á los anabaptistas. Quizás me satisfagan esos asesinos; si nó, . . . si nó, . . .

Y el libelista reflexionó durante algunos minutos, con mueca sardónica.

—Si nó, me avadiré de toda creencia y daré mi dimisión de sectario.

—Tienes el sacrilegio galante—interrumpió un gran espadachín pavoneándose entre los que charlaban.

—Si Bicker. Mi querido inglés, conocéis la Alemania? No. Pues bien, os la revelaré. De aquí á un mes salgo de Amsterdam para ir á Hamburgo. Si quereis partiremos juntos y satisfaceréis vuestra curiosidad. ¡Ah! amais la poesía trágica? os mostraré cielos avergonzados de reflejar los horrores de esta tierra el hambre, la peste, los incendios y las matanzas, gentes embrutecidas por orgías viciosas y otras ahogadas. Todo eso hierve y fermenta. ¿Qué saldrá de ahí? La raza no se estremece como aquí, donde es fácil observar que alguna furia artística se prepara. Los teóricos como Shorel son los precursores. Toda esa juventud tiene trastornada la cabeza. Basta una chispa para encender el brasero.

William era parlanchín y estaba deseoso de desenvolver el torbellino de imágenes que toda reflexión levantaba en su espíritu. Pero no podía interrumpir aquel discurso apasionado y superabundante.

Se oye la voz brutal y rajada de Shorel:

—Qué herejía, Lasiman! Los retratos de los grandes de la tierra no ofrecen más que una ventaja: brillan de oro y de pedrería y se imponen por la magnificencia. El color es una cosa de ujo. Pero para una bella tela un rayo de sol sobre un montón de piojos ó sobre un tugurio equivale á títulos y cuarteles de nobleza. Todo depende de la visión y de la manera de escoger.

—¿Y el «agua fuerte»?

—El agua fuerte? Presiento en ella brujerías. Un «negro» grisiento, un «negro» aterciopelado, es para el dedo y el ojo un paraíso. La simple oposición de ese «negro» y ese «blanco» va á herir al espíritu más allá, quizás, que lo hiere el color

dá á la imaginación un alimento sustancial. Pero exige una filosofía especial: el conocimiento profundo de las leyes del universo. Creo que su origen está en el punto preciso en que las primeras impresiones de la vista atraviesan las regiones abstractas y llevan á la razón una deslumbradora claridad limitada por tinieblas opacas. Esperafi.

Llegó corriendo al muro, descolgó una estampa ricamente encuadrada y la mostró á sus oyentes:

—Esto es de Alberto Durero. Notad este árbol; ved sus filamentos; parecen continuar la corriente de ese río que va á perderse allá bajo un puente, y los pliegues del traje de la virgen describen sinuosidades semejantes. Quien no observe esta analogía es incapaz de leer esta obra muestra. Un movimiento igual está en todas las partes de este tranquilo dramita. Lo que constituye la originalidad de este maestro es lo bien que ha traducido uno de los numerosos secretos de la naturaleza. Mirad, Fuschart. Mirad señor.

—¡Un movimiento igual!—pensaba Shakespeare,—¡la lección de todo constructor! Cuando los hombres se hallan frente á frente y las pasiones se quitan la brida, los corceles, desbocados, siguen una dirección.

Contempló atentamente el «agua fuerte y dijo á Shorel:

—Lo que me asombra es la idéntica importancia atribuida por Alberto Durero á todas las partes de su composición. La aldehuela es una cinceladura y ese caballo á lo lejos es tal, como visto de cerca y empequeñecido.

—Observación justa,—dijo el coloso.—Pero Alberto Durero es un que intelectual impone su concepción á su arte y á quien no aloca su mano. No os ha sorprendido nunca el detalle de un paisaje, la arquitectura de un guijarro, la trama de una tela? Es el misterio, escrutado, por el maestro, de un golpe de buril de donde salta la fuente sagrada. Sus estampas son las marcas de la verdadera curiosidad. Busca las relaciones de cada objeto con lo universal y para él una roca vale tanto como una casa, y una casa tanto como una ciudad. Entrevé la naturaleza como un río que sigue su curso y del cual ciertas partes parecen inmóviles de ceres y cosas, pero conservando

la estructura general. Para mí es el más sutil discípulo de Elpicuro.

Fischart se frotaba las manos.

—Me alegra oír alabar á un compatriota. Schorel ha adivinado perfectamente. Yo he tratado viejos que habían conocido al precioso Alberto Durero. Era un entusiasta y un maníaco. Interrogaba con locura el sentido de las líneas de la materia. Afirmaba, cosa que me ha sorprendido, que esas curvas y torbellinos constituían un alfabeto indispensable á todo el que quiera realizar la representación verdadera de las formas, y que un pez, un insecto, una nube, un pájaro, son efímeras combinaciones de esa energía volteadora. Comparaba las aguas y los caballos, y dibujaba hasta sus sueños, que naturalmente refinaban sus teorías.

El tío Doelen intervino con orgullo.

—He adquirido, con gran trabajo, dos cartas suyas, escritas de su puño y letra, que están allá arriba en un cofre. Los caracteres están modelados como caras.

—Hay otro procedimiento—añadió Schorel—que consiste en imitar al azar. He conocido mucho en mi juventud á un tal Van der Borscht.... Silencio, Dirck, Lastman y Goltzins, porque esto os interesa.... Ese Van der Borscht ha quedado desconocido, cosa que les puede pasar á las mejores si se adelantan á su tiempo, y sus obras mismas son raras y dispersadas. Yo no he visto nunca ardor semejante. Su cabeza fermentaba de la mañana á la noche, y sus dedos obedecían á su cabeza. Poseía un método único de trabajo, inverosímil, y en donde cualquiera puede hallar enseñanzas. Proyectaba sobre una hoja de papel vino, tintas, jugo de ciruelas, y algunas veces sangre (cuando se picaba una vena) En seguida se ponía á considerar largamente el contorno de esas salpicaduras y como no hay ningún caos que la mirada no humanice, descubría bien pronto en ella caballeros, castillos almenados, fuentes, leones luchando, hidras, selvas fantásticas, toda una arquitectura de sueño poderosamente oscura é iluminada.

Entonces, con un trocito de madera, un rábano, un instrumento cualquiera, mejoraba, retocaba, concluía y en algu-

nos minutos se veía nacer positivamente un paisaje. ¡Cuántas veces le he sorprendido contemplando las nubes, el humo, los reflejos de seda de un estanque, todos los móviles caprichos de la naturaleza! Por desgracia, esta manera de hacer le relegaba en lo monstruoso. El espante es su dominio. Pero ha llegado á un vigor excepcional y cada línea de él lleva su marca. —Y no nos sucede á nosotros, amontonadores de palabras—dijo Fischart—dejarlas juntarse á la desbandada sobre nuestra página, como soldados locos en una fuga ó un asalto? Por un mecanismo que empleo sin explicármelo se hace en la imaginación una semi oscuridad en donde las sílabas se atraen por sus consonancias, los verbos trepan sobre la espalda de los verbos, los sustantivos impresos fecundan los épitetos y éstos toman un relieve singular, alzándose en los puntos más importantes de la frase como grandes centinelas deslumbradores. Las gentes del pueblo, cuando injurian, expulsan un verbo pictórico que el satírico no acierta á imitar bien; tan grande es la energía de lo espontáneo. Esta cualidad y la de vuestro amigo Van der Borscht, dependen de la audacia, mi Schorel.

Shakespeare escuchaba todo aquello con una curiosidad sobreaguda. Se callaba, pero sus pensamientos, exaltados por el vino del Rhin y la fiebre de la circunstancia, tenían una riqueza, una flexibilidad inusitadas y tales que sentía no poder fijarlos en el manuscrito comprado en Rotterdam, ó en las márgenes de su querido Plutarco. El arranque de Schorel y de Fischart le abría horizontes infinitos hacia los cuales se lanzaba al galope terrible de su fantasía. El era Van der Borscht, el hijo lírico del azar, inspirado por su padre en la composición de sus planchas misteriosas. El era el mismo libelista excitado por su musa irritada y dejando correr su cálamo. Concebía un drama en donde los personajes sacaban á la suerte un acto imprevisto que llegaba á ser en seguida su guía y su verdugo. Se creaban su propia fatalidad y pieza á pieza, en vez de recibirla construida de las manos de los dioses. Schorel y Fischart le daban las máscaras de dos almas impetuosas y convincentes; y el segundo, apesar de sus invectivas, tenía una dulzura de mirada y de ademán, que atraía la amistad hacia su naturaleza intrépida.

que como una película se recubren los espacios del mar y del cielo; púrpuras pesadas, suntuosas, incendiarias cuyo reflejo me embriaga y amarillos más triunfantes que mil Césares y precedidos de un ejército de trompetas. Habéis notado el verde de nuestros climas, entretenidos por una frescura perpetua? A mí me conmueve tanto como un canto de pastor ó una palabra de virgen. Porque hay uniones profundas entre nuestros sentimientos y los colores. Desde el tiempo lejano que asaltan á los hombres, se han insinuado, casi sin saberlo, en los repliegues ocultos de sus almas y todo lo que sube á nuestra conciencia nos aparece á través de un prisma. ¿Por qué el negro inspira temor y el rojo la magnificencia? ¡Ah! si esos jóvenes quisieran escucharme!

En efecto, los pintores que se reunían en casa de Doelen parecían aceptar como paradojas, los consejos febriles de Schorel.

No puedo persuadirles—gritaba éste—que sería bello renunciar á los asuntos bíblicos y mitológicos en que se agotan, á imitación de los italianos, y abordar francamente la representación simple y rigurosa de lo que tienen diariamente ante los ojos. Desconocen los admirables recursos de ese clima en que la luz se derrama armoniosa, esparcida por una bruma discreta, de ese pueblo de gestos lentos, de caras caracterizadas, laboriosos y tercios, de trajes semi rústicos, semi señoriales que juntan la comodidad á la pompa. Son ciegos ante el lujo íntimo de nuestras moradas, los mobiliarios tan curiosos, las tapicerías y los espejos, las joyas, los trajes, las pieles, los encajes, todo lo que realza el brillo de la carne y la flexibilidad de la marcha. Se apartan de los pastos, de las bestias rollizas, de los contrastes de un cielo atormentado, marino, con un suelo tranquilo, utilizado en todas sus rincones, fértil por todas partes y en donde el agua vive como en ninguna parte en el mundo. Barcas atravesando una pradera, velas que enmascaran alas de un molino, son para ellos cosas ordinarias y sin atractivo. La primavera les parece una alegoría y la llenan de dioses paganos bajo una cúpula de azul crudo, en medio de laurel de metales; cuando asisten, á dos pasos de la cin-

—¿Cómo morirán?—se preguntaba el poeta.

—Conforme á sus versos ó de una manera contradictoria, el corazón seco y vaciado, ó lleno de ese entusiasmo que gastan como pródigos? ¿Y sus doctrinas les sobrevivirán? ¿Pasarán á esos jóvenes soberbios y nerviosos que les escuchan é inspirarán la mirada y la mano hasta el punto de dar nacimiento á una obra que quede inmortal, ó serán inimitables como cómicos, célebres solo por la manera de recitar? Es una dicha para ellos que hayau encontrado á William Shakespeare. De este modo la mayor parte de sus monólogos conducen al orgullo y este admirable sentimiento opera en mí una refundición total de tantos espectáculos que se hubieran, á falta de eso, despertado y hundido en el olvido.

Shakespeare pasaba horas deliciosas con sus nuevos amigos. Schorel aumenta la alegría de la vida. Nada escapaba á sus miradas, osados piratas de la naturaleza, é inventaba, para glorificarla, expresiones siempre súbitas que daban la vuelta á lo real como una mano refinada de artesano.

—Soy el perpetuo cazador—decía bondadosamente acariciándose su barba blanca.—A menudo traigo una cara nueva, porque el mundo de las formas es infinito. Los colores son, para ojos ejercitados, las más fugitivas y las más rápidas ilusiones. Lo que el pintor fija sobre la tela no es más que un término medio siempre engañoso. El mismo objeto, á la misma hora del día, en la misma luz y en la misma estación, cambia más á menudo de adorno que la más rica Duquesa de Amsterdam. ¡Cuántas veces he querido hallar de nuevo tal matiz oscuro del canal que costea mi horizonte, tal matrimonio oscurecido del agua y de la piedra! Pero eran visiones desaparecidas para siempre y que solo existen en un rincón fiel de mi memoria donde guardo un glorioso tesoro del cual las palabras no pueden dar idea, porque son todas grisáceas y flojas y datan de una época en que no se observaba. Cuando sueño, evoco cosas pasadas, extinguidas y aún cálidas, semejantes á vueltas de infieles, grises delicados como carne de mujer, azules casi negros, exaltantes y pulidos y azules de dulzura y de ensueño.

dad, á la apoteosis de la verdura, al paroxismo de esos tintes que van del cesp  d al follaje compacto, y de la claridad á la noche, porque entra mucho verde en esa oscuridad. En invierno, cuando una nieve tan variada como las nubes dibuja las nobles formas de la Holanda, los canales se cuajan, y se ven en el crepúsculo, deslizarse los fantasmas de los patinadores. Como ellos, las luces de los vidrios iluminados corren á lo largo de la ciudad silenciosa, y esas largas luces amarillas, rojas violetas, encienden la nieve sin fundirla. Sobre esa superficie inmaculada las casas de ladrillo tienen todo su valor. La menor viga oscura es un trozo de alto gusto. Se asista á ese prodigio que los mates relieves hacen brillar. Es el relieve del color. Pues bien: esos señores prefieren taparse los ojos y pintar virgenes    cristos en la tumba. Por jóvenes que sean, sería poco toda una larga existencia para interpretar esas maravillas. Yo volvía de Frisa el año pasado, con Golzius, quien tiene 26 años, una ciencia asombrosa y entusiasmo. Habiamos pasado un lunes por el Zuyderz  e. El disco leonado del sol vertía sobre la extensión espléndida un verdadero río de fuego y yo miraba arder su brasero blanco y rosa. Las cabañas, las empalizadas, los puentecitos, en la pálida noche resaltaban como corales, diamantes negros y topacios; y sobre el fondo del cielo amarillento, algunos árboles aparecían como rayados "al agua fuerte" y semejantes    encaje oscuro. Cuando nos acercamos    la ciudad, la fina bruma que emana de la nieve brill  o de numerosos fanales. Vimos lucir un parterre de estrellas. Mi compañero me hablaba de un triptico sobre San Sebastián, vasto proyecto que rodaba en su cabeza. Ni un segundo su atención se volvi  o hacia la extraña decoración que empujaba en lirismo la rapidez de dos buenos caballos. Tal es la pesada ironia de la tradición.

Fischart asombraba    Shakespeare por el montón de sus conocimientos y la manera de explanarlos. Los innumerables libros que había leido formaban parte integrante de su persona, y frecuentaba antiguos y modernos, atento    las leyes,    las costumbres, al desenvolvimiento de la ciudad. Pero la política y la religión jugaban un gran papel en su vida. Y sobre

este punto William le abandonaba, porque los vastos errores por los cuales los humanos se dejan gobernar    imponer creencias, le asqueaban por su automatismo, la periodicidad de sus fases, éxitos y reveses, revoluciones y reemplazos. Fischart había vivido en la sociedad de los grandes Reformadores. Se había iniciado en todas las sutlizas del dogma de la crítica y se declaraba "un tablero de teología," "una nube en donde zumbaban todos los zánganos del antipapismo." Su sentido completo de la belleza le atraía también al "humanismo" y la cultura de la Grecia y de la Italia luchaba de una manera pintoresca contra su temperamento de hombre del Norte.

—Yo soy un rayo de sol sobre la nieve—declaraba    generosamente, y añadía:

—Me fuerzo    mí mismo    leer la Biblia. A ciertas horas ese libro me duerme. Para enterarme de su lectura, necesito pensar en las persecuciones, en las guerras y en los Jesuitas. Es el más fatigoso de los ejercicios. Esa meditación del furor con explicación de los sentidos no había sido prevista por el sabio Ignacio de Loyola.

Cuando Shakespeare le habl  o del caballero John, triunf  o.

—Habeis tropezado con un modelo de la secta y habéis escapado de milagro. Esos pillos están crizados de sentencias frías y de homicidios.

Cuando supo lo del regalo de los «Ejercicios espirituales», pidi  o ver el libro. En cuanto lo tuvo entre las manos se puso rojo de cólera, y lo hizo pedazos.

—Perdonadme, amigo mío. Debo destruir los venenos.

—Yo soy de los que escribirían en la puerta de mi casa: aplastador de cabezas de viboras. Ese asqueroso folletito ha hecho más daño que la peste    el hambre.

A Shakespeare le gustaba de ese libelista la ardiente pasión por la justicia, la insaciable sed de libertad.

—Cuando os sent  is    trabajar ante vuestra mesa, mientras esper  is que vuestro cerebro exhale su vapor, marmita sobre el fuego de la imaginación, repet  os que el escribir debe siempre enderezar entuertos, pleitear la causa de los débiles y pro-

teger á los inocentes. «¡Mugidos!» decía el viejo Lutero; «¡mugidos si se despelleja á un sabio!» Rugidos si se despelleja á un pobre. No hay príncipe, por poderoso que sea, á quien, si maltrata á sus vasallos, no le reserve yo una paliza sangrienta. Que quemén mis libros; los hablaré. Que me corten la lengua; los gesticularé; que me corten las manos; con mis muñones sangrientos, los dibujaré en la arena. ¿No conocéis, amigo, á Rabelais? Es un hombre admirable, amasado por los dioses del Olimpo y que desde su juventud fué un coloso. He traducido su «Gargantua»; os lo prestaré. Vereis ahí el verbo francés que sabe reír mejor que nosotros. Los sobornadores, los jueces, los sacerdotes y los reyes son acariciados allí con buenos látigos picados de clavos. He salido de esa lectura, destrozado, pero dispuesto como un luchador. Cuando hagáis absorbido ese elixir, todo lo demás os parecerá insípido.

Cuando Jean Fischart trataba este asunto, sus ojos se iluminaban como para una gran recepción y sus dedos nerviosos, al extremo de sus bracitos flacos, vibraban. Evitaba hablar de sus obras y soportaba impaciente los elogios. Sin embargo, tras esa modestia se adivinaba un orgullo inmenso, la aspera conciencia de su poder.

—Fabuloso, fabuloso—balbucía el oír una atrocidad y se comprendía que grababa el hecho en su memoria, que las víctimas tendrían un vengador. Le escribían de toda la Alemania para quejarse de mil vejaciones y las muestras de esa correspondencia presentaban todas las miserias. Ante ciertas miserias los ojos de Fischart se humedecían. Arrojaba rabioso lejos de sí el papel.

—Sin embargo, no puedo hacerlo todo, no puedo hacerlo todo. ¡Ah! mi raza se bastardea. Hace veinte años se le cantaban á centenares los «satiristas». Todo era bueno para las inscripciones insolentes: los muros, los árboles, los umbrales de las puertas, é ingeniosas alegorías atenazaban al carne del opresor, yendo á buscar las partes secretas, inominadas, del impudor y de la vanidad. Eramos los verdugos de los verdugos. Hoy el alemán es un asno que rebuzna. Acepta filosóficamente los bastonazos y tiendo la panza á los palos sucesivos, luego la nuca y luego el trasero.

Poseía á fondo las leyendas y las supersticiones populares en donde brillan filones de verdad. Las cantaba en un estilo vivaz, abreviado, semejante á la luz alabada por Schorel, que solo ilumina los relieves y deja en la penumbra lo accesorio. Explicaba á Shakespeare cómo esas hijas de la multitud surfen, del Norte al Mediodía, de Este á Oriente, variantes que son la marca de los temperamentos provincianos.

—Constituyen buenos vehículos de sátira: El pueblo se ha acostumbrado á ellas. Los ama y cree lo que dicen. Cuando le llegan tronantes y cargados de cólera, lo acepta todo, la forma y el color y no nota sino después la metamorfosis, por un oscuro estremecimiento de su alma. Con eso es con lo que jugaba también Lutero. Nosotros nos servimos de viejas parábolas. El enemigo del libelista es la costumbre. La injuria se desacredita á fuerza de usarse y los gargajos policromos con que homines manchado al papa se han cambiado en blanco sobre su traje blanco. Hay que variar incesantemente las fórmulas, buscar el contraste que atrae, el viscoso ultraje que se pega á la piel del adversario y la corrompe. La religión es una marrea que cuando se aleja de los hombres después de haberlos cubierto durante largo tiempo, les deja rasgos de carácter y fuertes huellas pasionales.

Su fantasía era inagotable. Se apoderaban del menor episodio, lo disfrazaba, lo embellecía, lo decoraba de figuras complicadas, de títulos extravagantes. Podía hablar, durante una hora, un lenguaje desconocido, inhumano, al cual prestaba las inflexiones más cómicas, y para distraer á sus compañeros, imaginaba series de nombres propios y súbditos de una magestad bufona, de los cuales enumeraba gravemente los títulos, blasones y privilegios. Si se interesaba en la filosofía, la geografía, la historia, la astrología, la alquimia, si no ignoraba nada de los animales, los gusanos y las plantas, si la música le hacía temblar, si las pasiones eran para él «una selva gemidora de cada árbol de la cual se había ahorcado», amaba fielmente la lingüística.

Ejercitaba en todas las sutilezas del francés, del alemán, del inglés, del hebreo, del latín y del griego, siempre en busca

de idiotismos, de proverbios locales y de particularidades etimológicas, buscaba el origen de las palabras con una especie de furor, sin que le intimidaran las más anticuadas hipótesis. Fabricaba á cada instante sabrosos compuestos, superponía raíces sajonas y galas, asustaba á los pasantes por expresiones desconcertantes y juramentos tomados á todas las razas. Llamaba á eso «dar su vuelta al mundo». Se complacía en los sinónimos, los «calembours», las enumeraciones de calificativos extravagantes. Se precipitaba en aturcidas metáforas de las cuales salía, después de un largo discurso, lleno de sustantivos falseados, de epítetos torcidos, y riendo. Cuando adoptaba una locución ó una fórmula, se gargarizaba con ella, espolvoreando la conversación, cansando á los otros y cansándose. Entonces declaraba agotado y le rechazaba con disgusto.

El inseparable de Schorel, Shakespeare y Fischart era el grueso Van Bevernigk. Bueno, jovial y pródigo aquel joven señor se atrincheraba en su sér y recibía, sin tropezar las burlas y las salidas de tono de sus tres reunidos compañeros. Los admiraba, los escuchaba respetuosamente, de vez en cuando arriesgaba una objeción tímida que los otros acogían tumultuosamente. Entonces Van Bevernigk, haciendo gestos de niño, se confundía en atenuaciones y en excusas.

—Sois bestia como un topo—le decía Fischart.

Y Sakespeare añadió:

—Estoy seguro que la mayor parte de los idiotas que ves mos circular por el mundo son descendientes de los antepasados de Van Bevernigk.

—¿Qué quieren decir esas palabras?—preguntaba el mocetón.

—Quiere decir que no teneis más que una cualidad: la glotonería. Por eso os toleramos en nuestro sublime cenáculo.

Si, Bevernigk era glotón, y había adoptado una viveza, por consejos de Fischart: «Hasta que estalle!» Cuando comía, su cara, semejante á un globo, tomaba una expresión beatífica; asombraba á los convidados por el tamaño enorme de los trozos de carne que devoraba de un sólo golpe. Sus luchas con

las salsas llegaban á una grandeza épica, porque tan pronto las atacaba con una amplia cuchara, tan pronto con un hueso ó con un pedazo de carne, tan pronto con un pedazo de pan, cortado como un broquel. La salsa se resistía, saltaba, rodaba sobre el jubón de su verdugo y de sus desgraciados vecinos, ó bien le hacía la farsa de saltar bruscamente de su boca y de sofocarle casi. Bevernigk la perseguía, la cercaba, la atrincheraba hasta la última gota del borde de su plato y se la tragaba entre hipoes de satisfacción. El líquido en su vaso era como un pantano de agua sobre una arena candente y lo probaba con un chasquido de lengua seguido de un largo suspiro. Pero antes la había olido, agitado, calentado, con la mano. Se había envuelto de ella el alma. Cuando cargado de vitnalla comenzaba la batalla de la digestión, un sonoro eructo comenzaba las hostilidades. En seguida Sakespeare, Schorel y Fischart se levantaban bruscamente de la mesa.

—Sois ignoble, vientre grasiento de español.

—Silencio, asqueroso.

—Sereis privado de vino del Rhin durante ocho días.

Comían en casa de Doelen. El posadero de «El fanal rojo», célebre en toda Holanda por su generosidad respecto de los artistas, trataba régicamente á sus huéspedes y se hacía de rogar para recibir el dinero.

—Soy más rico que vosotros,—respondía, altamente.

Realmente había amontonado una gran suma en el comercio y la gastaba sin contar. Había hecho de su vida dos partes. Consagraba el día á sus vicios que eran muchos y urgentes. La sala del piso bajo era el teatro de crapulosas orgías en donde la ramera, el alcohol y el juego daban la réplica á la vejez. Se oían risas, canciones, gritos y juramentos obscenos, y la Pelote, con cara indignada, daba á Shakespeare repugnantes detalles. Muchas veces, á consecuencia de esas cálidas aventuras, el viejo notaba que le habían robado su bolsa, sus joyas, una capa, una pieza de orfebrería. Pero al obscurecer, Doelen se transformaba y pertenecía por completo á la inteligencia. Presidía con gran solicitud la mesa, apreciaba la finura y la brutalidad pintoresca y cuando se los pedían, narraba recuer-

dos maravillosos. Había frecuentado todas las Excelencias de los Países Bajos y tratado á la mayor parte de los extranjeros denota que pasaban por Amsterdam. Durante los malos días de la tiranía española, su posada había sido un foco de conspiraciones. No había dejado de dar á los Mendigos su dinero y sus servicios, de modo que era popular entre ellos que seguían siendo fielmente sus clientes. Se cuchicheaba que había servido secretamente los intereses de Guillermo de Orange, y cumplido, para el Taciturno, una misión de las más peligrosas. Fué la única vez que se ausentara de *El Fanal rojo*, y aludía á ese acontecimiento con cara llena de reticencias. Cogió muy pronto gran afecto á Shakespeare, porque este tenía el alma espontánea y le preguntaba perpétuamente por el amor. A Doelen le agradaba ser tomado como árbitro en este bello asunto. Había tenido aventuras célebres antes de entregarse á la baja orgía, y muchas damas nobles habían caído en los brazos de ese *cualquier cosa*, robusto entonces y de rostro osado. Muchas veces, de noche, después de irse los huéspedes de paso, abría su viejo corazón ante William, Schorel y Fischart, y estos se sorprendían de ver en él tanta delicadeza, experiencia y sagacidad.

Por la mañana y el mediodía los cuatro amigos corrían por la ciudad. Guiados por Schorel y Beverningk, el poeta y el libelista entablaban conocimiento con las calles hormigueantes, los espaciosos barrios atiborrados de ricas tiendas, de seneres y burgueses, el puerto que olía á pescado y á rastro de hiena, presa del atigarramiento de las razas; los tugurios estrechos, fétidos y chillones, Shakespeare saltaba de gozo ante los canales.

—Arrancada á la naturaleza, gracias al genio de sus habitantes, esta altanera ciudad es doble por que se refleja en innumerables espejos. Si las casas desaparecieran de pronto, el agua fiel guardaría sus imágenes. No perecerían, altas construcciones, delicadas aunque macizas, de un rojo quemado, de un negro pulido, de un amarillo de viejo marfil, construcción: que descendéis armoniosamente á bañar vuestras grandes casas de piedra.

El entusiasmo de Schorel se renovaba á cada paso:

—¿Hay nada más sano para los ojos que ese alarillo rectilíneo plantado de árboles verdes? Va hasta otro canal y después se adivina otro y otro y otro, se presiente toda una regular armazón húmeda. En ese cielo deslumbrador como una lámina de oro sube una especie de fina torrecilla y tres mástiles inclinados. Decidme si la hora no está inscrita sobre cada uno de esos colores cálidos y oscurecidos. Se funde en la pupila, como un fruto en la boca. Cualquiera creería que las casas van á ponerse en marcha, deslizarse á lo largo de sus reflejos, arrastrando tras si las barcas. ¿En donde estais, Fischart?

En efecto, Jean Fischart se mostro poco sensible á las emociones plásticas. Se interesaba, sobre todo, en las numerosas muestras de hierro forjado que se destacaban de las fachadas, como garras y armas contorneadas y las comparaba á la escultura torpe de los hijos del diablo. Quería conocer inmediatamente, porque la impaciencia era un cargo de su carácter, la significación de los emblemas, é imaginaba nuevos.

—En la habitación de un orgulloso debía haber dos brazos, el uno sosteniendo un corazón y otro un ojo, porque el propietario se analiza. En la de un avaro, dedos torcidos de uñas como babriquiés. Para la de un jesuita, es cosa muy sencilla, una horca rematada por dos nalgas y de cuatro nalgas para dos Jesuitas. Tal es el ramo que les ofrecio. ¿Y para el papa? ¡Ah! ¡ah! ¿qué pondríamos para el papa? Una pequeña y bonita pastelería. El lugar que apesta un sacerdote ilustraría esta divisa: «Al hombre sin sexo.» El sitio que apesta un soldado llevaría esta otra: «Al asesino.» Reclamo para los jueces dos signos astrológicos: el escorpión y balanza. «En cuanto á los reyes, un monton de estiércol les convendrá, una enorme plasta en el cetro de oro. Los ministros del rey se contentarán con el soporte sin el cetro.

Shakespeare amaba los interiores de las casas. Por las ventanas del piso bajo y por las puertas entreabiertas hacia de ladrón de imágenes, penetraba en la familiaridad de las existencias populares ó burguesas. Allí existían, como lo afir-

maba Schorel, dramitas sin brusquedad. La importancia de la decoración igualaba a la de los personajes, y eran tan expresivos los gestos de éstos que parecían emanar del fondo mismo de sus almas y delatar actitudes morales desconocidas. En medio de un estrecho salón azul, ante un velador cercado de un círculo de oro, una mujer en pie leía una carta. Su atenta cara inclinada tenía líneas dulces y fuertes, como la tienen los holandeses, y sobre su nuca de carne más blanca estaban alzados los blondos cabellos. Llevaba un corpiño de lana azul flotante, muy sencillo, bastante amplio para disimular una preñez adelantada. Su otra mano, la que tenía libre,—mano gruesa y decalida—se apoyaba en el respaldo de una silla azul. Su horizonte, sin duda el de su sueño y el del viajero, era un mapa geográfico que ocupaba todo el muro del fondo. Esos matices endulzados y como fundidos, esa curva de un cuerpo inquieto, maternal, la fina aplicación de los párpados caídos hacia palpar la ternura en la luz, la idea de la ausencia en la del querido pequeño porvenir que se estremecía bajo la saya invisible. Dos concordancias del color recorrían las emociones castas. El aire parecía temblar alrededor de la lectora. El poeta sintió húmedos los ojos. Hizo un signo a sus compañeros, y éstos, mudos, reteniendo sus soplos, miraron palpar el corazón de la familia. Se evadieron ante la fuga del encanto.

Procurad—balbucía Schorel—con vuestras poesías ó vuestros dramas, dar esas impresiones. Collares de palabras, ensambladuras sucesivas y penosas del pensamiento, no crean un conjunto, una belleza inmediata. Un dicho cualquiera sabe acompañar una puñalada de una gesticulación frenética y hallar el grito que desgarrar las entrañas. Fischart no puede comprenderme; pero vos, Shakespeare, interrogad el profundo abismo en donde se preparan los temblores de tierra y de mar y en donde flotan animales extraños.

Y William pensaba en seguida en la inmensa multitud de los estados oscuros del alma, meteoros misteriosos que atraviesan la conciencia durante un segundo, cuyo nacimiento y tumba son la noche.

Lo más íntimo del pensamiento vibra en el acorde de una mirada y un gesto; todo el deseo, toda la voluptuosidad, todo el goce caben en el fugitivo paso de una sonrisa que borra toda inquietud. Entre los grandes momentos apacibles del ser, brilla a menudo la corta luz, presagio de pasiones irresistibles. El viajero que sube hasta la fuente de los males y de la muerte no encuentra dragones que guarden la puerta. Allí está oculta en la yerba abotagadora y corre deslizándose como una imperceptible cinta negra. En su origen hay lágrimas de dicha, confianza, apaciguamiento y la ironía del destino.

Una vieja estaba sola, sentada en el ángulo de una ventana, con rostro de expresión enervada y estendidas a lo largo de su traje de tela gris sus largas manos huesosas. Un rayo de sol acariciaba la rueda y la mesa en donde yacían un plato, un trozo de pan y una loncha de jamón curado. Era toda una existencia abandonada, algarete.

Una serie de puertas mostraba, en fila, una ancha pieza clara, enlozada con rojo y blanco. Una chica blonda, hundida en un traje demasiado pesado; otro cuarto aún más brillante donde un gato dormía en una silla, y por último, un patio, un techo bajo y de color leonado, la boca oscura de un lagar. La luz circulaba alegremente a través de la ideal limpieza de esa morada, caía de las altas ventanas de vidrios diminutos, descuidaba las vigas del techo, el relieve de una escalera maciza, rozaba la nuca de oro de la niña, y se extendía sobre el mosaico.

Más allá, eran soldados en la sala de una posada sentados ante la mesa y sujetando por el tallo dos criadas robustas. Con la otra mano levantaban los cubiertos. Se oían grandes juramentos y estruendosas risas. En otro lado, una comadre extendía el brazo hacia una jaula en donde cantaba un pájaro, mientras que en el fondo dos hombres viejos y grandes se embebecían alrededor de un juego de dados. En otro lado, en un rico departamento, entre ligeros «bibelots» una joven, triste, cosía y con su pie indolente, mecía a un niño dormido. Un solo paseo ofrecía así a los cuatro paseantes todos los delicados aspectos de la vida humana. Realizados por la elocuencia

de Schorel esos espectáculos entraban muy adentro en el alma de Shakespeare.

Le suministraban un repertorio infinito de figuras y de movimientos: cada ventana animada era para él un almacén trágico.

Perseguía los matices extremos de esos sentimientos vistos á escape. Su fragilidad misma excitaba su imaginación. Entonces se preguntó si era más bello para el poeta entregar personajes á las fatalidades exteriores, siempre análogas á los dioses antiguos, ó suponer en ellos dichas enmascaradas de temperamentos. El problema le ocupó durante tres días, que eran una crisis de su espíritu, y no dijo nada á sus compañeros porque quería la soledad para ese debate íntimo. Llegó á esta conclusión; que los seres son como una moneda pronta á facilitar los cambios entre dos grandes destinos, de los cuales el uno conduce al amor y el otro á la indiferencia ó al egoísmo.

Por ahí se iluminaba el poder de las ventanas, porque las unas hacían los gestos del amor y disipaban su vida hacia el mundo, y las otras el de la sequedad que trae el mundo al cerebro. Las primeras son ideas que van á revestir la forma dramática y las segundas se preparan á abandonarla. Le parecía, pues, necesario que toda comedia estuviese colocada en el punto en que esas corrientes primordiales se entrecruzan y tuviese una faz hacia el exterior, otra hacia el interior y muchas partes en fila, así como las salas de mosaico que barria la chiquilla.

Por la noche soñaba con esas preocupaciones. Oía la voz dogmática de Fischart, el jaderar de Van Beverningk, las vociferaciones ásperas de Schorel. En todas las ventanas de la ciudad había formas sentimentales, vicios adornados y virtudes sonrientes invadidas por el esplendor crepuscular. Siluetas de mástiles se alzaban ante ellas. A veces los locatarios se hacían visitas de vecindad, la timidez subía á casa del orgullo, el amor penetraba en el cuarto de la glotonería y la saludaba ceremoniosamente. Y los canales reflejaban escenas contradictorias, traduciendo un ensueño por una matanza, un codajo por un desafío, y un beso por una mordedura.

Pasados los tres días dijo radioso á Schorel:

—Concibo la existencia como una pintura, y el procedimiento de vuestro amigo Van der Borscht utilizando el azar, es el bueno. Pero enseñadme más ventanas.

Después de comer, cuando las reuniones estruendosas les retenían en «El Fanal Rojo», vagaban, alazar, á través del triunfo de las luces. Los otros colores estaban apagados. Sólo el púrpura y el anaranjado vivían en el aire y en el agua, superficies deslumbrantes, formas infinitas, cuadradas, redondas ó lineales, curvas y esbeltas corrientes de fuego. Fischart llamaba á esa bora «la caída de los meteoros.» Tenían sus amigos: una ventana oval, á una gran altura, cuyo reflejo, por un prodigio de óptica, chispeaba algunos pasos más allá. Y detestaban la luna que vulgariza esos espejismos, dando á la ciudad algo de demasiado lindo, amanerado y ficticio.

—Una necesidad empujando la otra—decía Fischart—y la ciudad está sembrada y nosotros admiramos la cosecha de piedras.

Porque habían acabado por adoptar entre ellos una conversación elíptica que desconcertaba á Van der Beveiningk.

—Todas las llamas no atraviesan la oscuridad—añadía Schorel.

Y Shakespeare en seguida improvisaba un poema rápido sobre las luces que brillan por encima de las estrellas y en las diversas eomarcas del mundo, revelando el trabajo y el abrigo. O bien imaginaba un vendedor de dos glorias; la roja, amiga de las violencias, de las guerras y de los raptos; la amarilla los ensueños, los poetas y los pensadores, y alababa su doble mercancía. Imitaba el grito del vendedor, las discusiones de los compradores y sus debates alrededor del cochecito donde se apilaban las linternas coloreadas. Se entretenían también con un juego que se llama la «cadena.» Eso consistía en pasar de un objeto á una emoción, de una metáfora natural á una moral, y así reciprocamente; y tomaban por punto de partida un fanal encendido, ó la masa indecisa de una casa ó la silueta oscura de un batel. Llegaban así á cimas áridas y vírgenes que les hacían reír á carcajadas. Sus goces buscábanse á tientas.

Una cálida tarde, Schorel, Fischart y Shakespeare se metieron en el barrio judío para buscar estampas. Era una larga calle en pendiente, sin aceras, llena de despojos inmundos, por la cual corrían espesos arroyos oscuros, donde se pisaba una piojosa y chillona chiquillería, perfiles breves de papagayos flacos, piernas raquíticas y sexos indistintos. A las ventanas pendían trapos amarillos y rojos, andrajos de sábanas grisáceas. Las murallas oían a estiércol. En el marco de las puertas había grupos de brujas sórdidas, de caras bronceadas, de narices corvas, de ojos negros, vestidas de oropeles chillones y grasientos. Se invectivaban entre sí con palabras ardientes y gestos de epiléptico. El aire, en torno de ellas, apestaba.

—¡Qué raza!—gruñía Fischart tapándose la nariz.—Los descendientes del macho cabrío exhalan el olor de su antepasado, y sus excrementos mismos son torcidos. Sus dedos no saben triturar más que el oro y sus películas. En sus miradas bailan la Injuria y la usura.

Y se echó a reír.

—¡Maravillosa porquería!—gritaba Schorel admirado.—Mirad esa joven cuya oscura carne aparece por los desgarrones de la gastada tela. Baila sobre un estercolero. ¡Qué activos son en sus tugurios! Y esos pilluelos revolcados boca arriba y cuyos ombligos humean!

—Pero esos seres tienen los mismos sentimientos que nosotros; son nuestros hermanos algo degenerados—añadió Shakespeare, amigo de contradecir. Pero Fischart se inflamó.

—Desengañaos, amigo. El judío es una cosa aparte. El amor, el odio, la alegría y el dolor son en él deformados, mal colocados, imposibles de reconocer.

Para haceros comprender de él, es preciso ser loco. El judío no tiene ningún orgullo, ninguna delicadeza, ningún horror, ninguna piedad, ninguna cólera. Hace luchar a los cristianos y se desliza entre ellos. Los considera como carne de puerco, y todo contrato con el judío se cambia así en hueso de *boudin*. El judío es cruel por el exceso de una lógica que le empuja a abrir paso para su nación. Arrojadlos de todas partes se han rufugado en Ámsterdam. Dentro de cien

años rodarán de nuevo sobre la Europa. Es una preocupación el creer que practican la usura porque se les ha excluido de toda profesión. El judío, querido amigo, es filósofo. Le horroriza la realidad. Necesita la efígie, el símbolo, la cripta y el misterio de la moneda han tenido ahí en seguida su laref. Es como la polilla que vive en los libracos. Todos esos judíos están enfermos. Mirad al alrededor de nosotros esos jorobados, ventrudos, cojos, tuertos, purulentos. Tienen caras ignobles y particulares, acrecentadas por orgías especiales. De vos a ellos hay diferencias enormes. Lo que os engaña es la envoltura que para engañaros mejor, tienen idéntica a la vuestra. ¡Pero ignorais que ciertos animales escogen domicilios engañadores a fin de anonadar cómodamente a sus adversarios?

Llegaban a una puerta más estrecha del Ghetto. Barracas de madera fungían de tiendas, pegadas a las casas, y a la sombra de esos tugurios hervían caras febriles que interpelaban a los tres compañeros. Les ofrecían calderos, vestidos viejos, armas, calzado. Un judío salía de su antro y corría hacia ellos con grandes reverencias y una ola de palabras obsesivas. Fischart le rechazaba brutalmente. De pronto Schorel se detuvo:

—He aquí nuestro asunto. ¡Salud, tío Rabbas! ¿Podemos entrar en tu casa, viejo podredumbre, canalla?

—Muy bien; me gusta que les traten así.

Fischart, Shakespeare y su guía penetraron en el polvoroso reducto lleno de libros, estampas y telas de araña.

—Apreciad el cubil y el vendedor—dijo Schorel.—Danos pronto algo donde sentarse y abre tus cajones, sapo!

Rabbas era un tipo asqueroso de su raza. Sus largos cabellos, algo grises, aceitosos y pegados en lo alto del cráneo, rizados hacia el cuello, rodeaban una cara huesosa y sin expresión donde la arista de la nariz era fantástica, donde los ojos guiñaban, donde la boca llena de círculos de arrugas negras se abría tras una barba de pelos escasos. Estaba vestido de harapos. Cuando le gritaban: «¡Abajo las patas!» paseaba sobre sus visitantes las manos secas y nerviosas al extremo de unos brazos

flacos y acompañaba ese gesto de una sonrisa asquerosa y extraña. Con excesiva febrilidad desembaló sus tesoros: eran grabados violentos que representaban los principales episodios de las guerras recientes, los sitios eran Leyde y Harlenn. Schorel, antes de darlos a sus amigos para que los vieran, los examinaba cuidadosamente, los volvía de anverso a reverso, los colocaba ante la poca luz que venían a oscurecer vecinos curiosos cuyas atroces caras se apiñaban bajo el cobertizo de la tiendecita.

—¡Libertadnos de vuestra presencia, grupas de asnos!— rugía Fischart.— Volved a los vientres que os llevaron, hijos de Satán!

Estas injurias no hacían mella en los judíos, pero Shakespeare notó que las arrugas de Rabbas se estremecían.

—Fischart, os agitas demasiado— declaró Schorel— me impedís pagar la mercancía ¡ah, ¡ah! Esto os interesa, supongo que será un frontispicio de libelo protestante. ¡Calla! pues sí es, sencillamente, un Lucas Cranach. Y muy bien conservado. Ese horrachón cubierto de una tiara y con patas de ganso, es el papa, solazándose con monjas que juntan las manos recibiendo el maná celeste.

Fischart, a su vez se entusiasmaba.

—¡Bravo! Es magnífico. Danos todo lo que tengas semejante a esto, viejo Job.

Hubo una discusión sobre el precio.

Rabbas discutía palmo a palmo, con una terquedad feroz, conservando entre sus uñas negras una esquina del grabado. Su mirada se hacía feroz.

—Si me miras así, cariatide de canal, te razgo tu atroz y desacreditada garganta. 3 florines.

—Cuatro, señores; 4. La figura esa es rara.

—Tú sí que eres raro, vientre de cabra. No te acerques. Apestas. ¡Abajo las patas! 3 florines.

—Imposible, buenos señores. Soy un pobre hombre, un desgraciado viejo.

Schorel no podía con la risa.

—¡Asqueroso y embustero! ¡El, pobre! Es el usurero de lo-

da la juventud dorada de Amsterdam. Solo con Van Beverningk ha hecho una fortunita. ¡Está bien, pillete! Tienes pómulos bien cálidos y sobre un fondo negro, serías casi presentable. Otras estampas. Esas no. Otras; que sean viejas; las más viejas que tengas.

La hipocresía de Rabbas divertía a Shakespeare. El judío, presa de una agitación singular, saltaba en su jaula, derribaba los cartones polvorientos, los papeles amarillos y los libros de encuadernaciones raras. Por fin apareció un paquete completo de encuadernaciones de Alberto Durer. Schorel quiso ocultar su emoción, pero sus dedos temblaban palpándolo.

—¡Que os ven! ¡Cuidado!— le dijo Fischard al oído.

Rabbas le pedía por el lote 50 florines.

—25 ahora mismo y me lo llevo,—gritó Schorel.

Hubo un tumulto, casi una batalla y una lluvia de invectivas. Los otros judíos, atraídos por el ruido, venían a oler lo que pasaba, con sus largos morros inquietantes. Por fin convinieron en 30 florines que Schorel contó en seguida. Y dejaba desbordar su alegría.

—Fischart, este es único. Lo he buscado durante cinco años y ya había renunciado a tenerlo. Es un asunto que he tratado algunas veces: la Tenca, la sublime Tenca. He aquí, Shakespeare, la verdad que habla y grita. Cuando escribais comedias, cuando seáis cómico, procurad realizar este paroxismo. Los oídos, el ojo redondo, la boca. . . . Salía del agua. Se ahoga. ¡Ah, sí; cuando se posee tan bien su oficio, puede uno permitirse filosofar. Rabbas, eres muy ignoble, pero te abrazaría por esta plancha. ¡Qué gusto tiene tan excelente este bruto! No sé en dónde diablos caza todos esos trozos de maestro.

—¡Diantre, diantre!— dijo Fischart encogiéndose de hombros;— los jóvenes se los vienen a vender. Y este vende recuerdos de familia.

Schorel compró otras muchas estampanas, y el libelista se puso a regatear sobre libros. La mayor parte de estos estaban escritos en alemán, trataban de teología y de matemáticas y ninguno de estos tentaba a Shakespeare. Una hora después estaban los tres amigos hundidos en una verdadera embria-

guez intelectual de la cual Rabbas venía a ser como el *gnomo* incomprensible, no mostrando su presencia más que por exclamaciones y protestas. Cuando su *stock* estuvo casi agotado, dijo que tenía arriba, en la casa, otro almacén más completo. Schorel y Fischart no titubearon.

—Canalla, llévanos allá en seguida, merecerías cien bastonazos por habernos hecho estar aquí en tu confitería de chinches. Vamos. Largo. Te seguimos.

Salieron del sombrío tugurio, mientras el judío bajaba su eobertizo, desconfiando de la honradez de sus congéneres. Dió cuatro ó cinco vueltas á una llave rechinante y precedió á sus clientes por una escalera de madera carcomida. En el descanso del primer piso, señaló para la pared maciza, y con sonrisa abominable dijo:

—Ahí guardo mis joyas.

—¿Tú haces, pues, toda clase de oficios? ¿tus joyas son bellas?

—¡Oh! más bellas que las de los reyes.

Y alzó sus descarnados brazos.

Otra puerta rechinó. Era el domicilio privado de Rabbas. En una ancha habitación que daba sobre un patio infecto por una ventana estrecha de vidrios rotos, un temible amontonamiento de objetos de toda clase, muebles, telas y quincallería, llenaba casi el espacio del suelo al techo. Por allí corrían legiones de insectos.

—¡Salud, paraíso de los piojos y de los trapos!—dijo, al entrar, Shakespeare.

Pero en seguida se calló. En el centro de la parte libre del cuarto, ante una mesa coja cubierta de un enorme mapa geográfico groseramente coloreado, estaba sentada una joven morena, de una belleza resplandeciente. Sus miradas lucían como cuchillos. Entre su frente comba y la nariz recta no había intervalo alguno. Su cabellera escesiva, cubierta de un turbantito rojo, rodeaba la gloriosa cara de una aureola pilosa de reflejos color violeta. Llevaba aretes contorneados, sortijas en cada dedo y un collar de carbunclos alrededor de su cuello grasiento y carnoso. Su cuerpo estaba flexiblemente desploma-

do en vestidos dorados y llenos de remiendos, pero sus voluptuosos brazos redondos aparecían bajo una gasa transparente. Frente á ella, un gran viejo, petimetre, de grandes bigotes puntiagudos, demasiado negros para no ser tenidos, casi calvo, imberbe, de traza fiera, descarnada y curtida como viejo cuero amarillo, mostraba gracias caballerescas entre majestuosos harapos de matiz oscuro y amarillento.

—Es mi muger Sarah y mi criado Mazal—dijo negligente-mente Rabbas.

Mazal se levantó, ceremonioso, y saludó. La bella judía permaneció inmóvil. Pero Shakespeare, guiado por su instinto, dejó á Schorel y Fischart seguir al judío á otro cuarto, para examinar tranquilamente, nuevas estampas y se quedó al lado de aquella pareja que le atraía por su extrañeza. Sin que nadie le ofreciera asiento, cojió una silla en la cual se instaló como decidido á no irse. La judía estaba como impaciente. William examinaba á aquel hombre, reuniendo recuerdos, rasgos de cara, y murmuró sencillamente.

—Veo que sois español. No os embaraceis por mi presencia.

La sorpresa de Mazal duró poco.

—Señor, no sois el primer hechicero á quien encuentro.

Y miraba exclusivamente á Sarah.

—El señor tiene, sin duda, un talismán. Pero tiene cara de generoso incapaz de hacerme traición. Puesto que ha adivinado mi valeroso país, sabe también (de seguro, que me llamo Mazaltob, de la antigua, célebre y guerrera familia morisca de ese nombre, y que soy, no un criado, sino un ayudante de Rabbas el judío. Como que desterrado á Amsterdam y lejos de mis compañeros me gano la vida de una manera algo indigna.

Un gesto de soberano desprecio acompañó estas palabras.

Y continuó pomposamente:

El señor sabrá también que la señora Sarah Rabbas, la divina señora aquí presente, es mi bien amada señora y que quien abra los ojos sobre ella es hombre muerto.

Y atrayendo hacia sí, por encima de la mesa, la pesada cabeza bárbara, la besó profundamente en los labios purpúreos.

En seguida, con una destreza extrema, se levantó—sin dejar su posición—pegó su viejo cuerpo al corpiño dorado y con sus finas manos acariciaba las piernas, los muslos, el vientre de la judía quien se dejaba acariciar con una languidez dolorosa. Mazaltob pronunciaba en voz baja palabras españolas que la hacían vibrar:

—Corazón... mis ojos, vida de mi alma.

Shakespeare estaba asombrado de tanta audacia, porque Rabbas podía entrar de un minuto a otro. Mazaltob se levantó y fué a ocupar su sitio:

—Ya el señor habrá comprendido. Ve que no tememos nada; y si asistiéramos por la noche a nuestras danzas felices cerca del jergón donde ronca su marido, creería en la complacencia. Sin embargo, no hay tal. El viejo es celoso y desconfiado. Si supiera positivamente lo que pasa, mataría a Mazaltob durante su sueño. Tranquilízate, mi vida. Tengo un buen puñal y los ojos siempre abiertos. Ahora a nuestra obra. Porque le enseño las maravillas del universo y viajamos con el cerebro.

El mapa geográfico sobre el cual el español se preparaba a hacer sus demostraciones, tenía personajes raros, dibujados con tinta negra a lo largo de las comarcas verdes ó azules, reyes y soldados, lapones envueltos en pieles y animales fantásticos. En medio del Océano, cubierto de cruces y brújulas, cabezas de piratas con bonetes rojos soplaban para indicar la dirección de los vientos. Shakespeare se aproximó para distinguir los detalles y Mazaltob hizo uno de esos gestos redondos y trágicos.

—Es el plano de Juan de la Losa el piloto de Cristóbal Colón que santa gloria haya.

Una amplia señal de la cruz acabó la frase. Y con tono doctoral, que iba exaltándose poco, continuó el hablador la relación que había la visita interrumpida:

—Yo he estado ahí, mi vida; ahí, donde está ese color de calabaza. Es al final del nuevo continente, un país peludo de selvas. Los árboles son de plata y dan frutos de oro, gruesos como toneles de vino. Nos hemos batido catorce veces y he matado, yo solo, 50 indios. Tienen dos metros de estatura, da-

ban gritos horribles y estaban manchados de hez y ocre, como esto.

Mazaltob plegó su cara móvil en una mueca abominable, de tal modo, que su delgado labio superior, su bigote y la mitad de su nariz de conquistador desaparecieron en su barba puntiaguda.

—Su rey pidió por favor luchar conmigo en combate singular. Se llamaba Zulmazilla tenía una lanza de 20 codos, un arco de hierro y flechas de sangre de dragón. Yo no llevé más que mi espada, que me había regalado un héroe, amigo mío; precisamente el hijo de Juan de la Losa. Entonces me gritó aquel gigante: "Mazaltob, vas a morir; te mataré en pedacitos y me comeré tu carne con mis cortesanos y mis mujeres." "Reza a tu diablo cornudo" le respondí, "porque el infierno prepara para ti sus hornillas." El ejército nos miraba y nos aplaudía. Me pareció que alguien se reía en el sol. De un golpe de mi espada le corté un brazo, y Zulmazilla aulló de dolor dándome botes terribles que yo paraba invocando a la Virgen. De otro tajo le abrí el vientre y sus entrañas rodaban hasta el suelo como entrañas de caballos, de modo que pateaba encima de ellas. Aquelloapestaba como el olor de un muerto. Saltaba aquí y allí abriendo horriblemente las quijadas.

Mazaltob imitó aquella actitud con otra mueca espantosa.

—Hundí mi espada entre sus dientes y le parti en dos la cabeza. Aquella noche hubo una gran fiesta y me proclamaron capitán. Al sonido de los tambores entramos en la ciudad que estaba erizada de palacios de carbunelos y de topacios, de los cuales lamento, corazón mío, el no haberte reservado algunos coches, pero ya están en posesión de mis otras queridas, porque las mujeres de Zulmazilla durmieron todas conmigo aquella noche. Eran doce enamoradas locas y bellas como ángeles.

Mazaltob respiró un momento. La judía le escuchaba con una admiración apasionada, y esta vez fué ella quien corrió a echarse a sus rodillas y a aplicar su boca a la de él. Le abrazaba estrechamente; sus joyas sonaban. En un movimiento más vivo, su pierna de un modelado perfecto, apareció des-

nuda bajo el traje y él, como un gran señor, paseaba sus dedos secos sobre esa carne satinada, tanto que medio la desnudaba. Aquella escena estasiaba á Shakespeare. La vida del español entre los judíos, sus trazas de «malamoros» sus relaciones fabulosas que como verdadero hermano del sol inventaba, contribuían á excitar la sensibilidad del poeta. Esa facultad de mentira continua era el mismo poder lirico que tiene sus raíces en el amor y su cabeza altanera fuera de lo real.

—El ambicioso comienza por mentirse á si mismo agotándose en seguida para llenar su mentira con actos. Pero el es el tonel de las Danaides. Lo verdadero no es más que una pobre continuacioncita accidental al lado de la mentira. Lo verdadero es que tiene un dolor en las piernas, en el vientre ó en la cabeza, que es difícil ganarse la vida, que tal día le olía mal la boca á la querida, que tal otro día nos ha hecho una traición un amigo, que no nos hemos embarcado, que la esperanza no se ha realizado, que la carne estaba mal cocida, que la joven no era virgen. Desfallecimientos, caídas, *mediocridad*, desilusión, ceden en seguida al mago: se reía robusto como un Turco, bravo como un dios, rodeado de ardientes emperatrices y de fieles compañeros. Extraordinarios viajes, banquetes, festines, animales deslumbrantes de pedrerías. . . . Y si el hombre sufre verdaderamente, la mujer está como abrumada. Entre los cuidados del hogar, arrastra sus caderas lánguidas, ahogada por lo real y esforzándose en sobenadar. Por eso en las miradas de todas brillan tantos imposibles reinos. Por eso corren ellas hacia los embusteros, embriagadas, estrechan sus pechos no saciados contra esas vigorosas osamentas y esos brazos pesados de hazañas extraordinarias.

William, durante estas rápidas reflexiones, había apartado sus ojos de los amantes y contemplado la tienda. Vió allí un voluptuoso cuadro, que de lejos parecía de acuerdo con lo que pasaba en la sala. El poeta lo separó de los trozos de tela y de los cachibaches que lo enmascaraban, y se quedó extático admiración. Una esquisita criatura, cuyas formas irreprochables eran visibles hasta el punto de que cesaban de ser secretas, luchaba entre los músculos hinchados de un

maugrabin crespo. Apoyabasu mano brutal sobre la curva de las caderas, donde rodaba una ola de trenzas de oro. Apretaba los senos delicados y buscaba una posesión sin cuartel. Los dos caras se tocaban; una, brillante de codicia, la otra de dolor y rabia, y las bocas entreabiertas confundían sus gritos contradictorios. Era, sobre un trozo de tela, el hosco cambio de amor y odio, cuya presencia y alejamiento traen el gozo y la muerte.

Mazaltob y Sarah seguían abrazados. Aquel la chiqueaba como á una niña. El español notó el éxtasis de Shakespeare, y movió compunjado la cabeza.

—Había, en Andalucía, un noble señor, llamado Vilonbralés. Era aún más bello que yo, de una familia casi tan buena y habíamos cambiado nuestros corazones. Galopábamos durante todo el día, comíamos frutas ácidas y reposábamos á la sombra perfumada de las magnolias. Eramos adorados de las mujeres y de los caballos, y detestados de los hombres por nuestra bravura. De tal manera que al fin, Encarnación, una sevillana, se enamoró de Vilonbralés, é hizo de modo que la tomara por esposa. Por Cristo, qué hermosa era! Piernas como las tuyas, ojos vivos, manos y pies de infanta, cara de sonrisa y brazos de una frescura celeste. Al cabo de algunas noches, el carácter de Vilonbralés comenzó á cambiar. El, tan alegre no hablaba ya con nadie. Cosa maravillosa! Aunque fuera en amor un insensato, se pasaba horas lejos de Encarnación, procurando reproducir con el color sus facciones, y como le preguntara un día, la causa de eso, me respondió que así se calmaban sus celos. Ella era juiciosa y buena, pero él la pintaba abrazada á rústicos, á señores y alabarderos, solazando así su imaginación que tenía peligrosamente inflamable. Si hubieses visto esos bocetos. . . . incendiaban el alma y secaban la boca.

—Vilonbralés poseía un servidor llamado Guzmán, marroquí asqueroso y broneado y tan robusto que domaba á un toro por los cuernos. Un día lo hizo desnudarse así como á su mujer, á quien adornó con joyas, y habiéndoles reunido en su presencia, dijo á Encarnación: «Exijo que te des á él ante mí».

Ella al principio vaciló y rehusó, y como él la amenazara de muerte, cedió. Y él, sentado en un sillón, siguió todas las fases de aquel amor con miradas terribles, la espuma en la boca y gritando al marroquí frases extravagantes. En seguida Vilonbrals degolló á Guzmán, extranguló á su mujer y se puso á pintar ese cuadro que el señor admiraba y que fué el último, porque al día siguiente se había ahorcado.

Un ligero ruido hizo estremecerse á Sarah, quien se apartó de los brazos de Mazaltob. Algunos segundos después, Schorel, Fischart y el judío entraron, disputando. El primero tenía bajo un brazo un gran cartón de estampas. A la vista del cuadro del español, tuvo un momento de estupor:

—Pero es curioso eso! ¿Dónde lo habeis encontrado? ¿Por qué guardabas esa pintura, viejo pillo, viejo devorador de flores?

—La pintura es mía, señor; restos de mi gran fortuna.

Y Mazaltob se cruzó de brazos con altanera melancolía.

—Sí, pero lo que es de él es mío y quiero venderla, —dijo el judío.

—Te lo prohibo.

Y Sarah, furiosa, se acercó á su marido.

Este sonrió malévolo:

—Por cien florines, os lo podéis llevar.

Schorel se encogió de hombros.

—En ese caso, te lo dejo. ¡Qué calor de dibujo y de colorido! ¿Es italiano? ¿es español? No me atrevo á afirmar nada. Está lleno de torpe luz y sin embargo, hay en él cualidades de primer orden... En fin... Vámonos; temo sucumbir.

Sarah estaba en pie, presta al combate, y Mazaltob lanzaba al judío miradas de odio, gruñendo entre dientes:

—¡Cochino! ¡Marrano! ¡Cabeza de enano! —injurias que alegraban á Fischart.

Al descender los tres compañeros la innoble escalera de Mahbas, Schorel lamentaba su indecisión, y cuando Willam le hubo contado la historia del cuadro, su desesperación fué cómica:

—Ya lo sospechaba. Es una obra maestra intuitiva; hu-

iera debido comprarla. Todo apasionado es capaz de una bella tela en su vida. Volveré.

Llevó á sus amigos á visitar su casa y durante todo el trayecto lamentó su torpeza. No prestó atención alguna á las singularidades del Chetto, más pintoresco en el crepúsculo por el montón de ojos negros y de harapos brillantes no ofuscados por una luz brutal.

Shakespeare se hallaba trasportado al corazón de esa España, que sólo conocía de nombre, pero cuyo extraño esplendor quemaba sus sueños:

—Veo á ese Vilonbrals, tal como no lo comprendía Mazaltob, arrastrado por los celos, como antes por sus galopantes caballos, hacia abismos imaginarios, fatigado por sueños dolorosos y deseando en su delirio toda embriaguez adormecida, por sangrienta que fuera. A la cabeza de la cohorte de los celosos, cohorte innumerable, zumbadora y reclinante, de sentidos exasperados, de piernas que vacilan, de bocas que balbucen palabras de cólera y perdón, á la cabeza de ese ejército sin sueños distingo al español torcionario tomando en sus mismos placeres espectáculos de acero y fuego, arrancando á la carne rosada y dulce de su Encarnación este terrible secreto: que no se posee nunca la mujer á quien se ama. El goce de los celos es combinar episodios en donde ese cuerpo adorable es pulverizado por otro, en que esa boca se entreabre para un extranjero, en que ese corazón salta por culpa de un espasmo indigno. Esta es mi adorada. Juntos hemos paseado á la claridad de la luna, riéndonos del canto de los pájaros y llorado de la noche demasiado corta. Ella y yo hemos adaptado nuestras pieles tan estrechamente, que un recuerdo no hubiera podido deslizarse en el intervalo, cambiando nuestras huellas, durmiendo el mismo sueño. ¡Ven, pues, corriendo, puerco! ¡Sal! Que yo pueda mataros y matar mi sospecha, vaciar mi alma de esa amargura que se acumulaba en ella con el amor.

Estos pensamientos atacaban al poeta tan vivamente, que parecía semejante á una sonámbula, y sólo pudo distinguir al través de una bruma la morada de Schorel. Recordó solamente después que todo daba allí la impresión de un lujo irrepro-

chable. Había creído entrar en una urna de oro, tantas pinturas había en los muros, ricas y luminosas, magníficamente encuadradas. Azules delicados y rosas marchitas le quedaron también en la memoria, así como una fantástica colección de estampas, muebles, telas y vidrios pintados. En medio de estas maravillas, un vieja dama de ojos dulces—la madre de Schorel—hacia los honores de la casa con una buena gracia sonriente.

Vestía de negro, pero llevaba alrededor del cuello una gola enyesada muy blanca, y en la cabeza un bonete de encajes blanco y de un trabajo ligerísimo. Innumerables arrugas y hoyuelos en su redonda cara añadían rasgos de bondad á su bondad natural. Schorel la besaba, reía, saltaba, enseñaba sus tapicerías, sus grabados, sus cuadros, y una discusión comenzó entre él y Fischart con motivo de Lucas de Leyod. Shakespeare distinguía la alta silueta de Vilonbrálés y la mirada con que éste seguía las peripecias de la violación de su mujer por Guzman. El dorado de la casa de Schorel se cambiaba en un rayo de sol español. Las telas hacían muecas como si hubieran sido concebidas por el frenesí de un celoso. La misma madre de Schorel era por él asimilada á una de esas dueñas que transmiten los billetes culpables y se acercan á los jóvenes en las calles.

Cuando Shakespeare le habló á Fischart de los celos, el libelista le replicó:

—Querido, no hay sentimiento ineludible. Creo que uno puede curarse de todo por un esfuerzo moral. Por eso la sara es buena. He encontrado todas las pasiones humanas como emboscadas, combatidas y reducidas. He sido atrozmente celoso. Me he salvado por el orgullo. Su exaltación deseca tanto el corazón, que toda palpitación es casi ridícula. Yo estaba casado y vituperaba ya contra los católicos. Mi mujer pertenecía á una familia célebre de Alemania, y en eso fundaba su vanidad. Aconsejada por un suegro pillo, ladrón é incestuoso, que no había consentido en ese matrimonio más que para explotar mi juventud, mi verbo y la fortuna de su nuera, trató de impedirme escribir. Yo estaba muy enamorado y era celo-

co como Vulcano. Pero desde las primeras injurias que me dirigió respecto de mi talento y cuando me convencí bien de su bestialidad, mi desprecio me separó de ella para siempre. Por cólera y orgullo he sido el libelista que conocéis, y bendigo esta efímera unión que ha estirado mis nervios de satírico y acorazado mi alma. Si hubiera seguido siendo lírico, hubiera sufrido torturas infernales. Mis ravos, cambiados en armas de guerra, y mi fuerza, al servicio del odio y de la justicia, me han libertado de las cadenas ardientes. Tan cierto es que por el examen de nosotros mismos llegamos á lo inaccesible. En cada individuo, la trama de la pasión tiene su forma y su color, y así como la farfantería, determina el uso en que la empleará el destino. Ese Vilonbrálés era un desesperado y un furioso. Pero si hubiera sido mejor pintor, hubiera escapado á la carnicería.

Poco tiempo después, pudo notar William cuánto se pliegan los acontecimientos á las preocupaciones de nuestro espíritu. Después de una vinosa noche de «El Fanal Rojo», los convidados del tío Doelen se esparcieron por las calles oscuras de Amsterdam, unos saltando y llamando á las puertas, otros confesándose con lágrimas y declaraciones de amistad eterna; otros continuando con lengua embrollada la discusión artística. Fischart afirmaba estar pronto á perdonar á sus enemigos si consentían en arrepentirse y llegar hasta él con un cirio en la mano y una cuerda al cuello. Shakespeare, del brazo con un camarada indistinto, componía un elogio de la embriaguez.

—Ah! que humanidad existiría, querido, si todos nacióéramos borrachos y estuviéramos borrachos hasta la muerte. El parterre de todos los goces lícitos é ilícitos, delicados y groseros, aulladores y silenciosos, el gozo del guerrero, el del poeta y del ladrón, del el pastor y el del enamorado, y por el prodigio de las cosechas, las naturalezas exaltadas hasta su punto definitivo, tantas bellezas en el idiota como en el genio, la profusión de un regio entusiasmo. Acaso no sientes en este minuto qué pobre y bajo empleo hacemos en ayunas de esa noble trama que los dioses han tejido con las esencias más diversas? ¿Acaso no se agitan en ti una hornaza de demonios ri-

sueños de los cuales cada uno te designa un placer descuidado, un gozo inexplorado ó echado á perder, una sublime necesidad? Voy á decirte un secreto, pero guárdatelo, porque se mancharía corriendo por el mundo. Hace una semana que sólo pienso en los celos. Es una faz de mi carácter. Entre el orbellino de las cosas persigo siempre una idea. Pues bien, cuando no estoy borracho esta idea es apagada é insulsa. No tiene ramificaciones. Permanece aquí, como un guijarro redondo y la vuelvo y revuelvo sin descubrir en ella una partícula de oro. En seguida que la toca un vaso de vino se abrianta. Se abren grietas en mi cerebro. El hijo de la piedra y de la planta se transforma en padre para el animal que es Shakespeare. El sutil trayecto de los celos se ilumina y veo claramente que es el pasaje orgulloso del amor á esa necesidad de destrucción que yace en el fondo de toda sensualidad. Comprendes eso, mi delicioso? Los sentimientos tienen que morir. Su persistencia traería la locura y los sabios llaman á la embriaguez una insanidad porque quita la brida á las fuerzas vitales. Pero hay algo más delicioso que trazar el dibujo de sí mismo?

El grupo llegaba á una larga calle paralela al puerto. William se aturdió ante la profusión súbita de las luces. Distinguía, en saltos de fuego que emanaban de muchas tabernas, la alta silueta de Schorel, la masa de Bevernig, y oía el timbre chillón de Fischart. Sin explicarse la causa, su admiración por Plutarcó tomó un carácter agudo y se puso á suponer que Plutarcó marchaba á su lado, que conversaban y que el autor de las *Vidas de los nobles griegos y romanos* no cesaba de preguntarle sobre sus hábitos, sus costumbres, sus relaciones, su familia, preparando su biografía. Tenía una manera extraña de documentarse, porque se fijaba en los más insignificantes detalles y parecía descuidar lo principal. De pronto una observación explosiva probaba que había tocado al fondo del carácter.

El hormigueo de las luces aumentó. Marineros y mujeres salían y se daban de golpes. Fischart, con su espada, de plano medio deslomó á un robusto moro que huyó aullando.

Codeábanse con arrogantes borrachos y soldados que sin respeto á esos jóvenes señores les rozaban, les palpaban los brazos y los hombros, se reían malévolamente. Y uno de ellos, con gran tumulto, agitaba un bote de estaño que acababa de robar, y se manchaba de líquido. El sonido del pifano rayó el aire fétido. Un grupo de aldeanos que habían ido á la ciudad para celebrar algún aniversario pasó, precedido de la música, con noble continente, las viejas de brazo de los viejos y muy graves. No respondieron á las guasas y la alegría quedó entre ellos. Al atravesar los aldeanos las zonas iluminadas el poeta distinguió sus magníficos trajes los bordados y las tocas de oro y sintió un vivo respeto por esas crias sencillas, esos corazones simples, sobre los cuales el vicio no había pasado. En seguida notó que no estaba él al lado de sus compañeros. Unas cuantas mujeres le rodeaban. Significó á una de ellas, vieja y triste, quien le condujo largo tiempo, muy largo tiempo por malecones siniestros, puentecitos que gritaban bajo las pisadas y callejuelas informes—hasta una casuca. Comenzaba á llover,—llovía tibia. Entraron. Shakespeare, muerto de fatiga, se extendió sobre un infecto gergon.

—¿No haces nada?

—No.

—No eres como esos capitanes marinos cargados de aceite que pasan toda la noche sobre un cadáver.

Y como, despertase por esa frase él la interrogase sobre su oficio sus aventuras y sobre los celos, le respondió ella que nunca había sentido celos de nada. No conocía más que el hambre, la sed y el frío. La casuca era oscura. La débil voz cascada llegaba á los oídos del poeta á través del enervamiento de la velada y los confusos vapores de la embriaguez. Le habló de amor; la mujer se estremeció y rompió á llorar. Y hasta el amanecer le estuvo el contando extrañas historias en donde reyes se casaban con mendigas y para lavarlas de sus manchas, las hacían vivir tres meses entre flores. Ella le escuchaba avidamente. Su miserable cara livida se coloró de un poco de vida.

—En esas almas en donde todo parece muerto, subsista

una chispa. Ah! tristes ciudades saqueadas! Bajo las ruinas gira una boca lodosa. Para eso servirá el poeta: que descienda a los corazones perdidos, que sacuda la antorcha dichosa y que haga surgir fantasmas. Los que van vestidos de pieles y que no quieren creer que son los mismos, y de allí, sin embargo, saltará la fiebre, ¡Que los que son feos se crean bellos; todos hacia el porvenir, abiertos los brazos, á fin de recibir el beso que fecunda!

Van Beverningk había invitado á una reunión en su casa á sus amigos. Vivía en un alto caserón gris en la confluencia de los canales. Después de una vasta escalera de marmol y muchos vestíbulos ornados de armazones, Shakespeare, Schorel y Fischart penetraron en un salón lujosísimo. Tapicerías de azabache blanco y oro, representando apólogos se reflejaban en la luz por grandes superficies moareadas y esa misma luz caía en arañas de vidrios de colores y de candelabros de plata de doce ramas. Tapices de un matiz estinguido, de un rosa tierra y de un amarillo muerto, soportaban muebles de encrustaciones de marfil, de estaño y laca. Cada uno de ellos era un pequeño monumento, calado, cincelado, flanqueado de esbeltas columnitas y coronadas por un verdadero encaje de madera. Los espejos y las piezas de orfebrería eran innumerales, así como los cuadros, paisajes, naturalezas muertas ó retratos de antepasados, que todos habían ejercido funciones honoríficas. En medio de esos esplendores estaban sentadas muchas personas distinguidas, viejos señores de caras todavía frescas, regentes de hospital de serias caras y regentes de arrugas bondadosas. Pero las miradas de Shakespeare contemplaron en seguida á la mujer de Beverningk cuya triste historia conocía y que formaba con su final esposo el mayor contraste. Porque estaba perpetuamente enferma, medio acostada en un ancho sillón, inclinada la cabeza sobre un brazo y este brazo, desnudo hasta el codo, estendido sobre un cojín bordado, mientras que la otra mano fría y descolorida se extendía alargada y colgando. Tenía una cara tristemente dolorosa, grandes ojos negros y húmedos que parecían implorar, una languidez de facciones esquisitas, y cuando hablaba su

voz era un delicado cristal. El menor movimiento la hacia sufrir cruelmente. Llevaba un collar de perlas alrededor de su flaco cuello, corpiño de raso azul con botones de diamantes, guarnecido de pieles blancas, un traje de raso malva de grandes pliegues bajo el cual se adivinaba la gracilidad de su pobre cuerpo. Acojió á sus invitados con una sonrisa de la cual Shakespeare se conmovió porque significaba: «Ya lo veis; aun soy bella y muy buena. Pero compadecedme, porque durante poco tiempo os daré lástima.» Sus miradas se iluminaban al terminar cuando caían sobre Van Beverningk, grueso niño venturoso en quien la salud tenía gran arrogancia. A veces un hombre negro y solemne se acercaba á ella y le decía algunas palabras en voz baja. Ella sacudía melancólicamente la cabeza. Era su médico, que no la abandonaba y vigilaba las fases de su lenta agonía. Shorel la felicitaba por su traje.

—Los pliegues de vuestra saya, señora, son en sí una obra de arte. Esos rígidos pliegues sombreados, el curioso aspecto del raso, los huecos, los relieves y el reflejo plateado de las bujías hubieran parecido de Alberto Dürero. Las bellas telas tienen su vida especial, en el reposo como ahora, ó animadas por la gracia del gesto.

Ella murmuró:

—Me agradais porque sois ruidoso. Temo que esta noche resulte hoscía con tantos viejos.

En efecto, los otros asistentes allí, conversaban poco ó de una manera imperceptible, y flotaba sobre todos esos viejos como un olorcillo de muerte. Fischart había comenzado á entablar conversación con un honrado filósofo á quien asombraba el verbo satírico del libelista. Van Beverningk hacía esfuerzos para disipar el ambiente de malestar, pero sus robustas guasas se cuajaban en el silencio. Shakespeare estaba fascinado por la enferma. Fué para él como una admirable joya de carne, ennoblecida por un fin próximo, iluminada por todas las penas y algunas ilusiones últimas. Se sintió enamorado de ella. El gran vientre de Beverningk le indignaba. Una dama blanda se puso al clave, las notas débiles y melodiosas sombrearon de fiebre el azul de los bellos ojos adoloridos é

hicieron salir el alma á la superficie. Un poco de rosa animó los pómulos.

—Oh mi adorada de largas pestañas, de dedos demasiado delgados, de tez de marfil, si yo te tuviese estrechada contra mi corazón, quizás no te deslizarías fuera del mundo. Yo procuraría, con mis besos, hacer que de nuevo floreciera tu boca, plegada por la amarga anticipación de la muerte, y hacer que tu cuerpo durara. ¡Cuán peligrosa y tentadora es esta música! Atrae hacia los sueños negros, lejos de los dorados y de las muelles telas, y se evade uno en ella como sobre una barca fatal, entre encajes, tapices, bordados y arrugas de viejos apacibles.

Oyó un débil euchiheo:

—Señor, sois poeta. ¿No nos recitáis algunos versos?

Y añadió:

—Amo tanto los versos! Con pocas palabras expresan cosas inasequibles.

—Ah, señora! Hay finuras que no puede expresar ninguna estrofa. Por ejemplo: la idea de que un amor hubiese podido extasiar dos destinos que se han encontrado demasiado tarde.

—Sin duda los más dulces misterios quedan en el estado de misterios, y cada uno lleva en sí su poema secreto que no canta más que para él solo.

—El vuestro se llamará curación.

—Los supervivientes le darán ese título. Porque se miente, con gusto, sobre las tumbas. Mi belleza se mirará muy pronto en un sudario.

Entró un loco, dando saltos, cara convulsionada por las muecas, boca muy abierta, bonete de través y cabellos flotantes. Tenía apretada contra su jubón de seda amarilla, su guitarra de la que sacó sonidos fantásticos que acompañaba de golpecitos sobre la madera sonora y de gritos roncós. Schorel y Fischart le interpellaron. El les contestó, insolente. Los criados trajeron grandes bandejas cargadas de carnes y botellas y Van Beverningk se frotó las manos, porque la alegría entraba por fin en su cuarto.

A pesar de las súplicas de Schorel y de Doelen, Fischart y Shakespeare resolvieron irse de Amsterdam el 25 de Septiembre. Fueron á la Frisa, después á Alemania, hasta Hamburgo, donde se separarían, porque William quería ir hacia los reinos del Norte, de los cuales había oído alabar las frias maravillas y donde esperaba descubrir su naturaleza.

La vispera de aquel día hubo un banquete de adios en el taller del joven Cornelisz. Bajo gigantescos bocetos de matanzas y batallas (el anfitrión, según sus amigos, tenía en los ojos una berruga monstruosa) los cubiletes se estrechocaban. Brindis numerosos y desconcertadores fueron dirigidos á los viajeros. Un gran arcabucero, algo ébrio, les propuso acompañarlos hasta la frontera de Westfalia, á fin de velar por sus existencias. Cada cuál les daba consejos que Fischart aceptaba, riendo. Shakespeare temblaba de gozo á la idea de los paisajes, de los seres y de las circunstancias desconocidas que se preparaban para él en esas comarcas tumultuosas, porque el porvenir se modela al deseo; hay momentos de desquite en que el *espíritu* conduce al mundo. En el trayecto de Rouvres á Rotterdam había aprendido la movilidad y el movimiento del mar se había grabado en su imaginación. En el mismo Rotterdam, había conocido el odio y dos ó tres formas de amor y de piedad que no sospechaba.

La travesía de Delft, de Leyde y de Harlem le había enseñado la venganza y la fuerza de los monumentos las ruinas. Amsterdam era la revelación de un arte sublime en donde el hombre encerraría la naturaleza. Y más allá de esas adquisiciones sucesivas, atestiguaba con gozo su energía sensible, de tal modo, que antes de formular un juicio comenzaba por estremecerse. Antes jugaba con las abstracciones. Era una tendencia de su carácter generalizar rápidamente y luego dramatizar las ideas. Hoy, por el movimiento continuo de los nervios, la vida material recobraba sus derechos.

Partir de una sensación simple, y acabar por conmoverse es el secreto de la poesía. En aquel minuto, observaba la marcha pintoresca que ofrecía la mesa de Cornelisz. Guardias cívicos, soldados ruidosos y fanfarrones, artistas de edades muy

diversas discutiendo sus teorías y los recursos de su oficio. Se llevaba para siempre en sus miradas el pacto de la buena carne y de la inteligencia que valía para toda la Holanda: carne y sueños y la tierra presa de los molinos. Como en la primera comida en casa de Doleen, hallaba al rededor de ese banquete las principales actitudes humanas. ¿Qué es una corporación, sino un haz de temperamentos, el conjunto de todos los recursos que ofrecen la sangre, la bilis y los nervios? ¿Es necesaria la calma? Tomad por jefe ese flaco capitán de mejillas amarillas, de gran nariz y de espesas cejas. Madurará largo tiempo el proyecto. Este se adivina en la manera que tiene de comer, en la precisión mesurada de sus gestos. ¿Es necesaria la violencia? Tomad á ese, de ojos á flor de cabeza y que vacía, vaso tras vaso, la boca aun llena y el puño hacia adelante. ¿Es necesario la socarronería? Dirijios á un joven que no se ha quitado la coraza y tiene la cara lejos de las luces, en una negra sonrisa semioculta.

Se hablaba de las vocaciones. Los militares, desde sus más jóvenes, años no pensaban más que en las hazañas de sus padres y el redoble de los tambores les hacía llorar. Uno de ellos, de tez aceitunada, de sombrero oscuro y chupa de cuero amarillo fué á buscar en un rincón del taller una bandera azul y la agitó por encima de los convidados, gritando:

—¡Esta me ha dado el amor de la patria! Una bandera que testalla á todos los vientos en la cima de un baluarte, en los brazos de un guerrero, que reúne á los valerosos, que pasa de mano en mano y persiste por encima de los cadáveres... ¿Hay algo más bello?

Su exaltación fué contagiosa. Los ojos se encendieron. Todos creyeron que subía al asalto. Allí estaban los pintores Hendick Goltzius, Direk, Lastman, Steenwick y Rauwaerts, los arquitectos de Vries y de Key. Contaron sucesivamente sus comienzos, sus primeras impresiones, y cómo el estupor de los que les rodeaban había sido por mucho en su desenvolvimiento.

—Mi padre,—dijo Lieven de Key—era un pobre picapedrero. Desde que comencé á reunir guijarros en forma de casas,

á cimentarlos y pulir los ángulos, cayó en un exceso de admiración al cual debo mi modesto talento. Suspiraba, llamaba á mi madre y los dos seguían mi trabajo con ojos que me trasportaban. Evoco aquellas miradas tan conmovedoras cuando trazo el plano de un ayuntamiento ó de una catedral. Me animan, me guían, me conducen á la verdad, porque comienzo siempre por concebir palacios extraordinarios, monumentos imposibles y no vuelvo á lo real más que por una série de restricciones. Y este vicio de la fantasía data de mis comienzos, de una colección de grabados fantásticos, cuyo título ya no recuerdo y que hojeaba antes de dormirme.

De Vries había sido sorprendido por una visita á la torre de Utrecht, cuya gruesa campana no suena más que cuando la muerte de los reyes:

—Yo quería construir una torre semejante y habitar en la cima. Me parecía que entonces sería superior á todos por mi situación aérea y por mi papel de anunciador trágico.

—Pues yo—exclamó Cornelisz—podría precisar la hora, el momento en que he sentido el amor del arte abrir en mi sus alas como un gran pájaro. Fué durante el sitio de Harlem. La angustia y el terror envolvían la ciudad. Mis padres, que se habían ido á viajar, me habían confiado al pintor Pieter Aartsen. Este trabajaba entonces en un cuadro: el Bautismo de la Virgen. Un día, mientras preparaba sus colores, á la luz de las ventanas completamente abiertas, se oía fuera el ruido de la mosquetería y tuve la impresión de deseo irresistible que nos procura la vista de una admirable mujer hacia la época en que nuestra sensualidad se despierta. Caí estupefacto, de rodillas ante Pieter Aartsen estupefacto: «Maestro, enséñame esos maravillosos contornos, el arte de variar los tonos y de crear seres con ayuda de un pincel.» Mi acento fué tan dramático que el buen hombre sonrió y ya sabéis que las circunstancias no se prestaban á la alegría. Era un visionario y un sabio. Me puso en los dedos el noble instrumento que ya no abandonaré más.

—El que es tocado por los dioses de esa manera tan notable, no puede menos que ilustrar su raza—afirmó sentencio-

samente Fischart. Pero muchos héroes tuvieron una revelación lenta de su destino y el parto laborioso ha producido muchas veces machos.

—Esa distinción entre los precoces y tardíos fué marcada cuidadosamente por Plutarco.

Y Shakespeare se lanzó en una teoría aventurada. Además solo pensaba en sí mismo. El problema de los orígenes le apasionaba; la ausencia en él de esas iniciaciones bruscas, de esos relámpagos iluminando la fuerza lírica que se ignora a sí propia, le inquietaba, haciéndole dudar de su orgullo. No había notado nunca otra cosa que su excelente memoria, la firmeza cada vez más aguda de sus emociones, la facultad de entrar profundamente en diversos personajes. ¿Eso bastaría para rivalizar con Virgilio, Ovidio, Platón, los más célebres?

Cuando los concurrentes se separaron, Fischart y William acompañaron a Schorel a quien el cuadro descubierto del judío tentaba, por lo visto, demasiado, y que había hecho el sacrificio de sus cien florines. El trayecto fué hoscó. Schorel estaba triste de la partida de sus dos amigos y estos, por supuesto, soportaban apenas la idea de no ver más esa bella barba blanca, de no oír esa voz elocuente. El libelista se consolaba gracias a sus aforismos:

—Hay que considerarlo todo bajo el aspecto de lo transitorio. La amistad debe ser más querida desde que sabemos ser tan breve. En el recuerdo, querido amigo, por el recuerdo, y para el recuerdo! Vereis el singular hombrecito oscuro y ruidoso que será en el horizonte de vuestra memoria.

Pero esas palabras irónicas no respondían a lo que su corazón sentía. Shakespeare le dijo:

—¿Por qué bromeáis, Fischart, y usáis ese tono amargo? Amo a Schorel y le amais. Había despertado en nosotros visiones que van ahora a borrarse.

Por segunda vez atravesaron el Ghetto y treparon la sordida escalera de Rabbas. Se oyó el ruido de una disputa. Hallaron al judío y su mujer en las actitudes de la cólera más violenta, él con la cara contraída por su asqueroso rictus y amezazándola con un dedo que temblaba al extremo de sus mangas

grasientas; ella temblorosa bajo sus harapos de oro, altanera la cabeza y la boca hinchada de injurias. El impasible Mazaltob consideraba, con los brazos cruzados la escena, con expresión de desprecio.

—Me ha robado, señores; malvada, abominable, traidoramente y este es su cómplice.

Rabbas se ahogaba de indignación.

—Mi más bello diamante, de un agua incomparable, la pieza capital de mi tienda. Soy un pobre. Me lo han cojido todo y sostienen que lo he perdido. ¡Perdido! ¡Un diamante como ese! Cuando yo velo sobre mis joyas como el ciego sobre su perro, la gallina sobre sus polluelos, el príncipe sobre su tesoro.....

—Está loco—gritaba Sarah—completamente loco. Tiene tantos escondijos que ya no sabe donde están. No te acerques, canalla, o te arranco con mis uñas los ojos.

—¡Pedazo de pié podrido!—gruñía Mazaltob.

—Os denunciaré a los dos a la policía, infames ladrones. Ella y él; él como español, y ya sabéis lo que se les hace a los españoles. Se les cuelga o se les corta la cabeza.....

—Cabeza rellena de.....

—Me burlo de vuestra jerga. No me dais miedo. ¡Un diamante! ¡Abusar así de un desgraciado! Traicionar la hospitalidad sagrada! ¡Un diamante! ¡Señores, he alojado y alimentado al pijo ese! Sin mí estaría ahora sobre un estercolero, su verdadero citio. Sois testigos. sois testigos de sus injurias, de su cinismo.

Bailaba de rabia, de una manera cómica pero no se atrevía a acercarse a Mazaltob.

Los tres compañeros no intervenían y Schorel olvidaba el objeto de su visita. El judío continuaba sus invectivas y sus súplicas, cuando de pronto Sarah tuvo un movimiento magnífico de odio. Se arrojó sobre Mazaltob y le besó frenética, se arrojó a él, rodando en sus brazos robustos. Sus cabellos negros se desataron fuera del turbante rojo sobre los hombros carnosos.

—Es mi amante, mi rey, y tu eres un perro. Lo que conta-

ré á todos es que soy vuestra hija, que no me habeis respetado, que me habeis manchado, vil sucio, inmundo. Sí, he robado ese diamante! . . . Sí, y robaré otros. Joyas, muchas joyas para pagar mi vergüenza. . . . abrázame, bésame! Te amo. . . . te amo. . . . Te amo! Id avisar la á policía. ¡Os mataremos esta noche y patearemos tu aborrecido cadáver!

A estas bruscas revelaciones, Rabbas palideció. Dió algunos pasos hacia ella, sacó del bolsillo un puñal, lo volvió á la vaina, sonrió como un demonio y salió del cuarto á reculones, estendido el puño y plegado en dos el cuerpo.

—Es quizás nuestra muerte, pero has tenido razón mi vida. Y Mazaltob, alzando los ojos al cielo, acarició á su audaz querida cuyo seno tenía un ritmo mezclado de éxtasis y furor.

—¡Abusar de su hija, señores! ¡Hay algo más degradante? Es toda suspiros. Calmate, luz de mis ojos. Vamos á vender las pedrerías y á huir en una barca, á mi país, que está cargado de sol, de héroes, de riquezas, en donde habitarás un palacio digno de tu cuerpo espléndido. Adios, señores, abandonamos la ciudad.

Se atusó el bigote, saludó caballerescamente, y dirigiéndose á Schorel:

—Deseábais mi cuadro; os lo dejo. Que él os recuerde un par de amantes dignos de conmover excelentes corazones. Deseadnos buena suerte y ¡por Cristo! En camino!

V.

Por última vez se volvieron Shakespeare, Fischart y Schorel por la llanura en donde se estancaban las bandas de oro de los canales y en donde un rayo de sol—uno solo—salpicaba su barba blanca (grande todavía.) Con gesto amplio designando el horizonte rojo y rosado, les gritó con su voz cascada.

—¿Es bello, verdad? ¡Conmovedor! ¡Adios, amigos que desapareceis en la luz.

El poeta dijo á su compañero:

—Este fué amasado de alegría y vigor. Como vos tenéis el amor de la humanidad, él tuvo el de la naturaleza. Y nos separamos de él como debemos separarnos, por el espléndido intervalo del otoño.

Fischart, que por una especie de pudor disimulaba gustoso su sensibilidad, replicó:

—Es un noble espíritu. Siento que el viejo puerco de Doelen haya sido sumergido en la orgía hasta el momento de nuestra partida. Será así para mí una de las mas pintorescas figuras de Amsterdam.

Marchaban aprisa y regularmente. Wiliam, además de su alforja llevaba una espada que le había aconsejado comprar el libelista. Marchaban á los recientes recuerdos los espectá-

ré á todos es que soy vuestra hija, que no me habeis respetado, que me habeis manchado, vil sucio, inmundo. Sí, he robado ese diamante! . . . Sí, y robaré otros. Joyas, muchas joyas para pagar mi vergüenza. . . . abrázame, bésame! Te amo. . . . te amo. . . . Te amo! Id avisar la á policía. ¡Os mataremos esta noche y patearemos tu aborrecido cadáver!

A estas bruscas revelaciones, Rabbas palideció. Dió algunos pasos hacia ella, sacó del bolsillo un puñal, lo volvió á la vaina, sonrió como un demonio y salió del cuarto á reculones, estendido el puño y plegado en dos el cuerpo.

—Es quizás nuestra muerte, pero has tenido razón mi vida. Y Mazaltob, alzando los ojos al cielo, acarició á su audaz querida cuyo seno tenía un ritmo mezclado de éxtasis y furor.

—¡Abusar de su hija, señores! ¡Hay algo más degradante? Es toda suspiros. Calmate, luz de mis ojos. Vamos á vender las pedrerías y á huir en una barca, á mi país, que está cargado de sol, de héroes, de riquezas, en donde habitarás un palacio digno de tu cuerpo espléndido. Adios, señores, abandonamos la ciudad.

Se atusó el bigote, saludó caballerescamente, y dirigiéndose á Schorel:

—Deseábais mi cuadro; os lo dejo. Que él os recuerde un par de amantes dignos de conmover excelentes corazones. Deseadnos buena suerte y ¡por Cristo! En camino!

V.

Por última vez se volvieron Shakespeare, Fischart y Schorel por la llanura en donde se estancaban las bandas de oro de los canales y en donde un rayo de sol—uno solo—salpicaba su barba blanca (grande todavía.) Con gesto amplio designando el horizonte rojo y rosado, les gritó con su voz cascada.

—¿Es bello, verdad? ¡Conmovedor! ¡Adios, amigos que desapareceis en la luz.

El poeta dijo á su compañero:

—Este fué amasado de alegría y vigor. Como vos tenéis el amor de la humanidad, él tuvo el de la naturaleza. Y nos separamos de él como debemos separarnos, por el espléndido intervalo del otoño.

Fischart, que por una especie de pudor disimulaba gustoso su sensibilidad, replicó:

—Es un noble espíritu. Siento que el viejo puerco de Doelen haya sido sumergido en la orgía hasta el momento de nuestra partida. Será así para mí una de las mas pintorescas figuras de Amsterdam.

Marchaban aprisa y regularmente. William, además de su alforja llevaba una espada que le había aconsejado comprar el libelista. Marchaban á los recientes recuerdos los espectá-

culos nuevos que les asaltaban á cada paso: mohino privado de sus alas y semejante á un pájaro herido, silueta épica y sombría del pastor vigilando su rebaño, soldados en marcha y cantando, audacia exajerada, bocas sonoras, muros de piedras desunidas, atravesadas por el sol y semejantes á encajes de fuego. Fischard, sonriendo, se los enseñaba.

—Antes hubiera buscado ahí una comparación moral, porque me gustaba unir, metafóricamente, el hombre á lo que le rodea. Por desgracia, así se embrolla uno y las ideas son menos claras.

—Blasfemais, mi querido satirico. Nada iguala al poder de las imágenes. Apasionan los frios debates del cerebro y os animan hasta tocar el corazón. ¡Oh! yo invoco las imágenes. ¡Ojalá iluminen mis dramas futuros, bañándolos, como el astro esas murallas!

—¡No habeis escapado á ellas!

—Así lo he querido. El mundo es un tejido extraño, donde por cada malla, la vida y la muerte están asociadas; un tejido móvil, donde tiemblan la piedra y la madera, en donde la sangre, de pronto, se detiene y endurece; un tejido estrellado de miradas dobles, cuyo reverso es físico y cuyo anverso es moral. Yo, William Shakespeare, mostraré que todo se relaciona, que en los sueños de un vagabundo, están encerrados más reinos que los que pueden dar nuestra tierra, que la contemplación asidua de un pantano, equivale á un viaje por mar y la de un gesto á una nueva existencia. El otoño se apresura al rededor de nosotros. Mirad esta carrera de un aire puro que se lleva las aromas del verano, la bruma ligera de los campos y prepara su próximo sudario, el orin universal de las aguas, de las praderas, de los arbustos, porque la estación cálida se satura ahora de un rocío húmedo. Los menores animales se acercan unos á otros para contarse ese acontecimiento. Los pájaros se van á ir muy pronto, y oyen á lo lejos, hacia el mar, el negro ruido de los cuervos rapaces. ¿No hallamos en ese espectáculo prendas de nuestra transformación? No es el emblema escorzado de nuestra perpetua decrepitud, desde la cuna embustera donde la muerte á la

sordina ha tomado el sitio de nuestra madre, y para adormirnos nos canta el viejo aria de las metamorfosis. ... Por eso Fischard, descendiendo, desnudo y sin miedo, en el torrente de las imágenes. Ruedan sobre mí, me arrastran y me tragan, pero la cabeza sale, sacude la onda y brilla de alegría.

Yo he sido como vos. El fuego de mis veinte años me hacia besar los árboles, y yo asociaba las flores á mis sueños. Mas tarde he adquirido la melancolía. Hoy me exalta la cólera y en el ardiente brasero arrojo corazas de españoles, sombreros de jesuitas y crucifijos de la Inquisición. Hay algo más interesante que las imágenes, aún las sublimes: son los caracteres. Conozco á Juan Fischard, mi compadre, un lirico de quien ha hecho un satirico el destino. Yo he conocido sacerdotes que se han hecho ateos, enamorados secos como un rastrojo, apasionados cambiados en egoistas y tímidos transformados en orgullosos.

Si el sufrimiento es un buen carpintero: Coje nuestra materia sensible y la trabaja en mil objetos. Un golpe por aquí y otro por allá. Una clavija, y las virutas caen.

—Ojalá aparezcan esos cambios en los dramas que meditaís. Pero el teatro es un arte rudimentario. No muestra más que la catástrofe. La novela, tal como la escribe Rabelais, me parece preferible para el estudio profundo del hombre. En novela sois libre, desembarazado del cómico y del público. Es el lector quien planta la decoración y discretamente le habla á él solo. ¡Poder de las frases cuchicheadas! La imaginación tiene que trabajar, tomando un instante vuestra pie y vuestros gestos. Va hacia vos, no vais á él. Lo que se manifiesta por un acto, es por eso mismo, medio muerto. Cada drama es un motivo de cadáveres. ¿Habeis rotado que toda palabra viene á nosotros bajo la forma de una injeria y todo movimiento bajo el de un golpe; que toda mentira y toda perfidia nos persiguen y nos matan?

Los pensamientos emanados de nosotros buscan un cuerpo para asaltarnos; cuanto más altos y refinados son, más larga y difícil esa pesquisa. ¡Cuántas veces, entre los campos lemanes saqueado; á la luz de los molinos, de talo á talo,

hombres, las bestias y las selvas, he pensado en las predicciones de Lutero! Realmente, ese gran hombre ha vomitado fuego, escrito con sangre y hablado por el hacha. No conozco nada más h roico que esas luchas que van de la frente á las entrañas. Esas son las tragedias que me agradan y las imágenes que me inflaman.

La discusión continuó en la barca que trasportó á Shakespeare y Fischart de una á otra orilla del Zuydezzée. El viento era bueno y la corriente favorable. Una lluvia fina que erizaba el mar, acedoso y gris, lo semejaba, según el satírico, á una superficie de manteca y polvo. El poeta notaba en su amigo una extraña facultad de contradicción.

—Siempre fuisteis así?

—Siempre. Cuando pequeño, bastaba que me indicaran el camino á la izquierda para que yo tomara el de la derecha. Mis propios entusiasmos son para mí, á la larga, motivos de odio. Hay mañanas en que quisiera virar á la vez mi cuerpo y mi espíritu. ¿Y cual es vuestro vicio querido, hijo de la salina Inglaterra?

—El cambio. Mi ideal son las olas, por lo movibles. Cuando me inclino sobre mi alma, es la tempestad y la veo descomponerse en miríadas de almas elementales. Cuando me aparto, es la calma. Mi bajel, tranquilamente, navega. Alguna vez, por casualidad, sentado sobre una roca, en el momento en que baja la marea, no habeis cerrado los oídos á su estruendo, para no percibir más que el paso de las aguas por las hendiduras, el chasqueo de las olas, el susurro á lo largo de las orillas, sobre las ovas? Cuando la pasión me invade, me atrae sobre todo ese murmullo, murmullo de retirada y fuga, y soy libre entre cadenas. Cuando al contrario, me seco, oigo lejanas trompetas que presagian la llegada de las emociones reales. Un sentimiento se me aparece siempre como el vestido de otro, como un viejo formado de muchas juventudes que se cubren unas á otras.

Fischart tuvo una fina sonrisa:

—Creo que las tierras adonde abordamos os preparan sorpresas groseras. ¡Bahl! sabreis afinarlas.

En las costas de la Frisa, lisas y bajas, como una banda brillante lodo, se alzaba un montón irregular de cascas y cascacas, piedras y cerros negros en la bruma. La extrema humedad del aire hacia indistintas estas siluetas. Entre las aguas muertas y el cielo apagado, parecían los límites del mundo confines desolados y trágicos.

—Esto oprime el alma—murmuró Shakespeare.

—No nos dejemos, amigo mio, gobernar nunca por el paisaje. Solo los animales tiemblan en cuanto baja la temperatura y la nieve prepara sus blancas pieles. Yo adoro los horizontes amarillos y cargados de bruma, el pantanoso Zuydezzée, y esa Stavercon de cara de Lapón.

Apenas desembarcaron, procuráronse los extranjeros de buenos caballos.

—Indispensables compañeros á través de mi oscura Alemania—declaró Fischart.

Examinó largamente los que le mostraban algunos chalmes astutos y engañadores. Rechazó unos diez por defecto que en seguida veían sus ojos agudos, y escogió, en fin, un par, negros y de fiera apariencia. Llamó al suyo *Winder*, de William, *Huracán*, y llenos de un deseo de rapidez, se lanzaron al galope por el campo.

Atravesaron llanuras monótonas y verdes, mojadas por bruma. Aquí y allá, á lo lejos, pacían bestias gruesas, que apartaban pesadamente, para mirarles, la cabeza. En ligeros coches de madera coloreada pasaban aldeanos y aldeanas ricamente vestidos, porque las mujeres tenían cabelleras semejantes á cascacos de oro, caras regulares y semejantes á Amazonas. Shakespeare guardaba en sus ojos su sonrisa asombrada.

Se detuvieron en casa de unos arrendatarios. Estos mostraban con ostentación sus establos de una limpieza perfecta sus vacas lustrosas, sus cerdos más gordos que monjes, de Fischart. Recibían los cumplimientos con caras solemnes satisfechas. William admiraba aquella seguridad, sus anchuras, sus frentes combas, sus narices rectas y las comparaba á los reinos romanos de Plutarco, apasionados por los leyes el cultivo, administrando sus granjas como la ciudad. Inter

gados sobre los anabaptistas, respondieron que ellos mismos practicaban su religión y sobre la fe de los profetas, rehusarían los impuestos y la guerra. Esta declaración extasió a Jean Fischart. Les preguntó por el origen de su conversión y les hizo otras mil preguntas. Se asombraban ante los conocimientos teológicos de aquel extranjero y él continuó ardientemente su interrogatorio. Supo así que a alguna distancia comenzaban las aldeas de iluminados y que no eran raros los grandes milagros. Lejos de debilitar su celo, las persecuciones lo habían exasperado. Esos místicos se expresaban con moderación y nobleza. Había un contraste extraño entre sus palabras equilibradas y graves y la violencia de sus teorías. Declaraban que había llegado el tiempo de la supresión de las castas, que todos tenían derecho a la misma suma de alimento, de vestido y de abrigo, y que el verdadero Dios no es más que un símbolo de misericordia y fraternidad.

—Teneis razón—afirmaba Fischart.—Dios, según parece, se ha manifestado una vez, claramente, á los hombres, pero después ha tomado á empeño obscurecerse. Sus grandes enemigos son sus ministros. En seguida los emperadores, reyes y príncipes, en fin, los ricos de todas categorías. Hay una hostia más venerable que las otras y en la cual creó apasionadamente: la pobre, flaca, eterna, emblemática pitanza del grisiento, y que este traga de rodillas, cerrados los ojos, con una fisonomía beata. A través de las generaciones, en medio de un profundo respeto continúa este sacrificio y debe agradar á la providencia, puesto que lo deja cumplirse perpetuamente.

Cuando los dos viajeros entraron en Leuyvarden, la ciudad presentaba una animación extrema. La gente acudía allí en peregrinación para ver á un viejo mártir que predicaba, imponía las manos y curaba llagas y fracturas. Shakespeare y Fischart, dejando á *Vindex* y á *Haracán* en la posada, siguieron la multitud. Todas las clases estaban confundidas, porque los corpiños bordados de oro chispeaban, bajo luz triste y lluviosa, al lado de lanas gastadas, y de harapos lamentables. las tocas de metal pulido y de encages se mezclaban á los gorros de paño rudo; y por las calles estrechas era una proce-

sión de caras y cuerpos en donde se leía distintamente la esperanza. Todos adelantaban balbuciendo oraciones, animándose unos á otros, contando prodigios, y celebraban las virtudes eficaces de aquel á quien iban á implorar y que tenía de los favores celestes el derecho de salud y de vida.

En la antigua iglesia católica, despojada de sus ornamentos, *sin oropel ni quincallería*, vió gozoso el novelista, un hombre de edad, de largos cabellos blancos, de barba blanca en cuadrando su cara macerada, hablando al pueblo con gestos terribles y voz farfulladora. Era el profeta.

—Tiene 103 años... Le han crucificado..... Ha visitado el infierno.....—murmuraban sus oyentes, extasiados y pintada la admiración en sus caras alzadas. William y su amigo, adelantaron á pesar del tumulto, hasta el pie del púlpito y pudieron distinguir bien al personaje. Era alto y flaco, de tal modo, que su camisa de tosca tela parecía flotar al rededor de un esqueleto. Llevaba una cuerda al cuello. Y gritaba:

—Los tiempos han llegado. Los tiempos han llegado. El arcángel ha soplado en su trompeta de bronce y la divina verdad corre ante vosotros buscándoos. Llevad á la plaza pública vuestras joyas, vuestras riquezas. Todo eso es malsano y causa la muerte. Llevad á la plaza pública vuestro orgullo, vuestra gula y vuestros odios. Apestan vuestra casa. Repartid entre vosotros el pan como lo hizo Jesús y como hacemos en Munster. Repartíos el vino, el lecho y el beso. No hay que llorar ni sufrir. La tierra debe ser un paraíso. Alimenta amplias cosechas, árboles frescos y seres gozosos. Juan Bochoel el ilustre tenía un *harem*. No está prohibido el poseer muchas mujeres. Pero es preciso que todos las tengan.

—¿Qué diablos de doctrina es esto?—dijo con voz baja Fischart.

Shakespeare ya no escuchaba. Lo que le interesaba eran los espectadores cuyas almas palpitantes y cuyos corazones ávidos de persuasir adivinaba.

—Hay hombres á quienes no basta el misterio universal y que desean someterlo á fórmulas, prestarles una figura humana. ¿Cómo penetrar en ese parterre de la fé cuyas flores pa-

¿recen tan embriagadoras? ¿Es la única metamorfosis que me hayan prohibido? He sido rodeado de creyentes. Mi madre lloraba al volver de la misa. Arrodillarse es un deber muy grande, puesto que se quema á los que no se prestan á ello. ¡Pero cuántas maneras diferentes hay de ofrecer al cielo sordo sus pecados y sus lágrimas!

El profeta proseguía su arenga sostenido por la atención sobreecitada del auditorio. Contaba su propia existencia, sus luchas y sus dolores, y esa relación conmovió al poeta más que tantas declamaciones.

He conocido á Lutero. Era un hombre satánico que vomitaba fuego por la boca. En aquella época tenía yo confianza en él y me recibió á su mesa. Noté bien pronto que era tan monstruoso como el Papa. He conocido á Mathiessen y Borchold, y he sido encerrado con ellos en Munster. Entonces me había hecho anabaptista y discernía la sabiduría. Por ella he sido martirizado. Mirad, mirad mis cicatrices.

Y bruscamente se quitó la camisa. Su flaco tórax y su espalda aparecieron, rajados, destrozados, rayados de líneas pálidas que se destacaban sobre su piel oscura. Se puso á detallar sus suplicios, y la asamblea se fanatizó hasta interrumpirle por gruñidos de rabia ó gritos de alegría.

—Me han atado encima de la llama: yo sentía rajarse mi carne. Me han atravesado con un hilo la lengua y lo tiraban de arriba á abajo. Me han lacerado con ramas de espinas, látigos y coronas empapadas en vinagre. Distinguía frente á mí la cara divina que me alentaba. Todavía está aquí, aquí. Sonríe. Me promete salvar á cuantos se dirijan á ella. Sí, sonrojaos, amigos míos, porque es una cosa admirable que Nuestro Señor, después de haber sufrido tanto de los tormentos de sus apóstoles, tenga la bondad de curar por sus manos y de salvar por sus oraciones. Sonrojaos, porque vuestros clamores son oídos hasta en el fondo del cielo y vengan las injusticias y las atrocidades. Oh, tú, Omnipotente mientras yacías sobre la cruz y la vida terrestre no era ya para tus miradas más que una luz sangrienta sabías que se desnaturalizaban tanto tus doctrinas y que tu augusta piedad sería enmascarada á los ojos

de los justos por una nube de blasfemias soeces y de ultrajes?

Mientras el entusiasmo sacudía los pechos, tomó aliento y replicó suspirando ruidosamente:

—¡Ay! ¡qué sombrío porvenir amenaza á los hermanos unidos! Veo una llanura cubierta de cadáveres, piras, patibulos; el negro atalaje del infierno. Los que saben las cosas terribles las dicen y sus palabras hacen temblar los monumentos. El suelo se raja. Los cuervos vienen á bandadas. Oigo horribles gemidos, clamores hoscos y malas risas. ¡Ay! el que podía traer la fraternidad y la justicia, está desterrado. Sus bienes han sido dispersados y mendiga sollozando. Hé aquí los cadáveres de los doce sabios. Sus cuerpos están atravesados de parte á parte. Sus llagas atraen las moscas y los gusanos. Un viento candente sopla de Alemania. Temed á un emperador con caso de hierro y cuyo aniversario es un domingo!

El terror, durante esas predicciones, invadió las caras, y como el instante de los milagros se acercaba, muchas mujeres cayeron al suelo, aullando entre convulsiones. El profeta descendió de su púlpito. Le llevaron enfermos. Le presentaron niños. Le hostigaban, le imploraban. Besaban su camisa, su cuerda y sus pies desnudos. El tocaba los muñones, los ojos muertos, los botones, las heridas pútridas; recitaba con gran precipitación girones de rezos y hacía signos raros. A Shakespeare y á su compañero les costó mucho trabajo escapar de aquel tumulto.

Apenas fuera:

—Sí, es exactamente lo que me habían dicho—suspiró Elschart.—Estos anabaptistas son locos. Cosa que me apena, porque en sus teorías hallo cosas excelentes. Aman la independencia y tienen un vivísimo sentimiento de la igualdad. Las fortunas en común, la tierra en común, el alimento en común... ¡Qué bien apartaba ese viejo las dificultades!... En el fondo, esas gentes siguen el mismo camino que yo. Procuran salir de la religión. Pero no se dan cuenta... ¿Y vos, querido amigo, Permanecéis enigmático ante esas delicadas cuestiones. Según parece, lleváis sobre vuestro seno un pequeño cru-

cibijo de marfil. Pero no pareceis muy atormentado por el más allá.

—Un dogma definido restringe la imaginación—respondió Shakespeare.—Sobre estos vastos asuntos no se expresan más que vulgaridades. Los hombres arrojan ahí toda su necesidad de cosas vagas, todos sus terrores nocturnos, y en cuanto a las almas medianas, es un refugio cómodo. Pero en lo más profundo de mi naturaleza hay una necesidad de admirar las pasiones por sí mismas, y la fe es á mis ojos una pasión de un género particular que arranca algo á todas las otras. Su exceso de humanidad toca al orgullo y sus maceraciones son vecinas de la lujuria.

Torna su vigor á esas fuerzas perversas á las que están suspendidos como frutos nuestros más altos pensamientos. Por eso, cuando se descompone, afecta formas monstruosas. Conocéis la fe, sus angustias, sus vacilaciones y sus sorpresas. Habeis pasado de una doctrina á otra con remordimientos, sudores y temblores. ¿Conocéis, Fischart, el imperio del engaño? Está contiguo al de las religiones. Allí circulan extrañas figuras, tan superiores á la razón como la razón es superior á los sentidos, y tan dominadoras que no podeis escapar á ellas, y tan sutiles que os es difícil pretender que un deseo que no se puede confesar no está en la fuente del deseo más noble. No procureis seguir vuestros estremecimientos. Os llevarían á las religiones malditas. No somos más que grutas subterráneas llenas de las larvas más infectas, pero es cierto también que ese albañal nos alimenta, nos exalta, y cuando más poeta es uno, más lo aspira; los que hablan del cielo mienten porque saben que su génesis está en el lodo. ¡Oh! pobres suplicios del infierno! ¡Pobres delicias del paraíso! A medida que se aleja uno del cuerpo, pierde la clave de los grandes misterios. Al nacer, traje una facultad atroz: lo que para los otros no es mas que un espectáculo es para mí estremecimiento. Y cuando me incliné sobre mis emociones, vi hervir tales demonios que los del púlpito fueron para mí ciudadanos inofensivos.

Aquella misma noche en una coquetona hosteria de segun-

do orden, un notable *burgués* de Leuwarden dió á los viajeros muchos datos sobre los anabaptistas.

Somos una selva de árboles de esencia diferente y la religión de cada uno es diferente de la del vecino, puesto que ante todo somos partidarios de la libertad. Además, ¿cómo reconocerse en medio de tantos profetas? Los unos predicán la miseria, el ayuno y las flagelaciones. Los veis pasar por los caminos, que entristecen con sus aullidos. Mascan tierra, legumbres empapadas en agua sucia, gusanos y á veces estiércol. Otros aconsejan el lujo desenfrenado, las riquezas, la orgía y las mujeres. Los hay que viven en verdaderos serrillos y tiranizan á las desgraciadas hasta satisfacer sus más inmundos caprichos. Los hay que quieren la destrucción. Son los más temibles. Roban, matan, saquean. Si se les tolerara no dejarían en pie un monumento, y nos conducirían á la manera de las bestias feroces. Algunos están por la inmovilidad. Miran pasar el tiempo y las cosas como si desenvolvieran una tela pintada, y no dan su opinión sobre nada, no hablan, rumiando lo bastante para conservar una existencia tan lastimosa.

Además, la mayor parte se creen Cristos nuevos, y á imitación de Jesús, envuelven sus enseñanzas en parábolas, afirman que su doctrina es la única capaz de salvar á sus semejantes, que es necesario que todos la prediquen que los bienes de este mundo deben ser puestos en común y compartidos equitativamente. Esplican, si son morenos, que el Salvador era moreno; si son chatos, que tenía la nariz chata; si son jorobados, que tenía una joroba, y muchos imaginan que son una reencarnación del Cristo ó de los antiguos profetas. Tienen un gran orgullo y respeto de sí mismos, copian los gestos que se ven sobre los antiguos cuadros y procuran recomendar los milagros. Uno pretendía resucitar los muertos. Bailaba y pateaba alrededor de las tumbas abiertas, apostrofaba al cadáver y trazaba dibujos sobre el suelo. Pero en vano. De día, los chiquillos le escoltaban. De noche, los perros aullaban en derredor de él, y era un terrible espectáculo, os lo aseguro, el

de ese pillo, de pie sobre el muro de un cementerio y gritando á voz en cuello.

—Levántate. Levántate. He aquí el juicio final.

—Y todos tienen discípulos? —interrumpió Fischart.

—Todos. No hay ningún absurdo que no encuentre defensores. El que se lacera el cuerpo tiene su cohorte, y el que adora el fuego, el agua, las nubes ó el diablo, tiene la suya.

—Entonces, cuál es el lazo de tantas creencias distintas y cómo os reconocéis entre ellas?

—En el bautismo tardío. En verano, la ceremonia es vulgar; pero en invierno veríais chapuzarse en el hielo cuerpos de adultos y de viejos que si no fueran preservados por la fé, soportarían mal esa prueba. Se les sostiene bajo los brazos y descienden al hueco verdoso rezando y castañeteando los dientes. Algunas veces se desmayan y hay que subirlos en seguida. La muerte, en este caso, es considerada como un beneficio del cielo, y se llega sin pecados ante Dios.

El asombro de sus oyentes estimuló la charla del *burgués*.

—Si yo quisiera enumerar las extrañezas de nuestra secta, estaría aquí hasta mañana por la mañana. Cuando paseis por Dorkin, que es una aldea situada cerca de Groningue, id á ver á Weslar, el desnudador de escrúpulos. Es costumbre, entre los anabaptistas, que se celestren una vez á la semana, de noche, reuniones de hombres y mujeres, reuniones en que se canta bailando hasta que la cabeza dé vueltas y que los miembros se abotaguen. Entonces se apagan las luces y en la oscuridad cada uno sigue su inclinación al azar.

Y sucedió que ese Weslar notó, al fin de una fiesta, que había abusado de su propia madre. Cayó en una desesperación espantosa, que le encaneció y le hizo deforme, pero además le dió el privilegio singular de apaciguar los remordimientos de otro. Para todos los casos embarazosos, para las vacilaciones de conciencia, para las penas candentes, se le consulta y halla el solaz. Así la Providencia utiliza al pecador.

Fischart y Shakespeare pudieron verificar la exactitud de esas frases. Encontraron á los profetas ahulladores, cuyo estruendo espantó á *Huracán* y *Vindex*, y que aprovechando una

hermosa noche de fin de Agosto, ladrahan como perros. De pie, sobre una piedra, medio desnudo, inmóvil, vieron un *estilita* cubierto de grasa, polvo y lodo. Las gentes de la aldea vecina le llevaban de comer, una vez al día. Sus excrementos le rodeaban. Al crepúsculo, mientras las vastas praderas bajas se adormecían en un esplendor rosado, atravesaron por entre un grupo de hombres y mujeres que marchaban con caras inspiradas, llevando ramas en forma de palmas y cantando. Se imaginaban estar en el Paraíso, entre los ángeles y los bienhechores y no notaban á esos dos caballeros asombrados, como tampoco notaban los cuervos graznadores que volaban por encima de sus cabezas. Fischart dijo á Shakespeare.

—Es tiempo de que dejemos á esos iluminados. Su vértigo me atrae. ¡Qué estupor para mis amigos si me pusiese á adivinar el porvenir y á contar las maravillas del Purgatorio y del Infierno!

El poeta replicó:

—No nos haremos anabaptistas, pero es probable que sus costumbres dejarán una huella en nuestras almas. La religión utiliza los recursos de los caracteres, violenta en los violentos, preciosa en los preciosos, cruel en los crueles y dulce en los dulces. Bien que pretenda llevar al hombre más allá de su carne, es profundamente humana, y toda nuestra Reforma está relacionada sin duda á una necesidad de espíritu crítico, cuya novedad os agita. Es cosa sorprendente que una modificación del pensamiento pase así á la sangre y los músculos. ¿No son las imágenes, aun las de los iconoclastas, las que ordenan nuestra flexibilidad animal? Los menores granos de nuestra piel son para mí otras tantas ideas muertas. Representan antiguas creencias, ilusiones y sueños. Las sensaciones llegan hasta nosotros á través de esas ruinas, y he ahí lo que me explica su dejo melancólico, su apariencia lúcida. Rodeados de cadáveres, cercados de sepulturas, marchamos por la vida, con ojos sombríos y el gesto inquieto. Todos esos mártires y profetas nos ensombrecerían más si nuestros corazones se dejasen dominar.

—Sois un pagano de estilo moderno.

—Creo en las pasiones divinas. Desde que nos agitan, ¡adiós los fantasmas! A olas nos atraviesa el Mundo, con sus selvas y sus ríos, su océano, sus ciudades, y la diversidad de sus seres. Nos parece cosa maravillosa, que todo fué creado para nosotros. El deseo nos arroja entre los sistemas que nos agradan. Es malo adorar la luna que fué siempre propicia a los enamorados, y el sol en donde se calientan los héroes. Tratadme de egoísta. Yo marchó a la alegría. . .

—¿Cerrando los ojos ante el dolor de otro, ante los desastres, ante los malvados, ante la guerra, ante el hambre?

—No, con los ojos completamente abiertos; pero la alegría de que hablo está más alta que el dolor, que el luto y que el cuidado; alegría que contiene en sí hasta el sacrificio. Amo tanto como vos la rebelión, Fischart. Pero la rebelión solo es posible con la alegría. Vuestra embriaguez satírica es gozosa. Yo necesitaría una religión alegre, de donde estuviera destinado el temor de las quimeras húmedas ó flameantes de ultratumba y que no apagara al individuo por la piedad ó las vanas maceraciones. Desprecio a los agotados y exangües y a los que se dejan degollar. Hay en las desgracias y los sufrimientos excesivos algo de hosco que los hace aceptar por los poetas; pero ninguna sumisión de ningún género puede ser una fuente de bellezas.

Otro día reposaron en una granja, donde un ciego predicaba la renuncia. Las gentes iban allí de muy lejos para oírle. Hablaba elocuentemente de la fragilidad de los bienes terrenales y de los bienes de la vida futura, y cuando alzaba, su cara extinguida de párpados hundidos, con una expresión de beatitud hubiérase dicho que veía sus propios espejismos. Exaltaba las luces del cielo, el deslumbramiento de sus pedrerías, y multitud de soles entre los cuales juegan los ángeles de alas deslumbradoras. Apaciguaba su dotencia por esa orgía de colores ideales. Pero cuando hubo acabado y se creyó sólo, so su cabeza entre las manos y gruesas lágrimas corrían de sus ojos sin miradas.

—Fijáos, —dijo irónicamente Fischard— en que éste es un

poeta. Se engaña con imágenes. Marcha a la alegría. Y luego, acabada la función, vuelve a su condición natural de pobre estropeado, lo cual es la desesperación y el abatimiento.

Porque el libelista tenía el rencor de ideas tenaces. Shakespeare respondió:

—Su ilusión no era bastante fuerte. El verdadero poeta tiene en sí demasiados universos iluminados para que la pérdida de uno solo pueda desconsolarle. Cada emoción violenta nos ciega y acontece que después de un gran amor, se halla uno perdido en las tinieblas. Invoquemos entonces una metamorfosis segura y guiados por el orgullo ó la ambición evadámonos de toda estancia oscura.

Desde que llegaron a Dorkun, los dos compañeros se informaron de Weslar, el desanudador de escrúpulos. Les indicaron una especie de cabaña al final de la aldea. Entraron. En la única habitación estrecha y desnuda, un hombre de cara joven apesar de sus arrugas precoces, de ojos extrañamente móviles, de cabellos blancos, preguntaba en voz baja y monótona a una porción de aldeanos y de *burgueses* de ambos sexos, que mientras que le hablaban evitaban mirarle. Vestido de una simple piel de pelos rudos, estaba de pie y desnudos los pies sobre un tapiz de plantas espinosas que pateaba después de cada interrogatorio, gimiendo:

—¡Perdonad al maldito! ¡Perdonad al incestuoso! ¡Implorad para él la gracia celeste!

Ante él había un hombre grueso explicando con volubilidad su caso. La espalda robusta tenía un temblor.

—He creído en el sacramento de la eucaristía y ahora sé que me habían engañado; pero a veces caigo en mis antiguos errores. Entonces siento el calor infernal. Oigo a los demonios gritarme: «¡Estás condenado! ¡Nos perteneces!» Salgo de mi casa y corro como un loco por el campo. Sus aullidos me persiguen. No me dejan reposo alguno.

—Los dos nombres?

—Los dos más encarnizados son Selbath y Magdrom.

—Vuelvetes tranquilo a tu casa. Escribe dos cartas para explicarles tus razones y verás cómo, la verdad iluminando tu

espíritu, sus chillerías no harán nunca de ti un renegado. ¿Eres rico?

—Tengo tres granjas y muchos rebaños.

—Da la mitad de tus bienes a los pobres. El agradecimiento de los desgraciados es una salvaguardia. Anda y perdona al maldito.

Tocó el turno a una joven bella. Durante su confesión tenía fijos, con tenacidad, los ojos en el suelo y su malestar era delatado por los gestos nerviosos de sus manos cargadas de sortijas.

—Adoraba a mi madre. La creía muerta de muerte natural. Una serie de circunstancias me han enseñado que mi padre, hombre muy violento, la había matado en una disputa. Después, una persona, un cualquiera, me manda asesinar a mi padre. Creo que es mi adorada madre quien me habla: «Coje un puñal y vengame.» Cojo el puñal, la miro, camino hasta que veo la casa de mi padre, a quien amo todavía apesar de mi odio. Al llegar allí, mi sangre se hiela. Imposible dar un paso más. Caigo al suelo y sollozo. Como si tuviera fuego en mis ideas. O cuando viene a casa, espero envenenarle, y en el momento decisivo corro a escondidas a romper el vaso en donde he vertido la cosa fatal. Sueño con mi acto. Le tengo sujeto por los cabellos y le corto el cuello, pero la sangre por tierra corre y dibuja una larga frase de maldición. No como, ni bebo, ni puedo dormir. Cuando le miro, pienso que me ha adivinado y que sus ojos están mojados de mudos reproches. Si no me curas, soy yo quien sabré de estas torturas.

—¿Estás casada?

—Sí, y tengo dos hijos. Sus gracias no me conmueven. Aun cuando estoy sentada a mi puerta o en mi cuarto, y rumio mi deber, su charla me es odiosa. Son pobres pajaritos sobre un árbol que gorgoran al lado de un desastre.

—¿Tu marido no te consuela?

—Lo ignora todo. Mi amor se ha retirado de él, porque mi venganza lo necesitaba. No sé ya con qué alimentarla para que tenga fuerza y valor. Todo me repugna: el aire puro, el cielo, las flores y la ternura. Las caras dichosas me indig-

nan no que las envidia; pero son fachadas hipócritas y cada cual arrastra, como yo, un destino que no se cumple.

—Piensa, mujer, que tengo en el fondo de mi conciencia un martirio mucho más espantoso que el tuyo.

—Ya lo sé; cúrame para que yo pueda compadecerte.

—Escucha. Ningún crimen es un deber; esas son sugerencias del diablo.

—Te repito que es mi madre quien habla.

—El diablo usa de todas las voces. Me pareció que era Dios quien me ordenaba ir a esa fiesta en donde me he manchado del pecado más abominable. Ningún crimen es bueno ni necesario. Esto te explica el que yo no me haya matado. Mezcla mi historia innoble a la tuya a fin de que mi espectáculo te reconforte. Los muertos no piden la muerte para otro, porque están por encima de la tumba, de la venganza y del odio, y los verdaderos espectros son indiferentes. Nos rozan perfectamente sin conmovernos. Cesa, pues, de frecuentar a tu padre, puesto que estás segura de que es culpable. Olvida el pasado. Has una imagen blanca en tu alma y vuélvete hacia el porvenir que tiembla por tus hijitos. No cuentes nada de tus sufrimientos a tu marido, porque los exasperarías, pero sé para él una esposa. Así, de día en día y de hora en hora, tu dolor disminuirá y reales deberes tomarán el sitio de un deber insensato. Véte y perdóname.

Durante las escenas siguientes, menos dramáticas, algunas infantiles y simplemente maniáticas—porque se consultaba a Weslar sobre las circunstancias más fútiles y más graves—Shakespeare no pensó más que en esa frase que quedaba en sus oídos deslumbrante y de una entonación tan amarga.

—Cada uno arrastra como yo un destino no cumplido. ¡Enervante del hombre del alma entre tantas dudas burlonas! En el fondo de la voluntad yace el escrúpulo, monstruo inasequible, de movimientos viscosos, cuya vara envuelve todos nuestros actos. Cada deber se nos aparece como un árbol de muchas ramas; ¿cómo escoger aquella en donde están los frutos y en donde se verá la conciencia para apagar su sed? Colocados ante nuestro espejo íntimo, nuestros proyectos dan

una imagen inversa; la vista nos paraliza. Los mismos que, marcados por la fortuna, parecen marchar con paso irresistible al fin, se desvían, metamorfoseados y rotos por el escrúpulo. Como en los juegos de la infancia, nos tiende sus dos manos para hacernos adivinar el buen camino y nos engaña de un modo tal, que cada nuevo ensayo es una derrota. Porque nuestro enemigo rebosa en nuestros errores para calcular nuestro carácter y nos ofrece muchas veces lo falso cuando esperamos tener en nuestras manos lo verdadero. Nuestro destino es un alfabeto revuelto y las letras varían de color y de forma entre nuestros dedos temblorosos. Por lo tanto, muchos renuncian al deber. Se apartan de un problema insoluble. Como lo aconseja Weslar, ellos hacen blanco su corazón y dejan al azar que ponga lo voceración. Lo que encorva el lomo de los hombres, es el peso de las cosas que no realiza. Marchan hacia la tumba cargados de ese lúgubre fardo, y acabada la pantomima, nadie puede decir si ha cumplido puntualmente el programa.

Salieron del antro de Weslar para huir de las lamentaciones del desgraciado, y Fischart, como si su pensamiento hubiese seguido al de Shakespeare, gritó:

—¡Cuánto compadezco á aquél cuya vergüenza llega á ser un remedio y que lenifica el egoísta valor humano por la ostentación de un mal mayor. ¡Ah! yo conozco el escrúpulo! Me ha desembarazado de la fe. Socarrona, tácitamente, me expulsaba de un dogma y me empujaba á otro. Bajo esas picaduras sutiles, me he desbocado y he hallado que el mejor medio para escapar á mi adversario era la decisión brusea. Los escrúpulos son innumerables. Yo los huelo, como los tímidos ó los orgullosos, en cierta vacilación del lenguaje, en algunas reticencias perpetuas, en pliegues de fisonomía, en el vacilar de mi mirada. Los hay ruidos hasta el alma y que mueren. Más vale un gran remordimiento que ese hormigueo sin tregua. Otros arrastran en el sudor de angustia una existencia echada á perder. Los últimos, y yo soy de esos, recobran por una brusca vuelta, que arriesga luxionar la conciencia. ¡Cuántos criminales, cuántos traidores, cuántos apóstatas por un es-

crúpulo! Quiero escribir sobre esto un folleto y dedicarlo al protestantismo entero, que apenas nacido, muere de ese vicio degradante.

Pasaron en Groningue la mitad de una semana. Fischart estuvo de un humor insoportable. Estudiaba sobre aquel mismo lugar el reparto de los bienes, la fusión de los recursos naturales y la igualdad perfecta, porque allí las puras doctrinas anabaptistas eran practicadas y producían resultados dichosos. El libelista se indignaba de ser desconocidas verdades tan sencillas.

—¡Nada de leyes! ¡Nada de reglas absurdas! ¡Nada de gobierno! ¡Nada de autoridad! ¡Nada de injusticias!

Parecía que de esa sociedad hubiera desaparecido la envidia, por completo. Cada cual trabajaba poco y parecía contento de su suerte. El mercado era especialísimo, porque los animales, los útiles propios á la agricultura, las telas y aun las joyas estaban sobre la gran plaza de la ciudad. Los habitantes, sin clamores, ni empujones, ni disputas, iban á escojer allí los objetos que les convenían. No existía la policía y cada cual velaba por el mantenimiento del orden.

—¡Cuando pienso,—gruñía Frischart—que el sacerdote ha nacido de la necesidad de mentir, el soldado de la de matar y el juez de la de robar! Y lo más terrible es que sobre cada uno de los tres estercoleros esos han brotado algunas flores de heroísmo que perpetúan su infamia. El mártir, el héroe y el árbitro son citados por todos nuestros sofistas como las puebas de nuestra excelencia moral. Yo reclamo el fuego para la Iglesia, la ciudadela y el pretorio.

En la mañana del 8 de Octubre, á la escasa luz de un cielo bajo y sombrío, los viajeros, atiborrados de extravagancias religiosas y sociales, llegaron á las orillas del Erme, que separa los Países Bajos de la Westfalia.

—¡Salud, vieja Alemania!—gritó Jean Fischart—Bien que me hallas mecido sobre un seno un poco rudo y que tu alieno aprestara amenudo á matanza, te amo. Te amo, porque

habrás sido para los pueblos la señal de la libertad. El viento de la crítica y la incredulidad soplabá á través de tus selvas de pinos, y en tus tuscas llanuras heladas, tropezaron las patas del diablo. Traigo para ti un extranjero, mi amigo el Sr. Shakespeare. Está ávido de sensaciones violentas. Muéstrale tus senos hinchados, haz oír tu voz ronca, renne tus imágenes!

Del río, estendido en ancha banda tumultuosa, salía una bruma espesa que enmascaraba á medias la otra orilla. Los dos amigos, colocando sus manos como un porta-voz, llamaron vigorosamente al botero, quien luchaba contra la corriente y dirigía con gran trabajo su barca. Oyeron un gran grito: «Huracán» y «Viudex» relincharon. Un caballero, contorneando una especie de ventrículo, pasó por el ribazo y fué al encuentro de ellos.

A distancia notaron su cabalgadura ovesa, su traza elegante, su capa encarnada, su ancho sombrero de igual color, y de plumas blancas. De cerca, vieron que era un gentilhombre vestido y armado con riqueza, alto, esbello, de cara regular y fiera, cabellos rojos, bigote rojo y ojos grises alentejuelados de oro.

Saludó sin afectación, y dijo en alemán, con voz musical:

—El botero no se da prisa.

Y repitió la frase en inglés, como para que escojieran.

A los pocos segundos, habían tenido lugar las presentaciones. Shakespeare y Fischart supieron que se hallaban ante ellos Sir Felipe Readway, poeta caballeroso, célebre por sus viajes, sus aventuras y sus bravuras, autor de «La Cuadrige», brillante comedia de magia, y de muchos sonetos notables. Sir Felipe Readway conocía el nombre afamado de Jean Fischart, y se alegró mucho de encontrar un compatriota.

El botero, refunfunando llegaba á la orilla. Los tres caballeros echaron pie á tierra y entraron en la barca, llevando á sus animales de la brida. «Huracán y Viudex» trababan conocimiento con sus buenos camaradas.

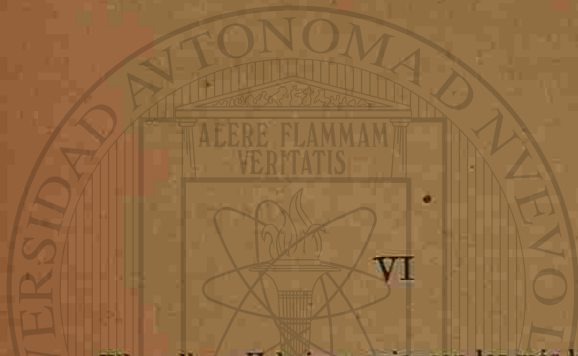
—Este se llama «Robin» —dijo su amo, acariciando la

dosa crin—Es mi mejor amigo. En cuanto escribo una poesía, se la recito. Me da su opinión con sus orejas y su buen morro presco. El y Clorinda—y tocó repetidas veces el pomo de la espada,—me acompañarán fielmente (así lo espero) hasta mi muerte.

Cuando supo que Fischart y Shakespeare iban á Hamburgo, tuvo un movimiento de sorpresa.

—Yo también. Tengo en Kiel, para la vispera de Navidad, una cita de honor y no puedo faltar á ella.

Como estaban de buen humor, se convino en que harían el viaje juntos, y tal es la atracción de las inteligencias, que apenas desembarcaron del otro lado del Erms, Readway, William y Fischart, habían comenzado una discusión estética rimada por el paso de los tres caballos.



—Ella se llama Helmi y sus ojos son los más lindos del mundo. Cuando se fijan en mí, los confando con dos estrellas y todo se hace noche á mi alrededor. Es del Norte, de Copenhague, hace más de un año que no la he visto, porque he pasado por la Italia y saludado mi verde Inglaterra. Pero su pensamiento me alimenta sin cesar. Hablo de ella á Robin y á Clorinda. Estoy citado en Kiel, para la víspera de Navidad, con mi rival, el caballero Olof. Si lo mato en combate singular, la bella será mía sin remedio. Si no, el viento del crepúsculo, soplando sobre mi tumba, contará la historia de mis breves amores.

Así hablaba Readway, muy melancólico y acariciando el cuello lustroso de su caballo. Los tres compañeros atravesaban llanuras toscas y desnudas, la mayor parte incultas, en las que gemía una agria brisa de otoño. Shakespeare y Fischart sentían una viva simpatía por ese señor poeta, de maneras tan sencillas y tan francas, confiado y entusiasta, que parecía generoso hasta la locura y pronto á todos los sacrificios de amistad y amor.

—En los diversos países de Europa, á donde me arrastró mi humor, decía, he dejado sólidos y buenos camaradas. Son

mis espadas luminosas. Cuando se pronuncian las palabras: Italia, España, Alemania, Escocia, veo en seguida surgir nobles caras masculinas, iluminadas por la solicitud amigable y tales como en el momento en que me separé de ellas. Por eso doy tan gran precio á las actitudes de las separaciones. Son el cuadro que uno se lleva. Cuando me vuelvo para saludar por última vez á mi dama, deseo que esté ya leyendo, con su casto perfil inclinado, mezclando mi nombre al ritmo de mis versos.

Felipe Readway, tenía la pasión de las bellas letras. Fischart, desde que le oyó las primeras palabras, notó que su cultura era inmensa y admirablemente escogida. Se sabía de memoria los más bellos pasajes de los Griegos, de los Latinos y de los contemporáneos y los recitaba maravillosamente, con voz acariciadora y cálida, algo baja. Había compuesto, á caballo, la mayor parte de sus poemas, corriendo por el mundo y exhalaban el perfume «de todos los caminos, de todas las aventuras, de todas las nubes.» Shakespeare le escuchaba ardiendo, porque conocía á fondo las menores finuras y sutilezas del oficio. Esperlo en las metáforas más agudas, pronto á abandonarlas «desde que se cambian en pesadas cadenas de oro,» refinado en el empleo de los adjetivos y de los verbos y preocupado de la concisión.

—Me han reprochado ser obscuro, exuberante, complejo. Pero la naturaleza, á la cual imitamos, ¿no es exuberante? Nunca soy más dichoso que cuando me lanzo como un loco en las imágenes. Llamas bailan en mi cerebro. Está muy de moda burlarse del purismo, de la excesiva delicadeza de las comparaciones y de la caza á la palabra justa y exacta. Pero el fin de la vida es la elegancia y entiendo por esta palabra una armonía del alma y el cuerpo que vibra desde los colores del sombrero, de la chorrera y de las plumas flotantes hasta los matices últimos del pensamiento, y va de la forma de las botas á la de las reflexiones y de la frase. ¿Hay algo más hermoso que la cima de este arbusto? Cada hoja está recortada con amor, y ese minúsculo organismo vivo, arreglado milagrosamente por el hábil obrero providencial. Fischart le interrumpió, gritando:

—Evitemos lo artificial! No tenemos bastante con todas nuestras fuerzas dirigidas á la verdad!

Y Shakespeare replicó:

—Para quien lucha como vos, en su época, es indispensable un lenguaje áspero y sincero y éste útil reclama duros metales y con buen filo. Pero los poetas puros, como Readway, tienen derecho á la mentira, y puesto que cincelan un objeto inútil, su salvaguardia estará en las curvas más muelles, en las sustancias exquisitas, en el goce depurado de los ojos y las orejas.

Readway sostenía que el artesano es para la multitud «como en los tiempos heroicos y encantadores de la Grecia.» Fischart, ante esto, se indignaba:

—Entonces trabajemos por muertos y para muertos! Cada hombre de nuestra época, sea curtidor ó militar, debe comprender nuestros escritos é interesarse en ellos.

Y esta discusión les conducía á la gloria, asunto inflamado que hacía estremecerse á los tres. El paso de los caballos sonaba más fuerte. El horizonte raquítico se agrandaba. Un rayo de sol poniente, el último, caía, á través de las enormes nubes lluviosas, sobre los tristes campos de la Westfalia.

—Quiero que digan de mí: fué valiente, enamorado y buen arquitecto de versos. Que en la gran sala de su palacio, á la hora del crepúsculo, haga yo soñar á la castellana pensativa, y que me muestre la cara de su caballero. ¿Era blondó? ¿moreno? ¿Llevaba bigote ó barba? Lo que prefiero sobre todo es la leyenda. Si narran que en un combate singular he matado cuarenta adversarios, mis huesos se entrecucharán de alegría. Tendré alguna amargura, si el mejor poeta del siglo que viene arroja con asco mi *Cuadriga* al rincón más obscuro de su biblioteca, pero me consolaré si el color rojo que fué mío, y cuya moda he dado, persiste en las largas capas. La enumeración de mis queridas sería también cosa agradable. Porque lo que embellece la vida del hombre es una aureola de acciones algo delirantes, y los héroes se me aparecen á través de un vapor apasionado. Cada vez que se comete una locura, se lanza una piedra para su monumento, y cada minuto perdido en

la pereza representa un siglo de olvido. ¡Oh! ¡el olvido! el único enemigo á quien no oso medir; y en mis noches de pesadilla he temblado ante su faz confusa.

A este ideal de Readway, Fischart oponía el suyo:

—Mi deseo más querido es éste: le llevan una demis obras á un futuro papa cualquiera, al más ventrudo, al más sangüíneo, al más teólogo. Lo entreabre, y cae muerto de rabia. El horizonte de la gloria se me aparece como un erizamiento de imprecaciones y de puños tendidos. Vituperadores feroces transmitirán mi nombre por encima de los siglos. Además, tengo un deseo más noble. Entre tantas injusticias y atrocidades terrenales, que no igualarán nunca ninguna cosecha, una sola, pequeña y raquítica, pero cierta, fué tratada por mis sátiras; y se grita hablando de mí: «¡Ha impedido todo eso!» O también, viejo ejemplar de desecho, caído por descuido entre las manos de un niño inspirado, soy para él el confidente sublime. Se exalta á mi contacto; mi llama se desenvuelve en su corazón, y es el libelista del porvenir quien marcha, una antorcha en la mano, á través de los ultrajes, las iniquidades, las monstruosas aberraciones de los dogmas y los códigos, lavando en sangre al opresor. Haber participado, aunque como rodaje infimo, á la clara abertura de las tinieblas, á la resurrección del derecho y la piedad, es lo que ambiciono. Ser la espada que mata al verdugo y el fuego que avienta al incendio, el odio, en fin de donde saldrá el amor.

Cuando le tocó el turno á Shakespeare:

No hay gloria verdadera más que para los poetas. Las formas de la poesía son inalterables, altaneras y en armonía con la duración. Son precisas obras, bastante flexibles para atravesar los modos de sentir, bastante violentas para el entusiasmo, bastante frias para que la reflexión no mida en seguida la profundidad, bastante reales para satisfacer el placer de espejo, y bastante soñadoras para agotar la melancolía. Ser el rey de los sentimientos humanos, y cada uno se inclina ante el que lo es. Y cuando, después de las resistencias y las vacilaciones de una luz que se apaga, nuestro nombre es definitivamente muerto, vivir todavía, sin que ellos lo sospechen, en las almas de los

tiernos y los héroes, provocar bellos movimientos y servir á la alegría.

Tenemos un sentido de la fama que nos advierte de las aproximaciones, de los altos y los bajos, de los errores y las dudas. A veces oigo de pronto el murmullo sin nombre, Readway, de las viejas glorias caídas en el olvido. Es algo así como el purgatorio, puesto que para nosotros el paraíso no es más que un lugar en donde se nos admira. Gemido semejante al de las olas y en donde una multitud se asocia para pronunciar una frase que no comprendemos, bien que nuestro lenguaje sea también producido por la multitud planífera de nuestros tejidos. Y quizás un día conozcamos, aun habiendo sido gloriosos, esos limbos temibles.

—Los amantes de la gloria—dijo Readway—piensan siempre en ella; es su dama á menudo ingrata. Voy á haceros una confesión algo pueril. La última vez que vi á aquella á quien pertenece mi corazón, senti de antemano el estremecimiento de la partida. Las palabras que yo pronunciaba eran hijas de la distracción y el orgullo. Pensaba en el título de mi poema futuro que deseo someteros: *La lluvia de estrellas y de miradas*. Y mis besos de adiós estaban impregnados de esa preocupación sacrilega.

Comunicándose de este modo sus caracteres y sus deseos, los tres viajeros sintieron crecer entre ellos la ternura; la ironía de Fischart ligábase á la fantasía de los dos poetas, de tal modo, que las conversaciones eran siempre ascensionales y no cedían más que á un acontecimiento exterior. La influencia de Readway era viva y grande sobre el espíritu juvenil de Shakespeare. Admiraba su belleza, sus maneras de gran señor, la facilidad perfecta de sus modales, el acorde de su estilo y su destino. Vestido de rojo, el fieltro sobre la oreja, la espada al cinto, el autor de *Cuadriga* había atravesado las sociedades y los países con su aspecto de intelectual intrépido, y contaba sus viajes sin parlanchinería ni fanfarronadas, con un dón extraordinario de pintoresco y alegría, una sutil conciencia de lo cómico; había estudiado los temperamentos de los diversos pueblos, y con gran desesperación de Fischart,

prefería á los españoles, «á causa de su gusto por las aventuras y sus magníficas caídas de frases.» La lengua italiana le parecía excelente para la mentira; la inglesa, para el comercio y la poesía; la alemana, para la filosofía; y la francesa, para la conversación ó el amor; y había notado analogías entre las mujeres y los idiomas, comparando la piel, la tez y el talle á las partes del discurso, y la voluptuosidad á las facultades líricas. Estaba emparentado con las mejores familias, era favorito de la reina Isabel y no ignoraba nada de las cortes europeas. Su debilidad, á los ojos del libelista, era un secreto desprecio para el pueblo, bien que fuera sensible á la piedad ó que le enervase la desolación de la Alemania del Norte. Pero el pueblo le chocaba por su grosería, y hacía muecas á alguna frase excesiva de Fischart. Se vengaba entonces por una afectación de frase que revestía de vez en cuando como una máscara, y celebraba los beneficios del purismo y de las afectaciones, «barreras entre la turba y la clase escogida, útiles baluartes de cristal, transparentes para el poeta y opacos para el vulgo.»

Acariciaba el lujo en sus más pequeños detalles y hablaba con amor de un puñal cincelado que le habían regalado en Roma, de las bridas, de cuero raso, de Rolin, de sus botas fabricadas en Escocia y «sin rivales en el Universo.» Tenía saltos de humor singulares, tan pronto alegre hasta la niñería, lanzándose á galope á través del campo, cantando, burlón como verso alado, improvisando con Shakespeare poemas instantáneos á los cuales el menor episodio servía de pretexto, burlándose de Fischart, imitando sus frases satíricas y sus odios religiosos, tan pronto distraído, tan pronto triste, con los ojos fijos en el suelo, el aire sombrío y preocupado, silencioso y suspirando mucho cuando le sacaban de su ensueño. Entonces elogiaba los cementerios, las lágrimas, el luto y la melancolía «que envuelve suntuosamente como el otoño» y enumeraba entristecido sus queridas. El nombre de la última, su Helmi, oscurecía su delicado rostro.

—No la veré más. Uno de los dos debe desaparecer. Ro

lin, cuando le hablo de ella, sacude su cabeza, como si deplorara la inutilidad de mis confidencias.

Las discusiones amorosas hacían sarcástico á Fischart.

—La pasión—decía—no hace más que cadáveres.

Estimaba mucho la audacia de Readway, su locura de indiferencia y de vida nómada y su sensibilidad que desafiaba, porque empujando un poco al poeta era fácil lanzarle en cual quier dirección. Le interrogaba sobre el duelo, las palabras injuriosas, las alusiones y gestos que se deben recojer, las galantes formas de la caballería:

—Es lo contrario de mi oficio, donde se trata de acumular ultrajes. Pero cuando estais entre profesionales, ¿no os sentís embarazados hasta guardar silencio?

Los tres amigos cabalgaban lentamente. Gozaban de la conversación, permanecían sentados largas horas en las pobres posadas donde tomaban sus comidas. Llevaban siempre consigo provisiones, porque se acercaban á comarcas que la guerra había dejado desiertas y en donde se oía, según Fischart, *castañear los dientes del hombre*. Dormían algunas veces á campo raso, envueltos en sus capas y cada cual á su turno hacía de centinela. Shakespeare y Readway componían sonetos para calentarse y al despertarse los recitaban; pero el frío iba bien pronto á hacer imposibles y peligrosos para los hombres y los caballos esas costumbres bohemias. Los caballos se llevaban bien entre sí, aunque *Huracán* y *Viudez* fueron solo buenos animales, mucho menos inteligentes que Robin, el cual, según su amo, «valía más que muchos consejeros y príncipes de la sangre.»

Franqueaban llanuras monótonas y bajas cortadas de pequeños pantanos.

—No me explico—observaba Fischart—cómo ha podido la tierra absorber toda la sangre que han hecho derramar aquí las cuestiones religiosas y sociales. Es asombroso lo que se ha razonado y disparatado aquí á sablazos. Donde hay un camino, puede asegurarse que fué trazado por la ferocidad ó la tontería.

Al salir de una pobre aldea, donde los habitantes parecían

cuajados de terror.—Llegamos á la raza maldita,—exclamó el libelista.—El estado encantador de una comarca se lee en las caras.

En efecto, venía bien pronto una tropa de soldados mero-deadores.

—Qué hacen?—preguntó Shakespeare.

Los soldados se agitaban en derredor de un objeto de forma rara. Era un gato encerrado en un cesto y que servía de blanco á la ballesta.

—Oh! oh! el señor Satán!—gritó un soldadote, al ver á Readway vestido de rojo. Y se atrajo esta respuesta:

—Cuidado, que no te envíe á comer sopa infernal.

La tranquilidad de los viajeros impresionó á esos pillos de caras atroces, vestidos de uniformes desgarrados de colores desaparejos. Y siguieron su juego cruel. El gato, en su prisión de mimbre, marillaba como un desesperado.

Pero aquella tropa no era más que una vanguardia. El campamento se hallaba á alguna distancia; unos cien pilletes cruzaban el camino, había de través cinco ó seis largas carretas, con sus varas al aire, y por el suelo una cantidad de provisiones suministradas por el pillaje: toneles desfundados, muebles viejos, é instrumentos de labor. Armas de todas clases: mosquetes, picas y espadas reunidas en fascas; caballos y bueyes atados pacían la escasa yerba. Los hombres se habían quitado sus chupas, y sin camisa, al aire sus rudos torsos pelados, trabajaban activamente en tareas diversas, porque los unos preparaban la comida de la tarde, alzaban una mesa grosera con pedazos de madera, ó cocían unave; otros limpiaban las armas, los arneses y los carruajes, y otros jugaban á los dados, disputando con violencia. Muchas viejas, semejantes á demonios, compartían esos destinos aventureros, manteniendo viva la llama por debajo de una gigantesca marmita colgada á retablos, gritaban hasta sofocarse y tenían los puños en la cara de los que por malicia les pellizcaban los enormes brazos. Olores de carne asada y de sudor flotaban en el aire. En frente de este temible pintoresco, los tres caballeros vacilaron un momento:

—Bah! dijo Readway:—veremos.

Y entraron en el círculo.

Primero fué el asombro, y luego, gracias á la guasa de Fischart, una familiaridad asquerosa.

—¡Trueno de Dios, van bien montados!

—Cuidado, Frits; el blando parece comerse los niños crudos.

—Pues que lo intente, féretro de tal, y veremos una famosa indigestión!

Huracán, Vinder y Robin, sometidos á la admiración general, fueron tentados por aquellas maneras inmundas. Fischart fingía una risa de demonio.

—No es la primera vez que veo vuestras picarescas trazas. Ah! os entendeis para elaborar la tierra alemana. ¿Tiene jefe alguno en el merodeo?

Un gran diablo, de cara raspada y cuyas botas de ancha campana le subían hasta medio vientre, dió un paso adelante:

—El jefe soy yo, cara del infierno, y te invito á cenar así como á tus camaradas.

—Con qué satisfacción les hundiría una espada en el estómago!—Dijo Readway al oído de Shakespeare.

El conocimiento se hizo más íntimo. Los viajeros se acercaron á la marmita y cumplieron á los cocineros.

—El pato robado tiene mejor gusto—declaró el jefe de cocina. La granja en donde hemos cojido éste, estaba llena de fanfarrones. Pero los hemos cocido, amigo, y los compadres bailaban en el horno. En cuanto á los jóvenes, se han escapado, después de haber servido á nuestros gozosos placeres.

Si te abriera la cabeza por tus fanfarronadas—dijo Readway—¿crees que los diablos te la volverían á pegar?

Una risa estúpida acogió esa suposición. Shakespeare, entre tanto, interpelaba á los jugadores.

—Ahí dentro hay dados preparados para hacer trampas, huesos de carnero llenos de estopa. Caen siempre hácia el mismo lado.

—Quién te pide una opinión, calvo?

—Ha perdido sus pelos en una batalla peleando contra los piojos.

Cuando estuvo puesta la mesa y sentados los comensales, comenzaron las narraciones de hazañas. La facilidad de los recién llegados asombraba á la soldadescía acostumbrada á inspirar terror. Comían glotonamente, sentados en el suelo, ó de pié, ó á caballo sobre asientos improvisados con troncos de árboles y varas de cañetas. Los platos llegaban humeantes. Los gritos de las mujeres, maltratadas ó besadas en medio de la boca, resonaban en el aire ligero del crepúsculo, y como faltaban luces, encendiéronse antorchas cuya resina rodaba á lo largo del tallo. La feroz asamblea, á esta luz indecisa, agradó á los poetas. Los perfiles eran deformados por las bocas monstruosas; los brazos que servían el vino, parecían manejar el sable, y las voces roncadas resonaban de una manera extraña. Fischart exajeraba más que el lenguaje habitual de los convidados:

—Eres un crápula excelente, un delicioso montón de cerdos recién nacidos—decía golpeando la espalda de su vecino.

—Nunca he admirado una boca como la tuya y tus dientes están ó rotos ó echados á perder. Por eso, amigo, apestas.

—Ah! ah! bravo! Pero responde, William. Ves bien que insulta tu cara de héroe.

Un pesado gruñido salió de la penumbra y William hizo el gesto de blandir su arma.

—No te aconsejo eso, pequeño,—declaró el libelista.—No tendrás tiempo más que para invocar á Dios, á quien tu oración haría vomitar de asco, y caerías del otro lado del suelo á admirar las raíces jugosas de las plantas.

—Readway y Shakespeare, colocados uno al lado del otro, guardaban silencio ó se comunicaban en voz baja sus impresiones.

—Sabéis cual es mi placer entre esos brutos sin freno? Pienso en mi dama, en su delicadeza, en sus tiernas frases. Me toca un aire de laud ó con sus miradas fijas en las mías me habla el mudo lenguaje del amor. Nada hay más dulce que acariciar un recuerdo exquisito en una atmósfera vergonzosa. Eso exalta la sensibilidad. El humo que desprende este pato, admirablemente asado, el olor del cuero y de las frases infames, me recuerdan, por un contraste agudo el enervante perfume

habitual á él. Imagino también que uno de esos pillos le ha hecho prisionero y siento á mi Clorinda vibrar en su vaina.

—Yo pienso en el peligro, murmuraba Shakespeare, y es una cosa voluptuosa. Esas caras entregadas al jolgorio podrían de pronto pintarse de rabia y odio. Nos levantaríamos tumultuosos y el aliento de la muerte encorvaría las antorchas. Sobre nuestros caballos, huyendo en la noche, después de alguna sangrienta batahola, tendríamos cálida la impresión de la amistad. El peligro en común: hé ahí una dicha rara.

—¿Queréis que os la procure?

—Esperad un poco; hay todavía bellas muñecas que observar.

Trajeron un enorme pedazo de carne, cuya aparición entusiasmó. Numerosas copas de vino, tragadas de un tirón, exasperaban los sentimientos nobles. El jefe, que presidía la mesa, hacía alarde de su valor y tomaba por testigo á Fischart, como alguien capaz de comprenderle.

—Cuando encontramos un aldeano y se niega á indicarnos el camino, le atamos una cuerda á las sienes y le apretamos hasta que estallen. Y es algo! Tú has visto á los que jugaban con el gato. Se pone á un rústico en el cesto y se la atraviesa de flechas, de tal modo, que se ha convertido en espumadera. Ah! sí; te aseguro que el oficio tiene algo bueno.

—No lo dudo. Pero en honor de quien os entregáis á esas guasas esquisitas? Del Papa ó de los Reformadores, del emperador ó de los príncipes de la Iglesia?

—De nadie y de todo el mundo.

La lengua comenzaba á hacerse pesada y el tono se hacía enternecido.

—Es para alimentarnos y para entretener la fuerza, porque el alma del guerrero se enmohece en la pereza. Un día, incendié tus aldeas. Escaparon como gatos escaldados, ah! ah! como gatos á los cuales se ha rociado con agua hirviendo. Cojimos doce y nos divertimos con ellos. Les rompíamos el cráneo en pedazos. Les vertíamos estiércol en la boca. Comida agradable! Otra buena guasa. Les quitamos los tirantes, y

se ven obligados á sujetarse con las manos. No pueden escaparse.

Aquel á quien llamaban William quiso expresar su opinión pero fué interrumpido por sus hijos.

—Es que saben en dónde hay tesoros y procuran engañarnos. ¡Engañar á pobres trabajadores como nosotros! Yo he metido á cuatro en un hueco, personas de la misma familia, padre, madre, un chiquillo y el tío ó abuelo.

—Cállate; estás borracho.

—No lo estoy. Era el tío ó el abuelo. Lo que hay de cierto es, que en el fondo, han pataleado durante una hora larga. Llamé á mis compañeros. Amasamos tierra encima y la apisonamos tanto que parecía un camino, pero un camino que gritaba.

—Y les degollamos en Delnmheorst!—vociferó una voz aguda.

La anécdota se perdió en el estruendo. La embriaguez cumplía su benéfico trabajo. Muchos en el suelo roncaban ó vomitaban, había en las tinieblas cuerpos que se arrastraban sacudidos por infectos sobresaltos. Otros cantaban sobre un tono lamentable quejas horribles ó sentimentales, y todo el mundo aullaba á la vez. El jefe de los merodeadores, de pie y con la mano sobre el corazón, aseguraba á Fischart de su eterna simpatía. Las mujeres codeaban á Shakespeare y á Readway, tanteaban sus bolsillos y les ponían bajo las narices sus caras asquerosas. Las antorchas, semi consumidas, derramaban una luz vaga; y á tientas, revueltos, tropezando unos con otros, injuriándose, con risas estúpidas, ruidos vergonzosos, bofetadas sonoras, los menos ébrios titubeaban entre los restos de carne, rompían los platos y los vasos... de tal modo, que al fin la mesa vino al suelo y el campo se cambió en un tumulto inexplicable. Shakespeare, Fischart y Readway se aprovecharon de aquella confusión para montar á caballo y escaparse.

Los dos días siguientes fueron malos; el alimento faltó casi por completo á los viajeros y á los caballos, y vagaron llenos de angustia en el brutal surco de los soldados. Por todas

partes, luto y angustia. De esos tristes países húmedos, de esa soledad, de esa hambre nació una acritud sutil que hacía ofensivas las menores frases, exasperando toda opinión y dando á las voces inflexiones falsas. Fischart y Readway regañaron porque el primero maldecía la guerra y el segundo sostenía su utilidad. Llegaron así á una lamentable aldea sin habitantes, en donde resonaban los gritos de un cerdo que habían olvidado allí. Las puertas habían sido rotas, las ventanas destrozadas, y por esas feroces aberturas se veían los vestigios del terror y de la fuga; un pobre mueble, restos de vestidos. Los techos de há lago incendiado humeaban todavía; largas capas negras manchaban los muros y sobre ciertos umbrales había pantanitos rojos.

—Admirad—decía sarcástico el liberalista—la gigantesca labor de esos héroes matando seres inofensivos. El gozoso choque de las espadas, los aullidos de las mujeres violadas y de los niños degollados os dan bellas imágenes por las cuales lloran las almas sensibles.

Readway se encogió de hombros, y Fischart prosiguió:

—He visto con mis propios ojos, mi querido señor, cuando mi último viaje á Alemania, un aldeano enganchado á su carreta y destripando un suelo bastante ingrato. Era, os lo juro, una cosa pintoresca, aunque no se tratara más que de un miserable, poco propio para inspirar á un verdadero lírico. Pero desde entonces, las músicas belicosas, las trompetas, pífanos y tambores, los uniformes, los soberbios arneses, las hazañas, los asaltos, las fortalezas, los clamores de una multitud entusiasta, y los que se complacen en esas villanías, y los que las narran y los que las admiran, me recuerdan ese sombrío labrador entre el cielo bajo y la tierra oscura. Y el sublime esfuerzo natural se cambia en signo de maldición. Odio á quien marcha alegremente al sufrimiento, aunque sea un guerrero cubierto de un casco de oro y fuerte como un dios; declaro sin bellezas, sin nobleza y sin gloria, las matanzas y los asesinatos, y si tuviera que sacrificar la bravura á esos transportes vergonzosos, me iría á vivir contento entre apacibles cobardes.

Shakespeare sintió angustiarse su alma ante un claustro en donde palpitaban furores recientes. Los ornamentos estaban minuciosamente picoteados, los crucifijos y los nichos hechos añigajas, los candeleros torcidos, el altar mayor y una estatua de la Virgen cubiertos de inmundicias.

—En este lugar se huellan gemidos—dijo melancólico el poeta.—Si nos dejáramos sorprender por el crepúsculo, veríamos vagar por aquí fantasmas.

—¡Aquí están!—gritó Readway.

Al final de un estrecho corredor, unas cuantas gradas conducían á una cripta. Había bastante luz, la precisa para que se pudieran distinguir muchos cadáveres de monjes. Grandes, sangrientos en sus hábitos desgarrados, conservaban las actitudes y el desorden de la lucha. El olor de aquel osario era sofocante, y los tres amigos retrocedieron dos pasos....

Cuando salieron de aquel terror, Readway insultó la Reforma:

—A ella debemos semejantes infamias. El catolicismo era salvaje, pero exaltaba la belleza, respetaba el arte y los artistas. En la suntuosa Italia, donde he pasado meses encantado, no hay un vagabundo ni un rústico que no tenga el sentido de la línea, del color y de la forma; y esos Papas que maldecís, han sido maestros de elegancia. Los mármoles, los cuadros, las joyas, las casas, los menores objetos, atestiguan sentidos refinados, un amor á lo antiguo llevado hasta el frenesí; la tradición, el ritmo y la regla, sin los cuales no hay más que confusión y tinieblas, reinan soberanamente bajo ese cielo azul cuya armonía parece oírse. No recuerdo en qué sitio del campo romano, ante un frontón de templo pagano, pasé una tibia noche que me ha revelado ese entusiasmo. Las esbeltas arpas de los rayos de la luna me tocaban las canciones desaparecidas, por las cuales se saludaba á Baco. El pequeño monumento bailaba en el silencio, y mi corazón remontaba el curso de las edades. Esta fuente de poesía, de toda poesía, es la que han querido cegar los reformadores. Nos daban un mundo insulso y mediocre, sembrado de austeridades, pero tan trivial, tan feo, que sería preferible el infierno. Persiguen, implacables,

el lujo, combaten el amor más que el vicio, y sueñan un ideal de hastío espolvoreado de tal temor, que la muerte es una libertad. Reemplazan la pintura por textos, la orfebrería por pretextos helados. Quitar a la religión lo que la humanizaba y hacia aceptable a través de las piras y los abusos de la intolerancia.

—No esperaré el fin de vuestra arenga—interrumpió Fischart—para a mi vez indignarme. Amo tanto como vos la antigüedad y su gracia me ha conmovido hasta hacerme llorar. Pero la inmundicia de los cardenales, de los jesuitas y de los Papas no tiene nada que ver con los esplendores del arte. Es la lucha terrible de dos temperamentos opuestos: el del Norte, que quiere la justicia, y el del Mediodía, que se contenta con la claridad. Nosotros, sajones, tenemos el derecho de cantar al mundo nuestra canción y de afirmar nuestras maneras de ser. Hemos caído con rabia sobre los baluartes podridos de Roma, menos por odio al Papa y los cardenales que por una necesidad. Readway, Shakespeare, ¿sois poetas? Pues entonces aplaudid esta cabalgata del espíritu septentrional a través de las ruinas bañadas de sol. La tierra ha producido un hijo, del cual somos los laboriosos parteros. Traemos nuevas miradas, preocupaciones morales, almas complejas, ávidas de otros goces, tendidas por deseos diferentes, y el templo pagano toma una forma extraña en medio de las brumas. El gordo Lutero ignoraba el sentido preciso que tenía su audacia, y ninguno de sus discípulos lo sospechaba. Los novadores, sometidos a fuerzas oscuras, les dan siempre nombres embusteros. Yo he comprendido, desde que eché los primeros dientes de satírico, que se trataba de un terremoto de conciencia, que por las grietas y las hendeduras se veían regiones imprevistas, y que eran profundas las causas reales del movimiento.

—Así tiene que ser, así—dijo Shakespeare—para que en ese debate lea yo la historia de mi ser. El amor a los antiguos, y sobre todo a Plutarco, me ha revelado el mundo antiguo. Mis sueños más opresores fueron esos cielos celebrados por Readway, esos héroes de siluetas fijas y cuyo gesto dibujaba su sombra. Yo aspiraba los adorables aromas de las cálidas no-

ches de Roma y de Atenas. Me mezclaba a la multitud en el puerto y en las calles.

Comprendía ese lenguaje tan muelle, tan diferente al vuestro y tan musical. Sin embargo, entre esos hombres y yo había como un intervalo. Cuando por un poder de las palabras se despertaban en mi corazón pasiones correspondientes, eran menos turbias, menos claras, y sus piezas eran como enigmáticas. Me parece que los sentimientos del Mediodía tan admirablemente cantados por los poetas, tienen otras raíces que los míos, otras direcciones y otras curvas.

—¿Entonces, qué les falta?—preguntó Readway.

—La angustia, hija del Norte, que anima la Reforma. Jean Frischart, la raza entera de los países nevados. Vos la conocéis, amigo mío, porque es ella quien enciende súbito con fiebre vuestras miradas, deja colgar vuestros dedos sobre la crin de Robin y al azar de nuestras conversaciones inquieta nuestra común ternura. Abraza silenciosamente al deseo. Después de esos misteriosos amores, quedan niños y cadáveres. Esos nos desconuelan hasta en medio del goce, nos muestran la pálida muerte detrás de nuestros bien amados, y precipitan nuestro destino por la imagen perpetua de su heredad. Aquellos crean emociones intermedias, se agrandan con nuestras vehemencias, envejecen con nuestras esperanzas y vienen a ser, según los casos, monstruos, remordimiento ó prodigios.

Llegaban al negro lindero de un bosque de pinos. Antes de internarse en éste entraron en una cabaña. Los tres hijos del aldeano dueño de ella habían sido muertos; ya no quedaba allí más que la hija de ojos feroces y dos flacos viejos de rostro resignado.

—Se lo han llevado todo—decía llorando el padre,—mis hijos, tan fuertes, tan animosos, tan trabajadores, mi linda casa, mis recuerdos. Hemos vagamundado tres meses, viviendo de limosnas. Aquí y allá, ahora no nos queda más que esperar la muerte. ¡Pero cuánto tarda en venir!

El cuarto estaba iluminado por las luces rojas de un hogar que olía a resina; un viento furioso sacude la puerta, haciéndola chocar. La madre gemía hondamente, como plegada en

dos, cruzadas las manos, y ninguno de los viajeros hallaba palabras para consolar aquella angustia. Entonces la hija se levantó. Viose á través de sus harapos su talle flexible y sus gestos trágicos.

—Sois cobardes. Había que unirse, armarse de horcas y palos y matar á los que mataban, en vez de dejarme degollar como cerdos. Ah! si las mujeres tuvieran vuestros músculos! Yo os abandonaré, y puesto que se trata de morir, será en los suplicios, después de haber, con estos dedos, estrangulado cuantos bandidos pueda!

Interrogaba al cielo, amenazando con el puño el techo desmantelado:

—Los que hablan de Dios y de su misericordia, mienten. Es EL que incendia las moradas á los pobres, y les obliga á buscar su alimento en las inmundicias! Es EL quien ordena á los soldados pillar, huir y asesinar. Cuatro de esos brutos me han agarrado por los puños y los tobillos, ultrajándome ante los viejos. Y no he podido vengarme. Les sentía soplar como bueyes. Yo gritaba y se reían, y apesar de mis injurias me han dejado la vida!

Y se sentó, temblando de vergüenza y de asco.

Los tres caballeros seguían un sendero entre el bosque. Alrededor de las altas y regulares siluetas de pinos, —semejantes á un ejército de columnas— flotaba una delicada bruma, “cuyas volutas—decía Readway—suben como el incienso en la catedral.” Fischart contaba á sus amigos la leyenda del caballero de Stanffenberg, de quien se enamoró una hada.

Allá se le apareció muchas veces y siempre vestida con un traje diferente, ya con grandes collares de pedrerías preciosas por los intervalos de las cuales aparecía su carne rosada, ya envuelta en una gasa transparente, ya disimulada por rudos brocados de oro que dejaban sus señales impresas en la piel. Allá se rehusó á él largo tiempo, á fin de exasperar su deseo y un día luminoso, al tender él hacia ella los brazos, le hizo ésta jurar que no se casaría nunca, so pena de muerte inmediata. El loco, prometió todo.

—Me parece—interrumpió Shakespeare—que he oído como una música lejána.

Readway detuvo su caballo.

—En efecto; Rolin alza la oreja. Es sin duda la hada, que encanta sus ocios desde la partida de su infiel. Porque el caballero de Stanffenberg desobedece ¿verdad, Fischart? y un pie apareció, mal presagio, la noche de las hadas prohibidas por encima de la mesa fastuosa?

—¿Conocéis la historia?

Fischart pareció sorprendido.

—Soy poeta y mi oficio es espigar por todas partes las leyendas; las de Inglaterra, en donde están los melonales y los lagos; las de Alemania, propicias á las selvas y á los torrentes; las de Italia, que se representan en el umbral de los palacios, y las de Francia, sonrientes como las cosechas. Además, mi Helmi las adora. Con los codos en sus rodillas y la cabeza en sus manitas, la veo oyéndome y sus grandes ojos claros beben el ensueño. Le he contado á menudo lo de Stanffenberg. Le gustaba por la analogía que había entre ella y la hada, y en el momento cromático se levanta, se acerca á mi y me echa al rededor del cuello sus brazos frescos, balbuciendo amenazas en un beso.

—Quisiera conocer—añadió Shakespeare—todas esas viejas relaciones. Cuando el hombre tuvo su primera sonrisa, su primer dolor y su primer odio, se maravilló tanto que hizo en seguida dramitas donde aparecieron mezclados los árboles, los pájaros y las plantas. Sus sentimientos nuevos tenían el gusto de un fruto. Exprimió su jugo sobre la naturaleza. Esas débiles amazonas han subsistido como la forma del pan, de la casa, de los velos, porque satisfacen la realidad y el ensueño. Hoy todavía, para conmover, es su ritmo el que tenemos que apropiarnos. . . . Ah! ahora no me engañan mis oídos. Acabo de percibir el ruido de una viola.

—He aquí el músico. ¡Pero si es Orfeo!—gritó Fischart, riendo á carcajadas.

En medio de la escarpa, apoyado contra un árbol, un hombre de larga barba gris tocaba un instrumento que tenía algo de la lira y de la guitarra. Llevaba un traje de pieles adornado con hierbas. Estaba descalzo. Los llamamientos de

Los tres compañeros le interrumpieron. Vino hacia ellos de mala gana y notaron su aspecto robusto, su frente alta y arrugada, sus ojos brillantes y su nariz hendida en la punta. Gruñó.

—Habeis ahuyentado mi auditorio. No sabéis más que espantar.

Su voz era baja y sin timbre.

—Hace mucho que no has hablado con nadie, ¿verdad, amigo?—dijo Readway.

—Diez años. No me llaméis amigo, porque odio á mis semejantes. Si me he acercado á vosotros, es para justificarme en mi asco.

—Os han hecho mal y eso os hace injusto. Pero somos buenas gentes....

—Como los otros, con espadas al cinto, plumas en el sombrero y en el corazón sentimientos humanos: es decir, el amor de la matanza, la cobardía, la traición, la violencia.... ¡Pouah! Me preguntábais si me habian maltratado. No más que á mis compañeros. Han matado á los míos, quemado mi morada, violado mis hijas y mi mujer. Hoy soy dichoso, vivo entre los animales, duermo al aire libre y me alimento de raíces....

A pesar de cierta vacilación en su palabra, el gozo que sentía en desenmohecer su lengua era visible, y respondía á las preguntas con su instrumento bajo el brazo, con gestos raros, de sus manos enormes y terrosas.

—¿Por qué tocáis la viola?

—Porque amo la música y la poesía. Para quien habita las ciudades, son esas cosas tonterías....

—Alto ahí; somos poetas....

—Perdonadme; tengo el derecho de ser franco. Si os tendiera esto, si procurárais tocarlo, no saldría de él más que un ruido horrible ó ridículo. Es que os falta la soledad. No miráis las estrellas. Ignoráis lo que es la noche y estáis ante la Naturaleza como ladrones temblorosos. La Naturaleza me habla á mí y nos comprendemos. Invento las melodías conforme las voy sacando de estas cuerdas. Trepan contra los tron-

cos sonoros y los secos follajes que las reciben las transmiten al viento planidero. Los pájaros descienden sobre mi cabeza y mis brazos. Los lagartos y las arañas se alinean en círculo á mis pies. No sospecháis lo fieles que son los cuervos. Les ofrezco el alimento de mi alma antes que el de mi triste cuerpo....

Bocetó una mueca que significaba sin duda una sonrisa.

—Pero en invierno....—objetó Shakespeare.

—Me construyo una casuca de nieve y evito la compañía de los lobos, que se parecen demasiado á los hombres.

—Es cierto—murmuró Fischart—que debe tener ideas distintas á las nuestras....

—¡Ya lo creo! En este instante, viéndoos, recuerdo mis desgracias y mi fantasía de la época en que yo estaba bien vestido, porque tenia también caballos, una capa roja y palabras precisas. Pero lo olvidaré bien pronto todo. Dejo pasar por este camino—é indicó la frente—las nubes y los rayos del sol. Siento el frío, el hambre, la sed y el silencio; esto no es pequeña ocupación. Y no pienso más que en el minuto que va á seguir; salvo cuando hablo á los árboles con mi viola, no hay diferencia entre la última de las cucarachas y yo. Por eso, cuán superior os soy!

—¿Créis en Dios?

Dios está por aquí, por allá, delante, detrás.

Y dió ágilmente una vuelta.

—Es el gran aliento de las cosas, ó nada ó... pero no me importa. No tengo relación alguna con él. Perdonadme. Mi cabeza es muy débil y estoy muy fatigado. Adiós.

Y volvió á la esarpa con su aire descuidado y altanero.

El encuentro con aquel misántropo ocupó hasta la noche á los viajeros. Sobre el suelo cubierto de agujas brillantes, en la inmensa soledad de los bosques iluminados por la luna, con versaban todavia de él antes de dormirse. Un relincho de *Rolín* y de *Huracán* y de *Vindex*, atados á alguna distancia, el grito fatal de un pájaro rapaz turbaban únicamente los apacibles espacios de la noche. Aunque estuvieran al principio del invierno, la temperatura era casi dulce y la ráfaga había desaparecido.

—Tiene razón—suspiraba Readway—declarando que la poesía no se entiende con nuestro género de existencia. Yo he hecho todo lo posible para escapar a las trabas sociales. He amado en todos los países, corrido los caminos y las aventuras, y sin embargo, cuando escribo mis versos, siento que mi imaginación se detiene, seca. Los mismos términos vienen a mi espíritu, como comparsas aburridas. Los ríos, las fuentes, las selvas, las montañas y las hadas que los pueblan, y los héroes y las leyendas se me aparecen primero como temas inagotables. Tengo hinchado el corazón y espero comunicar mi entusiasmo. ¡Ay! el soberbio follaje de los robles se cambia en agujas de pinos. Y no corre a mi llamamiento (como mi fiel *Rolin*) al verlo sonoro y maravilloso que hacia inmortal mi poema, y para animar esa fría materia, necesito figuras de mujeres, el perfil de Helmi, la curva de su nuca, el arco de sus labios. Es que no vivimos bastante cerca de la naturaleza. Hemos cortado nuestras raíces. La savia no cabe ya en nuestros espíritus que se agotan.

—¿Por qué no tenéis la cólera, pobres poetas!—dijo Fischart.—Yo ignoro en absoluto esas angustias. El odio está en pie detrás de mí, tendiéndome armas nuevas, venablos aceros, hierros enrojecidos y espadas llameantes.

—No tengo vuestra experiencia—añadió Shakespeare—y apenas si he comenzado a hacer algo en ese arte que nos viene de los dioses. Sin embargo, lamento los hábitos que han tomado mis sentidos. Cuando los marineros, gritando mucho, en las orillas del Támesis, amarran las velas, llegan a la orilla y saltan a tierra entre empujones, pienso que la huella de esas imágenes sobre mis ojos sería más noble y más fecunda si fuera virgen inesperada. Como vos vuestra bella querida, poseo en el fondo de mi conciencia ciertas figuras que me he dibujado y que me exaltan apasionadamente. Cuento con este viaje para hacer otros. Ha pasado el tiempo dichoso en que el hombre cantaba construyendo el mundo. Ante las móviles miradas del niño que balbuce y designa su deseo con ruido adorable, soñando amenudo amargamente. Sí, hemos perdido la

frescura. Si, la leyenda apenas rehace el valor de nuestros músculos.

—Eso explica—prosiguió Readway—que refinemos el estilo. Si la emoción fuere fuerte y pura, nos reiríamos de esos subterfugios.

Algunas horas después, William velaba el sueño de los dos amigos. Sentía una extrema dulzura en esa cabalgata en común a través de la inteligencia y las llanuras. Temía la fecha de Navidad, en que se separaría de Fischart, y esperaba después del duelo con el caballero Olox, acompañar a Readway hasta Copenhague.

—Parece ser que en el corazón del invierno el alma del Norte habita esos parajes. No estoy más que al principio de mi ser, cuando busca uno su propia naturaleza. Tendré que olvidarle en seguida, y como el músico solitario, tocar para los animales de los bosques. Pero el mundo, pasando por mí, se teñía de mis propios colores... ¿Sueño? ¿La selva está encantada?...

A algunos pasos, entre los troncos esbeltos de los pinos que formaban grandiosas avenidas, galopaba una cacería silenciosa, perros y monteros, damas vestidas de una manera exquisita, osados señores y pajes obsequiosos alrededor de ellos. Los caballos, blancos, estaban empenachados de oro. La luna derramaba sus rayos sobre los trajes claros de seda y brocado, las dagas y las capas flotantes, y apesar de la rapidez, las caras eran visibles, tan bellas y tan gozosas que el poeta lloraba. Esa fantasmagoría fué breve. El mudo cortejo franqueó con rapidez la distancia de la mirada, se hundió bajo los esbeltos pórticos de los árboles y desapareció espejeando en un polvo blanco. Shakespeare no tuvo tiempo de despertar a sus amigos y guardó para sí su aventura.

Obdenborg. Fischart designó los baluartes que se borran en el crepúsculo.

—Me alegro de hallar al fin una ciudad!

—Es de aspecto algo moroso—observó Shakespeare.

No había ni centinelas en las puertas, ni gente en la calle.

Las casas eran negras, silenciosas, cerradas como sobre dramas, y privadas de luz, aunque cala la noche.

—Robin huele un peligro—dijo Readway.—Tiembla. No quiere adelantar un paso... ¿Pero qué hay en tierra?

La masa pesada y sombría era un cadáver.

—Deteneos!—gritó Fischart.—No le toquéis. Esa calma sinistra, á través de la cual una oreja avezada percibiría gemidos confusos... el olor abominable que me persigue desde hace algunos minutos... La peste reina aquí. Huyamos.

Picaban espuelas cuando oyeron el sonido de una campanilla. El mal olor aumentó con el ruido. Un coche enorme se acercaba á ellos.

—Plaza! plaza! aulló de lejos el hombre que lo conducía. Apenas si los tres viajeros tuvieron tiempo para echarse á un lado. El cargamento pesaba, porque los ejes rechinaron. Aquella vez los viajeros tuvieron que taparse la nariz; tan sofocante fué la exhalación. No distinguían al conductor, pero le interperaron al azar:

—¿Qué pasa? ¿Hay peste en Oldembourg?

—No es la peste, monseñores, es otra cosa. Botoncitos negros y hemorragias. Las gentes revientan por centenares. Me llevo una carreta llena de cadáveres.

La voz salía de las tinieblas, alta y fuerte. El sonido de la campanilla era perceptible.

—¿A dónde los lleváis?

—A un osario, cerca de los baluartes. No nos tomamos el trabajo de enterrarlos. Eso es lo que emponzoña á los cuervos.

—¿No tenéis miedo?

—¿A qué? Es nuestro oficio. A vuestras órdenes.

—Oid una palabra.

—Bueno. Mi caballo conoce el camino.

—¿Cuándo comenzó la epidemia?

—Hace quince días. Primero uno, dos; luego diez, luego veinte y luego presagios en el cielo; nubes enormes de demonios que han oscurecido la luz del día. Doce hechiceros han sido quemados; sus casas han sido exorcizadas y también sus animales. Pero en vano. Yo tengo tarea de la mañana á la no-

che y nadie se atreve á ayudarme. Por eso algunos quedan apilados en los cuartos, y es una infección. Nadie ha podido huir, porque la cosa fué muy aprisa. Los primeros días se ponían los cuerpos en las puertas, y tenían tanta prisa que yo me encontraba allí moribundos, moviendo pies y manos. Ahora nadie se cuida siquiera de eso. Mis aprendices han muerto. Lo que parte el corazón son los pequeños que nacen y que apenas fuera... alto ahí; á la fosa con los padres! Veo algunos que mueren juntos, torcidos, como si estuvieran bailando, uno en brazos de otro. Ah! es una cosa!... Los recojo aquí y allí, los más pobres con los perros, los más ricos con los mendigos, los cobardes y los bravos, y mis amos y los que me injuriaban. Todos apestan lo mismo. Hay en la iglesia un montón de ellos. En cuanto al cementerio, debe ser, para los que están hace mucho tiempo enterrados, un aplastamiento.

—Sin embargo, parecéis alegre.

—¿Y qué hacer? No somos ya más que quinientos, de miles que éramos. Dentro de una semana seré el rey de la ciudad. ¡Ah! ¡Ah! No debo olvidar mi hornada. Buenas noches, monseñores. Es raro el que yo me retarde charlando por las calles...

Los tres amigos partieron al galope. Por pronto que salieran de la desgraciada ciudad, Shakespeare jadeaba como en una pesadilla. Las opacas filas de casas le hacían el efecto de féretros. Nunca arrojaría de sus narices aquel nefasto olor, alrededor suyo había un vasto estremecimiento de extortores, un ejército agonizante de víctimas. Reconstituía la infección del azote, la sorpresa de los primeros dolores, la cabalgada de la muerte más rápida que la de Huracán y Vindex, y de la cual se respiraba el aliento fétido. Entonces las familias se desorganizaban. El padre huía de la madre y la madre de los hijos. Toda autoridad había desaparecido. Cada morada era un lugar trágico. Nada de gritos; los vagidos de la infancia se acordaban con el extor de los últimos minutos; y el espanto con mano rápida vestía todos esos cómicos, agitando en el sudario de sus trajes de carne febril. En este desplome universal, un solo Dios quedaba vivo: el amor. Se sen-

taba ante las pobres cabeceras y cambiaba el origen de las lágrimas, porque el espectáculo de la muerte no lo anonada. El incesto también llegaba corriendo, y las formas monstruosas de la pasión salían de esas almas exaltadas por el temor de un fin tan próximo. El poeta, sacudido de un vértigo alucinatorio, sintió bien pronto las angustias del horrible mal.

Vió su breve destino dando la mano á su gloria y los dos abandonándole con una triste sonrisa á los fríos llamamientos de la muerte. Alrededor suyo lloraban los poemas sublimes y generosos que hubiera podido escribir, sus dramas en el estado de proyectos, como una raza envuelta en los limbos. Apesar de su soplo áspero y del sudor helado que envolvía sus miembros escuchaba los pálidos reproches de tantos personajes no realizados. Los enamorados, los reyes, los vagabundos, los celosos, las hadas, los conquistadores, se lamentaban según sus actitudes. Volvían para siempre al vasto imperio de las sombras indecisas. Sometidos á la suerte oscura de la lotería humana, serían huesos y músculos y miembros y cerebros frágiles y estrofas aladas, hacia las memorias ardientes de los sabios y no tendrían ya sus formas inmortales.

—¡Ay! ay! viviremos por tu muerte y moriremos más aprisa. Desconocidos, deformados, presa de las imaginaciones pesadas, circularémos penosamente en medio de los actos y las circunstancias, y nuestra esencial belleza desaparecerá, puesto que no estarás ya aquí para recogerla en la copa soberana de tu espíritu.

Entre los dedos del sepulturero, bajo el amontonamiento del coche, bajo el pico agudo del cuervo, esas quejas continuaban más débiles, decreciendo con la sangre y las fibras, y las aves, volando, se llevaban girones de gozo y terror, desgarraban la trama sentimental á la cual se adherían restos de héroes...

Al día siguiente, á las doce, el caballo de Fischart se detuvo súbitamente. Tiritaba. Sus patas se agitaban con un temblor convulsivo, y sus narices, alzadas en una mueca dolorosa, dejaban ver sus dientes blancos de espuma.

—¿Qué vamos á hacer?—dijo Readway, inspeccionando el

horizonte desierto, bandas mojadas de una bruma húmeda que el viento sacudía sin disolverla.

Por intervalos un grupo de árboles raquíticos aparecía; después el vapor, haciéndose más compacto, absorbía esa especie de fantasma.

—Os llevaré á la grupa—añadió Shakespeare—pero con tal que no tenga el mal de Oldembourg.

Fischart procuraba, en vano, reanimar el ánimo de *Vindex*. El pobre animal flaqueó de las patas y cayó al suelo. Sus ijares temblaban precipitadamente y su mirada se hizo vítrea. Dió un largo relincho al cual respondieron *Huracán* y *Rolin*.

—Sus adioses á la vida—dijo llorando el libelista.—Vamos á tener que dejarte aquí, buen camarada que desde la Frise has arrastrado mi razonador cuerpo. Yo te quería, aunque no comprendiera tu lenguaje y no añadieras á nuestra inquietud otro tributo que el de tu avena. La imagen del pueblo ¡oh mis poetas! Lleva á un príncipe hasta que cae y no es tan bien nutrido como esa gran osamenta.

—Mal presagio—repelía Readway—Es una calamidad que un caballo muera en un camino. Si yo me hallara á la víspera de mi duelo, sabría lo que eso significaba. Olof podría regocijarse y mi bella Helmi preparar los vestidos de luto que sientan tan bien á su frente altanera.

—Hij hij hij hil!—ladró una voz cercana:—El veneno obrando, la bestia pataleando y el hombre llorando!

Una silueta surgió de la bruma. Los viajeros se quedaron atónitos. ¿De dónde y cómo surgía así de improviso esa vieja descarnada, de cabeza de ave de rapina, vestida de harapos grises y cuyos cabellos de un blanco sucio, flotaban en la bruma?

Se acercó al cadáver de *Vindex*, se puso en cuclillas y con sus dedos de uñas largas y negras trató de abrirle la boca. Después sacudió la cabeza y miró sucesivamente á los tres compañeros.

—Al rojo, al moreno, y al más joven, un saludo de la hechicera, un saludo de Killekoff la hechicera.

Lo sobrenatural agitaba á Shakespeare y á Readway. El primero dijo furioso:

—¿Quién eres, larva, espectro ó ser vivo, y por qué esa asquerosidad?

Frischart gritó irónico.

—Es una pérdida que juega á las apariciones. Cuando viene la bruma, sueña. Necesita con toda urgencia una moneda de oro. La legumbre brota mal en este suelo pedregoso. Entonces se disfraza de demoniaca y espía al pasante crédulo.

La vieja tendió hacia él su índice, semejante á una fibra de leña seca:

—A tí, furioso pero valiente, insolente pero leal, te saludo, porque odias al Papa y con tus frases mordentes le desgarras. Tu caballo acaba de confesármelo.

Y sonrió de una manera diabólica. A su vez el libelista se asombró.

—Apruebo tu presencia, oh muy venerable y sagaz Killekoff para interrogarte sobre nuestro porvenir. Porque no he visto nunca hechiceras más que en los haces de leña de la gran plaza y es un real solaz que sean posibles las profecías. En vez de tantear torpemente á lo largo de nuestro tenebroso destino, deseamos saber nuestro camino. Haz eso, reemplaza á *Vindex* y te declaro hermana del Maligno, y mis amigos te celebrarán con poemas aduladores.

Los ojos de Killekoff llamearon:

—¿Me autorizas para consultar su vientre?

Y señaló al animal extendido en el suelo.

—Sí,—respondió Frischart.

Y ante la vacilación de Readway y Shakespeare:

—La ocasión es única, la materia única, para hablar en lenguaje famoso. Dejemos al azar que haga lo que quiera y anotemos sus respuestas.

La hechicera sacó de debajo de sus harapos un cuchillo mellado. Se acurrucó entre las patas del caballo y rajó la piel á lo largo. Después apartó los dos lados de la piel. Las entrañas cayeron al suelo. Los dos poetas, llenos de asco, retrocedieron, pero la curiosidad pudo más y no cerraron los ojos. *Huracán* y *Rolin*, inmóviles á algunos pasos y casi invisibles, relincharon como si olieran la autopsia aquélla. Entretanto

Killekoff parecía estar en sus glorias. Escudriñaba con las manos aquel vientre cálido y sangriento, hundiendo y volviendo á hundir en él sus brazos huesosos, rojos hasta el codo. Después entonó una queja extraña que Frischart, apesar de su atención, no pudo comprender, y en donde se repetían series de sílabas é hipoes, aullidos roncós. La espalda de la bruja era sacudida por rápidos movimientos nerviosos y sus pies desnudos se contraían, como dos bolas húmedas y polvorientas. Por fin, se detuvo. Con voz diferente, tenue y clara, comenzó á predecir, conservando su postura acurrucada, rígido el torso, rimando las frases con profundos suspiros. La bruma parecía el humo de una tripode.

—Veo un campo de nieve y huellas crueles. El que ama á una dama blanda, lo sabe. Oh! oh! oh! oh! Veo esperanzas cegadas y esperanzas que germinan, más vastas, en la misma comarca en donde hay tantos árboles verdes. Veo luchas, matanzas y oigo sonar las trompetas guerreras. El porvenir es para el más joven si se cumplen todas sus ideas. La verdadera dicha está en el intermediario.

La vieja como azotada, se calló. Shakespeare adelantó febril.

—¿Tendré la gloria?

Su pregunta no tuvo respuesta.

—Vagas profecías, oráculos embrollados. Siempre el mismo lazo—gruñó Frischart.

—Está bien, Killekoff, gracias. Eres una sabia adivinadora. Toma en recompensa.

La hechicera se levantó de un salto, agarró entre sus manazas ahorquilladas la moneda de oro y se echó á reír.

—Mire, el diablo nos escuchaba.

Del lado opuesto á *Huracán* y *Vindex* un enano rechoncho se alzaba en la bruma. Su cuerpo era ancho; sus piernas apartadas en forma de ángulo agudo, terminaban en dos zuecos. Su cara parecía indistinta, y dos cortos cuernos decoraban salientes su cabeza triangular.

—¡Ah! ¡por fin te encuentro!

Fischart corrió hacia la aparición pero se deformó en se-

UNIVERSIDAD DEL BAYAMO

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1928 MONTREY, MEXICO

guida, y Shakespeare, cuya alma estaba conturbada, la vió cambiarse en un simple caballo, por el desdoblamiento de las patas y la metamorfosis de los cuernos en orejas. El libelista volvió gozoso y trayendo á su cautivo por la crin:

—Me has cumplido tu palabra, Killekroff.

La hechicera había desaparecido sin que lo notaran Wiam y Readway, y el cadáver manchado de Vindex era el único vestigio de aquella escena fantástica.

—¡Cosa prodigiosa! —murmuró Readway.

—¿Qué importa? ¡El infierno está con nosotros. Me ha enviado otra cabalgadura, y la bautizo con el nombre de Killekroff. Quieto, mi temible prisionero! Sé ardiente y rápido como las llamas que gobiernas.

Fischart vistió al maléfico animal con los despojos de Vindex, montó, le hizo encabritarse y sacando su espada orgullosa:

—Hoy, dijo—desafío al universo entero, españoles, jesuitas y el Papa. Por tenaces que sean sus esfuerzos, por feroz que sea su odio no sabrán triunfar del que ha cabalgado sobre el rey de los demonios.

—Os afirmo que ha profetizado mi muerte. Sus brillantes miradas estaban fijas en mí. El campo de nieve.... La dama blonda... ¡Animo! A la tumba, donde todos irán á juntarse, me llevarán la doble pena de mi bella Helmi y de mi poema la lluvia de miradas y de estrellas, que hubiera deseado tanto consagrarle.

—¿Estáis loco?—replicó Frischart, á quien entristecía la amargura de Readway.—Era una vieja loca y nada más. ¡Oh poetas, poetas, niños vestidos de imágenes brillantes! Yo no he dudado en cabalgar sobre el bravo Killekroff. Y mirad, *Huacacán* y *Robin* son ya amigos suyos. Hubieran olido al diablo, si lo tuere; estad seguro de eso.

—Gozad de los pocos días que debemos pasar juntos y no nos dejemos abatir por una tristeza sin motivo.

La voz de Shakespeare era tierna y grave.

—Vos viviréis, Readway, para la gloria. Veréis vuestro

nombre correr en la boca de los hombres y sonreiréis de vuestras angustias. Si yo fuera un Plutarco, comenzaría vuestra biografía en estos términos: «Desde su primera juventud, este poeta vivió aguijoneado por el temor de la muerte. De ahí la facilidad de sus versos. El los llevó á un último extremo de perfección por el temor de no acabarlos.»

Por la primera vez, desde su entrada en Alemania, el paisaje era animado. Subían por una especie de caos en donde se abrian grutas y precipicios y sobre ásperas rocas cubiertas de musgo en la cúspide y con abetos y robles aislados que tendían hasta el cielo sus largas ramas. Una multitud de pequeños torrentes circulaba á través de esos bloques amontonados. Algunos arrastraban troncos de árboles; otros habían roído tanto la piedra que las raíces estaban al desnudo, semejantes á arañas gigantes.

—Cuidado con vuestro manto rojo, Readway! Si no lo volvéis de revés, va á perder su púrpura brillante.

Frischart señaló para una enorme nube negra suspendida en el cielo por encima de sus cabezas.

—El serio reino de Westfalia no tiene región más pintoresca. Apruebo la inestabilidad de la naturaleza; ese granito se desmorona y se derrumba en algunos siglos que son apenas segundos. El activo trabajo del agua por una táctica sabia, asedia al mineral y al vegetal. Aquí deberían sonar los destructores de preocupaciones y de ídolos. ¡Cuán superior es un suelo rapado, erizado, desmelenado, á la calma chicha que atravesamos todos estos días!

—Admiradores de Rabelais, vuestros gustos más diversos coinciden, respondió Readway, consolado de su melancolía pasajera.—Para que creáis en la fuerza, es preciso que los músculos se vean, que las montañas se hagan volcanes y que los colososse desplomen un estrépito abominable. Dejarme preferir el reciente, el exquisito, el irónico filósofo de Montaigne cuya energía se disimula y que agrieta las creencias ayudado de músicas. Una alegre pradera en donde pacer toros, tal es su paisaje.

—No le conozco;—confesó Shakespeare

—Os gustaría mucho. Sin pudor y por frases delgadas como lonjas, tan delgadas que son translúcidas, recorta su conciencia y nos la ofrece y la hallamos idéntica á la nuestra. Aunque experto en las más finas diferencias, se burla de la semejanza y amontona el universo en un ser.

—Su análisis continuo me fatiga—replicó Fischart, espolcando á Killekroff y dominando á sus compañeros.

De pronto su cara expresó el estupor.

—Venid, venid en seguida.

La estrecha cima á que llegaban conducía á un precipicio, y los caballeros, inclinándose y manteniendo con fuerza á sus caballos, distinguieron un barrancón rocoso en donde muchos árboles gigantes habían escogido domicilio. Por debajo se extendía la nube oscura, tan cercana que parecía tocarse alzando los brazos. En el fondo corría un arroyo torrentoso. A caballo sobre las altas ramas de un abeto, un joven, vestido de negro se ocupaba en fijar una larga cuerda terminada en un nudo corredizo. Desde abajo un perro le miraba, moviendo la cola, y con el hocico inquieto.

—Escitáis mi curiosidad, Fischart. Tengo un deseo loco de comprender....

El joven alzó la cabeza. Vieron su amable cara de ojos claros y por su posición elevada su voz breve fué muy clara cuando respondió:

—Dentro de algunos minutos quedaréis satisfecho. Voy á ahorcarme.

—¿Ahorcaros?

—¿Os asombra?

—Algo. Reflexionad. ¿La vida es cambiante? ¿Es el amor?

—Repetidlo, porque he oído mal.

—¿Es el amor?

—Sí, y no. Es todo. Mi resolución es firme y la soga también.

Y la estiraba, cargando sobre ella, para ensayarla.

—Escuchad mi canción.

Y Readway, con aire violento y magnifico entonó un canto de los gozos terrenales, que alzaba singularmente la cir-

cunstancia. Celebró primero el corazón y la carne de la mujer; luego la amistad fiel, fuente del heroísmo, las batallas, el vino y el sueño. Celebró la dicha de estudiar y de leer, de sentir el alma de los antiguos habitar la suya, de soñar por la noche á la hora del crepúsculo en los países dorados á donde conducen los bellos viajes. Alabó el agua y sus frescos caprichos, el fuego que reanima, la tierra que alimenta y el aire en donde palpitan las estrellas. El desesperado le escuchaba, sentado sobre su rama, y una pálida sonrisa iluminaba su cara inteligente. Cuando el poeta hubo acabado, le aplaudió.

—¿Os he convencido?

—Del placer que tenéis en vivir, sí. ¡Ah! ¡la antigüedad os anima! ¡Qué cadencia tan exquisita! Vos habéis encantado mis últimos instantes. Gracias.

La angustia de Shakespeare era extrema. Y suplicó:

—Venid con nosotros. Quedaréis consolado.

—Demasiado tarde.

—¿No teméis el infierno?

—Me cuelgo de una rama en forma de cruz, á fin de morir como un sacrilego.

La nube negra se abrió. Cayeron anchas gotas de lluvia.

—Me voy á mojar—dijo riendo el joven.

Y descendió con precaución. Al llegar al medio del árbol, apareció la cuerda que pendía, pasó el nudo en derredor del cuello, y extendidos los brazos se lanzó al espacio. Las piernas y la nuca se hicieron rígidas casi en seguida. El cuerpo tuvo un sacudimiento y la gruesa rama un crujido. Pero el árbol se portó bien, y el perro que le seguía mirando se puso á aullar siniestro.

Los tres amigos se abrigaron en una gruta, mientras un verdadero diluvio caía sobre el tembloroso follaje y las rocas lucientes, engruesando los torrentes de cascadas y cataratas, arrastrando arena, piedras y trozos de roca.

—Cosa horrible! pero ¿qué podíamos hacer?—repetía Fischart. No parecía loco, y Reedway, mientras cantabais....

—¡Ah! ¡mi canción! ¡Qué ridículo he estado! No hubiera sido bella sino siendo eficaz.

Se oyó un aullido prolongado, dominando el ruido del agua. El perro continuaba llorando á su amo.

—El desgraciado recibe ahora la tempestad—murmuró Shakespeare con voz estrangulada por la emoción.—La lluvia palpa ese cuerpo en donde corría la sangre, en donde los deseos han hallado demasiados obstáculos. Le veo, pobre trapo sucio, entre el cielo implacable y el suelo fangoso. Poco á poco se gasta la cuerda y su cadáver cae en el arroyo y se rompe sobre las rocas. Después un lobo furtivo adelanta la boca y disputa ese maná á los cuervos.

—El suicidio—dijo Fischart—es, creo, el único regalo que Dios ha hecho á sus criaturas. ¿Oís á ese animal infortunado? Se obstina en lamentarse. En un collado, todos los males imaginables, porque se puede, querido Readway, tomar al revés vuestra poesía; en el otro, la posibilidad de escapar á todos esos males. Así se constituye el equilibrio. He conocido un filósofo, joven todavía y tan ávido de saber, que aterraba á sus maestros. La labor, la ausencia de religión y algún resorte misterioso de su naturaleza, habían desenvuelto en él un gusto prodigioso de la libertad. Sufrió con violencia de las razones que cada uno supone á sus movimientos y á sus pensamientos, y ese dolor fué tan intolerable, que resolvió deshacerse de él y murió en un acto libre. Se fué hacia el mar, rodeado de mucha gente, pues todos deseaban admirar su valor, y alzando la cabeza entró en las olas. Nadaba contra la corriente, vieron durante largo tiempo ese cráneo altanero y terco alzarse sobre las olas, pues quería agotar sus fuerzas contra las del universo y entrar en la nada. Por fin desapareció, y sé bien que los dioses le abandonaron; pero debieron, entregándole al agua brutal, admirar esa alma heroica.

Mi historia es tan conmovedora replicó Readway. Uno de mis amigos era engañado por su querida. Lo supo, y bebió veneno, pero se arregló de tal modo que murió entre los brazos de la infiel, infligiéndole el remordimiento. En esa gran angustia sintió más viva que nunca la dulzura de los se-

nos y los labios. Y si ella sabía leer en las miradas, piense que recordó su lectura.

Le tocó la vez á Shakespeare:

—Un vecino mío, hombre jovial, tenía dos hijos, de 4 y 7 años. El mayor se escondía para llorar y cuando le preguntaban el motivo de sus lágrimas, respondía que todo lo existente le parecía muy desgraciado. Era un hombrecito de una perspicacia extraordinaria y cuando hablaba con él, olvidaba lo real, porque sus frases me parecían las de un sabio moroso. Un día cojió una pistola vieja y apoyándola sobre su pecho, ordenó al menor tirar del gatillo. El otro creyó que era cosa de juego, obedeció y dió un grito terrible al ver caer á su hermano, agujereado y ensangrentado el pecho.

Cuando salieron de la gruta, anochecía. En el fondo del obscuro barranco, bajo el ahorcado invisible, el perro persistía en su queja. Las piedras y las hojas goteaban lentamente.

En la principal taberna de Brême había una numerosa asamblea. Los tres amigos habitaban, hacía diez días, la ciudad. En esos diez días, Juan Fischart había reanudado su conocimiento con muchos viejos compañeros á quienes presentaba á Shakespeare y Readway como la flor y la esperanza de la poesía inglesa. No eran más que banquetes, orgías prolongadas y ruidosas, espesas discusiones teológicas que se arrastraban á través de los textos bíblicos, como la mordente ráfaga de Noviembre, hasta que alguna imprecación, algún choque de un puño sobre la mesa, algún vaso roto por la impaciencia de un contradictor, traía el sentido de la vida y de la lucha.

Cargada de bebida la cabeza, William, sentado sobre un banco entre Readway y un estudiante de anchura cara blonda, examinaba la concurrencia. Al lado de Jean Fischart estaba el silencioso, el enigmático caballero de Riesensturm, sólido partidario de la Reforma "uno de los más bravos y leales señores de Alemania,"—según decía el libelista. Había invitado á los viajeros para ir, cuando salieran de Brême, á pasar al-

gún tiempo en su castillo, que se alzaba en el camino de Hamburgo, á poca distancia de Rotembourg. Sus ojos, duros y hoscos, lucían en su cara huesosa; un bigote torcido con huecos, gris y profuso por debajo de una nariz curva, acentuaba su boca de labios delgados, y cuando sonreía, distinguíase el relampago de sus blancos dientes. No lejos de él, el predicador Gostchen y su discípulo favorito á quien llamaban Alcibiades, vituperaban los crímenes antiguos de un cierto Harobenberg, cuyas audacias religiosas habían agitado la baja Sajonia. Otros teólogos les contestaban. Casi se injuriaban, cambiando alusiones envenenadas, porque las costumbres estaban corrompidas y la embriaguez provocaba actitudes dudosas, singulares miradas, y confidencias sordas. Los vividores y los locos codeaban á los juiciosos. Bromeaban á causa de su belleza, á un elegante joven extendido sobre un diván bajo, en una postura indolente. Las risotadas se mezclaban á las vivas réplicas, á las frases latinas, á los apóstrofes. Con voz embrollada por la embriaguez y tropezando contra las palabras y los recuerdos, el vecino de Shakespeare le contaba la historia del doctor Fausto. Aunque la elocuencia del narrador no parece igual á su celo, el poeta sintió pasar sobre él el estremecimiento de la belleza que pasa y el deseo de dramatizar esos episodios ardientes ó mágicos.

Cuando Carlos V pide á esa comparsa del diablo evocar á Alejandro de Macedonia, es probable que para esa entrevista hallaría yo las palabras necesarias. Pero las imágenes del pasado, las que levantan en nosotros el amor de la gloria, y los héroes, ayudados de muchos espectros, se empujan unos á otros á la luz.

Estas reflexiones y los vapores del vino ahuecaban la leyenda, de tal modo, que fué imposible á William recordarla después sino á pedazos.

Fischart, entregado á sus observaciones, estaba goso, gesticulando y gritando. Citaba ásperamente textos, refutaba con vehemencia y su sarcasmo dominaba el estruendo. Luego la conversación cayó de la política en la literatura y se trató del

plagio. Uno de los teólogos se quejó de que le habían robado las ideas.

—Son tesoros que nadie roba, —gritó Readway.—Todo está en la forma. El gusto de la misma carne varia con los cocineros. Yo no titubearía en tomar un asunto ya explotado, en someterlo á mi fantasía, y si mis versos son melodiosos, los declararé míos por la soberanía del estilo.

—Es una cosa odiosa—vociferaba Fischart.—Es el bandidaje con la lanza en la diestra. De modo que durante largos años habré buscado un buen argumento, dando vueltas á mi adversario sobre la hacha de mi lógica, ante la llama de mi cólera, y recogido el jugo sabroso que un puerco sarnoso vendrá á lamer en seguida. ¿No amáis vuestros hallazgos? ¿No son vuestras rameras esas alianzas dichosas del pensamiento y del verbo que se lanzan al porvenir, desnudas y temblorosas? Si, mi serrallo es pequeño, pero yo soy su seguro centinela.

He conocido hombres de genio que no eran más que ladrones de despojos. Encendían hogueras sobre las alturas; los tontos naufragaban ante los lodos y sus despojos servían á los malvados.

Shakespeare tomó la defensa de Readway:

—El mar y sus ruidos son de todo el mundo; el viento y el huracán son de todo el mundo; más que el mar y el huracán las ideas pertenecen indistintamente al pueblo inmenso de los hombres. Los que tienen el espíritu débil y confuso no ven en ellas más que estrellas errantes, y por casualidad una noche atraviesan esas ideas y asombran sus almas. Pero los poetas y los adivinos aman los fantasmas luminosos, suplicándoles mostrar sus caras, y esas caras no son nunca las mismas; sus sombras y sus formas difieren. No hay una imagen de la cual se pueda decir que ha salido del cerebro de uno solo, y quien piensa está en contacto con las generaciones antiguas y las futuras, tan estrechamente como si las abrazara, porque entra en un anillo cerrado. ¿El que tiene miedo es el único á tener miedo y cómo nombraría su angustia si otros no lo hubiesen tenido antes que él? Así cada poeta, antes de robar á

sus contemporáneos, se roba á sí mismo. La frase que escribe no es más que un plagio de las más dulces confesiones de la Musa.

En este momento se oyeron en la calle dos gritos de *Fuego! Fuego!* acompañados del patear de una multitud y de una viva luz. Todo el mundo corrió hacia afuera; se oía el toque de rebato. Sobre un fondo rojo ardiente, saltaba el humo más pálido y se esparcían las chispas. A esa cálida claridad la arquitectura de las casas tomó un relieve extraordinario y Shakespeare, deslumbrado, admiró los juegos elegantes de la madera y de la piedra, los balcones, los remates de las fachadas, los techos y los pórticos, que parecían salir de un capuchón de la hornaza como de una antorcha sacudida. Los vidrios numerosos y muy unidos, reflejaban las llamas, y William imaginaba el temor en esos millares de miradas de oro de las que algunas se rompían con estrépito. Gritos agudos se juntaron á la lamentable alarma de las campanas. Vestidos aprisa, ó en camisa, los habitantes huían de sus casas; muchos de ellos salían cargados de cofres, que en su angustia dejaban caer, esparciéndose el dinero, las joyas y los encajes. Al acercarse al brasero, la atmósfera se hacía acre y sofocante y el resplandecimiento aumentó. Un grandioso palacio, ante el río, en una ancha plaza, servía de alimento al fuego.

Aquel palacio tenía una forma singular, porque sus diversos pisos estaban escalonados los unos bajo los otros, de modo que se ensanchaba hasta la mitad de su altura, en el mismo sitio donde las vigas se desplomaban en un polvo cegador de fuego. Figuras esculpidas y divisas decoraban el frontón como balaustres de hierro caladas. Se abrió una grieta entre un Sileno y unos vendimiadores, y—aspecto irrisorio—cortó la pierna de un cojo Vulcano encarnizado en su fragua. *Victus J. Prudentia* saltaron; la pesada *Sapientia* se fundió, y alrededor de los mármoles ennegrecidos, el metal de las rampas se hizo líquido. De vez en cuando un crujido espantoso era seguido de un río de lava, y se desplomaba un lienzo al piso arrastrando las alegorías—las de la Reforma y el Renacimiento, la Biblia y la mitología, los dioses paganos y las virtudes teolo-

gales. Las barcas habían huido y las aguas reproducían, sin apagarla, la sábana incendiaria. Las caras de los burgueses, contraídas por la angustia, se destacaban entre esos dos espejos, con una intensidad trágica, y los caracteres aparecían completos, iluminados por la catástrofe. Cerraron la calle con cadenas. Pero el palacio hallábase aislado en esa encrucijada y no se propagó el incendio. Corrió el rumor de que había algunos infelices encerrados allí, y algunos creían oír lejanos aullidos de dolor. El caballero de Riesensturn se arrojó tres veces contra la alta puerta color púrpura y chisporroteante, y tres veces tuvo que recular, sofocado por el infernal aliento. Se lanzaba á la puerta como se lanza uno al asalto y volvía de allí con el pelo quemado, rojas las mejillas, é inundada de sudor la frente. Una voz murmuró muy cerca de William:

—¡Qué hermoso es el valor!

Hubo necesidad de contener á Readway que quería tentar esa loca aventura.

Fischart, exaltado, pateando se acercó á Shakespeare.

—¿Veis la audacia de esas llamas? Devoran como el tiempo todo; la obra de la Italia: los cestos de uvas, las hojas delicadas, las brisas muelles; la obra de Alemania: la escolástica y las ciencias austeras. ¿Verdad que es aparente y glorioso, gracias á ese hogar maldito, el esfuerzo de la ciudad, del arte y de las ciencias?

Shakespeare reguía silencioso. Escuchaba la caída de las piedras, el rumor ambiente, el monótono despertar del rebato. Contemplaba los enormes penachos carmesíes picados de chispas, rayados por unos instantes, de bandas oscuras; el río y el cielo abrasados, las siluetas extrañas y tímidas de las viejas piedras de las casas vecinas. El soplo de lo siniestro hacía temblar su alma. Por fin respondió:—Todo eso es para mí más que una imagen. El amarillo estremecimiento de la ciudad me explica muchos misterios. Así como aldeas y ciudades, los sentimientos se han perdido en nosotros por el sostén de impresiones diversas sobre muchos puntos de nuestro espíritu. El orgullo es Brême, y el curso de la vida ha depositado ahí sus mercancías; y arquitectos sabios han esculpido las casas

allaneras ó superpuesto las épocas en algunos ornamentos de los pisos. Los celos es Amsterdam, cada canal refleja el pasado. Paseantes curiosos, vamos á través de las calles y observamos las ventanas. Es lo que se llama tomar conciencia. Pero la pasión candente nos revela la extensión de esas aglomeraciones íntimas, tuerce y disuelve en algunos segundos pánicos tumultuosos, palacios deslumbrantes; los relieves, las lágrimas y las sonrisas, las melancolías, las ternuras, nada resiste al fuego vencedor.

El incendio se extinguió falto de combustible. Por entre las hendeduras de las morenas y tenebrosas murallas, por las ventanas cegadas y por las ruinas centrales, salían torbellinos de hollín, de ceniza y humo obscuro; pero el cielo no se obscureció. Por encima de los escombros una mañana de invierno mostró su descolorida cara helada, y sobre los blandones todavía rojos, la nieve algodonosa, loca, como un enjambre pávido y rápido, comenzó á caer.

Fischart, Shakespeare y Readway llevaban ya una semana instalados en Hamburgo, en una casa vecina á la del sabio Ermanius, amigo íntimo del libelista. William se había apasionado por ese viejo robusto, de cara cuadrada, de frente cargada de cuidados, de ojos escudriñosos y parpadeantes, de índice perpetuamente levantado y demostrativo, y en vez de correr por la ciudad, como lo había hecho en Amsterdam y en Brême, gastaba los días y las noches en el retiro del alquimista, retiro que tiene algo de infierno y biblioteca, de casa de fieras, de albañal y laboratorio. Bien iluminado por dos ventanas bajas de vidrios pequeños, el cuarto era muy largo, pero estrecho y encerraba una multitud innumerable de polvosos pergaminos, manuscritos descabalados y que cuando alguien los abría, dejaban escapar hordas de polillas, librazos ornados de figuras extrañas y sellos simbólicos, y tiras de tela en donde se sucedían las cifras y los signos de la cábala. Sobre un gigantesco hornillo de forma rara se escalonaban las retortas, morteros y recipientes de todas clases, y un viejo baúl contenía un ejército de minúsculas retortas, escondrijos de veneno, beleños, bálsamos, sales, sustancias mágicas etiqueta-

das según leyes misteriosas. Una balanza se alzaba al lado de un *aquarium* lleno de peces, una colección de herbarios y de helechos. Una jaula de pájaros se alzaba á plomo sobre un cesto de algas húmedas, donde pululaban crustáceos inmundos.

Había también una mesita, dos brújulas, una caja resplandeciente de instrumentos de tortura, otra de minerales y piedras preciosas, muchos violines y flautas de tamaños diferentes, mapas de geografía, modelos de casas y de bancos, una serie completa de lentes de vidrio y de espejos curvos, cóncavos, convexos, ondulados que reflejaban aquel caos deformándolo más. En cinco carros, dispuestos de tal modo, que sus habitantes se alzaban sobre las patas traseras,alzada la cabeza al nivel de un presebrito, saltaban dos perrillos, un kangaro muy flaco y un mono pelado. Suspendidas al techo, tres cajas lisas abrigaban una carga de reptiles; en cuanto á los insectos, corrían en las paredes de una *vitrina* dividida en compartimentos, las arañas alejadas de las termitas y las abejas separadas de las pulgas y las blates para la mejoría de las especies.

Anexos á este gabinete de estudio central había cierto número de tugurios que servían para las esperiencias: los unos secretos, los otros aparentes, sin luz y sin aire, pero no sin piojos, tugurios en donde el sabio se encerraba algunas veces toda una tarde ó toda una noche y de los cuales salía con la cara congestionada y gozosa.

De este amonolonomamiento de seres vivos ó descomuestos, de cestos de cáscaras, de este montón de materias disparajas, se exhalaba un olor singular y embriagante, hecho de alcohol, de maceraciones y de esencias. Allí dentro trotaban, se activaban, trabajaban apresurados y silenciosos, la mujer de Ermanius (Gertrudis) mujer delgada, de cara aterrorizada por su ilustre esposo; su hija (Hilda) de 16 años de edad, muy parecida á su padre, osada y terca; los dos hijos (Wilhem y Crugt) gemelos, de 14 años, semejantes á la madre por las facciones y la traza tímida, y por último, Ridhey, el discípulo. beato de admiración y de modestia, á quien llamaban el *Butho*,

á causa de sus ojos redondos, de su nariz aguda y de su frente comba. Todo ese personal cumplía las órdenes del amo, limpiaba las jaulas, daba de comer á los animales, preparaba los trabajos, recortaba, pegaba, serraba, cortaba del alba al crepúsculo. Cuando caía el crepúsculo y se encendían las mechas aceitosas, el domicilio se revestía de algo fantástico. Los animales daban sus gritos variados, algunos con la regularidad de un reloj, otros, intermitentemente, gritos lúgubres y planideros, ó breves y estridentes, análogos á carracas, á ruedas chillonas y á cascabeles.

Ermanius decía á Shakespeare:

—Voy á conducirlos al circo.

Y se lo llevaba y con un gran vidrio de aumento proyectaba sobre una tela blanca la lucha conmovedora de dos arañas. Ambas se observaban primero largamente, removiéndola una pata en señal de inquietud, y se distinguía su cabeza enorme, sus pelos velludos y sus orejas. Después se arrojaban una sobre otra. Como margaritas que alguien deshoja, se arrancaban, se desgarraban, esparciendo los tentáculos articulados que sirven para andar, para tocar y para agarrar. Empleaban heroicamente todas las astucias, todos los salvajismos, y la muerte sonaba para ambas á la misma hora, ó la superviviente, agotada, se arrastraba hacia una agencia horrible, mientras que bolas espesas salían de su abdomen destrozado. Ermanius se reía sombríamente. Reemplazaba, á las combatientes por pulgones, hormigas belicosas, piojos y cucarachas, pequeños monstruos erizados de crestas, ojos, antenas, mandíbulas, que volteaban bajo la lente. A veces cogía un cangrejo y colocaba otro más débil, entre las pinzas errantes de aquél. El gigante volteaba al pigmeo, como para acariciarlo y abrazarlo. Lo estrechaba contra su corazón; se oía el húmedo ruido de las patas, pálido molinete cuya rapidez expresaba la rabia. Y de pronto, con movimiento brusco, le hundía en la juntura del caparacho, en mitad del vientre, sus espadas inflexibles, y sirviéndose de ellas como de palancas, hacia estallar la víctima.

Estos duros espectáculos espantaban á Shakespeare, pero

le revelaban la maldad arraigada de este mundo donde las menores criaturas no sueñan más que con la ruina y la matanza. Oía la voz solemne de Ermanius y sus afirmaciones de ateísmo, de las que se burlaba Fichart, admiránolas.

—Ningún Dios regula estas luchas. No sirven siquiera para la vida, porque las especies buscan el destruirse. Como no poseen nada ni tienen deseo alguno, ni ninguna necesidad en común..... el dominador de la naturaleza es el amor del anonadamiento.

Y levantó su índice fatídico:

—La crueldad es la hermana de la curiosidad, y cuando el temor está en vuestras miradas, ve que la sabiduría penetra en vuestro cerebro. En el estado ordinario, estamos en medio de las cosas como ciegos ó enfermos. Nuestros sentidos admiten las superficies, las partes cerradas, los misterios. Pues hay que violar el misterio. Hay que torturar las cosas, lo visible y lo invisible. El grito será una confesión; la sangre que corra, una inscripción. Uno se confiesa por el último gesto, crean lo que crean los malditos sacerdotes.

De hecho, conducía su curiosidad en las direcciones más imprevistas, yendo de lo que él llamaba sus *tentaciones de ideas á sus tentativas de actos*, con una rapidez vertiginosa.

El entusiasmo de William le halagaba. Se interesaba en la poesía como en una rama del ritmo total. Y añadía:

—Yo también he perseguido el ritmo bajo todos sus modos, máscaras y trajes. La fuerza que nos atrae hacia la tierra tiene un ritmo.

Cuando desenvolvía un argumento repetía las palabras:

—Esta fuerza tiende á tumbar y rodar los seres en su superficie. Así, se descompone en dos fuerzas de las cuales la una atrae y la otra rechaza. Cuando se trata del animal de cuatro patas, la fuerza que rechaza se aplica á las patas de delante, y la que atrae á las patas de atrás. Por eso, se alza poco á poco y así el hombre se tiene recto. El mono, el kanguro siguen esa ruta. Llegarán al fin tarde ó temprano.

Por lo que respecta al pájaro, la fuerza que rechaza lo ha arrastrado; por eso vuela. La liberación de los miembros anteriores tiene por corolario la facultad de tocar, de modelar.

Los conductores nerviosos transmiten esta facultad al cerebro, donde encuentra la de ver, pensar y oír, y de ahí resulta la palabra, que no poseen los pescados, porque su cuerpo es horizontal, y que, en cambio, posee el papagayo, porque está alzado sobre sus patas, y una infinidad de pájaros susceptibles, por acrecentamiento, del canto, de los más melódicos artificios... Rüdberg, Gertrudis, Ernst, Wilhem, traedme mis carros! Veis esos dos perros, ese mono, ese kángaro? Quiero enseñarles a hablar, obligándoles a ponerse de pie sobre sus patas traseras. Ya les gusta esa posición. De aquí a cinco años, de aquí a diez, articularán sílabas. Yo prescindiendo sin duelos del bueno ó malvado Dios, para explicar las causas del lenguaje.

Después de una de esas largas enumeraciones, el orador, para reposar, empezó una serie de blasfemias y de injurias á su discípulo y la Providencia, injurias que ponían de muy buen humor á Fischart é indignaban á Readway, poco sensible á las teorías científicas. Los dos abandonaban el laboratorio en donde trotaban las sombras allautadas de la mujer, de los hijos y de Hilda. Un singular atractivo retenía á Shakespeare. Entre las ideas del viejo algunas le parecían llenas de filosofía. Ermanius decía gravemente:

—Cuando escribáis dramas, reflexionad en esto, que es una ley general: en un conjunto eterno, cada fragmento debe reproducir la imagen del conjunto. Así se confortan los átomos. Yo he descubierto, partiendo de este principio, una geometría nueva, una alquimia nueva y una astrología nueva. Mirad esta figura: es una A mayúscula formada de pequeñas aes. Tiene propiedades que no poseen las otras letras y que estudio en este momento. Pasa lo mismo con un círculo cuya circunferencia está formada de círculos y con un cuadrado cuyos lados sean cuadrados.

Y añadió:

—Hay muchas maneras de leer el universo. Con relación al objeto, lo que hacemos, ó con relación al sujeto, lo que ha-

ce feliz y lo que constituye una inmensa ventaja. Una alameda de árboles no es para mí una alameda de árboles. Es una parte rectilínea de mi espíritu que aprecia una parte vegetal de mi ser, y no ignoro que esos torbellinos se agitaron tras mis miradas, las cuales las proyectan afuera. Toda observación es, pues, una emoción. Ahora á vos. ¿Qué es lo que yo os represento?

—Una poderosa máquina de comprensión—respondió Shakespeare—á la cual procura comprender una débil máquina.

—No es eso. Yo soy una emanación de vuestro entusiasmo poético, un personaje posible de tragedia ó de comedia que se agitaba en vos y que el azar del cambio ha dejado en vuestro camino. Toda la ciudad ha salido de dos gestos: el uno, que significa el abrigo y el otro que consiste en levantar una piedra. Lo que hay de dolor y de vergüenza en el movimiento que ocultan los ojos; lo que hay de alegría en el que tiende los brazos hacia el cielo hueco y vacío, habitará desde hoy la ciudad.

Su exceso de conocimientos ayudaba á la personalidad del sabio. Citaba textos olvidados hacia siglos, nombres extravagantes “caracoles adaptados al caracol de la oreja.”

Conocía todas las metamorfosis que sufren las plantas, los árboles, las rosas, los reptiles y las mariposas. Había superpuesto la vida á los libros, estudiando las costumbres de muchos pueblos y especies, los diversos caracteres que nacen de la sangre, de la grasa, de la flacura ó del predominio huesoso. Se había formado un alfabeto de pasiones, y según leyes matemáticas, anotaba sus conflictos y sus inteligencias, sus amalgamamientos y sus disoluciones, imaginaba sentimientos nuevos que disfrazaba con títulos sorprendentes. Por eso la timidez unida á la higiene y al odio, constituían según él, el *Ermintha*, vocablo sobre cuya etimología quedaba mudo, y alababa á Shakespeare un héroe agitado por una mezcla de celos, remordimientos y temor. En cuanto á los espectros larvas, apariciones, fantasmas, hablaba de ellos con excepticismo y afirmaba que la transformación del hombre en burro se cumple dia-

riamente sin tanmaturgia. Descuidaba la piedra filosofal y la mayor parte de las costumbres de los alquimistas, que él trataba de pretenciosos ignorantes; y de pronto de en medio de esos sueños, de esos humos, de esas pesadillas, de esas improvisaciones sibilinas (porque el hablar le exaltaba mucho,) de esos vuelos hacia la luz, la crueldad, las tinieblas, la impiedad y el sacrilegio, de esas paradojas, sublimes ó estúpidas, saltaba una vista serena del porvenir, un axioma admirable de sentido común y de adivinación, una de esas palabras de triple gusto como son los de las almas excesivas. Entonces su mujer, sus hijos y el discípulo juntaban extasiados las manos, y en aquella atmósfera sobrecargada, William rodeado de ruidos de animales, de formas rampantes, silbadores, graznadores y chillones, sentía un vértigo de génesis, creía asistir á la formación de un planeta nuevo, del que un dios cabelludo le revelaba los recursos y los destinos.

Ermanius era apasionado de los orígenes. Su idea fija era mezclar las especies. Un día se llevó á Shakespeare:

—He emprendido una gran obra. Pesquisas facientes y seguidas me han enseñado que la langosta tiene relaciones ocultas con la mujer. He procurado fecundar una. Rüdberg ha servido para la experiencia. Voy á mostrároslo.

De un cestito disimulado sacó al animal de reflejos violetáceos.

—¿Es bella, verdad? La inmensidad del mar está escrita sobre su carapacho. Si, como lo espero, sale un sér de sus flancos sorprendidos (qué será este hijo monstruoso de dos mundos tan alejados como los astros, esta cara con círculos de patas velludas, este producto de la tierra, del verbo y del océano?)

Le gustaba mirarse ante un vasto espejo doblemente curvo.

—Seguid la transformación. Mi cara desaparece ahora como una superficie de piel lisa, interrumpida; un islote de carne redonda y llena. Me aparto y se hace un pliegue. Aparece en él un ojo. Enorme primero, se alarga y se estrangula hacia el medio. Y cuando surgen las dos miradas, se dilata la línea de la boca. Es triple y parece producido por el apartamiento de la nariz y la barba. No lo dudéis; este espejo infiel trae con fidelidad la historia de nuestros tejidos.

La distancia del tiempo y el espacio, el reflejo del espejo y de la herencia se comprenden por un inaccesible sortilegio.

Una mañana Fischart cogió del brazo á Shakespeare.

—Readway y yo nos quejamos de que nos abandonabais. Sois inexcusable, porque la separación se acerca. Ese diablo de Ermanius os arrastra; me agrada su odio á los católicos y los teólogos; pero es un viejo loco y la metafísica vale menos que la vida. Venid. Quiero mostraros otra cosa que sus canchales y sus piojos.

—Cierto, añadió Readway;—yo devoraba en silencio mi cólera y mis celos. ¿Creéis que para un poeta sea una estancia un laboratorio apesoso y que un disecador de pájaros y ensueños, un verdugo de peces dorados no merezca un tratamiento d cuerda ó una paliza?

Partieron á pasear por la ciudad, envuelta en una red de bruma. Atravesaron primero un baño pobre: las altas casas de madera apretadas unas contra otras, parecían calentarse, porque helaba; los arroyos estaban congelados. A lo largo de los pintorescos balcones abiertos, alrededor de los cuales corría deshilachándose la bruma, algunos niños flacos jugaban y unas cuantas mujeres tendían á secar ropa. Sobre una vieja barca aplastada, franquearon un estrecho brazo del Elba.

—Si esto continúa, arrastraré muy pronto arena y piedras—dijo el barquero mostrando el río de aguas amarillas y casi aceitosas.

Se encontraron luego en calles anchas y muy diferentes. Macizas construcciones de piedra reemplazaban las barracas. Shakespeare echaba de menos á Amsterdam.

Hamburgo también tiene su poderoso encanto—replicó Fischart, aficionado á ciudades;—pero se necesita más tiempo para admitirlo. Si en vez de emplearos en las homilias apesosas de Ermanius, interrogaréis las casucas de hace un momento, admiraríais esa arquitectura de roble y abeto, decorada á veces como una catedral, con sus piñones calados, su encaje de vigas, rampas, balaustrados y esas escaleras ex-

teriores que suben en zig-zags hasta la cúpula. La bruma, como un humo sutil, invade esos laberintos. Los acaricia, los oculta á nuestras miradas, y nos los restituye á girones. Creeríais asistir allí á los juegos de lo real y de lo soñado ¡Atención! Voy á presentaros uno de mis menos recomendables amigos.

Alzó el pesado martillo de una puerta. Una mujer gruesa vino á abrir. Tenía una cara rechoncha, ojos vivos y la boca llena. Entre el pulgar y el índice derechos tenía un pedazo de carne. A su cintura colgaban llaves brillantes.

—¿Eres tú, alma mía? Te creía muerto hacía mucho tiempo.

—Eres muy simpática; estoy bien vivo. Señores; tengo el gusto de presentaros á la tía Wurm, nuestra Wurm venerable y venerada, la más famosa «celestina» de Alemania. Si todos los hijos que ha favorecido hubieran venido al mundo, los querubines esos la hubieran llevado y tendríamos ahora que habitar el cielo.

—¡Eterno burlón! —dijo ella frotándose las manos.—¡Ah! he almorzado. Seguidme; beberemos, á la salud de tus amigos, de un fmoso tonel. Porque tiritamos.

Y los llevó á una habitación lujosa y cálida, tapizada de arriba á abajo de terciopelo y brocado verde. Hizo sonar un timbre. Un discreto servidor trajo una bandeja de plata, pasteles y muchas botellas.

—Esto es para la clientela. No como más que carne de buey ó de ternera, fría, con pan; ¡ay! hubo un tiempo en que era loca. Nada era demasiado bueno para mi paladar. Ahora froto mis pulgares uno contra otro y miro á la juventud. ¿Pero qué es de tí? ¿Sigues escribiendo contra el Papa? ¿Sigues queriendo al gordo Lutero? Señores, antes, cuando se emborrachaba, declamaba horas enteras injurias espantosas; ¡oh! si supieras lo que dicen por ahí de tí! Hay algunos que si te cojieran. . .

—Eso es la gloria—respondió Fischart con desenvoltura.—Mira bien á estos dos gentileshombres. Son poetas, ilustres poetas, amigos de la belleza donde quiera que esté, de donde

quiera que venga, cualesquiera que sean los auspicios bajo los cuales se presente.

La Wurm se inclinó ceremoniosamente.

—Llegáis demasiado pronto. La fiesta no comienza hasta la noche. Has olvidado los usos, Jean. ¿Qué se ha hecho de tu camarada, aquel á quien llamaban el Español porque era moreno y tenía una nariz enorme?

—Ha muerto.

—¡Pobrecillo! Me gustaba. No se lo decía á nadie, porque tenía miedo de que os rierais. Eras tan malvado! Pero en fin, eso es lo que causa tu genio. . . ¡Vamos! ¡Vivan los buenos recuerdos! ¡A tu salud! ¡A la vuestra, monseñores!

Shakespeare bebió un gran vaso de vino dorado, de sabor á violeta, y en seguida bailaron las llamas en su imaginación. Readway inspeccionaba las tapicerías, los espejos, los muebles raros con ojos inteligentes, de conocedor.

—Entonces, vieja—continuó el libelista—¿no tienes aquí ninguna de las maravillosas criaturas con que sabes regalar á tus huéspedes?

—Esperad.

Se levantó, y corriendo á una puertecita disimulada en el tabique, llamó:

—¡Genoveva! ¡Genoveva! Es una joven de veinte años, dulce y fresca. Fué seducida hace seis meses por un rico comerciante. Es tan viejosa, tan viejosa. . .

Y se interrumpió; Genoveva entraba. Pequeña, rubia, delgada, de mirada tímida, con un cuello adorable, talle delicado y manos mórbidas. Iba vestida de una bata de raso color naranja, y permanecía modestamente de pie entre los tres hombres.

Al cabo de un rato de contemplarla:

—Vete—le dijeron los tres.

—Es—dijo la tía Wurm en voz baja—la pilluela más astuta que conozco. Sus padres son honrados y pertenecen á la clase media. No sospechan nada. Viene aquí acompañada de su nodriza, y tan pronto pretexto que va al baño, tan pronto que asiste á una parienta enferma.

--Tú eres más astuta que ella--insinuó Fischart, tomando por aburrimiento el silencio de sus compañeros y deseando activar la conversación.

--Si, en verdad. Tú no has olvidado que me preguntabas por mis medios de acción y afirmabas que era yo una política capaz de darciento y raya á los jesuitas.

--Son los mismos procedimientos.

--Quizás. Lo cierto es que mi oficio es todo de discursos de feria. Discursos á las mujeres á fin de que se dejen seducir y de que engañen á sus esposos y á sus familias; discursos á los hombres para . . . Gano mi vida con palabras. La charla es más útil que el oro. ¡Qué confiado y vanidoso es el mundo! La pureza parece un duro fardo y la castidad un ligero velo!

--Escuchad ¡oh, poetas! y desesperaos.

--No es broma; hay días en que mis mentiras me asquean; tan fácil es cazar con liga tontos. Este se cree bello, irresistible, vencedor. Me insulta, y con voz vinosa me ordena surtirle de beber.

Shakespeare recordó de pronto que tenía en su alforja una carta del caballero John para un hostelero de Hamburgo. Sin decir nada á sus amigos preguntó por la posada. Las tres coronas. Halló en ella al enano cuya frente, según las indicaciones del extraño español, llevaba una enorme verruga amarilla, y quien á la frase misteriosa *Semper olim*, le hizo sentar con mucha cortesía.

--¿Llegáis de Rotterdam?

--Allí estaba en el mes de Agosto.

--¿Cómo seguía el caballero?

--Admirablemente.

--¡Bendito sea Dios! ¿No conocéis la persona designada por las iniciales A. B. C., á quien él os dirige?

--No. Cuento con vos para saberlo.

El gnomo se acercó al poeta y le dijo al oído:

--En un sabio célebre de Hamburgo, llamado Ermanius. Cualquiera os señalará la casa. Pasa por un ateo intratable. Es su papel. Pero de hecho, afiliado á los jesuitas, como yo;

sirve admirablemente á la Aven; trata con intimidación á los más feroces reformadores, se impone de sus proyectos, provoca sus confidencias, y escribe sus relaciones. Confíaos á él en absoluto. La recomendación del caballero John es omnipotente.

William no titubeó. Contó á sus amigos aquella extrordinaria aventura. La sorpresa del libelista fué extrema:

--¡Ah! El canalla, el bandido! Me ha engañado. ¡Voto á Dios! con sus blasfemias y sus frases contra los católicos. Quién hubiera creído que un estrujador abstracto de quintasencías . . . En fin, recibiré su lección.

--Eso no me asombra--murmuró Readway.--Todo sabio lleva en sí el germen de un pillo. La naturaleza se venga de sus violadores, mientras colma de virtudes á sus dulces amantes: los poetas.

La misiva A. B. C., que abrieron, no les dejaba duda alguna. Escrita en latín, comenzaba con estas palabras:

«Mi queridísimo hermano en Jesucristo; he recibido vuestros preciosos datos.»

Y terminaba así:

«Tales serán desde hoy vuestras instrucciones.»

Al día siguiente los tres compañeros se presentaron en casa de Ermanius. El rojo hornillo zumbaba. La temperatura era sofocante. El erudito acercaba al calor una retortita llena de liquido brillante. Su mujer, sus hijos y el discípulo Rüdberg, tirando de una polea subían la caja de reptiles. Uno de los perros cautivos ladró.

--¿Seguís expiando?--gritó alegremente Fischart.

El viejo se volvió:

--Busco la densidad de un liquido nuevo.

--¡Ah! ¡Ah! ¿Y qué liquido es ese? ¿Orines de jesuita? Si es así, afirmo que apestan.

El sabio tuvo un gesto instintivo de estupor. Procuró sonreirse.

--Cara ignoble de traidor--dijole brutalmente el libelista;--da gracias á tus cabellos blancos, que te evitan un famoso *picassée* de metal. ¡Recogías para tus estúpidos compañeros

las menores palabras de Jean Fischart y preparabas para mí las haces de leña! Aún no están encendidos, estíercol de cerdo, y puedes decirselo á ellos, puerco crapulosos!

A estas injurias, vomitadas con voz rabiosa, Gertrudis, Hilda, Wilhem y Erus, corrieron á Shakespeare y Readway suplicándoles no hicieran daño al esposo y al padre. Rüdberg rompió á llorar, escondida su cabeza de buho entre sus manos enormes, amarillas de los ácidos. Se oían sus sollozos.

Ermanius dejó á un lado, cuidadosamente su retorta y se cruzó de brazos:

—Silencio, mujeres! ¡Silencio, pequeños! Esos señores no me matarán y nuestros clamores son humillantes. Quiere decir, señores, que estoy descubierto.

—¡Pillo!

—Es evidente que mi título de jesuita no os agrada.

—¡Vil!

—Es evidente también que vuestros ultrajes resbalan como aceite sobre mi vieja piel. Os repugno; vuestras caras lo confiesan claramente. Sea. Pero entre hombres inteligentes se puede sacar partido de todo. El azar os revela mi vergüenza. Dejadme explicároslo.

Fischart se quedó como extasiado.

—¡Es sublime! ¡Le pagaríamos mil ducados por ahorcarle! Os aseguro, señora y señorita, que no tocaré un solo grano de su apesosa piel. Anda, Jorgo mía, desenvuelve tus argumentos.

—Pero daos prisa—añadió Raadway—porque un traidor debe ser breve.

—¡Un cerebro tan bello!—dijo Shakespeare.

Y levantó los brazos al cielo.

—Eso es, eso es, joven. Eso eso es lo que me ha perdido. Tengo conciencia de mi intelecto. Tenía que alimentarle, alimentarme y alimentar á estos. . .

—¿Por qué no te dirijas á la tía Wurm?

—Los Jesuitas me han halagado mucho. Tenían oro. He sido débil. El fondo de mi corazón es el ateísmo. Cuando blasfemo, soy sincero. Parece una máscara, y sin embargo,

es sincero. Me pinto de lo que soy. Además, he estudiado la vergüenza. ¡Qué prestigio! Por el aislamiento, por la concentración, por la inquietud, ayuda á la ciencia y obra la energía como un deseo. Encorbado sobre mis hornillos, rodeado de experiencias y de un relincho de animales cautivos, pensaba en mi doble faz. Ignoraba que sería descubierto. Lo es uno siempre. Oía la cólera de Fischart. No me ha sorprendido hace un momento. Yo me miraba á mí mismo con asco. Así es más lúcido. Ninguna idea moral, ¿comprendéis? molestaba mis reflexiones. Aparte del mundo, como en una isla, en el centro de un oprobio obscuro, me servía de él para escrutar el alma universal. El respeto del discípulo levantaba mi orgullo, porque es bello que un hombre se humille ante una mancha. Lo juro, señores; hay una labor en la traición.

Estas palabras y el tono que las animaba modificaron la actitud de Fischart. Su furor dejó el sitio á la necesidad de discutir, que era la base de su carácter.

Para sentir esos goces fétidos no tenías necesidad de lo real. El poeta Shakespeare te explicará que basta para eso una hipocresía doble ó puramente imaginaria.

—El poeta Shakespeare tiene una facultad singular. Se adapta á los sentimientos sin que se le impongan, como un perfecto cómico, y en este momento leo en sus ojos; habita en mi vergüenza. Pero como un caballero paga con emociones, yo debo pagar con mi persona.

—¿Cometerías un crimen por curiosidad?

—Si esos animales gozasen del lenguaje, responderían por mí. Si se hacen hombres, Jean Fischart, no se obliga á la naturaleza á mostrar su cuerpo todos los días. Yo he visto el cuerpo de la naturaleza. Pero ella no se ha dejado sorprender, sino porque yo estaba en estado de vergüenza. También se le aparece al asesino, mientras obra el puñal ó vierte el veneno, y en su vértigo va más allá que el más grande de los poetas. Pero gasta su fuerza en remordimientos. ¿Has preguntado por qué la ciencia quiere sangre, como el homicidio; por qué mis semejantes tienen miradas implacables? Estamos, querido,

fuera de la ley viva. Somos servidores de la muerte. La dulce vida reclama la ignorancia. Nadie se instruye más que por la matanza, matanza atenuada disimulada. Las armas forjadas en el laboratorio, por nuestros libros y nuestras teorías no tienen su acción sino después de algunos siglos.

—Adiós, traidor. Te despreciamos pero nos has interesado.

—No hay, á mis ojos, más bello elogio. Señor Shakespeare, siento mucho que la separación sea tan brusca.

—Yo también lo siento. ¿Por qué vuestra vergüenza no es traje?

Rüdberg había cesado de gemir. Los niños y la madre habían vuelto á sus trabajos. William, Fischart y Readway salieron de aquel desacreditado lugar.

Algunos días después, la antevíspera de Navidad, estaban los tres sentados, cada uno sobre su cama, en el cuarto de una humilde posada cerca de la aldea marítima de Kiel, en donde Readway debía batirse el día siguiente con su rival. Obscurecía. El campo estaba en un silencio absoluto.

—Abro la ventana,—dijo Shakespeare.—Aunque haga frío, respiraremos mejor.

La pura noche resplandecía de estrellas. Su deslumbrante claridad caía sobre la nevosa extensión. Distinguiase un bosque de pinos, un trozo de llanura, la entrada de la aldea. Un olor de sal y de hielo flotaba en la límpida atmósfera.

Readway dió un gran suspiro.

—Hace un año he provocado á Olof. Hace un año que preparo y modifico, hora por hora, mi destino. «¡Que viva!» grita el árbitro, y marca á mi adversario con una cruz negra. «¡Que cese de versificar!» y la cruz se alza bajo mi nombre: ¡En fin!... Cierro la oreja á los presagios. Shakespeare, ¿seguís en la idea de ir hasta Copenhague?

—Sí; y espero que seguiréis siendo mi compañero de viaje.

—En el caso contrario (porque Olof es bravo y cruel) he

aquí una carta destinada á mi dulcísima dama Helmi de Fulkentein. Os ruego que se la déis á ella en persona, en sus propias manos, y si tiene alguna debilidad, apartad de ella vuestros ojos. Mi sombra celosa quiere guardar para sí sola ese espectáculo.

Fischart tornó con aire regañón, como cuando temia enternecerse:

—Pues yo, pobre libelista, tengo, de todas maneras, que despedirme de mis dos poetas. Estos días de aventuras pasarían aprisa, soplos tibios de la amistad que disipa el invierno.

—¿Es que nos olvidaréis?

—Nunca. Vos, Shakespeare, más vibrante que ningún otro joven, cargado de orgullo y de imágenes; vos, Readway, flor de melancolía y de heroísmo, no saldréis nunca de mi corazón. Oiré vuestras voces, veré vuestras caras. Una gran parte de mi llanura sensible quedará herida de esterilidad. ¡Solíamos reir tan bien juntos!

—En aquella ruidosa comida, en casa de Doelen, vuestras primeras palabras me atraieron; en seguida os amé. Luego abandonamos Amsterdam, atravesamos la Fisa, y sobre las orillas del Ems aparece un caballero rojo.

—Era yo. Antes de saber vuestros nombres admiraba vuestros rostros donde brillaba una llama.

—Fuerza divina de la ternura,—murmuró Shakespeare.—Ella toma las vías más secretas y penetra en las carnes rebeldes. Hay ternuras cuya pronta emoción salta por el gesto y la palabra, seduciendo almas complejas, vibradoras, pero enmascaradas de hielo, falsos egoístas palpitando excesivamente en la profundidad. Las hay cuyo dominio de sí propias, cuyo verbo raro y luminoso agradan á vociferadores como Fischart. A veces un movimiento justo, un grito generoso, una presión oportuna, determinan grandes afectos. Cuando Readway, en el curso de una conversación, me agarra los brazos, me estremezo y siento entonces cuánto le quiero. Nadie como vos, Fischart ha sabido halagar mi amor propio, sin groseros cumplimientos; pero tratabais como á igual á un joven, y vuestra gloria, sin tocaros, como un nimbo, os rodea. ¡Ah! ¿qué pon-

drá lunca, con un verso altanero y acariciador, ennoblecer estos varoniles y delicados amores?

Readway se acercó á la ventana:

— ¡Estas cosas y las estrellas son toda la belleza terrestre. Dichosos los que sienten y expresan su entusiasmo! ¡dichosos los que al salir del mundo candente se bañan en las aguas frescas de la poesía! Un espectáculo tejido de realidad y de ensueño, y el espíritu se burla de los contrastes. ¡Corazones rectos, cerebros sutiles y la naturaleza abierta! Adorable silencio de amistad, cuando cabalgábamos juntos, cuando cada sendero ocultaba una sorpresa y cuando nuestros mudos pensamientos se juntaban por las miradas.

En un largo claro rodeado de pinos, blanco de una nieve que seguía cayendo todavía, Readway descendió del caballo, saludó á su adversario, desabrochó su capa roja que entregó á un lacayo, junto con su fieltro de plumas, y desnuda la cabeza, vestido de negro, sin coraza, su delicada cara azotada por la brisa de Diciembre, esperó á que estuviese pronto el caballo.

Este era alto y robusto, vestido con un jubón obscuro. Fischart y Shakespeare, que se hallaban á alguna distancia, notaron su fisonomía brutal, sus ojos frios y su musculatura. Nadie le asistía como testigo. Un servidor, entre los árboles mantenía su nerviosa cabalgadura de color obscuro.

Aunque la tarde no estuviese muy adelantada, poca luz caía del cielo bajo y amarillo y cuando salieron de la vaina las espadas, su brillo iluminó el espacio. La sábana de fresca nieve era delgada, sin embargo, estorbaba para el combate. Marchaban uno hacia el otro con precaución, fija la mirada y extendidos los aceros. El primer choque demostró la destreza de Readway y el vigor del caballero; porque éste, por una *finta* del poeta, resbaló y perdió el terreno que había ganado. La *reprise* fué cálida; se atacaron cuerpo á cuerpo, se les vió girar sobre sí mismos; saltar hacia adelante, hacia atrás y luego detenerse bruscamente. A lof estaba herido en la cara. Salió la sangre. Pero indicó con un gesto que la cosa tenía poca importancia; cogió nieve con las manos y lavó vigorosamente la herida. De lejos ese arañazo le daba una cara gozosa, como si

riera. Pero en él se acumulaba una rabia pálida, y en cuanto sintió el hierro de su rival, se precipitó, alta la guardia, rugiendo de victoria. El golpe, pronto y terrible, alcanzó á Readway en medio del pecho. Soltó á Clorinda y cayó sobre las rodillas. Fischart y Shakespeare corrieron á él. Le sostuvieron primero por los brazos y le extendieron después sobre el armiño enrojecido del suelo.

Readway gemía con voz silbadora: — ¡Es el fin!... Tan joven... lo sabía... La verdadera dicha en el intermediario... ¡Oh Killekroff! Otra dicha... adiós compañeros... adiós, mi poema futuro... Adiós, vida, bella vida, y vos, mi bien amado... mi Hel... por quien... ¡Oh!

Le dieron de beber. Reabrió un instante sus ojos grises, alentejueados de oro, en donde estaba cifrada toda la melancolía humana.

— William, no olvidéis mi carta... Cojed también mi espada... A él... Robin....

Balbuocéó algunas sílabas incoherentes. Y Fischart que le sostenía la cabeza, le sintió vacilar inerte sobre el cuello.... Y el alma esquisita del poeta huyó á la eternidad.

Aquella misma noche le enterraron en el pequeño cementerio de Kiel, al borde del mar mugidor. Oíase, muy cercana la obscena copla de un sepulturero ebrio. Cerca de la aldea, en la nieve, brillaban saltando las iluminaciones del Norte y se oía como un susurro el ruido de los bailes y las canciones. Por encima de él, en el suelo, Shakespeare clavó Clorinda hasta el pomo en forma de cruz. William sentía su alma negra y devastada. Fischart le tocó en la espalda.

— Ah!—dijo— ¡la tortura de la amistad! ¡Hora ignoble en que el bruto vuelve á montar á caballo, fiero del homicidio de su héroe!

William respondió:

—El espacio cruel va á ponerse entre nosotros con sus climas cambiantes y numerosos. ¡Pero que muera en seguida el olvido! Al borde de esta tumba apenas hollada, cerca del que adorábamos por su gracia valiente, os abrazo, Jean Fischart, y abrazamos su fantasma, á fin de que este instante sea inmortal.



VII

Shakespeare se despertó. Tenía ardorosas las manos, y para refrescarlas las paseó sobre sus rudas sábanas. En el cuartito se deslizaba un pálido rayo de sol, iluminando los muros de madera amarilla, incrustada de dibujos: «El Nacimiento del Cristo», «La subida al Calvario», «Magdalena al pie de la Cruz», un gran aparador de madera oscura, la estufa de porcelana y la estrecha alcoba en el fondo de la cual se hallaba el lecho.

—¿En dónde estoy?... Es la segunda vez que igual sorpresa.... Ayer ya... Sí, me han dado las señas... ¡Cómo arde mi cabeza! En Dinamarca... en casa de unos buenos aldeanos... Me recogieron... Los merodeadores... los bandidos... Me he defendido y he caído... He perdido mi caballo, mi espada, mi alforja... ¡Oh mi viejo Plutarco usadísimo! ¡La nieve, la nieve, la nieve! ¡Muerto Readway, Fischart desaparecido! ¡Queridos y dolorosos amigos!... ¡Vete de aquí, rayo burlón!... Llegas hasta esta caja, especie de ataúd en que estoy acostado... Todo me asombra... como si naciera de nuevo... ¿Es la fiebre? Extrañas ideas me cercan. Llevan trajes demasiado brillantes y hacen gestos para conmoverme. Creo que si llorara, no solazarían las lágrimas mi corazón hinchado de angustias.

La puerta se abrió lentamente. Entró una delicada silueta: la de una joven. Era de un blondo pálido y estaba vestida

—El espacio cruel va á ponerse entre nosotros con sus climas cambiantes y numerosos. ¡Pero que muera en seguida el olvido! Al borde de esta tumba apenas hollada, cerca del que adorábamos por su gracia valiente, os abrazo, Jean Fischart, y abrazamos su fantasma, á fin de que este instante sea inmortal.



VII

Shakespeare se despertó. Tenía ardorosas las manos, y para refrescarlas las paseó sobre sus rudas sábanas. En el cuartito se deslizaba un pálido rayo de sol, iluminando los muros de madera amarilla, incrustada de dibujos: «El Nacimiento del Cristo», «La subida al Calvario», «Magdalena al pie de la Cruz», un gran aparador de madera oscura, la estufa de porcelana y la estrecha alcoba en el fondo de la cual se hallaba el lecho.

—¿En dónde estoy?... Es la segunda vez que igual sorpresa.... Ayer ya... Sí, me han dado las señas... ¡Cómo arde mi cabeza! En Dinamarca... en casa de unos buenos aldeanos... Me recogieron... Los merodeadores... los bandidos... Me he defendido y he caído... He perdido mi caballo, mi espada, mi alforja... ¡Oh mi viejo Plutarco usadísimo! ¡La nieve, la nieve, la nieve! ¡Muerto Readway, Fischart desaparecido! ¡Queridos y dolorosos amigos!... ¡Vete de aquí, rayo burlón!... Llega hasta esta caja, especie de ataúd en que estoy acostado... Todo me asombra... como si naciera de nuevo... ¿Es la fiebre? Extrañas ideas me cercan. Llevan trajes demasiado brillantes y hacen gestos para conmoverme. Creo que si llorara, no solazarían las lágrimas mi corazón hinchado de angustias.

La puerta se abrió lentamente. Entró una delicada silueta: la de una joven. Era de un blondo pálido y estaba vestida

de una bata gris ornamentada de rojo. El poeta notó sus ojos claros, sus mejillas manchadas de algunas pecas oscuras, sus manos delicadas y algo gruesas. Llevaba con grandes precauciones un *bol* sobre una bandeja de estaño. Se acercó á la alcoba.

—¿Habéis descansado, mi pobre señor? Tomad esto... los enfermos tienen siempre sed.

Hablaba con voz dulce y grave, en correcto y puro alemán. El poeta, después de apagar su sed con la leche, le interrogó:

—¿Os he visto ya?

—Muchas veces desde que os han traído aquí; pero habíais perdido el conocimiento. ¿Sois extranjero?

—Inglés. ¿Cómo os llamáis?

—Aino Peterson.

—¿Vuestros padres me han salvado la vida?

—Mi padrastro os halló desmayado en la nieve, hace cinco días. Unos bandidos os habían atacado, desbalijado y abandonado allí. Cuando os han acostado gemíais muchísimo y creíamos que estabais horriblemente herido; pero el médico nos tranquilizó: «En cuanto pueda comer, quedará curado.» Toda la noche la habéis pasado llamando á vuestros compañeros y á vuestro caballo. Bebíais la leche con aire malvado que me hacía reír, porque sabía que estabais fuera de peligro.

—¿Qué aldea es ésa cuyos techos veo desde la ventana?

—Nuestro país, Hadersborg, en Dinamarca.

—¿Estoy cerca de Copenhague?

La joven sonrió.

—No he ido allí nunca. Ahora los trenes van á prisa. Se atraviesa por Fiornia, donde ha nacido mi madre, los Belt y Seeland. Dicen que es una ciudad soberbia.

—¿No me decíais ayer que cuando me desnudaron me encontraron muchas cosas escapadas á la voracidad de los ladrones?

La joven se dirigió al aparador y trajo á William su cinturón, donde quedaban sesenta monedas de oro, y la carta de Readway. Shakespeare suspiró de alegría.

—Aino Petersen; mientras yo viva, vuestra linda cara despertará en mí la ternura y el agradecimiento. Recta es la luz, como hoy, seréis para mí un querido y un maravilloso recuerdo.

Ella se ruborizó mucho, le hizo una reverencia burlesca y se fué con una gracia ligera.

Shakespeare acababa de almorzar con la familia Petersen, en la sala del piso bajo. La puerta estaba de par en par sobre la única calle de la aldea, adormecida de nieve; pero nadie tenía frío, porque un fuego de sarmientos, vivo y claro, lamía las altas paredes de la chimenea y en medio pendía la marmita. El techo estaba cruzado de enormes vigas relucientes. Sobre los muros, violentamente coloreados, se sucedían leyendas y escenas religiosas. Por la ventana podía verse el jardincito, de una blancura uniforme, la barrera negra y el campo.

Aino y su madre (Catalina) servían la mesa. Se parecían de una manera extraña, y á pesar de algunos cabellos grises, Catalina parecía muy joven. Sacaba con gran rapidez de los pesados armarios de cobre esculpido, la vajilla, las botellas y las conservas de pescado. Casada en segundas nupcias (viuda del padre de sus hijos) adoraba á su segundo, Crik Petersen, robusto mozo de cara cuadrada, de facciones inteligentes, quien sentado frente á William, comía glotonamente, empujando en la boca los trozos de carne con los dedos. Ella le chiqueaba, le daba empujones, le escogía los mejores trozos y se reía viéndole reír con las mejillas llenas y las sienes arrugadas de glotonería. Hjalmar, el hermano de Aino—precoz niño de unos diez años, pálido, abotagado, cara espesa, iluminada por dos grandes ojos de un azul húmedo, cabellos tan pálidos como los de su hermana, frente desproporcionada y gestos torpes, permanecía silencioso á un extremo de la mesa, como alelado ante el alimento; y de vez en cuando miraba á su padrastro con ojos cargados de odio.

Crik, por décima vez contaba á Shakespeare cómo le había salvado.

—olvía yo de un trabajo urgente en Apenrade.... Mujer, dame un poco más de ese arengue. Se funde en el paladar.... Y lo gracioso es que yo creía oír gritar..... Ah! vuestra posición no era envidiable.

—¿Me habéis traído á cuestras?

—Ya lo creo; no había otro remedio. No os moviais; pareciais un cadáver. Y frío.... un témpano de hielo.

Un hombre entró, tosiendo y gargajeando, erizado de abrigos de pieles como un gato viejo. Sacudió sobre el umbral las botas, de las que saltó un polvo de hielo.

—Salud, tío Jacobo. Vamos; un traguito con nosotros.

—Dios os guarde. Tengo leguas en las piernas.

Desembarazado de sus pieles, mostró una fisonomía lacrimosa. En su barba y sus cejas brillaban cristales de escarcha. Bebió beatamente é hizo chasquear su lengua y dijo otra vez:

—Tengo leguas en mis piernas.

Luego, mirando á Shakespeare:

—¡Ah! ¿es el señor?.... ¿No se ha sabido nada de los merodeadores?

—Nada.

—Hace cinco años que no sucede nada igual. Es la mala sombra.

Sacudió satisfecho la cabeza y se sentó cerca de la chimenea.

Durante el silencio que siguió á estas palabras, saboreó Shakespeare la beatitud. Había escapado á la muerte. La atmósfera era tibia, voluptuosa por Aino, interesante por Hialmar, pintoresca por el lugar y la hora. Esos seres que le rodeaban, esos muros ornados, la perspectiva nevosa, tomaron de pronto para él un relieve maravilloso, una irradiación de ensueño. Las almas se abrieron hasta el misterio, confesando sus recuerdos; las miradas grabadas en el fondo de ellas, las pequeñas circunstancias agrandadas por el destino, las fuentes del gozo y de la venganza.

—Déformate según mi imaginación, tío Jacob; presta á la necesidad dramática tus miembros secos, tus lacias arrugas y tu capa de piel de oveja. Aquí, en plena quietud, empujado por

el azar, has traído una fatal noticia y el calor del hogar no prendió el frío de tu espanto. Lo que acabas de decir y lo que ignoro han trastornado á este pillete, á Hialmar, y su joven corazón tiembla de colera, mientras su hermana, de tez blanca, siente el amor. Así palpitan á través del espacio sentimientos contradictorios. Los padres no han comprendido y sus actitudes están tranquilas. Así resultan mejor las sacudidas ambientes en la sensación como la carne en el hueso y que tiendan los nervios de los espectadores; palabras semejantes á confesiones breves, á gritos de agonía, mezclados de intelectual y de feroz. En verdad, los arreglos ordinarios de la vida no son para mí más que preludios de alguna circunstancia trágica; y todos, más ó menos, del rey al vagabundo, tememos la caída del sol. La selva de nuestros gestos, el mar de nuestras lágrimas, el cielo de nuestras sonrisas, esperan, en una falsa seguridad, alguna tormenta irresistible.

Crik se levantó.

—Podéis calentaros, tío Jacob. Yo voy á trabajar. Se está construyendo un cercado con habitación para los bueyes, á la entrada del pueblo. Es una buena precaución en invierno.

Besó á su mujer y á Aino y cogió en un rincón su paquete de herramientas y su hortalanda. Desde la calle, enviaba besos á Catalina. Hialmar tuvo una mueca de asco.

—Yo recogeré leña con mi hermana—dijo, apretados los dientes.

—Y yo os acompañaré,—añadió William.

Los tres salieron y pasaron por la cuadra. Allí pateaba y coqueteaba Frölle, el caballo gris, el amigo de Aino. La joven le llevaba siempre, después de comer, alguna golosina y acariciaba su morro oscuro. Le felicitaba propósito de sus dientes, los descubría sobre los ojos y los besaba.

—Lo quiero tanto que sueño con él casi todas las noches. Y estoy segura que él sueña conmigo. Le cuento mis alegrías y mis penas. Las escucha y me consuela frotando su buena cabeza velluda contra la mía. Cuando estoy alegre, canta baila con sus orejas. Una vez, que estaba en el patio pronto

para irse al campo, me vió en la ventana llorar..... Verdad que rompiste aquel día la jáquima, mi bello amigo, para probarme, así tu ternura? Si paso junto al muro, aunque la puerta esté cerrada, me adivina y relincha de una manera particular. Cualquiera diría que busca mi nombre. Aino. . . . Aino. . . . viejo sinvergüenza adorado. . . . es una palabra bastante difícil de decir para un caballo. Tu gruesa lengua no es bastante flexible.

Y se rió, pegada la cara contra la sien á la que se mezclaban sus cabellos pálidos. Su actitud tenía algo de tan fino y de tan apasionado, que el poeta se conmovió deliciosamente.

La llanura formaba bajo el cielo descolorido un inmenso espacio de nieve lisa. Subía de ella como un vapor azulado. Hacia la derecha, humeaban algunas chimeneas y se distinguían filas de árboles de un negro intensísimo. Shakespeare marchaba entre Hialmar, taciturno como de costumbre, y su hermana de mejillas que el frío hacía muy rosadas, y muy arrebujaada en un manto de lana. Shakespeare se asustaba de las largas líneas hechas de puntitos, regulares, rectas ó dibujando figuras geométricas trazadas sobre la blanca extensión, hasta el último límite del horizonte. Algunas parecían más delgadas y producidas por saltitos; otras más espesas, formadas de cinco apoyos bien claros. Aino le explicó aquellas diferencias.

—Estas son las huellas de los cuervos. En cuanto llega el otoño, llegan aquí gritando horriblemente y saqueando los nidos de los pájaros. Estas son huellas de zorros. ¿Veis las marcas de las patas, semejantes á estrellas y la cola que dibuja el haz apretado de una escobeta? Vagan en derredor de las granjas y no saben que se les sigue la pista. Pero si llegan á cojer una gallina, corren tanto que no hay quien los agarre.

William, ante esos singulares vestigios, á los cuales él mismo añadía su huella, pensó en el visible trayecto de los héroes á lo largo del camino humano.

—Si alguno de los bandidos que me han atacado, halla registrando en mi alforja, mi Plutarco, y lo comprende, los más famosos capitanes serán para él zorros y cuervos cuyas pisadas sigue uno á través de los siglos.

—¿En qué pensáis? Parecéis triste.

La voz harmoniosa de la joven interrumpió su reflexión.

—Yo me decía á mi mismo que se considera uno tan dichoso en vuestra casa, que acabar esin duda, por olvidarme, en Hadesbourg. Y estaré muy viejo, muy cascado, sería demasiado tarde para volver á mi país.

—¿Qué edad tenéis?

—Veinte años. ¿Y vos?

—Diez y siete. ¿Es bella la Inglaterra?

—Según mi corazón.

—Entonces ¿por qué os habeis aljado de ella?

—Creí que era para instruirme en los hombres y en las cosas. Noto ahora que era para conoceros.

La joven hizo una mueca esquisita y sacudió la cabeza sin responder.

—Me aburro—dijo Haimar, bruscamente.—Volveré para comer.

Y se alejó sin que su hermana hiciera algo para detenerle. Durante algún tiempo se vió sobre la nieve su corta silueta rechoncha.

—¿Pero qué tiene vuestro hermano? Parece atrocemente melancólico.

La joven suspiró.

—Es un pobre enfermo. Me asombra que no se haya confesado con vos. Desde que nuestra madre se ha vuelto á casar, ha cogido odio á su padrastro. Sin embargo, Erik le quiere mucho. Pero Haimar parece un lobo. Todo el día se lo pasa devorado de cólera en un rincón, y de noche, porque su cuarto está al lado del mío, le oigo levantarse y amenazar algo invisible: «Perro, perro, ladrón, te mataré, te cortaré el cuello.» A veces golpea con violencia los muebles y el muro, ó solloza y gime. Es para todos nosotros una gran pena. Porque así la existencia es penosísima. A pesar de la gran paciencia de Erik temo lo que sucederá.....

—¿Recordáis á vuestro padre?

—Sí. Era mucho más viejo que mi madre y de temperamento triston. Acariciaba mucho á Haimar quien entonces era muy niño. A mí, casi nunca me miraba.....

Habían llegado á un bosquecillo. Los árboles parecían muertos, y sobre el aire lívido tendían sus ramas secas y descarnadas.

—Se desconsuelan—dijo William.—Imploran el sol. ¡Hosca estación; mudas distancias! ¿Este no parece torcido por la desesperación? Llama socorro; agoniza. ¡Ay, mi dulce Readway!

—¿Qué nombre es ése que repetiais en vuestra fiebre?

—El de un amigo bello, noble y fiero. Ibamos á través de la Alemania. En Kiel se ha batido con su rival, un negro caballero, y ha dejado en nuestros brazos el despojo del más valiente de los poetas.

Se detuvieron. Una bandada de cuervos, graznando, se perseguía por el cielo apagado. Había en los ojos verdes de Aino una indecisa bruma sentimental. Esa soledad helada daba á Shakespeare una necesidad de calor, de ternura. Cogió la mano fría de su compañera. Ella no se opuso. El se acercó á ella. La joven tembló, y sus miradas, á las que él juntaba las suyas, expresaron el gozo y el temor. Luego sintió contra su boca dos breves labios de hielo, que tuvo trabajo en apartar. Pero el contacto en seguida se hizo tibio y más dulce que un ensueño. Con un brazo alrededor de un cuerpo vibrante, bebió largamente en la blanca extensión esa alma cándida. Sobre las praderas de nieve, los gritos de los pájaros sombríos y las siluetas de las ramas significaban la muerte. También ellos, unidos uno contra otro, imploraban la voluptuosidad y la vida. Cuando separaron sus bocas, William cayó de rodillas ante la joven, abrazó sus piernas nerviosas y le besó el traje, engañando su deseo con palabras de amor.

Volvieron silenciosos á la casa, envueltos en un pronto crepúsculo de color violeta, al cual sucedieron tinieblas color de ópalo. El campo parecía una red de bruma y obscuridad. Una marea de nubes pálidas se alzó donde brillaban las luces de Hadersborg. Iban cogidos de la mano, rozados por esos espectros rápidos, y sus dedos, enlazados, creaban un nuevo sér, al cual Aino daba la pasión, el poeta un torbellino de sentimientos confusos y la noche septentrional su aliento de misterio.

Cuando entraron en la sala cálida é iluminada, Catalina Peterson bordaba; é Hjalmar, hundida la cabeza entre las manos, reflexionaba contemplando el fuego vivo de la chimenea.

Adorables fueron los días siguientes. Aino, transformada por el amor, revelaba instrucción, prolongaba el instinto. Nunca los besos eran bastante ardientes ni los abrazos bastante largos. Después de comer, se esperaban. La llanura blanca les sirvió de refugio. Con voz algo salvaje, de matices rudos, la pequeña danesa cantaba al poeta los *aires* más lindos del país, perfumados de las pasiones sencillas que expresaban sus transportes. Comprendía ahora el sentido de esas palabras felices que pronunciaba antes á ciegas; y él, sin que ella pudiera contarle, seguía en aquellos ojos cambiantes el progreso de la llama divina. El espiaba la metamorfosis.

—¡Mi adorado! ¡mi adorado!—repetía ella cogiéndole las manos.

Y estas simples palabras tomaban cada vez más savia haciendo estremecer sus almas. En cuanto llegaban á la cerca de árboles muertos, en la cual sus siluetas dejaban de ser visibles, ella le estrechaba á él con una flexibilidad de gatita, eubriéndole la cara de mordeduras rápidas y candentes; le abrazaba hasta ahogarle casi. Y cuando sus bocas fatigadas se separaban, ella conservaba la suya entreabierta, enajada de una sonrisa extraña. Y él, inclinado sobre ella, admiraba la pureza de sus facciones, sus narices palpitantes, sus párpados transparentes, su frente ligera en donde comenzaban los cabellos por un corto bello blond.

Cuando se cansaban de caricias él le contaba historias. A ella le gustaban terríficas, á fin de sentirse al abrigo de su fuerza. El invocaba hadas y gigantes, ogros de cara de víbora, y deliciosas princesas dormidas despertadas por un caballero acorazado de oro. Prestaba á sus heroínas la cara de Aino, y ella se reía; echaba atrás la cabeza rodeando con sus brazos el cuello de William y cortando la historia con sus labios. Ella deseaba la ciencia fatal. Como su pudor era extremo, lo violentaba, creyendo así acercarse al gran misterio, y él se en-

sternecía de esas investigaciones. La amaba casi hasta la muerte. Supuso que acababan de matarse, que la nieve caía sobre ellos, y como las piernas de ambos vacilaban realmente, se dejaron caer en la blanda pradera helada. Se quedaron como muertos durante largo tiempo, y cuando se levantaron parecían salir de un féretro.

Ella no le preguntaba nunca por su país, ni por su familia, ni por su pasado. Le aceptaba desconocido, cargado de sombra, como su sombrío paisaje cuando volvían, al caer la noche. Sabía sólo que era un poeta, que adoraba las nubes, la escarcha, los pobres árboles de corazón helado y las baladas más antiguas cuyo relato es una campana monótona. Cosa maravillosa: su voz ganaba en amplitud, y desde que cantaba los sufrimientos del abandono, el poeta adivinaba su herida. Criatura sensible, solamente aguijoneaba su deseo la imagen cruel del dolor. La manera con que entonces ella le abrazaba, significaba: «Te irás muy pronto. Yo quiero gozar del amor.»

Ni Erik ni Catalina sospechaban nada. Durante la comida hablaban de sus negocios y trabajos cotidianos. Uno al lado de otro, Aino y William, seguían su ensueño á través de los menores episodios de la familia. A menudo la joven se levantaba, iba á buscar un plato humeante, lo colocaba sonriendo graciosa sobre la mesa, y Shakespeare miraba su andar suelto y su tallo fino envuelto en la lana de ornamentos rojos. Las tertulias de la noche eran cortas. El tío Jacob, algunos vecinos—siempre los mismos—buenas gentes de fisonomías borrosas y pastosas, iban á beber á casa de los Petersen la infusión de yerbas hirvientes aromatizada de alcohol. Hablaban del rudo invierno, de los animales, de los muertos y de los nacimientos. El tic tac de un grueso reloj de madera acompañaba las conversaciones. Los Reyes Magos, recostados contra el muro, proseguían su inmóvil cortejo. Las llamas de las chimeneas disminuían lentamente y de pronto alzaban altas luces color púrpura. Shakespeare percibía un gruñido sordo. Hialmar, en un ángulo, como una bestia feroz, manifestaba así su asco y su odio.

Un día el niño habló aparte al poeta:

—Sé que amas á mi hermana y que mi hermana te ama. No me importa. Pero no os dejéis sorprender. El pillo se alegraría mucho.

—¿Hablas de tu padrastro?

—Sí, del miserable que me ha robado á mi madre y arrojado de su corazón el recuerdo de aquel á quien reemplazó.

—No parece mal hombre.

—Es para que le odie más. Su dulzura es un engaño. Me teme, te lo juro, y cuando le miro, vuelve la cara. Cree desarmar mi rencor. ¡Ah! ¡qué! es desgracia ser tan pequeño y no saber conducir un puñal!

Los ojos azules se hacían feroces. La imagen del asesino se pintaba sobre la cara descorrida y temblorosa.

—Si cometieras ese crimen abominable, se moriría de dolor Catalina, sin duda.

—¿Y qué importa! La mujer que olvida al padre de sus hijos lo merece todo. Además, no sucederá nada de eso. Soy demasiado débil. Un día quiero y al otro día vacilo.

Es probable que huiré de casa. Mendigaré. Trabajaré. Iré á la guerra y me figuraré que maté á Erik. Entonces estarán satisfechos. Podrán abrazarse sin miedo. No puedes imaginarte lo angustioso que es despertarse de noche (porque duermo al lado del cuarto de ellos) por el infame ruido de sus besos.

Aino se había llevado á su cuarto á Shakespeare. Era una habitación estrecha, semejante á las otras, con el techo y los muros abigarrados. Desde la ventana baja se veía la calle de Hadersborg y el torbellino de una ráfaga de nieve. La estufa roncaba. La joven abrió un pesado armario de roble, mostró las tablas cubiertas de inscripciones, y dijo:

—Mira, adorado mío. Aquí están marcadas, desde años y años, las fechas principales de la familia. En los Peterson ha habido marineros y soldados matados en la guerra. No recuerdo ya los detalles, pero esas cruces significan los muertos, las más pequeñas nacimientos. Los cuadrados recuerdan las grandes heladas, los círculos la sequedad ó la venta de los animales. Hay nombres que no puedo leer.

—Vestigios distintos á los de los cuervos—pensó el poeta

—pero su sentido es el mismo. ¿Quién sabe si la memoria fiel no ha guardado las huellas de los antepasados cambiadas en emociones y en ensueños, y sin duda nuestras agitaciones, nuestras angustias, y nuestros temores no son reminiscencias? Esos velos del alma tras los cuales se agitan tantos dramas oscuros, se me aparecen como sudarios y todos nuestros estremecimientos proceden de los muertos.

Contempló largamente las raras figuras de madera pulida cuyos contornos había casi borrado el tiempo. Ella apoyaba su cabeza ligera sobre el hombro de William, y á través de esa virgen enamorada, la fuerza del pasado. El penetraba más. ¡Pobre Aino, qué lejos estaba de él! Como nunca—ni aun con Plutarco ó los cronistas, ni aun en las largas reuniones nocturnas de Stratford—como nunca—ni aun con sus amigos Schorrel, Fischart y Readway en medio de las antiguas ciudades de Holanda y de Alemania—nunca había, como como en aquel momento, visto subir la marea del tiempo, océano de sepulturas que bate sin tregua nuestra carne rápida.

—Mi vida lucha contra esas ruinas. Quisiera resucitarlas. Tengo en mi bastantes marinos y guerreros para arrojar en el mundo los Petersen, todos los pilletes inscritos sobre este armario. Uno solo de mis sentimientos complejos hasta para reanimar á cualquiera de esos seres simples. Y tengo momentos de fiebre capaces de sembrar un ejército.

La dulce voccecita llegó á dominar su orgullo.

—¡Llevo tres días sin ver á Srolle! La culpable es tuya. No puedo querer cosa que no seas tú, y me olvidas, malvado, aun cuando estás junto á mi corazón.

William comprendió que la sensibilidad de la niña se exaltaba de una manera peligrosa, y que por el solo contacto un poco de las imágenes de él pasaba al sér de ella. Pero la joven admiraba su piedad. El la habló mucho. Pero ella adivinaba su distracción. El afectó un silencio conmovido. Pero ella adivinaba su egoísmo.

—Hay otras mujeres en tus besos.

Esa frasele estremeció, porque pensaba en Mary, su amiga de la infancia, cuyos cabellos, de una finura igual, estaban

perdidos con la alforja; y deploraba la fuga de los sensaciones sencillas. Una tristeza hosca le invadió al no poder desterrar de su pensamiento la angustiosa reflexión.

Una tarde que William había ido á recibir á Crik y á Catalina, notaron á la entrada de Hadersburg un grupo de personas alrededor de un trineo. El que lo conducía—un viejo robusto—envuelto en magníficas pieles, interrogaba á los aldeanos:

—Vengo de Hamburgo. Voy á Copenhague. ¿Los Belt están helados? ¿No podré pasarlos?

Las respuestas fueron afirmativas.

—No ha habido invierno más rudo. De seguro que hay en los estrechos una capa de un metro de hielo, y no había que temer el deshielo, puesto que comenzaba el mes de Febrero.

El viajero, entonces, se informó de una casa donde poder pasar la noche, alojar su vehículo y sus caballos, pues contaba seguir al día siguiente su camino. La ocasión le pareció buena á Shakespeare. Siguió al hombre y se puso á conversar con él. Se llamaba Rollin, director de teatros, por oficio y nómada por gusto de la aventura. De Alemania, en donde había regulado unos asuntos, iba á reunirse á Copenhague con su compañía. El poeta, viendo aumentarse sus probabilidades de buen éxito, se ofreció á él como un cómico inglés experto. Charlaron de teatro, de dramas y comedias. Rollin, encantado del encuentro, recitó con énfasis paisajes de Plauto y Terencio. Parecía de una bondad extrema, muy satisfecho de sí mismo y deseoso de dar consejos.

—Sois joven. Puesto que así lo queréis, os contrato. Os perfeccionaré. Empezaréis haciendo papeles inferiores, y si sois dócil, os elevaré al primer rango. ¡Lo más raro es un galán joven, un galán joven! ¡Ah! antes yo he sido galán joven y cuando, atravesado de un puñal, me arrastraba á los pies de la infiel, nadie podía contener las lágrimas. Conque, hasta mañana. En cuanto amanezca, cuento con vos.

Cuando William anunció, con mil precauciones á Aino su brusca partida, ésta se quedó inmóvil y muda, más pálida qu

nunca. Sus labios temblaban. Estaban solos en la sala del piso bajo. Las llamas de la chimenea bailaban arrojando reflejos sobre los muros, y la mesa servida esperaba a los habituales convidados. Al fin, la joven murmuró:

—Lo sabía. Giolla me lo había avisado. Las cosas dichas duran muy poco. Pero cuando todo el mundo se haya dormido, iré a verle. ¿No es la última noche?



VIII

Una violenta impresión de obscuridad y de nieve, un hervor interno de imágenes líricas: tal fué el recuerdo que conservó Shakespeare del trayecto de Hadersburg a Copenhague. La charla de Rollin rozaba sus orejas distraídas, sin llegar a su espíritu. El trineo, mudo, rápido y ligero, arrojando ante sí un polvo blanco, atravesaba llanuras de un azul immaculado, bosquecillos de árboles muertos. Los pasos de los caballos sonaban sobre los puentes de madera. Deteníanse en algunas aldeas. Casas de abeto, sacudidas por la borrasca, bebidas calientes, fisonomías honradas y apacibles, simples existencias grotescas alrededor de una estufa. El uniforme aspecto de esos actos.

El poeta, envuelto en pesadas pieles, azotado el rostro por una ráfaga cortante, veía de nuevo los incidentes de los últimos meses, las nobles casas de sus amigos. Con una claridad fantástica, oía las voces de Schorel, de Fischart y de Readway.

Echaba de menos tantas cosas buenas y tiernas que pensaba a cuenta de ellos y que no había dicho, retenido por un pudor sentimental. Pero esos hijos de humanidad osada y generosa crecían, se agrandaban y agrupaban en su alma. Se cambiaban en héroes antiguos, adornados de fuerza e inteligencia y les prestaba acciones sublimes. Combinaba extrañas circunstancias en donde brillaban sus cualidades, en donde sus palabras se hacían proféticas, en donde sus gestos abraza-

nunca. Sus labios temblaban. Estaban solos en la sala del piso bajo. Las llamas de la chimenea bailaban arrojando reflejos sobre los muros, y la mesa servida esperaba a los habituales convidados. Al fin, la joven murmuró:

—Lo sabía. Giolla me lo había avisado. Las cosas dichas duran muy poco. Pero cuando todo el mundo se haya dormido, iré a verle. ¿No es la última noche?



VIII

Una violenta impresión de obscuridad y de nieve, un hervor interno de imágenes líricas: tal fué el recuerdo que conservó Shakespeare del trayecto de Hadersburg a Copenhague. La charla de Rollin rozaba sus orejas distraídas, sin llegar a su espíritu. El trineo, mudo, rápido y ligero, arrojando ante sí un polvo blanco, atravesaba llanuras de un azul immaculado, bosquecillos de árboles muertos. Los pasos de los caballos sonaban sobre los puentes de madera. Deteníanse en algunas aldeas. Casas de abeto, sacudidas por la borrasca, bebidas calientes, fisonomías honradas y apacibles, simples existencias grotescas alrededor de una estufa. El uniforme aspecto de esos actos.

El poeta, envuelto en pesadas pieles, azotado el rostro por una ráfaga cortante, veía de nuevo los incidentes de los últimos meses, las nobles casas de sus amigos. Con una claridad fantástica, oía las voces de Schorel, de Fischart y de Readway.

Echaba de menos tantas cosas buenas y tiernas que pensaba a cuenta de ellos y que no había dicho, retenido por un pudor sentimental. Pero esos hijos de humanidad osada y generosa crecían, se agrandaban y agrupaban en su alma. Se cambiaban en héroes antiguos, adornados de fuerza e inteligencia y les prestaba acciones sublimes. Combinaba extrañas circunstancias en donde brillaban sus cualidades, en donde sus palabras se hacían proféticas, en donde sus gestos abraza-

ban el porvenir. Tras esas varoniles siluetas aparecían las sombras delicadas de Eva y Aino. La holandesa y la danesa se juntaban por rasgos comunes, igual talle delicado é iguales ojos claros. Las escenas de Rotterdam y de Hadersborg confundían el amor y el luto.

Tantos ensamientos asaltaban á William que suspiraba por no poder abrirse á su compañero. Sintió vivamente el fecundo dolor de la soledad por la cual se absorbe el entusiasmo y se hace un pliegue del carácter. Bajo las nubes rugosas temblaban bandadas de cuervos, como un choque de espadas negras. Se posaron á la orilla del camino.

—Van á juzgar—murmuró Rollín y moderó el andar de los caballos.

Los tristes pájaros, en círculo, peleaban y se investaban, y uno de ellos, en el centro, engrifadas las plumas, parecía el objeto de la disputa. ¿Cuál era su crimen y qué sentencia implacable le amenazaba, bajo los copos pálidos, ante sus grasnadores verdugos?

Los viajeros franquearon, el pequeño Bell, al caer esa luz indecisa que apenas si merece el nombre de día. El trineo se deslizaba entre montículos cubiertos de pinos. La claridad de la nieve luchaba entre el crepúsculo. Grandes superficies, azules y violetas, alternaban con bandas rojizas, y los collados rayaban un livido silencio.

—Ningún estado moral—pensaba Shakespeare—conviene á semejante desolación. En estos lugares serían necesarios hadas y gigantes. Es el país abandonado por la leyenda.

Pero la sombría violencia del Norte le esperaba en el gran Bell. Era ya de noche cuando se aventuraron en ese mar petrificado. Hasta el extremo horizonte, visible por un frío vapor, prolongábase aquel mar como un ancho abismo. Hubo un alerta. Un sordo crujido rajó de pronto ese cristal siniestro y el negro relámpago horizontal corrió hacia el Oeste ensanchando sin cesar su ruido y su hendidura. Los caballos estuvieron á punto de caer al suelo. El espacio se trocó en un reflejo de acero bruñido; el abismo del cielo y del sol se llenó de una bruma verde opaca y penetrante,—aliento implacable del invierno.

—Hé aquí la cabeza de la muerte,—gritó el poeta.—El fantasma del agua, prisionero de una helada tenebrosa, vuela giñiendo y nos anuncia el fin del mundo. ¿Qué personaje sería más trágico que esto? La pesadilla se realiza. Corred hacia mí, del fondo de mi ser, monstruosos hijos de mi fantasía, porque la decoración es digna de vosotros. Espantosos remordimientos pueblan, sin cuartel, esta atmósfera. Confundidos y petrificados los poderes elementarios acrecientan horriblemente su masa glauca.

El teatro de *El Caballero* (bautizado así á causa de la alta estatua que decoraba su frontón) se alzaba no lejos del puerto, en una estrecha calle de Copenhague. Era una construcción ovalada cuyo fondo constituía la escena; todo el resto del circuito estaba reservado á los espectadores. William y su guía llegaron de improviso durante el ensayo de una obra burlesca: *El Engañador engañado*. La alegría de los actores fué extrema. Con gritos y saltos, corrieron hacia Rollín, le abrazaron y quisieron llevarle en triunfo.

—¡Salud, hijos míos!

—¡Salud!

El buen hombre logró con mucho trabajo desasirse de todos aquellos brazos.

—Traigo excelentes noticias de Hamburgo. El camino es un poco frío, pero delicioso, gracias sobre todo á nuestro, á vuestro compañero el señor William Shakespeare, aquí presente, célebre cómico inglés, quien con su talento va á aumentar vuestros éxitos.

Las aclamaciones redoblaron. Se festejó al recién venido. Este trabó en seguida amistad con la característica, mujerona de ancha boca y de risa espesa, cuyas mejillas caían sobre muchas papadas; con dos lacayos burlones, vestidos de amarillo y verde; el clown, con su traje deslambriante de lentejuelas; el barba, presuntuoso y solemne; el capitán, enorme mozo fanfarrón, de terribles bigotes rizados con tenacillas; el esposo tonto, joven elegante y tímido; el hijo del senador-consejero del rey Rosen-Krants, quien se había, con escándalo, da toda

la ciudad, contratado en la compañía por admiración a la gran coqueta Ivelina. Esta saltó al cuello de Shakespeare.

—Tú me agradas, tú eres bello, y aunque debiera Rosenkrantz reventar de celos, nos *liaremos* bien.

Ella era de estatura mediana, delgada y flexible. Sus cabellos castaños, de reflejos de oro, ondulaban en derredor de su cabecita, de nariz fina, de labios demasiado rojos y en donde los ojos se abrían como dos anchas flores negras. Vestía una bata de terciopelo gris claro con ornamentos de plata. Los gestos delicados de sus largas manos cargadas de sortijas acompañaban su voz mate y justa. El poeta contempló aquellas mejillas algo huecas, avivadas de colorete, y la maravillosa curva de sus caderas. Y respondió a sus cumplimientos:

—Soy una chica bohemía. No sé dónde he nacido, ni de qué padres, ni bajo qué techo; adoro el vino, los músculos enérgicos, el teatro y la mentira. Cuando tengo un deseo no sé resistir a él. ¿Me quieres como yo te quiero?

Ivelina despidió al cómodo e infortunado Rosenkrantz. Ella habitaba a alguna distancia del teatro, en el barrio rico de Copenhague, un departamento tapizado de telas suntuosas.

—Necesito colores violentos—tenía ella costumbre de decir.—El amor reclama aparato. Pero yo echo a perder, echo a perder. Verás mi desorden, mis cóleras, cuando rompo espejos, lacero brocados, esparzo aquí y allá encaje. Mira éste; es punto del país. Representa selvas y animales.

De pie, en medio de la habitación bien alumbrada y bien tibia, presentaba coqueta al espejo sus hombros de una caída perfecta. Shakespeare la admiraba silencioso.

—¡Conque eres poeta! Cantarás mi cuerpo y mi sonrisa y como los otros, estarás desde mañana celoso como un loco, fastidioso como todos y de tal manera que me cansaré de ti.

Se acercó a él, le miró fijamente con sus grandes ojos sonadores y le dijo:

—Sin embargo, sería tan sencillo aceptarme tal como soy. Yo me burlo de Rosenkrantz, porque me fastidia con sus suspiros, sus carrozas y la cólera paterna que afrontó por causa mía.

Llena de un descuido esquisito se estiró, hostezó y mostró una ideal quijada, breve, felina, de dientes menudos y transparentes.

—¡Qué aburrida es la existencia! He corrido mil peligros. Los hombres envenenan la naturaleza. Su vergüenza me ha parecido siempre despreciable. Solo de noche, cuando cambio de alma y de traje, y de reina me hago pastora, mis sentimientos ficticios son más verdaderos que mis pasiones vivas.

Dichas estas palabras, fijó en sus cabellos una curiosa flor color púrpura.

—Ese imbécil me la ha regalado. No brota más que en invierno.

Y abrazó a William.

Este le contó la historia de Aino. Ivelina le escuchaba con misteriosa sonrisa, acariciándole de vez en cuando con sus dedos perfumados, la cara.

—La virgen no puede comprender, dijo.

La muerte de Readway le enterneció. Conocía de vista a Helmi de Fulkenstein.

—Ya la juzgarás; es una blonda insípida.

A su vez ella le contó sus viajes, porque la Compañía pasaba de una ciudad a otra y variaba muy poco su repertorio.

—Las comedias son estúpidas; la mayor parte de ellas escritas por Rollan, y Rollan, ya lo sospechas, carece de genio. ¡Qué razonador! ¡Cien palabras por una! ¡Circunstancias vulgares! Nunca un hallazgo.

Ivelina tenía *verbo*, el sentido de lo pintoresco y de la imitación. Imitó sucesivamente a la dueña, al capitán, al barba, a los *partiquinos*. Tomaba aires feroces, hinchaba la voz, con traía sus oscuras cejas.

—¡Oh mi poeta! Si me immortalizas no olvides este detalle. Yo entro como quiero en los cuerpos; mi oficio me es natural.

Como el camaleón, cambio de matiz según mi capricho. Si deseo ser heroica, el valor sube en mi ser y afrontaría alegre la muerte. La violencia me inspira sus gritos y su angustia. El odio me agita hasta el temblor, y cuando digo: «Te amo», mi corazón se hincha de lágrimas candentes. Cierro los párpados; evoco los celos. En seguida te me escapas.

corres hacia tu pequeña danesa de carne de leche y enrojecido de pudor; deseo su muerte y la tuya y asisto á vuestros abrazos.

La noche se pasó en esas confidencias. William adivinaba entre él y esa linda joven afinidades singulares, y expresaba en términos claros cosas que confusamente sentía...

A la mañana siguiente, se fué á casa de la noble dama Helmi de Folkenstein. Subió una escalera de mármol, en el primer piso de un palacio soberbio, y atravesó dos salas decoradas severamente. Los sonidos de un laúd hicieron sus oídos. En una especie de tocador alegrado de tapicerías brillantes, había sentada una música. Se estremeció al entrar el poeta; William dobló una rodilla en tierra, le tendió la carta de Readway, y mientras ella le abría, observaba aquella regular cara algo grasienta, iluminada de perfil, de cuello redondo y puro, de pliegues de atención conmovida, el instrumento de madera pulida que sostenía en una diestra de patricia, el rico corpiño de raso amarillo claro, el traje blanco y las sandalias cuajadas de pedrería. Alzó sus ojos llenos de lágrimas, alentejuelados de oro como los del caballero. Con ellos sin duda operaba el encanto.

—Señor; á través de mil peligros habéis realizado esta misión conmovedora. Tomad vuestra recompensa.

Y comenzó á leer en voz alta, interrumpiéndose con profundos suspiros:

«Mi Dama, flor brillante y preciosa; el que os entregará esta prenda de desaparición y de amor será mi queridísimo amigo el poeta William Shakespeare, de mi raza de mi espíritu corazón. Mañana encontraré un rival detestado; si vuestra orejita, cuencadeliciosa de los dulces acordes que atraviesan un mundo embellecido por vos, está algo atenta, oiréis el ruido de las espadas. Clorinda, menos brillante que vuestras miradas; escribiré vuestro nombre en el espacio y sobre la carne del feroz Olof. Hasta aquí los presagios son buenos. excepto los de una hechicera encontrada en la bruma; no importa, confío en el porvenir. Adiós, pues, porque esto no es real más que por la no realidad de un amante celoso. Adiós, tierna Helmi, superior á

todas las magnificencias de la tierra. Guardad en el rincón más secreto de vuestra alma el recuerdo de Philip Readway. Cuando contempléis las estrellas, sola en vuestra terraza, en una noche clara y melodiosa, seré el soplo aéreo que juega en una fina cabellera y acaricia una cara bendita»

La joven se quedó silenciosa algunos momentos. La cólera plegó su bella frente.

—Ese Olof ha tenido la audacia de venir, orgulloso de su atrocidad? victoria. ¡Ah! ¡cómo lo arrojé de mi presencia!

Retuvo largo tiempo á su lado á Shakespeare, le hizo contar la travesía de Alemania, las conversaciones de Readway sobre la pasión, la gloria y la muerte y cada detalle concerniente á ella aumentaba su melancolía, sombreando sus ojos de una angustia húmeda. Cuando terminó su relación, se quitó la joven una de las sortijas.

—Me ha dado muchas. Guardad ésta como recuerdo. Se parece á una gota de sangre.

Ivelina aprobó la actitud de la dama.

—Pero por qué he desdenado á Olof? Ese homicidio le daba prestigio. Yo he oído contar que otra había, al contrario, exigido del asesino de su marido que se pusiera la camisa de luto. Yo creía que la sensible Helmi te pediría que la consolaras. ¡El dolor es tan vecino del deseo!

Había depedido á Rosenkrantz.

—Ha gemido como un gato cuando lo están estrangulando y ha llorado dos horas seguidas. Temía una inundación. En este momento te amo. El aspecto de otro me asquea. Aunque me dieran dos collares de perlas, no podría dominar ese asco. Pobre diablo! ¡Qué feo estaba angustiado! Juntaba las manos: «¡Mi Ivelina, mi Ivelina!» Hinchaba los labios. Se arrastraba sobre las rodillas. Juraba ahogarse, colgarse, tragar veneno!...

El desgraciado, sin embargo, continuó repitiendo el papel del marido en la obra *El engañador engañado*; y William representó el del amante; de modo que la ficción se hizo imagen reducida de la realidad, y el poeta recordó los consejos de

Esmanius en cuanto á los fragmentos que reproducen el conjunto y en cuanto á los dramas en donde hay incluidos dramas. Su representación debía tener lugar el 15 de Marzo, para el aniversario de la Corona.

No es odio. No es culpa vuestra. Su temperamento lo arrastra. Es posible que vuelva á mí algún día. Pero sufro de una manera terrible, lo aseguro, hay minutos en que temo volverme loco.

William ignoraba cuanto al oficio del teatro se refiere, pero vió la ilusión de la ciencia, progresó rápidamente y Rollin le felicitaba.

—Demasiada naturalidad. Hay que forzar la verdad para que parezca verosímil á los espectadores. La palabra es más alta, el gesto más amplio y la mirada artificial. Que los menores matices sean aparentes. Pensad que vos os pintáis la cara á fin de expulsar los sentimientos del alma.

Iveline entonces murmuraba:

—No escuches á ese viejo loco. Cuando la voz es tan clara como la tuya, se deja uno llevar por los sentimientos que suben de las tablas al corazón. El dios portador de máscaras os anima y los aplausos le confortan. El público es una posesión. Quien no pierde la cabeza y en medio de la pasión sabe conservar un juicio frío, regular su paso y su aspecto, vigilar á su compañero en la escena ó saludar á alguien sobre los bancos, no ha conocido nunca el placer. Cuando me abrazas ¿piensas en no arrugar tu túnica?

El poeta notó sin sorpresa que sus compañeros conservaban sus papeles en la vida. El *barba* hablaba de todo con una solemnidad cómica y daba su opinión como se arroja sobre un mostrador una moneda de oro. Poseía un par de piernas cortas que estorbaban sus evoluciones, su cara era siempre grave y la hacían largo tiempo las sentencias que caían de su boca de labios delgados. El *capitán* acababa siempre de matar á apacibles transeúntes, de dispersar la guardia á sablazos y hacía humear el suelo bajo el choque de sus pesados talones. En fin, el *clown* afectaba un lenguaje enrevesado y florido, una franqueza llena de reticencias, un humor raro, exage-

rado ó melancólico, ensueños mezclados de juramentos y de saltos. Habitaban un mundo aparte, sin comunicación con el exterior y su carácter estaba formado de una superposición de personajes imaginarios.

La habitación alquilada por Shakespeare en una posada próxima á la casa de Ivelina, daba sobre un patio hoso y apestoso. Pero no estaba casi nunca en ella, pasaba todo el tiempo en casa de Ivelina. La ciudad le parecía insignificante comparada con Amsterdam y Hamburgo. No tenía siquiera el sabor de Londres, que recordaba por ciertos silios: lo largo de las avenidas, los muelles desiertos. Sobre las anchas plazas soplaba un viento glacial acompañado de escarcha y nieve. Entonces era confortable el estar en el cuarto tibio y cerrado. Iveline adoraba los trajes y las transformaciones. Vestía su cuerpo ágil con sedas, rasos, terciopelos, lanas flexibles, variando los colores, los pliegues, los espejismos, dándose con habilidad mágica, colorete, ó destrenzando sus amplios cabellos de oro que caían hasta sus tobillos. Tan pronto era una viejecita feon carraspera y muy encorvada, una hechicera llena de predicciones, tan pronto una dama altanera y desdenosa rechazando los homenajes de un señor, ó una joven aldeana, sencilla, conturbada por la vista de una fiesta y tímida ante las burlas de las comadres. Se disfrazaba de príncipe de clase media, de sacerdote, imitando el acento alemán, ó el danés, ó el italiano. Tenía tienda de muñecas. La cólera, la alegría, la tristeza, el odio, el amor, el éxtasis, el dolor, se sucedían en el espejo de su cara móvil, y complicaba el juego, suponiendo el paso de un sentimiento al otro, de la alegría á la hosquedad, de la confianza á la resignación. Telas y trapos corrían por el suelo. Saqueaba los armarios, y cansada de esas ficciones, se desembarazaba casi en seguida de los flojos encajes y falbalas, y aparecía ante Shakespeare en el deslumbramiento de la sencillez, con su tez ambarina y odorífica.

Entonces comenzaban otras metamorfosis. Fingía la sorpresa, el pudor, una torpeza diestramente infernal. Sus hallazgos eran infinitos. Ya una torpeza obscura y maliciosa, una fase de mutismo malvado.

—Adivina mis miradas.

El pierde sus ojos en el fondo de aquellas pupilas oscuras. Y sus miradas, llenas de un pensamiento completo, encontraban las extrañas imágenes de Ivelina, las admitía, las transformaba, devolviéndolas más afinadas aún; y ese diálogo continuaba hasta la fatiga de sus almas. Reía con risa especial, cristalina, burlona y lasciva, que significaba:

—Me has descubierto.

Su cuerpo era el estuche satinado de aquella orgía intelectual.

Exigia de él que celebrase sus pies y sus manos, sus brazos carnosos y su cuello de cisne. Discutía los epítetos y las comparaciones; le acusaba de rebajar su belleza y de emplear formas groseras.

—Eso puede aplicarse lo mismo a mí que a otra. Reclamo alabanzas especiales, de tal modo que enumerándolas se obtenga un cuadro de una semejanza perfecta.

El le explicaba cómo las escencias del espíritu se descoloran pasando por el estilo, y que hay una desproporción singular siempre entre una estrofa y el estado de entusiasmo en que fué creada. Pero ella no quería oír nada.

—Si me amaras realmente, tus palabras latirían de fiebre. El amor atraviesa silbando el sér, como un hierro candente, y provoca gritos incomparables.

Y añadía:

—He vivido hasta la edad de doce años, en una especie de vapor. A esa edad he visto, oído y comprendido. Hay días en que mis facultades se exasperan. No sé cómo explicar esto. Lee en mis ojos.

El bajaba los ojos sin responder. Ella continuaba:

—He estudiado mucho el carácter de los hombres, el de la mujer no es tan difícil, pero es más inasequible. En vosotros se provocan los sentimientos con una facilidad desalentadora. He encontrado hoy en el puerto un marinero muy tostado que me ha dado envidia. En seguida el amado se inquieta y pregunta. Insistid y rugiré. En cambio, negadlo. La confianza renace sobre su cara ridícula que la angustia abandona.

poco á poco. ¡Qué delicias es confesar lo verdadero en las apariencias de la mentira y gritar: «Te he engañado!» Un gozo imbecil extiende las mejillas del fatuo y pliega sus párpados graciosos: «Locuela; me crees tan bruto?»

Y proseguía sobre ese tema:

—Hay en ti algo que yo ignoraba. Parece que sientes algo, pero en la epidermis, y que tu conciencia quede intacta. Mis cóleras mismas te interesan. No te desorganizan.

El coge la mano húmeda de la joven, mano de puños cincelados.

—Estas piedras preciosas reflejan el universo y el universo no obra sobre ellas. El exceso increíble de mis impresiones deja indiferente casi en seguida mi alma, y todo se pinta en lo más profundo de mí con las formas y los colores de la obra de arte. Yo me vería morir con curiosidad, y la poca imaginación sobrenadando en mi pobre cerebro, armaría dramas á mi respecto. Por lejos que vayan mis sentimientos, alguien corre ante ellos y los finge. Un eterno demonio me irrostra á disfrazar las circunstancias.

—Eres un monstruo.

—No hay monstruos. Yo tengo elevada al paroxismo una facultad que poseen todos los hombres. Además, sé gozar y sufrir. Aquí se detiene la palabra. Vivimos en una muralla de vidrio.

Ella cruzó los brazos y se quedó pensativa algunos instantes.

—Tú ejerces un atractivo terrible. Desde que te he visto, he comprendido que tu fiebre se acordaba con la mía. Toca. Estoy febril de la cabeza á los pies. Los dos somos salvajes y nada puede contentarnos. ¿Hacerte traición? Me acojerías sonriente. Alimentaría tu fantasía. ¿Serte fiel? Exalto tu orgullo y sufro tu encanto. ¡Ah! es una dura alternativa. Deberías venir con nuestra compañía. Sería la vida de aventuras. Nos acostaríamos en el peligro, en los aromáticos paisajes de la primavera y la aurora nos despertaría con su bruma violácea y fría. El otoño nos enseñará la muerte... Pero estas son locuras. ¿Quiéres venir con nosotros?

El no la escuchaba. Pero la sentía pronta á todas las actitudes morales, conforme á la rica variedad de las cosas.

Llegó el aniversario de la Corona. Fué un día de pompas y de multitud. Ivelina y Shakespeare se mezclaron á la gente. Por todas partes alzábanse arcos de triunfo. Por el cielo corrían nubes grises, semejantes á navíos majestuosos, y los colores de los trajes parecían chillones, demasiado vivos para el aire obscuro. Al llegar al centro de la ciudad, la batahola se hizo más compacta. En la gran plaza, ante el palacio, en signo de regocijo, se iban á quemar hechiceras. William no quiso acercarse. La alegría de las caras le parecía asquerosa y las estúpidas conversaciones le ofuscaban. Ivelina le dejó: Quería ver. Shakespeare se quedó á alguna distancia, la masa de pueblo le rozaba, ávida de suplicios.

—Son doce.

—Una vomita demonios por la boca.

—Van á darles tratos de cuerda.

—Me encaramarás sobre tus hombros.

Se oyó un inmenso clamar, y allá lejos, trás un horizonte de cabezas y peinados, se elevó el humo en largas espirales blancas, deshechas y arrolladas por el viento.

—En Rotterdam, en Copenhague, por todas partes, oíré la alegría de la tortura. Oh! ¡los cangrejos de Ermanius!

Los himnos cubrían los gritos de las víctimas.

—¡Ah! ¡si estuviéras aquí, Jean Fischart, dotado del verbo vengador! ¡Cómo exaltarían tu odio esas infamias cometidas en nombre de Dios! En ese torbellino de un vapor humano, distingo los pliegues de la rebelión, las blasfemias de la carne que chisporrotea y las del espíritu que sucumbe.

Volvió Ivelina. Las llamas negras de sus ojos se acordaban á las de la pira.

—¡Qué espectáculo te has perdido! Viejas y jóvenes, flacas como arenques, en camisa y la cuerda al cuello. Parecían ropa blanca puesta á secar. Un gordo ha puesto el fuego, y juro que el canalla se reía. Sin duda le entretenían sus piernas desnudas. Pero puesto que los condenados van al infierno ¿para qué asarlos dos veces? ...

Aquella noche se representó *El engañador engañado*. Cuando William apareció en escena, no se espantó de la asistencia de los señores burlones, de los *burgueses* escandalosos, y de las damas de miradas curiosas. A algunos pasos de él, en taburetes, muchos amigos de Rosenkrantz, que no habían podido hallar sitio en el patio, se burlaban con frases descorteses; pero aquellas cosas no le conmovían. No oía siquiera las frases con que le animaban sus compañeros, ni las tonterías del payaso pintarrajeado de vermellón. Ante aquel auditorio, en aquella decoración mal presentada y coloreada de un modo grosero, en aquella atmósfera pesada y humosa, su pensamiento le arrastró hacia las riberas antiguas.

—¿Qué importan los cuerpos y los aspectos? Sacudida por nobles versos y pasiones grandiosas, esta canalla me haría inmortal. Se trata de hallar otra vez el alma, de abrir los ojos de estos ciegos, de infligir el estremecimiento á esas carnes lácidas y hoscas. Trabajo una materia rebelde.

Cuando le tocó hablar y vió la gracia de Ivelina, animó el entusiasmo su corazón. Ivelina llevaba un traje de terciopelo de un rojo obscuro. El corpiño ceñía su busto descubriendo el cuello limitado por una tirilla de oro; sus mangas abullonadas, hechas de muchos trocitos, estaban reunidas por gasas transparentes y olas de agujetas. De su talle partía una larga banda de oro acompañando su saya de gruesos pliegues. Sobre los bucles ardientes de sus cabellos brillaba una coronita. En vez de las insípidas palabras del libro, dijo á voz en cuello y cayendo de rodillas:

—Belleza que riges el mundo, ¿por qué haberte refugiado así en una sola? ¿No temes desaparecer, si alguna vez se marchitara esa admirable cara que han hecho los besos de Amor? ¡Telas que adornáis ese cuerpo frágil, conservad para siempre su forma y su perfume!

En este momento, volviendo la cabeza á la sala, vió á Helmi de Fulkenstein atenta, y como Ivelina, sin turbarse, le replicaba con palabras finas y tristes, añadió:

—Me es dulce también la voz burlona interrumpida por las tiernas confesiones. El poeta muere por su adorada; yace

allí sobre la nieve; su mano inútil palpa la espada: la frescura y la angustia. Pero hay por encima de él una visita. La alegre canta mientras él agoniza. ¿Para qué dar á un pájaro tu vida altanera, tu cinica vida, tu vida pronta á la gloria?

Murmillos halaguenos acogieron este periodo. Helmi de Fulkenstein palideció; apesar de los ruegos de Rollin, los dos amantes continuaron deformando su papel. La fiebre se apoderó de ellos. Mezclaban imprecaciones á sus besos sinceros, palabras candentes movimientos apasionados, y sentían conquistarse á la asamblea, subiendo con ellos hacia el ensueño. Rosenkrantz se despidió al principio, pero se juntó á ellos. Imploró á su rival, acusó á la infiel, sus sollozos fueron irresistibles; muchos espectadores lloraban. A olas, á borbotones, como una mañana tempestuosa, el poder de crear invadía á Shakespeare. Todo se cambiaba para él en metáforas: un recuerdo, un reflejo, un olor, un gesto de Ivelina, el chispeo de las agujetas ó de las bandas de oro, la risa dolorosa de Rosenkrantz llevado por una emoción verdadera, saltar le hacia la luz en plena alegría, en pleno transporte genial. Los sentimientos que suscitaban corrían en él, rodaban sobre su alma multiplicados por la asamblea y los devolvía más fuertes y más bellos. Entonces las intenciones cambiaron. La obra de burlesca pasó á ser trágica. El esposo desgraciado y traicionado amenazó matarse. Cansado de la existencia y de la vergüenza, llamó en términos vehementes á la muerte, y su canto funerario interrumpió el canto voluptuoso. El puñal luce cerca de los besos. En el tono, en la actitud, en los ojos extraviados, comprendió William que un drama real iba á cerrar esos espejismos. Cogió bruscamente á su querida por la cabeza y la arrojó en los brazos del joven.

—Guárdala. No la quiero. No vale un saludo á Plutón. Por mi honor te lo juro, la arrojo hoy de mi lado.

Y al oído dijo á Ivelina estupefacta:

—Hoy, pero mañana volveré á amarte. Le salvo del delirio poético.

La obra acababa en medio de un triunfo cinico en los anales del teatro de *El Caballero*.

Algún tiempo después, Ivelina y William fueron en trineo á Elseneur; el cielo era frío y claro. El sol mostró su faz helada y la nieve del invierno se erizó de chispas. William y Shakespeare gozaban de la rapidez, mientras que tras ellos el robusto cochero animaba á sus animales cubiertos de espuma. Recordaba aquella noche memorable, la cólera de Rollin, furioso al disfraz de su obra. El padre de Rosenkrantz temiendo el escándalo, le había, apenas terminado la representación, hecho prender y meter en un calabozo hasta que prometiera formalmente olvidar á la cómica.

—Y se reía, muy rosada, en medio de sus pieles argentadas.

—Hubiera sido una lástima—respondió él—porque antes ignoraba casi todo tu ser....

—¿Y ahora?

—Ahora en todos tus pensamientos sigo tus ojos y tus estremecimientos.

—¿Habías tú encontrado una mujertan fantástica como yo?

—Nunca; ni siquiera en mis ideas. Ivelina, tú eres mi hermana.

—¡Fuegos celestes, abrasadnos!

—Eres mi hermana, Ivelina. Quiero decir que enfrente de un espejo nuestros dos seres íntimos darian una imagen casi semejante. Los placeres que ofreces á mis sentidos se acuerdan con los que invadían mi espíritu.

—Te me escaparás, pues?

—Como la naturaleza escapa á la primavera, después de las caricias refinadas, de las torturas deliciosas, un delirio de perfumes de follaje. Pero entonces no nos separaremos. Serás un pliegue de mi alma. Yo tomaré de ti eternamente para mis heroínas futuras.

—Hasta que otra figura borre la mía.

—Hasta que todas las figuras se borren en mi recuerdo, llamadas al tanque de las formas por la voz imperiosa de la muerte.

En un ángulo del camino, se alzó ante ellos el camino de

el Elsenaur, rodeado de barcos cuyos mástiles llegaban a su cúpula. De sus rechonchas torreallas—algunas de ellas terminadas en punta—de su masa prestigiosa y sombría, de sus anchas terrazas, dominaba el mar todavía sólido, el mar de olas heladas y de crestas de nieve. Los últimos rayos del breve sol de Marzo iluminaban las ventanas, las esculturas de la fachada y rodaban en largos reflejos rojos sobre las olas de una blancura inmóvil. Ivelina y Shakespeare se apearon del trineo y se acercaron a ese altanero testigo de las estaciones y sus metamorfosis. La triste majestad del monumento parecía cuajada en el aire como el Sund de aguas sin espejo, y alrededor de los techos volteaban gaviotas plaúderas. Solo William costó las murallas. Entre ellas y las naves prisioneras de las escarchas, se deslizó hasta el pie de las terrazas. De ahí, su mirada se extendía sobre los juegos de la escarcha y de las ondas, de las montañas y los valles, las avalanchas en miniatura, toda la gracia líquida sorprendida y petrificada por el frío. Esa llanura accidentada, caótica, de pálidos relieves, se iluminaba de luces rosadas hacia el horizonte.

No era todavía el deshielo, pero lo presagiaban lejanos crujidos, así como sinuosas hendiduras visibles de lugar en lugar, en donde tropezaban bloques quebradizos. Detrás de él el poeta sentía los ojos de oro del castillo y su trágica estatura. Y en aquel sitio, sin que él lo llamase, gracias al esfuerzo de sus sensaciones, se le apareció de pronto su destino, anunciado, así como la primavera, por el sutil estremecimiento de las cosas. Se estremeció en la profundidad de su ser. Hasta entonces, cautivo del universo, la ola de su personalidad hendía, los obstáculos frágiles y dispersaba los témpanos flotantes. El océano infinito era libre.

—A ti, recién nacido a la tierra, a mí Guillermo Shakespeare, dirijo el saludo que conviene. El mundo se inclina hacia mi alma, reflejándose en ella todo entero. Surgid ahora, héroes de amistad y de amor, tiranos y verdugos, dulces reidás, dioses paganos y hadas luminosas. Evadíos de mis sueños con ritmo conmovedor y temible. Como el aire, como la hoja, como la carne, la vida me atraviesa y me deja sus hue-

llas en los sitios innumerables. Todos los seres, desapareciendo, me abandonarían sobre estas orillas desiertas y heladas, pero yo podría reconstruirlos todos, no con la mano, sino con el ensueño. Llamas y pasiones, nubes y cara, tengo el repertorio de vuestras formas. Las cosas humanas danzan silenciosas. De esa dama están afectados los hombres. Yo he entrado en la ronda de Corte. No separo ya las ideas de las figuras, ni el destino del azar, ni del instinto la más alta sabiduría. Y si debo inclinarme alguna vez, será ante mi padre el sol, que no es bello sino porque abrasa.

FIN.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

DE BIBLIOTECAS

®

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA DE BIBLIOTECAS
CALLE DE LA LIBERTAD 100
C.P. 66000 NUEVO LEÓN, NL

THE UNIVERSITY OF CHICAGO
LIBRARY



ADAM
GENERAL EDITOR

THE UNIVERSITY OF CHICAGO
LIBRARY

THE UNIVERSITY OF CHICAGO
LIBRARY